Los Ojos del Sobremundo

J A C K V A N C E



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1
EL SOBREMUNDO

En las alturas por encima del río Xzan, en el emplazamiento de algunas antigus ruinas, Iucounu el Mago Reidor había edificado una mansión a su gusto particular: una excéntrica estructura de inclinados gabletes, con balcones, miradores, cúpulas, junto con tres torres espiraladas de cristal verde a través de las cuales la luz del sol brillaba en retorcidos destellos y con colores peculiares.

Detrás de la casa y al otro lado del valle, las bajas colinas se extendían como dunas hacia el horizonte, hasta el límite de la visión. El sol proyectaba cambiantes medias lunas de negras sombras; excepto esto, las colinas no tenían ningún detalle que las distinguiera: eran desnudas y solitarias. El Xzan, que brotaba en el Viejo Bosque al este de Almery, pasaba por debajo para luego, a tres leguas al oeste, unirse con el Scaum. Allí estaba Azenomei, una ciudad vieja más allá de todo recuerdo, notable no sólo por su feria, que atraía a gente de toda la región. En la feria de Azenomei Cugel había instalado un tenderete para la venta de talismanes.

Cugel era un hombre de muchas habilidades, con una disposición a la vez flexible y pertinaz. Era de largas piernas, mano diestra, dedos ligeros, lengua suave. Su pelo era del negro más negro, crecía hasta muy abajo de su frente, cubriéndola hasta casi las cejas. Sus penetrantes ojos, su larga e inquisitiva nariz y su sonriente boca proporcionaban a su delgado y huesudo rostro una expresión de vivacidad, sinceridad y afabilidad. Había conocido muchas vicisitudes, que le habían enseñado cautela, discreción y dominio a la vez de la osadía y del disimulo. Tras entrar en posesión de un antiguo ataúd de plomo -de cuyo contenido se había librado-, lo había convertido en un cierto número de tablillas de plomo que, estampadas con los apropiados sellos y runas, ofrecía a la venta en la feria de Azenomei.

Desgraciadamente para Cugel, a menos de veinte pasos de su tenderete, un cierto Fianosther había montado un gran puesto con artículos de mayor variedad y más obvia eficacia, de modo que cada vez que Cugel paraba a un transeúnte para alabarle los méritos de su mercancía, éste se limitaba a mostrarle el articulo que acababa de comprarle a Fianosther y proseguía su camino.

Al tercer día de la feria Cugel había vendido solamente cuatro tablillas, a precios apenas por encima del coste del plomo en sí, mientras Fianosther apenas daba abasto en servir a sus clientes. Ronco de gritar fútiles atractivos, Cugel cerró su tenderete y se acercó al puesto de Fianosther a fin de inspeccionar su modo de construcción y la forma en que se cerraba y aseguraba la puerta.

Fianosther, al verle, le hizo señas de que se acercara. -Entra, amigo mío, entra. ¿Cómo va tu negocio? -Con toda sinceridad, no muy bien -dijo Cugel-. Me siento a la vez perplejo y decepcionado, porque mis talismanes no son obviamente inútiles.

-Puedo resolver tu perplejidad -dijo Fianosther-. Tu tenderete ocupa el emplazamiento del antiguo patíbulo, y ha absorbido esencias de desgracia. Pero creo que estabas examinando la forma en que están unidos los tablones de mi puesto. Lo verás mejor desde dentro, pero primero debo acortar la cadena del erb cautivo que vigila el lugar durante la noche.

No es necesario -dijo Cugel-. Mi interés era solamente curiosidad.

-En cuanto a la decepción que sufres -prosiguió Fianosther-, no tiene por qué persistir. Observa estas estanterías. Verás que mis reservas están agotándose rápidamente.

Cugel no pudo hacer más que asentir ante aquello. -¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Fianosther señaló a un hombre al otro lado del camino, totalmente vestido de negro. Era un hombre bajo, de piel amarillenta, calvo como una piedra. Sus ojos parecían nudos en una plancha de madera; su boca era ancha y curvada en una mueca de crónica sonrisa.

-Ahí está Iucounu el Mago Reidor -dijo Fianosther-. Dentro de poco acudirá a mi puesto e intentará comprar un libro rojo en particular, el compendio de Dibarcas Maior, que estudió bajo el gran Phandaal. Mi precio es más alto del que piensa pagar, pero es un hombre paciente y regateará al menos durante tres horas. En este tiempo, su casa queda desatendida. Contiene una enorme colección de artefactos taumatúrgicos, instrumentos y activantes, así como rarezas, talismanes, amuletos y grimorios. Me siento ansioso por adquirir esos artículos. ¿Necesito decir más?

-Todo esto está muy bien -dijo Cugel-, ¿pero cómo puede dejar Iucounu su casa sin ningún guardia o vigilante?

Fianosther hizo un gesto con las manos.

-¿Por qué no? ¿Quién se atrevería a robarle a Iucounu el Mago Reidor?

-Éste es precisamente el pensamiento que me retiene -respondió Cugel-. Soy un hombre de recursos, pero no un insensato temerario.

-Hay una fortuna a ganar -afirmó Fianosther-. Cosas deslumbrantes, maravillas más allá de todo valor, así como sortilegios, filtros y elixires. Pero recuerda, no te animo a nada, no te aconsejo nada; si eres detenido, tan sólo me has oído alabar las riquezas de Iucounu el Mago Reidor. Pero ahí viene. Rápido: vuélvete de espaldas para que no pueda ver tu rostro. ¡Estará tres horas aquí, eso te lo garantizo!

Iucounu entró en el puesto, y Cugel se inclinó para examinar una botella que contenía un homúnculo flotando en un líquido preservador.

-¡Mis saludos, Iucounu! -exclamó Fianosther-. ¿Por qué te has retrasado? ¡He rechazado magníficas ofertas por un cierto grimorio rojo, todo en tu beneficio! Y aquí... ¡contempla esta cajita! Fue hallada en una cripta cerca del emplazamiento de la antigua Karkod. Todavía está sellada, y ¿quién sabe qué maravilla puede contener? Mi precio son unos modestos doce mil terces.

-Interesante -murmuró Iucounu-. La inscripción..., déjame ver..., hummm. Sí, es auténtica. La caja contiene huesos de pescado calcinados, que eran usados en todo el Gran Motholam como purgante. Quizá valga entre diez o doce terces como curiosidad. Poseo cajitas eones más viejas, que datan de la Era del Fulgor.

Cugel avanzó con aire casual hasta la puerta, salió a la calle, y se puso a caminar arriba y abajo, considerando todos los detalles de la proposición tal como se la había planteado Fianosther. Superficialmente, el asunto parecía razonable: allí estaba Iucounu; allá estaba su casa, henchida de riquezas. Evidentemente, un simple reconocimiento no le podría hacer ningún daño. Cugel se dirigió hacia el este, siguiendo la orilla del Xzan.

Las retorcidas torres de cristal verde se alzaron contra el cielo azul oscuro, con la luz escarlata del sol prendida en las volutas. Cugel hizo una pausa, estudió cuidadosamente los alrededores. El Xzan discurría junto a él sin el menor sonido. Cerca, medio escondido entre álamos negros, alerces verde pálido y colgantes sauces había un

poblado..., una docena de chozas de piedra habitadas por barqueros y campesinos de las tierras junto al río: gente que se ocupaba exclusivamente de sus propios asuntos.

Cugel estudió la forma de aproximarse a la casa: un serpenteante camino enlosado con piedra marrón oscuro. Finalmente decidió que cuanto más franca fuera su aproximación, menos complejas necesitarían ser sus explicaciones, si le eran exigidas. Empezó a subir la colina, y la mansión de Iucounu pareció gravitar sobre él. Llegó al patio delantero, hizo una pausa para examinar los alrededores. Al otro lado del río las colinas se extendían hasta perderse en la lejana bruma, tan lejos como el ojo podía alcanzar.

Cugel avanzó decidido hasta la puerta, llamó, pero no obtuvo respuesta. Estudió la situación. Si Iucounu, como Fianosther, mantenía un animal guardián, podía sentirse tentado de emitir algún sonido si era provocado. Cugel llamó en varios tonos: gruñendo, maullando, gimiendo. Silencio.

Se dirigió de puntillas a una ventana y miró a una estancia tapizada en gris pálido, que contenía solamente un taburete en el cual, en una campana de cristal, había un roedor muerto. Cugel rodeó la casa, investigando cada ventana, y finalmente llegó al gran salón del antiguo edificio. Trepó ágilmente los toscos peldaños, saltó uno de los parapetos de adorno de Iucounu, y en un santiamén se halló dentro de la casa.

Estaba en un dormitorio. En una tarima, seis gárgolas que sostenían un lecho tenían sus cabezas vueltas hacia el intruso. De dos zancadas Cugel alcanzó un arco que se abría a una habitación exterior. Allí las paredes eran verdes y los muebles negros y rosados. Abandonó la habitación por un balcón que rodeaba una habitación central, iluminada por la luz que penetraba por unos miradores muy altos en las paredes. Debajo había cajas, baúles, estanterías y perchas conteniendo todo tipo de objetos: la maravillosa colección de Iucounu.

Cugel se detuvo allí, tenso como un pájaro, pero el silencio lo tranquilizó: era el silencio de un lugar vacío. De todos modos, había violentado la propiedad de Iucounu el Mago Reidor, y convenía ir con cuidado.

Cugel descendió un tramo de escaleras circulares hasta el gran salón. Se detuvo asombrado, rindiendo a Iucounu el tributo de una franca maravilla. Pero su tiempo era limitado; debía robar rápido y seguir su camino. Extrajo su saco; recorrió el salón, seleccionando con cuidado aquellos objetos de gran valor y pequeño tamaño: una vasija pequeña de asta, que emitía nubes de notables gases cuando eran apretadas algunas de sus protuberancias; un cuerno de marfil del que brotaban voces del pasado; un pequeño escenario donde pequeños trasgos vestidos de época aguardaban dispuestos para interpretar antiguas obras cómicas; un objeto como un racimo de uvas de cristal, cada una de las cuales mostraba una borrosa visión de uno de los mundos de los demonios; una vara de la que emanaban dulces de diversos sabores; un antiguo anillo grabado con runas; una piedra negra rodeada por nueve zonas de impalpable color. Pasó junto a centenares de jarras de polvos y líquidos, y se apartó también de las vasijas que contenían cabezas preservadas en coloreadas sustancias. Luego pasó a las estanterías repletas de libros, volúmenes de todos los tamaños, entre los que seleccionó con cuidado, tomando con preferencia aquellos encuadernados en terciopelo púrpura, el color característico de Phandaal. Seleccionó también reproducciones de antiguos mapas, y el pergamino despertado así de su sopor exhalaba un intenso olor a moho.

Volvió a la parte frontal del salón, pasando una urna donde se exhibían una veintena de pequeños cofrecillos metálicos, sellados con corroías cintas de gran antigüedad. Cugel seleccionó tres al azar; eran inesperadamente pesados. Pasó junto a

varios enormes motores cuya finalidad le hubiera gustado explorar, pero el tiempo iba pasando y era mejor que empezara a pensar en volver a Azenomei y al puesto de Fiaosther...

Cugel frunció el ceño. En muchos aspectos, la perspectiva parecía poco práctica. Seguro que Fianosther no iba a pagarle lo que valían realmente todas aquellas cosas suyas o, para decirlo más exactamente, de Iucounu. Podía muy bien enterrar una parte del botín en un lugar aislado... Allí había un amplio nicho en el que Cugel no había reparado antes. Una suave luz se derramaba como agua contra el panel de cristal que separaba el nicho del salón. Una especie de hornacina en la parte de atrás mostraba un complicado objeto de enorme encanto. Por todo lo que Cugel podía distinguir, parecía un carrusel en miniatura, ocupado por una docena de hermosas muñecas de aparente vitalidad. El objeto era a todas luces de gran valor, y Cugel se sintió complacido de hallar una abertura en el panel de cristal.

Lo cruzó, pero a dos pasos de distancia de su presa un segundo panel bloqueaba su camino, estableciendo un camino que evidentemente conducía a la rueda mágica. Cugel avanzó confiadamente, sólo para ser detenido por otro panel que no había visto hasta que chocó con él. Cugel volvió sobre sus pasos y encontró con alivio la que indudablemente era la correcta entrada unos pocos pasos más atrás. Pero aquel nuevo camino le condujo tras varios giros en ángulo recto a otro panel ciego. Cugel decidió olvidar la adquisición del carrusel y marcharse de la casa. Se volvió, pero se encontró un tanto confuso. ¿Había venido de su izquierda... o de su derecha?

...Cugel seguía buscando todavía la salida cuando a su debido tiempo Iucounu regresó a su casa.

Deteniéndose junto al nicho, Iucounu lanzó a Cugel una mirada de irónica sorpresa.

-¿Qué tenemos aquí? ¿Un visitante? ¡Y he sido tan poco cortés que te he hecho esperar! De todos modos, veo que te has divertido mientras esperabas, de modo que no necesito sentirme culpable. -Iucounu se permitió una ligera sonrisa. Luego fingió reparar en el saco de Cugel-. ¿Qué es esto? ¿Me has traído objetos para que los examine? ¡Excelente! Siempre me siento ansioso de mejorar mi colección, a fin de compensar el desgaste de los años. ¡Te quedarías sorprendido si supieras la de ladrones que intentan despojarme! Ese comerciante de baratijas en ese destartalado puesto de la feria, por ejemplo... ¡No puedes llegar a concebir sus frenéticos esfuerzos por engañarme! Le he tolerado porque, hasta la fecha, no ha sido tan osado como para aventurarse en mi casa. Pero vamos, sal de ahí y examinaremos el contenido de tu saco.

Cugel hizo una inclinación de cabeza.

-Encantado. Como has supuesto, he estado aguardando tu regreso. Si recuerdo correctamente, la salida es por este pasillo... -Echó a andar, pero de nuevo se vio detenido. Hizo un gesto de hosca renuncia-. Parece que me he equivocado de camino.

-Parece que sí -dijo Iucounu-. Si miras hacia arriba, verás una especie de motivo decorativo en el techo. Si sigues la flexión de las lúnulas encontrarás el camino hasta el salón.

-¡Naturalmente! -Y Cugel avanzó vivamente, siguiendo las instrucciones.

-¡Un momento! -exclamó Iucounu-. ¡Has olvidado tu saco!

Cugel regresó reluctante en busca del saco, siguió de nuevo el camino señalado en el techo, y finalmente salió del nicho.

Iucounu hizo un suave gesto.

-Si quieres pasar por aquí, me encantará examinar tus mercancías.

Cugel miró reflexivamente hacia el corredor que conducía a la entrada principal.

-Sería abusar presuntuosamente de tu paciencia. Mis pequeñas bagatelas no tienen la menor importancia. Con tu permiso, me iré.

-¡Ni pensarlo! -declaró alegremente Iucounu-. Tengo muy pocos visitantes, la mayor parte ladrones y estafadores. ¡Los trato severamente, te lo aseguro! Insisto en que al menos tomes algo. Deja tu saco en el suelo. Cugel depositó cuidadosamente el saco.

-Recientemente he aprendido un pequeño truco de una bruja marina del Alster Blanco. Creo que te interesará. Necesita algunos trozos de cuerda recia.

-¡Excitas mi curiosidad! -Iucounu extendió un brazo; un panel del revestimiento de la pared se corrió hacia un lado; un rollo de cuerda fue depositado entre sus dedos. Pasándose una mano por el rostro como para ocultar una sonrisa, Iucounu tendió la cueda a Cugel, que la desenrolló con gran cuidado.

-Debo pedirte tu colaboración -dijo Cugel-. Sólo un pequeño asunto de extender un brazo y una pierna. -Sí, por supuesto. -Iucounu extendió su mano, apuntó con un dedo. La cuerda se enrolló en torno a brazos y piernas de Cugel, apretándolos de tal modo que se vio incapaz de moverse. La sonrisa de Iucounu casi partía su rostro-. ¡Vaya, eso sí que es sorprendente! ¡Por error, apelé al truco del atrapaladrones! Para tu propia comodidad, te recomiendo que no te muevas demasiado, pues el atrapaladrones está erizado de aguijones. Ahora vamos a ver el contenido de tu saco. -Miró el interior del saco de Cugel y dejó escapar una suave exclamación de desánimo-. ¡Has desvalijado mi colección! ¡Veo algunos de mis tesoros más valiosos!

Cugel hizo una mueca.

-¡Naturalmente! Pero no soy un ladrón; Fianosther me envió aquí para recoger algunos objetos, y yo... Iucounu alzó una mano.

-El delito es lo suficientemente serio como para no admitir excusas banales. He dejado bien claro ya mi aborrecimiento hacia ladrones y estafadores, y ahora debo aplicarte la justicia en su más estricto rigor..., a menos, por supuesto, que puedas sugerir alguna compensación adecuada.

-Supongo que debe existir esa compensación -admitió Cugel-. Pero esta cuerda raspa mi piel y no me permite pensar.

-No importa. He decidido aplicar el Conjuro del Enquistamiento Remoto, que constriñe al sujeto en un poro a unos setenta kilómetros por debajo de la superficie de la Tierra.

Cugel parpadeó, desanimado.

-Bajo esas condiciones, jamás podré ofrecerte una compensación.

-Cierto -meditó Iucounu-. Me pregunto si después de todo no habría algún pequeño servicio que pudieras prestarme.

-¡La muerte del villano que lo ha originado todo! -exclamó Cugel-. Muy bien. ¡Ahora quítame esas abominables ligaduras!

-No tengo ningún asesinato en especial en mente -dijo Iucounu-. Ven conmigo.

La cuerda se relajó un tanto, permitiendo a Cugel cojear tras Iucounu hasta un salita anexa decorada con tapices intrincadamente bordados. Iucounu extrajo de un armarito una cajita pequeña y la depositó sobre un flotante disco de cristal. Abrió la caja y le hizo un gesto a Cugel, que observó que la caja mostraba dos indentaciones rodeadas de terciopelo escarlata, en una de las cuales descansaba un pequeño hemisferio de lustroso cristal violeta.

-Como hombre de mundo y que has viajado mucho -sugirió Iucounu-, conocerás sin duda este objeto. ¿No? Estarás familiarizado, por supuesto, con las Guerras de Cutz del Dieciocheno Eón. ¿No? -Iucounu alzó los hombros, afectando sorpresa-. Durante esos feroces acontecimientos el demonio Unda-tirada (está listado como 16-04 Verde en el Almanaque de Thrump) quiso ayudar a sus adeptos y con este fin hizo subir a varios agentes suyos del submundo La-Er. A fin de que pudieran ver, los dotó con lentillas similares a ésta que ves ante ti. Cuando las cosas empezaron a ir mal para ellos, el demonio regresó bruscamente a La-Er. Los hemisferios quedaron atrás y se vieron diseminados por todo Cutz. Uno de ellos, como puedes ver, ha llegado a mi poder. Debes procurarme su pareja y traérmela, en cuyo caso tu violación de mi domicilio será olvidada.

Cugel reflexionó.

-La elección, entonces, reside entre una incursión al mundo demoníaco de La-Er y el conjuro del Enquistamiento Remoto, que constriñe al sujeto en un poro a unos setenta kilómetros por debajo de la Tierra. Me resulta difícil tomar una decisión.

Iucounu se echó a reír hasta casi partir en dos la enorme vejiga amarilla que era su cabeza.

-Una visita a La-Er quizá resulte innecesaria. Puedes encontrar este artículo en esa región conocida antiguamente como Cutz.

-Si debo hacerlo, debo hacerlo -gruñó Cugel, terriblemente irritado por la forma como había terminado el trabajo del día-. ¿Quién guarda ese hemisferio violeta? ¿Cuál es su función? ¿Cómo debo ir y cómo volver? ¿Qué armas voy a necesitar, qué talismanes y otros utensilios mágicos puedes proporcionarme para la misión?

-Todo a su debido tiempo-dijo Iucounu-. Primero debo asegurarme de que, una vez en libertad, te portes con una lealtad a toda prueba y cumplas con tu cometido con celo y dedicación.

-No temas -declaró Cugel-. Te aseguro que mi palabra es mi vínculo.

-¡Excelente! -exclamó Iucounu-. Este conocimiento representa para mí una seguridad básica que no voy a tomar a la ligera. El acto que vamos a realizar ahora, por lo tanto, no será más que complementario.

Abandonó la estancia y, al cabo de un momento, regresó con un bol de cristal tapado que contenía una pequeña criatura blanca, toda garras, púas, dientes y garfios, que se agitaba irritadamente.

-Este -dijo Iucounu- es mi amigo Firx, de la estrella Achernar, y es mucho más listo de lo que parece. Firx está irritado porque lo he separado de su camarada, con el que comparte un tanque en mi sala de trabajo. Te hará cumplir con rapidez tus deberes. -Iucounu se acercó y, diestramente, arrojó la criatura contra el abdomen de

Cugel. Se hundió en sus vísceras y adoptó una posición vigilante, aferrada en torno al hígado de Cugel. Iucounu retrocedió, riendo con aquella risa que le había valido su sobrenombre. Los ojos de Cugel se desorbitaron. Abrió la boca para lanzar una maldición, pero en vez de ello cerró apretadamente las mandíbulas e izo girar desesperado los ojos.

La cuerda se desenrolló por sí misma. Cugel permaneció allí, estremeciéndose, sintiendo todos los músculos agarrotados.

La risa se Iucounu se convirtió en una pensativa sonrisa.

-Hablas de utensilios mágicos. ¿Qué hay de esos talismanes cuya eficacia proclamabas desde tu tenderete en Azenomei? ¿Acaso no inmovilizan enemigos, disuelven el hierro, apasionan vírgenes, confieren la inmortalidad? -Esos talismanes no

son de una eficacia uniforme -dijo Cugel-. Necesitaré mayores competencias. -Las tendrás en tu espada, tu hábil persuasión y la agilidad de tus pies -dijo Iucounu-. De todos modos, has despertado mi preocupación y te ayudaré en cierta medida. -Colgó una pequeña tablilla cuadrada del cuello de Cugel-. Ahora puedes echar a un lado todo temor a morirte de hambre. Un toque a este potente objeto inducirá elementos nutritivos a la madera, corteza, hierba, incluso ropas viejas. También hará sonar un carillón en presencia de cualquier veneno. Así que, ahora..., ¡ya no hay nada que nos retenga! Vamos, tenemos que irnos. ¡Cuerda! ¿Dónde está Cuerda?

Obedientemente, la cuerda se enrolló en torno al cuello de Cugel, y Cugel fue obligado a caminar detrás de Iucounu.

Salieron al tejado del antiguo castillo. Hacía rato que la oscuridad había caído sobre el paisaje. Arriba y abajo del valle del Xzan resplandecían débiles luces, mientras que el propio Xzan era un irregular curso más oscuro que la oscuridad.

Iucounu señaló una jaula.

-Éste será tu medio de transporte. Entra. Cugel dudó.

-Preferiría cenar bien, dormir y descansar, y emprender el viaje mañana, fresco y fortalecido.

-¿Qué? -exclamó Iucounu, con una voz como el sonido de un cuerno-. ¿Te atreves a proferir preferencias ante mí? ¿Tú, que viniste furtivamente a mi casa, saqueaste mis objetos más valiosos y lo dejaste todo patas arriba? ¿No te das cuenta de tu suerte? ¿Quizá prefieras el Enquistamiento Remoto?

-¡En absoluto! -protestó Cugel nerviosamente-. ¡Únicamente estoy ansioso por el éxito de la aventura! -Entonces entra en la jaula.

Cugel volvió unos ojos desesperados al techo del castillo, luego se dirigió lentamente a la jaula y entró. -Confío en que no sufras deficiencias de memoria -dijo Iucounu-. Pero aunque éste fuera el caso, y por si olvidaras tu primera responsabilidad, es decir, procurarte la lentilla violeta, Firx está a mano para recordártelo. -Puesto que ahora me veo ligado a esta empresa -dijo Cugel-, y hay pocas posibilidades de que vuelva, me gustaría que supieras mi admiración hacia ti y tu carácter. En primer lugar...

Pero Iucounu alzó una mano.

-No quiero molestarme en escucharte; las críticas malintencionadas hieren mi amor propio, y me siento escéptico ante las alabanzas. Así que... ¡adiós! -Se echó hacia atrás, alzó la vista hacia las tinieblas, luego gritó esa invocación conocida como la Transferencia Laganética de Thasdrubal. De lo alto vino un golpe sordo y una ráfaga, un ahogado mugir de rabia.

Iucounu se retiró unos pasos, gritando palabras en una arcaica lengua; y la jaula, con Cugel acuclillado en su interior, fue arrancada del suelo y proyectada por los aires.

El frío viento mordió el rostro de Cugel. Desde arriba le llegó el batir de grandes alas y un triste lamento; la jaula oscilaba hacia delante y hacia atrás. Debajo todo estaba oscuro, una negrura como de pozo. Por la disposición de las estrellas Cugel dedujo que iban rumbo al norte, y al cabo de un tiempo percibió las dentadas alturas de las montañas Maurenron a sus pies; y luego volaron por encima de aquella desolación conocida como la región del Muro Desmoronante. Una o dos veces captó Cugel las luces de algún castillo aislado, y en una ocasión observó una gran fogata. Durante un rato un espíritu alado vino a volar paralelamente a la jaula y miró dentro. Pareció encontrar divertida la situación de Cugel, y cuando éste le pidió información sobre la zona que sobrevolaban se limitó a emitir roncos gritos divertidos. Luego se cansó y

quiso sujetarse a la jaula, pero Cugel lo alejó a patadas, y cayó arrastrado por el viento con un grito de envidia.

Por el este empezó a asomar el rojo de la sangre vieja, y finalmente apareció el sol, temblando como un viejo resfriado. El suelo estaba cubierto por un manto de bruma; Cugel apenas pudo ver que cruzaban un paisaje de negras montañas y oscuros abismos. Finalmente la bruma se disipó para revelar un plomizo mar. Una o dos veces miró hacia arriba, pero el techo de la caja ocultaba al demonio excepto las puntas de sus correosas alas.

Finalmente el demonio alcanzó la orilla norte del océano. Planeó hacia la playa, lanzó un croar vengativo, y dejó caer la caja desde una altura de cinco metros.

Cugel se arrastró fuera de la rota jaula. Revisó sus contusiones, lanzó una maldición tras el demonio que se alejaba, luego echó a andar por la arena amarilla y húmeda y trepó la pendiente que separaba la playa del resto del terreno. Al norte había una pantanosa desolación y un lejano amontonamiento de colinas bajas, al este y al oeste el océano y una lúgubre playa. Cugel agitó su puño hacia el sur. De alguna forma, en algún momento, no sabía cómo, pero se vengaría del Mago Reidor. Se lo prometió a sí mismo.

A unos pocos cientos de metros al oeste había las huellas de un antiguo dique. Cugel pensó en inspeccionarlo, pero apenas había dado tres pasos cuando Firx clavó sus garras en su hígado. Cugel hizo girar agónicamente sus ojos, invirtió la dirección de su marcha y echó a andar hacia el este a lo largo de la orilla.

No tardó en sentir hambre, y se acordó del conjuro proporcionado por Iucounu. Recogió un trozo de madera arrojado por el mar y lo frotó con la tablilla, esperando verlo transformarse en una bandeja de apetitosos alimentos o un faisán asado. Pero la madera simplemente se ablandó hasta adquirir la textura del queso, reteniendo el olor y el sabor de la madera que ha estado mucho tiempo sumergida en agua salada. Cugel comió, tragando con esfuerzo. ¡Otro punto contra Iucounu! ¡Lo que iba a tener que pagar el Mago Reidor!

El globo escarlata del sol se deslizó cruzando el cielo meridional. La noche se aproximaba, y finalmente Cugel llegó a un lugar habitado por humanos: un tosco poblado junto a un pequeño río. Las chozas eran como nidos de pájaro de barro y cañas, y olían atrozmente a basura y suciedad. Entre ellas vagabundeaba una gente tan poco atractiva como sus moradas. Eran achaparrados, embrutecidos y obesos; su pelo era una hirsuta maraña amarilla; sus rasgos meras protuberancias. Su único atributo digno de ser notado -por el que Cugel sintió un intenso e instantáneo interés- eran sus ojos: unos hemisferios violeta aparentemente ciegos, similares en todos sus aspectos al objeto pedido por Iucounu.

Cugel se aproximó cautelosamente al poblado, pero sus habitantes demostraron muy poco interés hacia él. Si el hemisferio ansiado por Iucounu era idéntico a los ojos violeta de aquella gente, entonces una de las incertidumbres básicas de la misión quedaba resuelta, y procurar la lentilla violeta se convertía sólo en un asunto de táctica.

Cugel hizo una pausa para observar a los habitantes del poblado, y descubrió lo suficiente como para desconcertarle. En primer lugar, no se comportaban como los hediondos simplones que eran, sino con una notable dignidad y una altanería que rozaba a veces la arrogancia. Cugel observó sin comprender: ¿acaso eran una tribu de viejos chochos? En cualquier caso, no parecían representar una amenaza, y avanzó por la avenida principal del poblado, caminando con cuidado para evitar los más pu-

trefactos montones de porquería. Uno de los habitantes se dignó entonces reparar en él y le interpeló con una voz gruñente y gutural:

-Bien, señorito, ¿qué quieres aquí? ¿Por qué rondas las afueras de nuestra ciudad de Smolod?

-Soy un viajero de paso -dijo Cugel-. Solamente busco ser orientado a la posada, donde pueda encontrar comida y alojamiento.

-No tenemos posada; los viajeros de paso son desconocidos para nosotros. De todos modos, eres bienvenido a compartir nuestra abundancia. Un poco más adelante hay una casa con comodidades suficientes para que puedas sentirte a gusto en ella. -El hombre señaló una choza a punto de desmoronarse-. Puedes comer cuanto quieras; simplemente entra en el refectorio que hay más allá y selecciona lo que más te apetezca; no hay límite en Smolod.

-Te doy mis más expresivas gracias -dijo Cugel, y hubiera seguido hablando, pero su interlocutor seguía ya su camino.

Cugel entró cautelosamente en la choza y, tras un poco de trabajo, consiguió limpiar la suciedad más escandalosa y arreglar un sitio para dormir. El sol rozaba ahora el horizonte y Cugel se dirigió hacia la especie de cobertizo que había sido identificado como el refectorio. La descripción del hombre de una abundancia disponible, como Cugel había sospechado, no era más que una hipérbole. A un lado del cobertizo había un montón de pescado ahumado, al otro una tinaja conteniendo lentejas mezcladas con diversas semillas y cereales. Cugel llevó una porción a su choza, donde cenó lúgubremente.

El sol se había puesto; Cugel salió para ver lo que ofrecían los habitantes del poblado a guisa de entretenimiento, pero encontró las calles desiertas. En algunas de las chozas ardían lámparas, y Cugel, mirando por entre las rendijas, vio a sus ocupantes cenando pescado ahumado o enzarzados en conversación. Regresó a su choza, encendió un pequeño fuego contra el frío de la noche y se dispuso a dormir.

Al día siguiente Cugel renovó su observación del poblado de Smolod y su gente de ojos violeta. Nadie, observó, iba a trabajar, ni parecía haber campos cultivados cerca. El descubrimiento hizo que Cugel se sintiera poco satisfecho. A fin de conseguir uno de los ojos violeta, podía verse obligado a matar a su propietario, y para eso era esencial verse libre de interferencias inoportunas.

Hizo algunos ensayos tentativos de conversación con los habitantes del poblado, pero le miraron de una forma que muy pronto empezó a poner a prueba la ecuanimidad de Cugel: ¡era casi como si ellos fuesen los graciosos señores y él el hediondo patán!

Por la tarde se dirigió hacia el sur, y casi a un par de kilómetros a lo largo de la orilla llegó a otro poblado. La gente era muy parecida a los habitantes de Smolod, pero sus ojos tenían una apariencia normal. Eran a todas luces industriosos; Cugel les observó mientras pescaban y cuidaban los campos.

Se acercó a un par de pescadores que regresaban al poblado, con su pesca al hombro. Se detuvieron, observando a Cugel sin demasiada benevolencia. Cugel se presentó como un viajero de paso e inquirió respecto a las tierras del este, pero los pescadores confesaron su ignorancia excepto del hecho de que la tierra era yerma, lúgubre y peligrosa.

-Soy huésped del poblado de Smolod -dijo Cugel-. Encuentro a su gente agradable, pero algo extraña. Por ejemplo, ¿por qué sus ojos son como son? ¿Cuál es la naturaleza de su aflicción? ¿Por qué se comportan con esa seguridad aristocrática en sí mismos y esa suavidad de modales?

-Los ojos son lentillas magias -afirmó el más viejo de los pescadores como de mala gana-. Permiten ver el sobremundo; ¿por qué sus portadores no deberían comportarse como señores? Así lo haré yo cuando muera Radkuth Vomin, porque heredaré sus ojos.

-¡Por supuesto! -exclamó Cugel, maravillado-. ¿Pueden esas lentillas mágicas desprenderse a voluntad y ser transferidas a quien desee su poseedor?

-Pueden, pero ¿quién cambiaría el sobremundo por esto? -el pescador hizo un gesto con el brazo abarcando el triste paisaje-. He estado porfiando durante mucho tiempo, y por fin es mi turno de probar las delicias del sobremundo. Después de eso no hay nada, y el único peligro es morir por un exceso de felicidad.

-Muy interesante -observó Cugel-. ¿Cómo puedo cualificarme para obtener un par de esas lentillas mágicas?

-Esfuérzate como hacen todos los demás en Grodz: pon tu nombre en la lista, luego porfía para proporcionar a los señores de Smolod todo lo que necesitan para vivir. Treinta y un años me he pasado sembrando y recolectando lentejas y pescando y secando la pesca sobre lentos fuegos, y ahora el nombre de Bubach Angh está en la cabeza de la lista, y tú debes hacer lo mismo.

-Treinta y un años -murmuró Cugel-. La duración del período es digna de tener en cuenta. -Y Firx se agitó inquieto, causando no poca incomodidad al hígado de Cugel.

Los pescadores prosiguieron hacia su poblado de Grodz; Cugel regresó a Smolod. Allá buscó al hombre con el que había hablado a su llegada al poblado.

-Mi señor -dijo Cugel-, como sabes, soy un viajero de lejanas tierras, atraído hasta aquí por la magnificencia de la ciudad de Smolod.

-Comprensible -gruñó el otro-. Nuestro esplendor no puede hacer sino inspirar emulación.

-¿Cuál es la fuente de las lentillas mágicas?

El viejo volvió sus hemisferios violeta hacia Cugel como si le viera por primera vez. Habló con voz hosca. -Es un asunto del que no nos gusta hablar, pero no hay peligro en hacerlo, puesto que el tema ha sido planteado. En un tiempo remoto el demonio Under-Herd envió sus tentáculos por toda la Tierra, cada uno de ellos rematado por una lentilla. Simbilis el Décimosexto venció al monstruo, que tuvo que regresar a su submundo, y las lentillas quedaron detrás. Cuatrocientas doce de esas lentillas fueron reunidas y traídas a Smolod, que por entonces eran tan espléndida como se me aparece ahora a mí. Sí, me doy cuenta que no veo más que una ilusión, pero también puedo decir que te ocurre a ti, y ¿quién es capaz de afirmar cuál de las dos es real?

-Yo no miro a través de unas lentillas mágicas Cugel.

-Cierto. -El viejo se alzó de hombros-. Es un asunto que prefiero pasar por alto. Recuerdo vagamente que vivo en una pocilga y devoro la peor de las comidas..., pero la realidad subjetiva es que vivo en un glorioso palacio y ceno espléndidas viandas entre los príncipes y las princesas que son mis pares. Eso se explica así: el demonio Under-Herd miraba desde el submundo a éste; nosotros miramos desde éste al sobremundo, que es la quintaesencia de las esperanzas humanas, anhelos visionarios y sueños beatíficos. Nosotros que vivimos en este mundo..., ¿cómo podemos pensar en nosotros mismos de otra forma que como espléndidos señores? Eso es lo que somos.

-Inspirador -exclamó Cugel-. ¿Cómo puedo obtener un par de esas lentillas mágicas?

-Hay dos métodos. Under-Herd perdió cuatrocientas catorce lentillas; nosotros controlamos cuatrocientas doce. Dos nunca fueron halladas, y evidentemente están en las profundidades del océano. Eres libre de buscarlas y quedártelas. El segundo medio es hacerte ciudadano de Grodz, y procurar a los señores de Smolod su subsistencia hasta que uno de nosotros muera, como solemos hacer no demasiado infrecuentemente.

-Tengo entendido que un tal Señor Radkuth Vomin está enfermo.

-Sí, lo está. -El hombre señaló hacia un viejo barrigudo de babosa boca colgante que permanecía sentado en medio de la porquería delante de su choza-. Puedes verlo allí tomando el sol en el jardín delantero de su palacio. El Señor Radkuth se dedicó a una serie de excesos lujuriosos que lo han agotado, pero nuestras princesas con las creaciones más encantadoras de la inspiración humana, del mismo modo que yo soy el más noble de los príncipes. Pero el Señor Radkuth libó en ellas demasiado copiosamente, y en consecuencia sufre ahora las inevitables mortificaciones. Es una lección para todos nosotros.

-¿Quizá pudiera hacer algún arreglo especial para obtener sus lentillas? -aventuró Cugel.

-Me temo que no. Tienes que ir a Grodz y esforzarte como hacen los demás. Como hice yo, en una existencia anterior que ahora me parece lejana y nebulosa... ¡Y pensar que sufrí tanto tiempo! Pero eres joven; treinta o cuarenta o cincuenta años no son demasiado tiempo para esperar.

Cugel apoyó la mano en su abdomen para aquietar las temerosas agitaciones de Firx.

-En tanto tiempo incluso el sol puede haberse apagado. ¡Mira! -Señaló mientras una sombra negra cruzaba el sol y parecía dejar una momentánea costra oscura en su superficie-. ¡Ya empieza a vacilar!

-Eres demasiado aprensivo -afirmó el otro-. Para nosotros los señores de Smolod, el sol nos obsequia con una radiación de exquisitos colores.

-Puede que eso sea cierto por el momento -dijo Cugel-, pero cuando el sol se oscurezca definitivamente, ¿entonces qué? ¿Sentiréis igual deleite en la oscuridad y el frío?

Pero el viejo ya no le escuchaba. Radkuth Vomin había caído de costado en el lodo y las inmundicias, y parecía estar muerto.

Jugueteando indeciso con su cuchillo, Cugel fue a mirar el cadáver. Un hábil corte o dos, apenas el trabajo de un momento..., y habría conseguido su objetivo. Se inclinó, pero el fugitivo momento ya había pasado. Otros señores del poblado se habían acercado y echaron a Cugel a un lado; Radkuth Vomin fue alzado y transportado del modo más solemne al hediondo interior de su choza.

Cugel contempló pensativamente desde el umbral, calculando las posibilidades de este ardid y ese otro. -¡Que traigan luces! -entonó el más viejo-. ¡Dejemos que un último fulgor rodee al Señor Radkuth en su catafalco incrustado de joyas! Que el dorado clarín suene en las torres; que las princesas vistan ropas de brocado; que sus trenzas oscurezcan los rostros del deleite que el Señor Radkuth tanto amó. ¡Y ahora velemos! ¿Quién custodiará el catafalco?

Cugel avanzó unos pasos. -Apreciaría un tal honor. El viejo agitó la cabeza.

-Éste es un privilegio reservado a sus pares. Señor Maulfag, Señor Glus: quizá vosotros dos podrías actuar en este sentido.

Los dos nombrados se acercaron al banco sobre el que reposaba el cuerpo del Señor Radkuth Vomin.

-Ahora -declaró el viejo- deben pronunciarse las exequias, y las lentillas mágicas transferidas a Bubach Angh, el más merecedor caballero de Grodz. ¿Quién, de nuevo, notificará esto al caballero en cuestión?

-De nuevo ofrezco mis servicios -dijo Cugel-, aunque sólo sea para pagar de alguna manera la hospitalidad de la que he gozado en Smolod.

-¡Bien hablado! -entonó el viejo-. Así pues, parte raudo hacia Grodz; regresa con ese caballero que, gracias a su fe y a sus devotos esfuerzos, ha merecido tal promoción.

Cugel hizo una inclinación de cabeza y echó a correr por los yermos parajes en dirección a Grodz. Al acercarse a los primeros campos cultivados empezó a avanzar más cautelosamente, moviéndose entre los matorrales y los arbustos, hasta que finalmente encontró lo que estaba buscando: un campesino removiendo la húmeda tierra con una azada.

Cugel se arrastró silenciosamente y le golpeó con una retorcida raíz a modo de maza. Le despojó de sus mejores ropas, el sombrero de cuero, las polainas y los zapatos; con el cuchillo le cortó la recia barba color paja. Lo tomó todo y echó a correr a largas zancadas de vuelta a Smolod, dejando al campesino tendido inconsciente y desnudo en el barro. En un lugar abrigado se vistió con las ropas robadas. Examinó la barba cortada con una cierta perplejidad, y finalmente, atando entre sí mechones del recio pelo pajizo, consiguió unir los suficientes para formar una aceptable barba falsa. Metió el pelo que le sobró bajo el ala del sombrero, dejando que asomara.

El sol se había puesto ya; un crepúsculo color ciruela oscurecía el paisaje. Cugel regresó a Smolod. Ante la choza de Radkuth Vomin parpadeaban lámparas de aceite, y las deformes y obesas mujeres del poblado gemían y gruñían.

Cugel avanzó cautelosamente, preguntándose qué era lo que se esperaba de él. En cuanto a su disfraz, podía probar ser efectivo o no. Hasta qué punto engañaban la percepción las lentillas violeta era un asunto dudoso; no podía hacer otra cosa más que intentarlo.

Cugel avanzó osadamente hasta la puerta de la choza. Dando a su voz el tono más bajo posible, dijo: -Estoy aquí, reverendos príncipes de Smolod: Squire Bubach Angh de Grodz, que durante treinta y un años ha traído los más escogidos y delicados alimentos al refectorio de Smolod. Ahora acudo en busca de mi elevación al rango de la nobleza.

-Como es tu derecho -dijo el viejo jefe-. Pero pareces un hombre distinto a ese Bubach Angh que durante tanto tiempo viene sirviendo a los príncipes de Smolod.

-He sido transfigurado... por el dolor ante la muerte del príncipe Radkuth Vomin y por el arrebato ante la perspectiva de mi elevación.

-Es algo comprensible. Ven, pues..., prepárate para los ritos.

-Estoy listo desde este mismo instante -dijo Cugel-. De hecho, si me das las lentillas mágicas, yo mismo me las pondré tranquilamente en un lado y me regocijaré con ellas.

El viejo jefe agitó indulgente la cabeza.

-Esto no es acorde con los ritos. Para empezar debes situarte desnudo aquí en medio del patio de armas de este poderoso castillo, y la más hermosa de las doncellas debe untarte con sustancias aromáticas. Luego viene la invocación a Eddith Bran Maur. Y luego...

-Reverendo -dijo Cugel-, concédeme una gracia. Antes de que empiecen las ceremonias, provéeme con las lentillas mágicas a fin de que pueda comprender todo el portento de la ceremonia.

El viejo jefe meditó brevemente.

-La petición no es ortodoxa, pero sí razonable. ¡Traed las lentillas!

Hubo un compás de espera, durante el cual Cugel permaneció de pie, apoyándose primero en uno, luego en el otro. Los minutos se arrastraron a su alrededor; la falsa barba le picaba intolerablemente. Y entonces, en las afueras del poblado, vio acercarse varias nuevas figuras, procedentes de la dirección de Grodz. Una de ellas era casi con toda seguridad Bubach Angh, mientras que otra parecía haber sido desprovista recientemente de su barba.

El viejo jefe apareció, llevando en cada mano una lentilla violeta.

-¡Da un paso adelante!

-Aquí estoy, señor -dijo Cugel en voz muy alta. -Ahora te aplicaré la poción que santifica la unión de la lentilla mágica con el ojo derecho.

En la parte de atrás de la multitud, Bubach Angh alzó la voz:

-¡Alto! ¿Qué está ocurriendo aquí? Cugel se volvió, apuntó con un dedo.

-¿Qué chacal es ése que interrumpe las solemnidades? ¡Sacadlo: inmediatamente!

-¡Por supuesto! -dijo el viejo jefe con tono perentorio-. Te estás deshonrando a ti mismo y a la dignidad de esta ceremonia.

Bubach Angh retrocedió unos pasos, momentáneamente acobardado.

-En vista de la interrupción -dijo Cugel-, considero que es mejor que simplemente tome en custodia las lentillas mágicas hasta que esos transgresores hayan sido adecuadamente castigados.

-No -dijo el viejo jefe-. Un tal procedimiento es imposible. -Echó unas gotas de rancio y graso aceite en el ojo derecho de Cugel. Pero entonces el campesino de la barba cortada lanzó un grito:

-¡Mi sombrero! ¡Mi camisa! ¡Mi barba! ¿Acaso no hay justicia?

-¡Silencio! -siseó la multitud-. ¡Ésta es una ceremonia solemne!

-Pero yo soy Bu...

-Inserta la lentilla mágica, señor -dijo Cugel-; ignora a esos transgresores.

-¿Transgresor, me llamas? -rugió Bubach Angh-. ¡Ahora te reconozco, bribón! ¡Detened la ceremonia!

El viejo jefe dijo inexorablemente:

-Te invisto con la lentilla derecha. Deberás mantener temporalmente este ojo cerrado para impedir una discordancia que puede confundir al cerebro y causar estupor. Ahora el ojo izquierdo. -Avanzó un paso con el ungüento, pero Bubach Angh y el campesino sin barba ya no podían ser ignorados.

-¡Detened la ceremonia! ¡Estáis haciendo noble a un impostor! ¡Yo soy Bubach Angh, el noble caballero! ¡El que tenéis ante vosotros es un vagabundo!

El viejo jefe inspeccionó a Bubach Angh con desconcertada sorpresa.

-De hecho, te pareces a ese campesino que durante treinta y un años ha estado trayéndonos carros de víveres a Smolod. Pero si tú eres Bubach Angh, entonces, ¿quién es ése?

El campesino sin barba avanzó tambaleante.

-Es el canalla sin alma que me robó las ropas de mi cuerpo y la barba de mi cara.

-Es un criminal, un bandido, un vagabundo... -¡Alto! -exclamó el viejo jefe-. Las palabras están mal elegidas. Recordad que ha sido exaltado al rango de príncipe de Smolod.

-¡En absoluto! -exclamó Bubach Angh-. Lleva uno de mis ojos. ¡Exijo el otro!

-Una situación sorprendente -murmuró el viejo jefe. Se dirigió a Cugel-: Aunque antes fueras un vagabundo y un degollador, ahora eres un príncipe, y un hombre de responsabilidad. ¿Cuál es tu opinión?

-Sugiero que nos alejemos de esos vociferantes intrusos. Luego...

Bubach Angh y el campesino sin barba, lanzando gritos de rabia, saltaron contra él. Cugel, haciendo una finta para esquivarles, no pudo controlar su ojo derecho. El párpado se abrió; en su cerebro estalló una maravilla tal de exaltación que el aliento se cortó en su garganta y su corazón casi se detuvo por la sorpresa. Pero al mismo tiempo su ojo izquierdo le mostraba la realidad de Smolod. La disonancia era demasiado enorme para ser tolerada; tropezó y cayó contra una choza. Bubach Angh saltó sobre él, blandiendo una azada, pero el viejo jefe se interpuso entre ellos.

-¿Has perdido el sentido? ¡Este hombre es un príncipe de Smolod!

-¡Es un hombre al que voy a matar, porque tiene mi ojo! ¿Acaso me he pasado treinta y un años de esfuerzos en beneficio de un vagabundo?

-Tranquilízate, Bubach Angh, si ése es tu nombre, y recuerda que las cosas no están aún completamente claras. Es posible que se haya producido un error..., indudablemente un honesto error, puesto que este hombre es ahora un príncipe de Smolod, lo cual es lo mismo que decir la justicia y la sagacidad personificadas.

-No lo era antes de que recibiera la lentilla -argumentó Bubach Angh-, que fue cuando se cometió el delito.

-No puedo ocuparme de distinciones casuísticas -respondió el viejo jefe-. En cualquier caso, tu nombre encabeza la lista y, en la próxima fatalidad...

-¿Dentro de diez o doce años? -exclamó Bubach Angh-. ¿Debo seguir trabajando para vosotros, y recibir mi recompensa en el momento en que el sol se vuelva definitivamente oscuro? ¡No, no, esto no puede ser!

El campesino desbarbado hizo una sugerencia: -Toma la otra lentilla. De esta forma tendrás al menos la mitad de tus derechos, y así impedirás que ese mangante te engañe del todo.

Bubach Angh asintió.

-Empezaré con una lentilla mágica; luego mataré al que me robó la otra y la tomaré también, y así todo estará bien.

-Un momento -dijo altaneramente el viejo jefe-. ¡Éste no es el tono adecuado con el que referirse a un príncipe de Smolod!

-¡Bah! -bufó Bubach Angh-. ¡Recordad la fuente de vuestros alimentos! Nosotros los de Grodz no vamos a trabajar en balde.

-Muy bien -dijo el viejo jefe-. Deploro tus palabras incontinentes, pero no puedo negar que tienes una cierta medida de razón. Aquí está la lentilla izquierda de Radkuth Vomin. Pasaré de la invocación, el ungüento y el peán congratulatorio. Si tienes la bondad de dar un paso adelante y abrir el ojo izquierdo..., así.

Como había hecho Cugel, Bubach Angh miró con ambos ojos y retrocedió tambaleándose, desorientado. Pero se recobró colocando la mano sobre su ojo izquierdo, y avanzó hacia Cugel.

-Ahora ves la futilidad de tu truco. Dame esta lentilla y sigue tu camino, porque nunca tendrás el uso de las dos.

-Importa muy poco -dijo Cugel-. Gracias a mi amigo Firx, me contento con una.

Bubach Angh rechinó los dientes.

-¿Pretendes engañarme de nuevo? Tu vida está llegando a su fin: ¡no soy yo solo, sino todo Grodz quien te lo garantiza!

-¡No en los límites de Smolod! -advirtió el viejo jefe-. No deben haber peleas entre príncipes: ¡decreto amistad! Vosotros dos habéis compartido las lentillas de Radkuth Vomin y ahora debéis compartir su palacio, sus ropas, sus pertenencias, sus joyas y sus rentas, hasta que llegue esa remota ocasión en la que uno de los dos muera, en cuyo caso el superviviente lo recibirá todo. Ésta es mi decisión; no hay más que decir.

-El momento de la muerte del usurpador está afortunadamente cerca -retumbó Bubach Angh-. ¡En el instante mismo en que ponga el pie fuera de Smolod, estará muerto! ¡Los ciudadanos de Grodz mantendrán su vigilancia durante cien años si es necesario!

Firx se agitó ante aquellas noticias, y Cugel hizo una mueca de dolor. Se dirigió a Bubach Angh con voz conciliadora:

-Podemos llegar a un compromiso: te cedo la totalidad de la herencia de Radkuth Vomin: su palacio, sus pertenencias, sus rentas. Yo me quedaré solamente con las lentillas mágicas.

Pero Bubach Angh no quiso saber nada de aquello. -Si valoras en algo tu vida, entrégame esa lentilla en este mismo momento.

-Imposible -dijo Cugel.

Bubach Angh se volvió y habló con el campesino sin barba, que asintió y se fue. Bubach Angh volvió a mirar a Cugel con ojos llameantes, luego se dirigió a la choza de Radkuth Vomin y se sentó en el montón de inmundicias delante de la puerta. Allá experimentó con su nueva lentilla, cerrando cuidadosamente su ojo derecho, abriendo el izquierdo para contemplar maravillado el sobremundo. Cugel pensó en aprovechar la ventaja de su ensimismamiento y se dirigió a toda prisa hacia los límites de la ciudad. Bubach Angh pareció no darse cuenta de su maniobra. ¡Ja!, pensó Cugel. ¡Iba a ser incluso demasiado fácil! ¡Dos zancadas más, y se perdería en la oscuridad!

Preparó sus largas piernas dar esos dos últimos pasos. Un ligero sonido -un gruñido, un roce, un agitar de ropas- le hizo saltar a un lado; una azada cayó como un martillo, cortando el aire en el lugar donde había estado su cabeza unos segundos antes. Al débil resplandor arrojado por las lámparas de Smolod, Cugel captó el rostro vindicativo del desbarbado campesino. Tras él apareció a toda velocidad Bubach Angh, con la enorme cabeza por delante, como un toro. Cugel lo esquivó y corrió ágilmente de vuelta hacia el centro de Smolod.

Bubach Angh regresó lentamente, con aire decepcionado, y volvió a sentarse en el mismo lugar de antes. -Nunca escaparás -le dijo a Cugel-. ¡Entrega la lentilla y conserva tu vida!

-Ni lo sueñes -respondió alegremente Cugel-. ¡Será mejor que temas más bien por tu declinante vitalidad, que se halla en más peligro que nunca!

-¡Ya basta de estas discusiones! -les llegó la voz admonitoria del viejo jefe desde su choza-. Estoy dedicado a complacer los exóticos caprichos de una hermosa princesa, y no quiero que me distraigan.

Cugel recordó las oleaginosas masas de carne, los rostros planos e inexpresivos, el enmarañado y sucio pelo, los granos y verrugas y horribles olores que caracterizaban a las mujeres de Smolod, y se maravilló una vez más del poder de las lentillas.

Bubach Angh estaba probando de nuevo la visión de su ojo izquierdo. Cugel se sentó en un banco e intentó utilizar su ojo derecho, colocando su mano ante el izquierdo...

Cugel llevaba una camisa de suaves escamas plateadas, unos ceñidos pantalones escarlata, una capa azul oscuro. Estaba sentado en un banco de mármol ante una hilera de columnas espiraladas de mármol cubiertas por plantas de oscuro follaje y blancas flores. A ambos lados los palacios de Smolod se alzaban en la noche, uno detrás del otro, con suaves luces resaltando los arcos y las ventanas. El cielo era de un suave azul oscuro, salpicado de grandes y resplandecientes estrellas: entre los palacios había jardines de cipreses, mirtilos, jazmines, laureles, tomillo; el aire estaba inundado por el perfume de las flores y la rumorosa agua. Desde algún lago llegaba el susurro de la música: un murmullo de suaves acordes, un suspiro de melodía. Cugel inspiró profundamente y se puso en pie. Dio unos pasos, avanzando por la terraza. Palacios y jardines cambiaron de perspectiva; en un prado en penumbra tres muchachas vestidas con túnicas de gasa blanca le miraron por encima del hombro.

Cugel dio otro involuntario paso y entonces, recordando la malicia de Bubach Angh, se detuvo para mirar a su alrededor. Al otro lado de la plaza se alzaba un palacio de siete pisos, y cada uno de ellos tenía su terraza jardín, con enredaderas y flores colgando de las paredes. A través de las ventanas Cugel pudo entrever lujosos muebles, lustrosos candelabros, el suave movimiento de mayordomos con librea. En el pabellón delante del palacio se erguía un hombre con aspecto de halcón, una rizada barba de oro y ropas ocres y negras, con hombreras doradas y borceguíes negros. Apoyó un pie sobre la estatua de un grifo de piedra, los brazos apoyados sobre la rodilla doblada, y miró a Cugel con una expresión de meditabundo desagrado. Cugel se maravilló: ¿podía aquel hombre ser Bubach Angh, con su rostro porcino? ¿Podía el magnífico palacio de siete pisos ser la choza de Radkuth Vomin?

Cugel cruzó lentamente la plaza y llegó al pabellón iluminado por los candelabros. Las mesas mostraban delicados platos de carnes, verduras y pasteles más allá de toda descripción; y el estómago de Cugel, alimentado solamente por madera desechada por las aguas y pez ahumado, lo empujó hacia delante. Pasó de mesa en mesa, probando bocados de cada plato y hallándolos todos de la más alta calidad.

-Debo estar devorando pescado ahumado y lentejas -se dijo Cugel a sí mismo-, pero hay mucho que decir acerca del encantamiento por el que se convierten en estas exquisiteces. De hecho, hay suertes mucho peores que pasar uno el resto de su vida aquí en Smolod.

Casi como si Firx hubiera estado anticipando el pensamiento, infligió instantáneamente al hígado de Cugel una serie de agonizantes punzadas, y Cugel maldijo amargamente a Iucounu el Mago Reidor y repitió sus votos de venganza.

Recobró su compostura y se dirigió a la zona donde los espléndidos jardines que rodeaban los palacios daban paso a un parque. Miró por encima del hombro y vio al príncipe de rostro de halcón y ropas ocres y negras acercársele, con intenciones manifiestamente hostiles. En la penumbra del parque Cugel observó otros movimientos, y creyó percibir un cierto número de guerreros armados.

Cugel regresó a la plaza, y Bubach Angh volvió de nuevo a su lugar, mirando con ojos furibundos a Cugel frente al palacio de Radkuth Vemin.

-Evidentemente -dijo Cugel en voz alta, casi dirigiéndose a Firx-, no hay forma de marcharse de Smolod esta noche. Por supuesto, me siento ansioso de llevarle la lentilla a Iucounu, pero si resulto muerto ni la lentilla ni el admirable Firx regresarán nunca a Almery.

Firx no hizo más demostraciones. Ahora, pensó Cugel, ¿dónde pasar la noche? El palacio de siete pisos de Radkuth Vomin ofrecía manifiestamente amplio y espacioso acomodo tanto para él como para Bubach Angh. En esencia, sin embargo, los dos iban a estar un tanto apretados en la choza de una sola habitación, con un único montón de cañas húmedas como camastro. Muy a su pesar, Cugel cerró el ojo derecho, abrió el izquierdo.

Smolod era como antes. El hosco Bubach Angh permanecía sentado ante la puerta de la choza de Radkuth Vomin. Cugel avanzó y le dio una patada con todas sus ganas a Bubach Angh. Éste, sorprendido, abrió ambos ojos, y los impulsos contrapuestos estallaron en su cerebro, produciéndole una parálisis. Allá en la oscuridad, el campesino desbarbado rugió y cargó a toda velocidad, azada en ristre, y Cugel abandonó su plan de degollar a Bubach Angh. Se metió dentro de la choza y cerró y atrancó la puerta.

Volvió a cerrar su ojo izquierdo y a abrir el derecho. Se halló en el magnífico vestíbulo de entrada del palacio de Radkuth Vomin, cuyo acceso estaba cerrado por un rastrillo de hierro forjado. Fuera, el príncipe de pelo dorado vestido de ocre y negro estaba levantándose con fría dignidad del pavimento de la plaza, tapándose un ojo con la mano. Alzando un brazo en un gesto de noble desafío, Bubach Angh se echó la capa al hombro y se alejó para unirse con sus guerreros.

Cugel deambuló por el palacio, inspeccionando con placer sus distintas dependencias. De no ser por las molestias que le ocasionaba Firx, no hubiera tenido ninguna prisa en emprender el peligroso viaje de regreso al valle del Xzan.

Cugel seleccionó una lujosa habitación encarada al sur, se quitó su regio atuendo para ponerse una camisa de noche de satén, se instaló en un lecho con sábanas de seda azul pálido, e instantáneamente se quedó dormido.

Por la mañana tuvo una cierta dificultad en recordar qué ojo debía abrir, y Cugel pensó que lo mejor sería fabricarse un parche para llevar encima del ojo que no quisiera utilizar en un momento determinado.

De día los palacios de Smolod eran más majestuosos todavía, y ahora la plaza estaba repleta de príncipes y princesas, todos ellos de inigualable belleza.

Cugel se vistió con un precioso atuendo negro, con un gallardo sombrero verde y sandalias verdes. Descendió al vestíbulo de la entrada, alzó el rastrillo con un gesto de mando y salió a la plaza.

No había el menor signo de Bubach Angh. Los otros habitantes de Smolod le saludaron con cortesía, y las princesas mostraron un apreciable interés hacia él, como si lo consideraran un buen partido. Cugel respondió educadamente, pero sin fervor: ni siquiera la lentilla mágica podía persuadirle contra aquellas deprimentes masas de grasa, carne, suciedad y pelo que eran las mujeres de Smolod.

Desayunó un surtido de deliciosas viandas en el refectorio, luego regresó a la plaza para estudiar su siguiente paso. Una inspección rápida de los alrededores reveló a varios guerreros de Grodz de guardia. No había perspectivas inmediatas de escape.

La nobleza de Smolod se dedicaba a sus diversiones. Algunos vagabundeaban por los prados; otros remaban en los deliciosos canales del norte. El viejo jefe, un príncipe de rostro noble y sagaz, permanecía sentado a solas en un banco de ónice, sumido en profundas meditaciones. Cugel se acercó; el viejo jefe alzó la mirada y dirigió a Cugel un saludo de comedida cordialidad.

-No estoy tranquilo con lo ocurrido -declaró-. Pese a la indudable equidad de mi juicio, y admitiendo tu inevitable ignorancia de nuestras costumbres, tengo la sensación de que se ha cometido una injusticia, y no sé como repararla.

-Me parece -dijo Cugel- que el caballero Bubach Angh, aunque indudablemente es un hombre de valía, demuestra una falta de disciplina que no encaja con la dignidad de Smolod. En mi opinión, debería permanecer aún unos cuantos años más dedicándose a sus cultivos en Grodz.

-Hay algo de cierto en lo que dices -respondió el viejo-. A veces son esenciales algunos pequeños sacrificios personales para el bienestar del grupo. Tengo la sensación de que tú, si se presentara la circunstancia, ofrecerías de buen grado tu lentilla y te enrolarías de nuevo en Grodz. ¿Qué son unos cuantos años? Pasan aleteando como mariposas.

Cugel hizo un suave gesto.

-O podría organizarse un sorteo, en el que participasen todos los que disponen de dos lentillas; quien perdiera donaría una de sus lentillas a Bubach Angh. Yo me seguiría contentando con la que tengo.

El viejo frunció el ceño.

-Bueno..., se trata de una remota posibilidad. Mientras tanto, debes participar en nuestras diversiones. Si se me permite decirlo, tienes buena planta, y algunas de las princesas no han dejado de mirar en tu dirección. Ahí, por ejemplo, está la encantadora Udela Narshag..., y allí Zokoxa la de Pétalos de Rosa, y más allá la vivaz Ilviu Lasmal. No debes sentirte cohibido; aquí en Smolod vivimos una vida sin represiones.

-El encanto de esas damas no ha escapado a mi atención -dijo Cugel-. Desgraciadamente, estoy ligado a un voto de continencia.

-¡Hombre desgraciado! -exclamó el viejo jefe-. Las princesas de Smolod no tienen par. Y observa..., ¡ahí hay otra solicitando tu atención!

-Seguro que es a ti a quien reclama -dijo Cugel, y el viejo fue a hablar con la joven en cuestión, que había llegado a la plaza conduciendo un magnífico vehículo con forma de bote y que avanzaba por medio de seis patas de cisne. La princesa permanecía reclinada en un asiento rosa y era tan hermosa que Cugel maldijo sus recuerdos, que no dejaban de proyectarle cada greña de pelo, verruga, labio inferior colgante, sudorosos sobacos y arrugas de cada una de las mujeres de Smolod en primer término de su memoria. Aquella princesa era sin lugar a dudas la esencia de un sueño: esbelta y graciosa, con una piel como crema batida, una nariz delicada, pensativos ojos luminosos, una boca de deliciosa flexibilidad. Su expresión intrigó a Cugel, pues era más compleja que la de las demás princesas: pensativa pero voluntariosa; ardiente pero insatisfecha.

Bubach Angh apareció en la plaza, armado de pies a cabeza, con peto, morrión y espada. El viejo jefe fue a hablar con él; y entonces, ante la irritación de Cugel, la princesa del bote andante le hizo un gesto de que se acercara.

Se acercó.

-¿Sí, princesa? Creo que me has saludado. La princesa asintió.

-Estaba preguntándome sobre los motivos de tu presencia en estos parajes tan septentrionales. -Hablaba con una voz clara y suave, como música.

-Estoy aquí cumpliendo una misión -dijo Cugel-; estaré poco tiempo en Smolod, y luego debo seguir hacia el sur.

-¡Qué excitante! -dijo la princesa-. ¿Cuál es la naturaleza de tu misión?

-Para ser sincero; fui traído hasta aquí por la malicia de un mago. No hallé medios de escaparme.

La princesa rió suavemente.

-Veo pocos extranjeros por aquí. Anhelo rostros nuevos y distintas formas de hablar. Quizá quieras venir a mi palacio y hablar conmigo de magia y de las extrañas circunstancias que se acumulan en la Tierra moribunda.

Cugel hizo una, rígida inclinación.

-Tu oferta es tentadora. Pero deberás acudir a otro lado; estoy ligado por un voto de continencia. Controla tu desagrado, porque se aplica no solo a ti sino también a Udela Narshag allí, a Zokox y a Ilviu Lasmal.

La princesa alzó las cejas, se reclinó en su blando asiento. Sonrió débilmente.

-Por supuesto, por supuesto. Eres un hombre duro, un hombre severo e inflexible, para rechazar a tantas implorantes mujeres.

-Éste es el caso, y así debe ser. -Cugel se volvió para hacer frente al viejo jefe, que se acercaba con Bubach Angh a sus espaldas.

-Malas noticias -anunció el viejo jefe con voz turbada-. Bubach Angh habla en nombre del poblado de Grodz. Declara que no serán proporcionadas más vituallas a Smolod hasta que se haga justicia, y por ello entienden que entregues tu lentilla a Bubach Angh y tu persona a un comité de castigo que aguarda en aquel parque. Cugel rió nerviosamente.

-¡Qué visión más distorsionada! Supongo que les habrás dicho, por supuesto, que nosotros los de Smolod comeremos hierba y destruiremos las lentillas antes que aceptar tan detestables medidas.

-Me temo que he temporizado -afirmó el viejo jefe-. Tengo la sensación de que los demás caballeros de Smolod estarán a favor de una acción más suave.

La implicación era clara, y Firx empezó a agitarse exasperado. A fin de examinar la situación de la manera más realista posible, Cugel cambió el parche de su ojo izquierdo al derecho.

Algunos ciudadanos de Grodz, armados con hoces, azadas y palos, aguardaban a una distancia de unos cincuenta metros: evidentemente se trataba del comité de castigo al que se había referido Bubach Angh. A un lado estaban las chozas de Smolod; al otro el bote andante y su princesa... Cugel miró de nuevo, atónito. El bote seguía siendo como antes, erguido sobre sus seis patas de ánade, y reclinada en su asiento de color rosa estaba la princesa..., más hermosa, si era posible, que nunca. Pero ahora su expresión, en vez de ligeramente sonriente, era fría y seria.

Cugel inspiró profundamente y echó a correr. Bubach Angh gritó una orden de alto, pero Cugel no le prestó atención. Corrió por la yerma tierra, con el comité de castigo tras sus talones.

Cugel rió alegremente. Tenía largas piernas, buen fondo; los campesinos eran rechonchos, musculosos, de aliento corto. Podía hacer fácilmente dos kilómetros por cada uno de ellos. Se detuvo un momento y se volvió para decirles adiós. El corazón se le cayó a los pies cuando vio que dos de las patas del bote andante se habían desprendido del casco y habían echado a correr tras él. Cugel siguió corriendo desesperadamente. En vano. Las patas lo alcanzaron, una por cada lado. Giraron en redondo y le obligaron a detenerse a base de patadas.

Cugel regresó hoscamente, con las patas saltando tras él. Justo antes de alcanzar el límite de Smolod metió la mano bajo el parche y se quitó la lentilla mágica. Cuando el comité de castigo iba a lanzarse sobre él lo alzó en el aire.

-¡Retroceded... o la hago pedazos!

-¡Alto! ¡Alto! -gritó agudamente Bubach Angh-. ¡No puedes hacer esto! Vamos, dame la lentilla y acepta lo que te mereces.

-Todavía no se ha decidido nada -le recordó Cugel-. El viejo jefe aún no ha dicho la última palabra. La muchacha se alzó de su asiento en el bote.

-Yo la diré; soy Derwe Coreme, de la Casa de Domber. Dame el cristal violeta, sea lo que sea.

-Ni. lo sueñes -dijo Cugel-. Toma el de Bubach Angh.

- ¡Nunca! -exclamó el caballero de Grodz.

-¿Qué? ¿Los (los tenéis una lentilla y ambos queréis las dos? ¿Qué son esos objetos tan preciosos? ¿Los lleváis como ojos? Dádmelos.

Cugel extrajo su espada.

-Prefiero correr, pero lucharé si es necesario.

-Yo no puedo correr -dijo Bubach Angh-. Prefiero luchar. -Se quitó la lentilla del ojo-. Ahora, vagabundo, prepárate a morir.

-Un momento -dijo Derwe Coreme. De una de las patas del bote brotaron delgados brazos que sujetaron las muñecas de Cugel y Bubach Angh. Las lentillas cayeron al suelo; la de Bubach Angh golpeó una piedra y se hizo añicos. El hombre aulló de pura angustia y saltó contra Cugel, que se mantuvo firme ante el ataque.

Bubach Angh no sabía nada de esgrima; tajaba y pinchaba como si estuviera limpiando pescado. La furia de su ataque, sin embargo, era enorme, y Cugel se vio en apuros para defenderse. Además de los mandobles y tajos que le lanzaba Bubach Angh, Firx estaba deplorando la pérdida de la lentilla.

Derwe Coreme había perdido interés en el asunto. El bote se alejó por el desolado terreno, avanzando más y más aprisa. Cugel lanzó un ataque con su espada, retrocedió, retrocedió de nuevo, y por segunda vez echó a correr, mientras la gente de Smolod y Grodz gritaba maldiciones a sus espaldas.

El vehículo-bote avanzaba bamboleándose a una apreciable velocidad. Sintiendo arder sus pulmones, Cugel consiguió alcanzarlo, y con un gran brinco saltó por encima de la borda v se metió dentro.

Era como había esperado. Derwe Coreme había mirado a través de la lentilla y permanecía inmóvil, alucinada. El cristal violeta reposaba en su regazo.

Cugel lo agarró, luego miró por un momento el exquisito rostro y se preguntó si se atrevería a algo más. Firx decidió que no. Además, Derwe Coreme estaba ya suspirando v volviendo la cabeza.

Cugel saltó fuera del bote, apenas a tiempo. ¿Le había visto ella? Corrió hasta un cañizal junto a un estanque y se metió en el agua. Desde allí vio como el bote se detenía mientras Derwe Coreme se ponía en pie. Buscó la lentilla por todo el asiento rosa, luego miró a su alrededor, como esperando hallar algo en el desolado paisaje. Pero la luz rojo sangre del sol en su ocaso se reflejaba en sus ojos cuando miró hacia donde estaba Cugel, y solamente vio las cañas y el reflejo del sol en el agua.

Furiosa y más hosca que nunca, puso en movimiento el bote. Echó a andar, luego a trotar, luego a galopar hacia el sur.

Cugel salió del agua, inspeccionó la lentilla mágica, la metió en su bolsa y miró hacia Smolod. Echó a andar en dirección al sur, luego se detuvo. Sacó la lentilla de la bolsa, cerró el ojo izquierdo, y ajustó la lentilla al derecho. Los palacios brotaron, piso a piso, torre tras torre, con los jardines colgando de las terrazas... Cugel hubiera seguido mirando durante mucho rato, pero Firx empezó a ponerse nervioso.

Cugel devolvió la lentilla a la bolsa y echó a andar de nuevo hacia el sur, dispuesto a emprender el largo camino de vuelta a Almery.

2
CIL

El atardecer que cruzaba los páramos del norte se extendía sobre un melancólico paisaje, lánguido como el sangrar de un animal muerto; el crepúsculo descubrió a

Cugel afanándose en cruzar unas marismas de sal. La oscura luz roja del atardecer le había engañado; caminando por las desoladas extensiones yermas, primero había encontrado humedad bajo sus pies, luego una pegajosa blandura, y ahora por todas partes había lodo, hierba de las marismas, unos cuantos alerces y sauces, charcos y cenagales que reflejaban el plomizo púrpura del cielo.

Al este había una colinas bajas; hacia ellas se encaminaba Cugel, saltando de matorral en matorral, corriendo delicadamente sobre el costroso barro. A veces fallaba al poner el pie, y caía al barro o entre podridas raíces, en cuyos momentos sus amenazas e imprecaciones hacia Iucounu el Mago Reidor alcanzaban el máximo de rencor.

El atardecer se mantuvo hasta que, tambaleándose de cansancio, alcanzó el pie de las laderas orientales, donde su situación se vio empeorada en vez de mejorar. Algunos bandidos semihumanos habían observado su aproximación y ahora se arrojaron sobre él. Un espantoso hedor alcanzó a Cugel antes incluso que el sonido de sus pasos; olvidada la fatiga, echó a correr para alejarse, y fue perseguido ladera arriba.

Una torre derrumbada se alzaba contra el cielo. Cugel se sujetó a las mohosas piedras, extrajo su espada y penetró por la abertura que en sus tiempos había sido una puerta. Dentro había silencio, el olor a polvo y piedras húmedas; Cugel se dejó caer sobre una rodilla y vio contra la línea del cielo las tres grotescas formas que le perseguían detenerse al borde de las ruinas.

Extraño, pensó Cugel, aunque beneficioso..., pese a que, en cierto modo, no dejaba de ser ominoso también. Las criaturas parecían temerle a la torre.

El último vestigio del atardecer se fue; varios portentos le hicieron saber a Cugel que la torre estaba encantada. Cerca de medianoche apareció un fantasma, llevando pálidos ropajes y una faja plateada que sostenía veinte piedras de luna sobre otras tantas varillas plateadas. Evolucionó cerca de Cugel, mirándole con sus vacías orbitas en las que un hombre podía perder sus pensamientos. Cugel se echó hacia atrás contra la pared hasta que sintió crujir sus huesos, incapaz de mover un músculo.

El fantasma dijo:

-Derriba este fuerte. Mientras quede piedra sobre piedra debo permanecer en él, aunque la Tierra se enfríe y se sumerja en la oscuridad.

-Lo haría con gusto -croó Cugel-, si no fuera porque esos de ahí fuera quieren mi vida.

-En la parte de atrás hay un pasadizo. Utiliza fuerza y astucia, luego cumple con mi petición.

-El fuerte merece ser arrasado -declaró fervientemente Cugel-. ¿Pero qué circunstancias te atan de una forma tan inflexible a este lugar?

-Están olvidadas; estoy atado. ¡Cumple con mi petición, o te maldeciré con un tedio eterno como el mío! Cugel despertó en la oscuridad, doliéndose de frío y calambres. El fantasma había desaparecido: ¿cuánto tiempo había dormido? Miró por la puerta y descubrió en el cielo oriental los colores de ?a proximidad del amanecer.

Al cabo de una interminable espera apareció el sol, enviando un llameante rayo a través de la puerta hasta el fondo de la estancia. Allá Cugel vio una escalera de piedra que descendía a un polvoriento corredor, que al cabo de cinco minutos de penoso avance le devolvió a la superficie. Desde su escondite estudió el terreno y vio a los tres bandidos, en puntos separados, cada uno oculto bajo una columna caída.

Cugel desenvainó su espada y avanzó con gran precaución. Llegó junto a la primera figura tendida y hundió el acero en el musculoso cuello. La criatura agitó los brazos, engarfió los dedos en el suelo y murió.

Cugel liberó la hoja y la secó con la piel de las ropas del cadáver. Con paso ágil y silencioso llegó detrás del segundo bandido, que al morir lanzó un gemido. El tercer bandido acudió a investigar.

Cugel saltó de su escondite y corrió hacia él. El bandido gritó, extrajo su daga y golpeó, pero Cugel saltó hacia atrás y le lanzó una pesada piedra que le hizo caer al suelo. Quedó tendido allí, haciendo muecas de odio.

Cugel avanzó con cuidado.

-Puesto que te enfrentas a la muerte, dime lo que sepas del tesoro oculto.

-No sé de ninguno -dijo el bandido-. Si hubiera alguno tú serías el último en saberlo, porque me matarás de todos modos.

-Esto no es culpa mía -dijo Cugel-. Vosotros me perseguíais, no yo a vosotros. ¿Por qué lo hacíais? -Para comer, para sobrevivir, aunque la vida y la muerte son igual de inhóspitas y las desprecio a las dos. Cugel reflexionó.

-En este caso no necesitas lamentar mi parte en la transición a la que te enfrentas ahora. La cuestión relativa a tesoros ocultos vuelve a ser relevante. ¿Quizá quieras decir algo más al respecto?

-Si, quiero decir algo más. Te mostraré mi único tesoro. -La criatura rebuscó en su bolsillo y extrajo un guijarro redondo y blanco-. Ésta es la piedra-cráneo de un grue, y en este momento tiembla con fuerza. Utilizo esta fuerza para maldecirte, para atraer hacia ti el inmediato ataque de la muerte gangrenosa.

Cugel mató rápidamente al bandido, luego lanzó un suspiro de desánimo. La noche no había traído más que dificultades.

-¡Iucounu, si sobrevivo, puedes estar seguro de que vamos a arreglar cuentas!

Cugel se volvió para examinar el fuerte. Algunas de las piedras caerían al menor contacto; otras requerirían mucho más esfuerzo. Puede que no sobreviviera para realizar la tarea. ¿Cuál eran los términos de la maldición del bandido? «...atraer hacia ti el inmediato ataque de la muerte gangrenosa». Más bien retorcido. Pero la maldición del rey fantasma no había sido menos opresiva. ¿Como había dicho? «...el tedio eterno».

Cugel se frotó la mandíbula y asintió gravemente. Alzó la voz y llamó:

-Señor fantasma, puede que no me quede para cumplir tu encargo; he matado a los bandidos y ahora me marcho. Adiós, y que los eones pasen leves para ti.

De las profundidades del fuerte llegó un gemido, y Cugel notó la opresión de lo desconocido.

-¡Activaré mi maldición! -llegó el susurro al cerebro de Cugel.

Cugel se alejó rápidamente hacia el sudeste. -Excelente; así todo está bien. El «tedio eterno» contrarresta exactamente el «inmediato ataque de la muerte», y me quedo solamente con el «gangrenoso» que, en la persona de Firx, ya me aflige ahora. Hay que usar todo el ingenio para tratar con las maldiciones.

Siguió por el yermo terreno hasta que el fuerte quedó más allá de su vista, y finalmente llegó de nuevo al mar. Miró hacia uno y otro lado de la playa, y vio un oscuro promontorio al este y otro al oeste. Descendió a la playa y echó a andar hacia el este. El mar, indolente y gris, enviaba incansablemente sus olas contra la arena, completamente lisa, sin huellas de pisadas por ninguna parte.

Cugel divisó al frente una mancha negra, que un momento más tarde probó ser un hombre viejo de rodillas, pasando la arena de la playa por un cedazo.

Cugel se detuvo para observar. El viejo le dirigió una digna inclinación de cabeza y siguió con su trabajo.

La curiosidad impulsó finalmente a Cugel a hablar. -¿Qué es lo que buscas tan concentradamente?

El viejo dejó a un lado el cedazo y se frotó los brazos. -En algún lugar a lo largo de esta playa el padre de mi bisabuelo perdió un amuleto. Durante toda su vida se dedicó a cerner la arena, con la esperanza de encontrar lo que había perdido. Su hijo, y después de él mi abuelo, luego mi padre y ahora yo, el último de la dinastía, hemos seguido haciendo lo mismo. Hemos cernido la arena durante todo el camino desde Cil, pero todavía quedan seis leguas hasta Benbadge Stull.

-Los nombres son desconocidos para mí -dijo Cugel-. ¿Qué lugar es Benbadge Stull?

El viejo señaló hacia el promontorio al oeste.

-Es un antiguo puerto, aunque ahora solamente encontrarás un rompeolas desmoronado, un viejo muelle y una o dos cabañas. Sin embargo, las barcas de Benbadge Stull llenaban antiguamente el mar, desde Falgunto hasta Mell.

-De nuevo regiones que me son desconocidas -dijo Cugel-. ¿Qué hay más allá de Benbadge Stull?

-La tierra mengua al norte. El sol cuelga bajo sobre pantanos y marismas; no puede hallarse nada excepto algunos solitarios desheredados.

Cugel dirigió su atención hacia el este.

-¿Y qué lugar es Cil?

-Todo esto es Cil, que antiguamente perteneció a la Casa de Domber. Toda grandeza ha desaparecido; lo único que queda es el antiguo palacio y un poblado. Más allá, la tierra se convierte en un bosque oscuro y peligroso, tanto se ha visto reducido nuestro reino. -El viejo agitó la cabeza y volvió a tomar el cedazo.

Cugel lo observó durante unos instantes, luego, pateando ociosamente la arena, captó un destello metálico. Se inclinó y recogió un brazalete de metal negro que resplandecía con un lustre púrpura. En torno a su circunferencia había treinta protuberancias con forma de carbúnculos, cada una de ellas rodeada por un conjunto de runas grabadas en el metal.

-¡Hey! -exclamó Cugel, mostrando el brazalete-. ¡Mira lo que he encontrado! ¡Un auténtico tesoro!

El viejo dejó a un lado cedazo y pala, se levantó lentamente. Sus ojos estaban muy abiertos. Tendió una mano. -¡Has encontrado el amuleto de mis antepasados, la Casa de Slaye! ¡Dámelo!

Cugel retrocedió unos pasos.

-¡Vamos, vamos, me haces una petición completamente irrazonable! -

-¡No, no! El amuleto es mío; haces mal reteniéndolo. ¿Quieres invalidar el trabajo de toda mi vida y de cuatro vidas antes de la mía?

-¿Por qué no te alegras de que el amuleto haya sido encontrado? -preguntó Cugel malhumoradamente-. Te ves liberado de tener que seguir buscando. Explícame, por favor, la potencia de este amuleto. Exhala una intensa magia. ¿Qué beneficios proporciona a su propietario?

-Su propietario soy yo -gruñó el viejo-. ¡Te lo imploro, sé generoso!

-Me pones en una incómoda posición -dijo Cugel-, Admito que nunca he sido dadivoso, pero no puedo considerar esto como una falta de generosidad. Si el amuleto lo hubieras encontrado tú, ¿me lo hubieras dado si yo te lo hubiera pedido?

-¡No, puesto que es mío!

-Aquí discrepamos. Reconoce que tu convicción es incorrecta. Tus ojos atestiguarán que el amuleto se halla en mis manos, bajo mi control, y en consecuencia, en pocas palabras, es propiedad mía. Apreciaría, por lo tanto, cualquier información sobre sus cualidades y modo de empleo.

El viejo agitó las manos en el aire, pateó su cedazo con tal intensidad que reventó la malla y lo envió rodando playa abajo hasta el borde del agua. Una ola lo arrastró y se lo llevó flotando; el viejo hizo un movimiento involuntario para recuperarlo, luego volvió a agitar las manos en el aire y avanzó tambaleante hacia el límite de la arena con la tierra. Cugel agitó la cabeza con aire desaprobador y se volvió para proseguir su camino hacia el este a lo largo de la playa.

Entonces se produjo un desagradable altercado con Firx, que estaba convencido de que la forma más rápida de regresar a Almery estaba hacia el este, a través del puerto de Benbadge Stull. Cugel se aferró el vientre con las manos, con un gesto de dolor.

-¡Sólo hay un camino practicable! Por tierra, hacia el sur y el este. ¿Qué importa que el océano ofrezca una ruta más directa? No hay botes a mano; ¡no es posible nadar una distancia tan grande!

Firx administró unas cuantas punzadas dubitativas, pero finalmente permitió a Cugel proseguir hacia el este a lo largo de la orilla. Allá detrás, al borde de la arena, el viejo permanecía sentado, con la pala colgando entre sus piernas, mirando fijamente al mar.

Cugel siguió playa adelante, complacido con los acontecimientos de la mañana. Examinó detenidamente el amuleto: exudaba una intensa sensación de magia, y además era un objeto de no poca belleza. Las runas, grabadas con gran habilidad y delicadeza, estaban desgraciadamente más allá de su capacidad de descifrar. Deslizó cuidadosamente el brazalete en su muñeca, y al hacerlo apretó uno de los carbúnculos. De algún lugar le llegó un gemido abismal, un sonido de profundísima angustia.

Cugel se detuvo en seco, mirando a ambos lados de la playa. Mar gris, arena pálida, matorrales de espinofex. Benbadge Stull al oeste, Cil al este, un cielo gris encima. Estaba solo. ¿De dónde había procedido aquel enorme gemido?

Con precaución, Cugel volvió a tocar el carbúnculo, y la lacerante protesta brotó de nuevo.

Fascinado, Cugel apretó otro de los carbúnculos, obteniendo esta vez un plañido de desgarradora desesperación emitido por una voz distinta. ¿Quién manifestaba a lo largo de aquella melancólica orilla, una disposición tan fútil? Fue apretando uno a uno los carbúnculos, y consiguió todo un concierto de lamentos que recorrían la escala entera de la angustia y el dolor. Cugel examinó críticamente el amuleto. Más allá de la evocación de lamentos y sollozos, no mostraba ningún poder obvio, y Cugel empezó a sentirse cansado de aquello.

El sol alcanzó su cenit. Cugel aplacó su hambre con algas, que convirtió en nutritivas frotándolas contra el amuleto que Iucounu le había proporcionado para aquella finalidad. Mientras comía, creyó oír voces y charloteantes risas, tan indistintas que podían ser en realidad el sonido de la resaca. Una lengua de roca penetraba en el océano cerca de allí; escuchando cuidadosamente, Cugel descubrió que las voces procedían de aquella dirección. Eran claras e infantiles, y sonaban con una alegría inocente.

Avanzó cautelosamente hacia la roca. En su extremo, allá donde se alzaba el océano y las oscuras aguas golpeteaban una y otra vez, había pegadas a la roca cuatro grandes conchas. Ahora estaban abiertas; de ellas brotaban otras tantas cabezas, unidas a hombros y brazos desnudos. Las cabezas eran redondas y agraciadas, con suaves mejillas, ojos grisazulados, mechones de cabello pálido. Las criaturas hundían sus dedos en el agua, y de las gotas extraían hilos que tejían diestramente en una tela fina y suave. La sombra de Cugel cayó sobre el agua; instantáneamente las conchas se cerraron y las criaturas desaparecieron dentro.

-¿Qué ocurre? -exclamó alegremente Cugel-. ¿Siempre os encerráis dentro de vosotras mismas a la vista de un rostro extraño? ¿Tan temerosas sois? ¿O simplemente tímidas?

Las conchas siguieron cerradas. La oscura agua remolineaba junto a la prominencia.

Cugel se acercó otro paso, se acuclilló, e inclinó la cabeza hacia un lado.

-¿O quizá sois orgullosas? ¿Por eso os retiráis, por desdén? ¿O tal vez carecéis de gracia?

De nuevo ninguna respuesta. Cugel siguió en la misma postura y empezó a silbar, desgranando una melodía que había oído en la feria de Azenomei.

Finalmente la concha del extremo más alejado de la roca se abrió una rendija, y unos ojos le miraron desde la abertura. Cugel silbó una o dos tonadas más, luego habló de nuevo:

-¡Abrid vuestras conchas! ¡Aquí aguarda un extranjero, ansioso por saber el camino a Cil y algunos otros asuntos de importancia!

Otra concha se abrió una rendija; otro par de ojos brillaron en la oscuridad interior.

-Quizá seáis ignorantes -se burló Cugel-. Quizá no sepáis nada excepto el color de los peces y la humedad del agua.

La concha más apartada se abrió un poco más, lo suficiente para mostrar el indignado rostro en su interior. -¡No somos en absoluto ignorantes!

-Ni indolentes, ni carentes de gracia, ni desdeñosas -exclamó la segunda.

-¡Ni temerosas! -añadió la tercera. Cugel asintió juiciosamente.

-Todo eso es posible. ¿Pero por qué os escondisteis tan bruscamente ante mi simple presencia?

-Así es nuestra naturaleza -dijo la primera criatura-concha-. Algunos seres del mar se sentirían felices atrapándonos desprevenidas, y es prudente refugiarse primero e investigar luego.

Las cuatro conchas volvían a estar ahora abiertas, aunque ninguna tan completamente como cuando Cugel se había aproximado.

-Decidme -preguntó-, qué podéis contarme de Cil? ¿Son bien recibidos los extranjeros, o echados a cajas destempladas? ¿Puede encontrarse algún albergue, o el caminante debe dormir en una cuneta?

-Tales cuestiones se hallan más allá de nuestro conocimiento específico -dijo la primera criatura-concha. Abrió completamente su concha y extrajo unos pálidos hombros y brazos-. La gente de Cil, si los rumores del mar son correctos, es retraída y suspicaz, incluido su gobernante, que no es más que una chica de la antigua Casa de Domber.

-Ahí viene el viejo Slaye -dijo otra-. Voy vuelve temprano a su cabaña.

Otra rió con disimulo.

-Slaye es viejo; nunca encontrará, su amuleto, y así la Casa de Domber gobernará Cil hasta que el sol se apague definitivamente.

-¿Qué es todo esto? -preguntó Cugel ingenuamente-. ¿De qué amuleto habláis?

-Durante todo el tiempo que recuerda nuestra memoria -explicó una de las criaturas-concha-, el viejo Slaye ha estado cerniendo la arena, y su padre lo hizo antes que él; y otros Slave lo hicieron mucho antes a lo largo de los arios. Buscan un brazalete de metal, con el que esperan recuperar sus antiguos privilegios.

-Una fascinante leyenda -dijo Cugel con entusiasmo-. ¿Cuáles son los poderes del amuleto, y cómo pueden activarse?

-Seguramente Slave podría darte esta información -dijo dubitativamente una.

No, porque es hosco y taciturno -declaró otra-. ¡Recordad la irritada manera con que arroja paletadas de arena sin causa justificada!

-¿No puede obtenerse información en ningún otro lugar? -preguntó ansiosamente Cugel-. ¿Ningún rumor en el mar? ¿Ninguna antigua tableta o jeroglífico?

Las criaturas-concha rieron alegremente. -Preguntas con tanta ansiedad que pareces el propio Slaye. Esa información es desconocida para nosotras. Ocultando su decepción, Cugel hizo más preguntas, pero las criaturas eran ingenuas e incapaces de mantener su atención fija en un solo asunto. Mientras Cugel escuchaba, se pusieron a discutir sobre los movimientos de las aguas del océano, el sabor de las perlas, el carácter elusivo de cierta criatura marina que habían observado el día antes. Al cabo de unos minutos Cugel volvió de nuevo la conversación a Slaye y el amuleto, pero las criaturas-concha se mostraron una vez más vagas, casi infantiles en la inconsecuencia de su charla. Parecieron olvidar a Cugel y, sumergiendo sus dedos en el agua, extrajeron pálidos hilos de las gotas. Algunas conchas y caracolas habían suscitado su desaprobación por su osadía, y luego discutieron acerca de una gran urna que yacía en el fondo del mar, algo lejos de la costa.

Cugel se cansó finalmente de la conversación y se puso en pie, con lo cual las criaturas-concha le dedicaron de nuevo su atención.

-¿Ya te vas tan pronto? Justo cuando íbamos a preguntarte la razón de tu presencia; pasa muy poca gente por la Gran Playa Arenosa, y pareces un hombre que ha viajado hasta muy lejos.

-Eso último es correcto -dijo Cugel-, y aún he de viajar más lejos todavía. Observad el sol: empieza a descender por la curva occidental del horizonte, y esta noche querría albergarme en Cil.

Una de las criaturas-concha alzó sus brazos y desplegó una fina prenda que había tejido de hilos de agua. -Te ofrecemos esta prenda como regalo. Pareces un hombre sensible y puede que necesites protección contra el viento y el frío. -Le lanzó la prenda a Cugel. Éste la examinó, maravillándose de la suavidad de la tela y de su reluciente brillo.

-Os doy las gracias -dijo-. Es una generosidad"' más allá de lo que esperaba. -Se la puso, pero inmediatamente volvió a convertirse en agua y Cugel quedó empapado. Las cuatro criaturas en sus conchas se echaron a reír ruidosa y alegremente, y cuando Cugel volvió a adelantarse, furioso, cerraron de golpe sus conchas.

Cugel pateó la concha de la criatura que le había arrojado la prenda, haciéndose daño en el pie y maldiciendo de rabia. Alzó una pesada roca y la arrojó contra la con

cha, aplastándola. Arrancó la chillante criatura y la lanzó en mitad de la playa, donde quedó tendida mirándole, una cabeza y unos pequeños brazos unidos a unas pálidas entrañas.

-¿Por qué me tratas así? -preguntó con una débil voz-. Has estado a punto de arrancarme la vida, y no tengo otra.

-Así aprenderás a no gastar más bromas pesadas -declaró Cugel-. Observa cómo me has calado hasta los huesos.

-Fue solamente una pequeña travesura; algo que no tenía importancia -dijo la criatura-concha con voz que se desvanecía-. Nosotras las de las rocas conocemos muy poca magia, pero a mí se me ha dado el poder de maldecir, y ésta es la maldición que pronuncio ahora: así pierdas lo que más desea tu corazón, sea cual sea su naturaleza; así te veas privado de ello antes de que haya transcurrido un solo día.

-¿Otra maldición? -Cugel agitó la cabeza, descontento-. Ya he recibido dos maldiciones hoy; ¿tengo que verme infligido por otra?

-Ésta maldición no podrás evitarla -susurró la criatura-concha-. Es el último acto de mi vida.

-La malicia es una cualidad que hay que deplorar -dijo Cugel malhumoradamente-. Dudo de la eficacia de tu maldición; sin embargo, sería juicioso por tu parte que limpiaras el aire de este rencor y volvieras a ganar así mi buena opinión.

Pero la criatura-concha no dijo nada más. Se disolvió en un humeante barrillo que fue absorbido inmediatamente por la arena.

Cugel echó a andar de nuevo por la playa, meditando en cómo eludir mejor las consecuencias de la maldición de la criatura-concha.

-Hay que utilizar el talento para combatir las maldiciones -dijo por segunda vez-. Soy conocido corno Cugel el Astuto; por algo será. -Pero no se le ocurrió ninguna estratagema, y siguió caminando por la playa pensando en todos los aspectos del asunto.

El promontorio del este se hacía más nítido por momentos. Cugel vio que estaba envuelto por altos y oscuros árboles, por entre los que se apreciaba lo que parecían ser blancos edificios.

Slaye se dejó ver una vez más, corriendo arriba y abajo por la playa como alguien que ha perdido los sentidos. Se acercó a Cugel y cayó de rodillas.

-¡El amuleto, te lo suplico! Pertenece a la Casa e Slaye; ¡nos otorgó el gobierno de Cil! ¡Dámelo, y cumpliré el deseo que pida tu corazón!

Cugel se detuvo en seco. ¡Aquella era una buena paradoja! Si le entregaba el amuleto, Slaye le traicionaría a todas luces, o al menos no cumpliría con su promesa..., si había que creer en el poder de la maldición. Por otra parte, si Cugel retenía el amuleto, perdería lo que más deseara su corazón en un grado no menor -admitiendo el poder de la maldición-, pero el amuleto seguiría siendo suyo.

Slaye interpretó mal su vacilación, considerándola una señal de adquiescencia.

-¡Te haré grande del reino! -exclamó con voz fervorosa-. Obtendrás una barcaza llena de marfil tallado, y doscientas doncellas te servirán en lo que quieras; tus enemigos serán arrojados a un caldero girante..., ¡sólo tienes que darme el amuleto!

-¿Tanto poder confiere este amuleto? -inquirió Cugel-. ¿Es posible conseguir todo esto?

-¡Por supuesto, por supuesto -exclamó Slaye-, cuando uno puede leer las runas!

-Bien -dijo Cugel-. Entonces, ¿cuál es su importe? Slaye lo miró con aire disgustado.

-Eso no puedo decirlo; ¡tengo que conseguir el amuleto!

Cugel hizo un floreo con su mano, en un gesto despectivo.

-Te niegas a satisfacer mi curiosidad; ¡yo a mi vez acuso tu arrogante ambición!

Slaye se volvió para mirar hacia el promontorio, donde las paredes blancas resplandecían entre los árboles.

-Comprendo. ¡Pretendes gobernar tú mismo Cil! Había perspectivas menos deseables, pensó Cugel, y Firx, captando algo de aquello, efectuó una pequeña constricción de aviso. Lamentándolo, Cugel dejó a un lado el proyecto; de todos modos, sugería un medio de anular la maldición de la criatura-concha.

-Si he de verme privado del deseo de mi corazón -se dijo Cugel-, sería prudente fijarme una nueva meta, un nuevo y ferviente entusiasmo, al menos para el espacio de un día. En consecuencia aspiro a gobernar Cil, lo cual pasa a ser ahora el deseo de mi corazón.

De modo que, para no despertar la vigilancia de Firx, dijo en voz alta:

-Tengo intención de utilizar este amuleto para conseguir fines muy importantes. Entre ellos puede que esté el gobierno de Cil, al cual creo que tengo derecho en virtud de mi amuleto.

Slaye dejó escapar una seca y sardónica risa. -Primero tienes que convencer a Derwe Coreme de tu autoridad. Ella pertenece a la Casa de Domber, lúgubre y caprichosa; apenas parece una niña, pero manifiesta la pensativa indiferencia de un grue del bosque. Cuídate de Derwe Coreme: ¡ordenará que tú y mi amuleto seáis arrojados a lo más profundo del océano!

-Si tu temor alcanza hasta este punto -dijo ásperamente Cugel-, entonces instrúyeme sobre el uso del amuleto, e impediré esa calamidad.

Pero Slaye agitó testarudo la cabeza.

-Las deficiencias de Derwe Coreme son bien conocidas; ¿por qué cambiarlas por los excesos extraños de un vagabundo?

Aquellas palabras hicieron a Slaye merecedor de un tremendo bofetón que lo envió rodando al suelo. Cugel siguió caminando a lo largo de la orilla. El sol estaba a punto de ser tragado por el mar; apresuró el paso, ansioso por hallar cobijo antes de que se hiciera oscuro. Llegó finalmente al extremo de la playa. El promontorio se erguía ante él, con los altos y oscuros árboles aún por encima de su cabeza. Una

Librodot

balaustrada que rodeaba los jardines se mostraba intermitentemente por entre el follaje; un poco más abajo, una glorieta encolumnada dominaba el océano al sur. ¡Grandeza, por supuesto!, pensó Cugel, y examinó el amuleto con renovada atención. El nuevo deseo temporal de su corazón, gobernar sobre Cil, no podía haber sido más oportuno. Y Cugel se preguntó si no debería buscar aún otro..., una aspiración a dominar la ciencia de la cría de animales, por ejemplo, o un ansia compulsiva de ser un maestro en exóticas hazañas... Reluctante, Cugel olvidó aquellos planes. En cualquier caso, la efectividad de la maldición de la criatura-concha aún no era segura.

Un sendero abandonaba la playa para serpentear entre arbustos y olorosos matorrales; dinfianas, heliotropos, membrillos negros, olus, macizos de gotas de estrellas de largos tallos, umbrosas verbéricas, amanitas en flor. La playa se convirtió en una cinta que se desvanecía en el amarronado atardecer, y el promontorio de Benbadge Stull ya no era visible. El sendero se niveló, atravesó un denso bosquecillo de laureles y desembocó en un óvalo lleno de hierbas, un lugar que en otro tiempo debía haber sido un campo de desfiles o ejercicios.

En su límite izquierdo había una alta pared de piedra, partida por un gran pórtico ceremonial que mostraba en lo alto un emblema heráldico de gran antigüedad.

Las puertas estaban abiertas de par a un gran paseo de losas de mármol de más de un kilómetro de longitud que conducía al palacio: una elaborada estructura de varios pisos, con un techo de bronce verde. Una terraza se extendía a todo lo largo de la parte frontal del palacio; paseo y terraza estaban unidas por una amplia escalinata. El sol había desaparecido ya; la oscuridad descendía del cielo. Sin otro refugio en perspectiva, Cugel se encaminó hacia el palacio.

El paseo había sido en su tiempo una obra de monumental elegancia, pero ahora se hallaba en un estado de abandono que el crepúsculo adornaba con una melancólica belleza. A derecha e izquierda había elaborados jardines ahora descuidados y llenos de hierbas. Urnas de mármol festoneadas con guirnaldas de cornalina y jade flanqueaban el paso; entre ellas se extendía una línea de pedestales un poco más altos que un hombre. Cada uno de ellos sostenía un busto, identificado por una inscripción en runas que Cugel reconoció eran similares a las talladas en el amuleto. Los pedestales estaban separados cinco pasos los unos de los otros, y se alineaban en todo el kilómetro hasta la terraza. Las facciones de los primeros estaban desdibujadas por el viento y la lluvia hasta el punto que los rostros apenas eran discernibles; a medida que Cugel avanzaba, los rasgos empezaron a verse más claramente. Pedestal tras pedestal, busto tras busto; cada rostro miró brevemente a Cugel mientras éste avanzaba hacia el palacio. El último de la serie, oculto a la fundente luz, mostraba a una mujer joven. Cugel se detuvo en seco: era la muchacha del bote andante que había encontrado en las tierras del norte: Derwe Coreme, de la Casa de Domber, gobernadora de Cil.

Asaltado por las dudas, Cugel hizo una pausa para estudiar el enorme portal. No se había separado de Derwe Coreme en términos amistosos precisamente; de hecho, cabía esperar que ella le guardara un fuerte resentimiento. Por otra parte, en su primer encuentro ella lo había invitado a su palacio, utilizando un lenguaje de indudable calidez; era posible que su resentimiento hubiera desaparecido, dejando solamente la calidez. Y Cugel, recordando su notable belleza, halló estimulante la perspectiva de un segundo encuentro.

¿Pero y si ella aún seguía resentida? Era posible que consiguiera impresionarla con el amuleto, siempre que no insistiera en que Cugel le demostrara su uso. Si tan sólo supiera cómo leer las runas, todo sería mucho más sencillo. Pero puesto que ese

conocimiento no podía serle extraído a Slave, tenía que buscarlo en algún otro lugar, lo cual significaba prácticamente dentro del palacio.

Se detuvo ante una baja escalinata que conducía a la terraza. Los peldaños de mármol estaban cuarteados; la balaustrada a lo largo de la terraza manchada por musgos y líquenes: una circunstancia que la semioscuridad del crepúsculo investía con una melancólica grandeza. El palacio más allá parecía hallarse en condiciones algo mejores. Una arcada extremadamente alta brotaba de la terraza, con esbeltas columnas aflautadas y un entablamiento elaboradamente tallado cuyo dibujo Cugel no pudo discernir en la semioscuridad. Al fondo de la arcada había altas ventanas también en arco, mostrando débiles luces, y el gran portal.

Cugel ascendió la escalinata, asaltado por renovadas dudas. ¿Y si Derwe Coreme se reía de sus pretensiones y le desafiaba a lo peor? ¿Qué entonces? Gruñidos y protestas puede que no fuesen suficientes. Cruzó la terraza con pasos lentos, sintiendo que su optimismo se desvanecía mientras avanzaba, y se detuvo bajo la arcada; quizá, después de todo, fuera prudente buscar refugio en algún otro lugar. Pero miró por encima del hombro y creyó ver una alta figura inmóvil acechando entre los pedestales. Olvidó buscar refugio en otro lugar y caminó rápidamente hacia la alta puerta: si se presentaba humildemente quizá pudiera eludir que Derwe Coreme reparase en él. Se produjo un furtivo ruido en la escalinata. Cugel golpeó con urgencia la aldaba. El sonido reverberó en el interior del palacio.

Pasó un minuto, y Cugel creyó oír más sonidos a su espalda. Golpeó otra vez, y de nuevo el sonido creó ecos en el interior del edificio. Se abrió una mirilla y un ojo inspeccionó a Cugel con cuidado. El ojo se desplazó hacia arriba; apareció una boca.

-¿Quién eres? -dijo la boca-. ¿Qué deseas? -La boca se corrió hacia un lado, dejando sitio a una oreja. -Soy un viajero, deseo refugio para la noche, y aprisa, porque hay alguien acercándose.

El ojo reapareció, miró atentamente la terraza, luego volvió a enfocarse en Cugel-.

-¿Cuáles son tus cualidades, dónde están tus certificaciones?

-No tengo ninguna -dijo Cugel. Miró por encima del hombro-. Preferiría discutir este asunto dentro, puesto que la criatura de la que he hablado antes está subiendo los escalones hacia la terraza.

La mirilla se cerró de golpe. Cugel se quedó contemplando la inmóvil puerta. Golpeó de nuevo el llamador, mirando hacia atrás, a la oscuridad. La puerta se entreabrió con un chirrido. Un pequeño y fornido hombrecillo con una librea púrpura le hizo un gesto.

-Dentro, aprisa.

Cugel no se hizo repetir la indicación y se deslizó rápidamente por la abertura, que el mayordomo se apresuró a cerrar de nuevo y a asegurar con tres pasadores de hierro.

En el momento que lo hacía hubo un crujido y una presión contra la puerta.

El mayordomo dio alegremente un golpe a la hoja con el puño.

-He vencido de nuevo a la criatura -dijo con satisfacción-. Si llego a ser un poco menos rápido, hubiera conseguido echársete encima, para mi aflicción tanto como para la tuya. Ésta es ahora mi nueva diversión, privar a la criatura de sus placeres.

-Me parece muy bien -dijo Cugel, respirando pesadamente-. ¿Qué clase de ser es?

El mayordomo le dio a entender elocuentemente su ignorancia.

Librodot

-No se sabe nada definido. Ha aparecido muy recientemente, para merodear por la noche entre las estatuas. Su comportamiento es a la vez vampírico y desusadamente lascivo, y algunos de mis asociados han tenido en ello causa de queja; de hecho, todos están muertos a causa de sus odiosos actos. De modo que ahora, para divertirme, incito a la criatura y luego la frustro. -El mayordomo retrocedió unos pasos para examinar a Cugel con atención-. ¿Y qué hay contigo? Tus modales, la inclinación de tu cabeza, el movimiento de tus ojos de un lado para otro, denotan inquietud e impredecibilidad. Espero que mantengas refrenadas estas cualidades, si realmente existen.

-En este momento -dijo Cugel- mis deseos son simples: un rincón, un camastro, un bocado para cenar. Si se me proporciona esto, descubrirás que soy la benevolencia personificada; de hecho, te ayudaré en tu diversión; juntos buscaremos estratagemas para lanzar cebos a esa criatura de ahí fuera.

El mayordomo asintió con la cabeza.

-Tus necesidades serán proveídas. Puesto que eres un viajero que viene de lejos, nuestro gobernante deseará hablar contigo, e incluso puede que extienda su bondad hacia concesiones más espléndidas que tus mínimas peticiones.

Cugel se apresuró a rechazar tamaña ambición.

-Soy de escasa calidad; mis ropas están manchadas, mi persona hiede; mi conversación consiste en insípidas trivialidades. Mejor no molestar al gobernante de Cil.

-Repararemos las deficiencias que podamos-dijo el mayordomo-. Sígueme, por favor.

Condujo a Cugel por corredores iluminados por fanales, y finalmente entraron en una serie de apartamentos. -Aquí puedes asearte; haré que tus ropas sean cepilladas y mientras tanto te traeré otras limpias.

Cugel se desvistió, reluctante. Se bañó, peinó la suave mata negra de su pelo, se afeitó la barba, frotó su cuerpo con aceite aromático. El mayordomo le trajo ropas limpias y Cugel, sintiéndose mucho más refrescado, se vistió. Mientras se ponía la chaqueta tocó por casualidad el amuleto de su muñeca, presionando uno de los carbúnculos. Desde lo más profundo del suelo brotó un lamento de profundísima angustia.

El mayordomo dio un aterrado salto y sus ojos se posaron en el amuleto. Se lo quedó mirando con la boca muy abierta de asombro, luego se volvió obsequioso.

-Mi querido señor, si me hubiera dado cuenta de tu identidad, te hubiera conducido a los apartamentos nobles y traído las ropas más finas.

-No me quejo-dijo Cugel-, aunque debo reconocer que la ropa estaba un tanto rancia. -Para subrayar sus palabras palmeó burlonamente uno de los carbúnculos de su muñeca, y el lamento correspondiente hizo que las rodillas del sirviente entrechocaran.

-Te suplico que comprendas -gimió.

-No digas más -respondió Cugel-. En realidad, esperaba visitar el palacio de incógnito, por así decirlo, a fin de ver cómo son llevados los asuntos.

-Esto es juicioso -admitió el sirviente-. Indudablemente desearás echar a Sarman el chambelán y a Bilbab el segundo cocinero cuando sus corrupciones salgan a la luz. En cuanto a mí, cuando tu liderazgo devuelva a Cil a su antiguo esplendor, quizá te acuerdes de una modesta sinecura para Yodo, el más leal y cooperativo de tus servidores.

Cugel hizo un gesto de asentimiento.

-Si tal acontecimiento llega a producirse, y es el deseo más ferviente de mi corazón, no serás olvidado. Por el momento deseo permanecer tranquilo en este apartamento. Puedes traerme una cena adecuada, y acompáñala con una variedad de vinos seleccionados.

Yodo hizo una reverencia que barrió el suelo.

-Como tu excelencia ordene. -Se fue. Cugel se relajó en el diván más confortable de la habitación y se dedicó a estudiar el amuleto que tan rápidamente había despertado la fidelidad de Yodo. Las runas, como antes, eran inescrutables; los carbúnculos no producían más que gemidos, los cuales, aunque entretenidos, eran de poca utilidad práctica. Cugel probó todo tipo de exhortaciones, compulsiones, rigores y órdenes que su escaso conocimiento de la magia le proporcionaban, sin el menor resultado. Yodo regresó al apartamento, pero sin la cena que Cugel había ordenado.

-Mi señor -dijo-, tengo el honor de transmitirte una invitación de Derwe Coreme, antigua gobernante de Cil, que espera que te reúnas con ella para el banquete de la noche.

-¿Cómo es eso posible? -inquirió Cugel-. Ella no tiene ninguna información de mi presencia aquí; si no recuerdo mal, te di instrucciones específicas al respecto. Yodo hizo otra reverencia escoba.

-Naturalmente, te obedecí, señor. Los ardides de Derwe Coreme escapan a mi comprensión. De alguna forma ha sabido de tu presencia, de modo que ha transmitido la invitación que acabas de oír.

-Muy bien -dijo hoscamente Cugel-. Ten la bondad de indicarme el camino. ¿Le mencionaste a ella mi amuleto?

-Derwe Coreme lo sabe todo -fue la ambigua respuesta de Yodo-. Por aquí, mi señor, te lo ruego.

Condujo a Cugel a lo largo de viejos corredores, a través de una alta y estrecha arcada, hasta un gran salón. A ambos lados había una hilera de lo que parecían ser hombres de armas con armaduras de cobre y cascos de hueso y azabache formando cuadros; había cuarenta en total, pero solamente seis armaduras estaban ocupadas por hombres vivos, mientras que las otras estaban colgadas de perchas. Atlantes exageradamente alargados y de rostros grotescamente distorsionados sostenían las vigas ennegrecidas por el humo; una hermosa alfombra de círculos verdes concéntricos sobre fondo negro cubría el suelo.

Derwe Coreme estaba sentada al fondo de una mesa circular, tan masiva que le daba más que nunca el aspecto de una niñita, una meditativa y terca niñita de delicadísima belleza. Cugel se acercó con aspecto confiado, se detuvo e hizo una corta reverencia. Derwe Coreme lo inspeccionó con hosca resignación, y sus ojos se posaron en el amuleto. Lanzó un profundo suspiro.

-¿A quién tengo el privilegio de dirigirme?

-Mi nombre no tiene importancia -dijo Cugel-. Puedes dirigirte a mí como «Eminente».

Derwe Coreme se alzó indiferente de hombros. -Como quieras. Creo recordar tu rostro. Te pareces a un vagabundo al que recientemente ordené que azotaran. -Soy ese vagabundo -dijo Cugel-. No puedo decir que tu conducta no haya dejado en mí un residuo de resentimiento, de modo que ahora estoy aquí para pedir una explicación. -Y Cugel tocó un carbúnculo, evocando un gemido tan desolado y desgarrador que la cristalería retembló sobre la mesa.

Derwe Coreme parpadeó y su boca colgó fláccida. Habló á regañadientes.

-Parece que mis acciones fueron un tanto inoportunas. No capté tu eminente condición, yo creí que eras solamente el bribón que tu apariencia sugería.

Cugel avanzó unos pasos, puso su mano bajo la pequeña y puntiaguda barbilla y volvió el exquisito rostro.

-Pero me invitaste a visitarte a ti y a tu palacio. ¿Recuerdas eso?

Derwe Coreme asintió a regañadientes.

-Bien -dijo Cugel-. Aquí estoy.

Derwe Coreme sonrió, y por un breve período de tiempo se volvió atractiva.

-Sí, aquí estás, y mendigo, vagabundo o cual sea tu naturaleza, llevas el amuleto por el que la Casa de Slaye gobernó durante doscientas generaciones. ¿Eres de esa casa?

-A su debido tiempo me conocerás bien -dijo Cugel-. Soy un hombre generoso, aunque dado a los caprichos, y si no fuera por un tal Firx... Bien, dejémoslo. Tengo hambre, y te invito a compartir el banquete que le encargué al excelente Yodo que dispusiera ante mí. Si tienes la amabilidad de correrte un lugar o dos hacia un lado, podré sentarme.

Derwe Coreme vaciló, ante lo cual la mano de Cugel se dirigió sugerentemente hacia el amuleto. La muchacha se trasladó con presteza, y Cugel se acomodó en el asiento que ella había dejado libre. Golpeó la mesa con los nudillos.

-¿Yodo? ¿Dónde está Yodo?

-¡Estoy aquí, Eminente!

-Trae el banquete: ¡lo mejor que tenga este lugar para ofrecer!

Yodo hizo una inclinación, se marchó apresuradamente, y a los pocos momentos apareció una hilera de lacayos trayendo bandejas y jarras, y un banquete que era mucho más de lo que Cugel había pedido fue dispuesto sobre la mesa.

Cugel adelantó el talismán que le había proporcionado Iucounu el Mago Reidor, que no sólo convertía los desechos orgánicos en alimentos sino que también lanzaba un repiqueteo de advertencia en presencia de sustancias venenosas. Los primeros platos eran irreprochables, y Cugel comió con placer. Los viejos vinos de Cil eran igualmente benéficos, y Cugel bebió liberalmente en copas de negro cristal, incrustadas con cinabrio y marfil y turquesas y madreperlas.

Derwe Coreme jugueteó con su comida y apenas sorbió su vino, estudiando pensativamente a Cugel todo el tiempo. Fueron traídas más exquisiteces, y entonces Derwe Coreme se inclinó hacia delante.

-¿Realmente tienes intención de gobernar Cil? -¡Ese es el deseo de mi corazón! -declaró fervientemente Cugel.

Derwe Coreme se acercó más a él.

-Entones, ¿me tomarás como tu consorte? Di que sí; te sentirás más que contento.

-Veremos, veremos -dijo Cugel expansivamente-. Esta noche es esta noche, mañana será mañana. Habrá muchos cambios, eso es seguro.

Derwe Coreme sonrió débilmente y le hizo un signo con la cabeza a Yodo.

-Trae el vino más viejo de nuestras cosechas..., beberemos a la salud del nuevo Señor de Cil.

Yodo asintió y trajo una empañada botella llena de polvo y telarañas, que decantó con la mayor solicitud y sirvió en copas de cristal. Cugel alzó su copa, y el talismán zumbó su advertencia. Cugel depositó secamente la copa y observó mientras Derwe Coreme alzaba la suya a los labios. Tendió la mano, cogió la copa, y el

talismán zumbó de nuevo. ¿Veneno en ambas? Extraño. Quizá ella no pretendiera beber. Quizá había ingerido ya un antídoto.

Cugel hizo una seña a Yodo.

-Otra copa, por favor..., y la botella. -Cugel sirvió una tercera ración, y el talismán señaló de nuevo peligro. Cugel dijo-: Aunque hace muy poco que conozco al excelente Yodo, ¡lo promuevo desde este mismo momento al puesto de Mayordomo de Palacio!

-Eminente -tartamudeó Yodo-, es realmente un señalado honor.

-¡Entonces bebe de esta antigua cosecha, para solemnizar esta nueva dignidad!

Yodo hizo una profunda inclinación.

-Con la más profunda gratitud, Eminente. -Alzó la copa y bebió. Derwe Coreme observó indiferente. Yodo volvió a dejar la copa, frunció el ceño, se estremeció convulsivamente, volvió una sorprendida mirada a Cugel, cayó sobre la alfombra, gritó, se retorció y quedó inmóvil.

Cugel inspeccionó ceñudamente a Derwe Coreme. Ella parecía tan sorprendida como lo había parecido Yodo. Se volvió para mirarle.

-¿Por qué has envenenado a Yodo?

-Fue cosa tuya -dijo Cugel-. ¿No ordenaste que pusieran veneno en el vino?

-No.

-Debes decir: «No, Eminente.»

-No, Eminente.

-Si tú no lo hiciste..., ¿quién, entonces?

-Estoy perpleja. Quizá el veneno iba destinado a mí.

-O a ambos. -Cugel hizo una seña a uno de los lacayos-. Retirad el cuerpo de Yodo.

El lacayo llamó a un par de sirvientes encapuchados, que se llevaron fuera al infortunado mayordomo.

Cugel tomó las copas de cristal y observó el ambarino líquido, pero no comunicó sus pensamientos. Derwe Coreme se reclinó en su silla y lo estudió largamente.

-Estoy desconcertada -dijo al fin-. Eres un hombre más allá de las enseñazas de mi experiencia. No puedo decidir respecto al color de tu alma.

Cugel captó el encanto del extraño giro de la frase. -Entonces, ¿ves las almas en color?

-Por supuesto. Fue el regalo de nacimiento de una dama bruja, que me proporcionó también el bote andante. Ella está muerta ahora y yo estoy sola, sin ningún amigo ni nadie que piense en mi con amor. Y así he gobernado Cil con poca alegría. Y ahora tú estás aquí, con un alma que parpadea entre muchos colores, como la de ningún ser humano que haya conocido nunca.

Cugel prefirió no mencionar a Firx, cuyas exhalaciones espirituales, mezcladas con las de Cugel, causaban indudablemente las diferencias que Derwe Coreme había notado.

-Hay una razón para este efecto -dijo Cugel-, que a su debido tiempo sabrás y comprenderás. -Intentaré recordarlo, Eminente.

Cugel frunció el ceño. En las observaciones y en la inclinación de la cabeza de Derwe Coreme observó una apenas disimulada insolencia, que encontraba exasperante. De todos modos, había mucho tiempo para corregir aquello una vez hubiera aprendido el uso del amuleto, un asunto de primera urgencia. Cugel se reclinó en los almohadones y habló como alguien que medita indolentemente:

-En estos tiempos de la Tierra moribunda se observan por todas partes circunstancias excepcionales. Recientemente, en la mansión de Iucounu el Mago Reidor, vi un gran libro que indexaba todos los escritos sobre magia y todos los estilos de runas taumatúrgicas. ¿Es posible que poseas volúmenes similares en tu biblioteca?

-Es posible -dijo Derwe Coreme-. El decimocuarto Garth Haxt de Slaye era un diligente coleccionista, y compiló un voluminoso compendio sobre esas materias. Cugel unió las manos, disimulando su excitación.

-Me gustaría ver inmediatamente este importante trabajo.

Derwe Coreme le miró maravillada.

-Entonces, ¿eres tan bibliófilo como eso? Una lástima, porque el octavo Rubel Zaff ordenó que ese compendio en particular fuera sumergido más allá del cabo del Horizonte.

Cugel hizo una mueca.

-¿No hay otros tratados a mano?

-Indudablemente -dijo Derwe Coreme-. La biblioteca ocupa toda el ala norte. ¿Pero no te bastará mañana para tu investigación? -Y, desperezándose en una lánguida calidez, consiguió adoptar con su cuerpo primero una lujuriosa postura, luego otra.

Cugel apuró el contenido de una copa de cristal negro.

-Sí, no hay prisa al respecto. Y ahora... -fue interrumpido por una mujer de mediana edad vestida con voluminosas ropas marrones, evidentemente una de las sirvientas de segundo orden, que entró precipitadamente en aquel momento en el salón. Gritaba histéricamente, y varios lacayos corrieron a su encuentro para sostenerla. Entre desgarradores sollozos hizo saber la fuente de su angustia: un abominable acto que acababa de cometer la criatura de fuera sobre su hija.

Derwe Coreme señaló graciosamente a Cugel.

-Éste es el nuevo Señor de Cil; posee enormes poderes mágicos, y ordenará que esa criatura sea destruida. ¿No es así, Eminente?

Cugel se frotó pensativo la mandíbula. Un dilema, realmente. La mujer y todos los sirvientes cayeron de rodillas.

-¡Eminente, si controlas esta magia corrosiva, empléala ahora mismo para destruir a esa vil criatura! Cugel se sobresaltó; volvió la cabeza hacia Derwe Coreme, y sus ojos se cruzaron con su pensativa mirada. Saltó en pie.

-¿Para qué necesito la magia cuando puedo esgrimir una espada? ¡Despedazaré a la criatura, órgano a órgano! -Hizo una seña a los seis hombres de armas que permanecían de pie con sus armaduras de cobre-. ¡Venid! ¡Traed antorchas! ¡Iremos a desmembrar a ese monstruo! Los hombres de armas obedecieron sin entusiasmo. Cugel los condujo hacia el gran portal.

-¡Cuando abra de par en par las puertas, salid con las antorchas para que iluminen a la vil criatura! ¡Tened desenvainadas las espadas para poder asestarle el golpe de gracia cuando os lo envíe agonizante!

Los hombres de armas, cada cual con su antorcha y la espada en la mano, aguardaron ante el portal. Cugel corrió los pasadores de hierro y abrió las hojas de par en par.

-¡Fuera! ¡Arrojad sobre el monstruo la última luz de su existencia!

Los hombres de armas corrieron fuera desesperadamente, con Cugel fanfarroneando detrás, agitando su espada. Los hombres de armas se detuvieron en el arranque de la escalinata, mirando inseguros hacia el paseo, desde donde llegaba el más horrible de los sonidos.

Cugel miró por encima del hombro y vio a Derwe Coreme observándole atentamente desde el umbral.

-¡Adelante! -gritó-. ¡Rodead a esa maligna criatura, que lleva la muerte revoloteando sobre su cabeza! Los hombres de armas descendieron torpemente la escalinata, con Cugel en retaguardia.

-¡Golpead con ganas! -exclamó-. ¡Hay mucha gloria para todos! ¡Arrojaré mi magia sobre aquel que falle un golpe!

Las parpadeantes luces brillaban en los pedestales, alineados en una larga hilera que se perdía al fondo en la oscuridad.

-¡Adelante! -gritó de nuevo Cugel-. ¿Dónde está ese ser bestial? ¿Por qué no aparece para recibir su merecido? -Y Cugel escrutó las oscilantes sombras, esperando que por aquel entonces la criatura se hubiera alarmado lo suficiente como para huir.

A su lado se produjo un pequeño sonido. Cugel se volvió y vio una forma alta y pálida de pie e inmóvil. Los hombres de armas jadearon y huyeron inconteniblemente escalinata arriba.

-¡Mata a la bestia con tu magia, Eminente! -exclamó el sargento-. ¡El método más expeditivo es a menudo el mejor!

La criatura avanzó; Cugel retrocedió tambaleante. El monstruo dio un rápido paso adelante. Cugel saltó tras un pedestal. La criatura agitó un brazo; Cugel golpeó con su espada, saltó a la protección de otro pedestal, luego corrió con gran habilidad hacia atrás cruzando la terraza. La puerta se estaba cerrando ya; Cugel se deslizó rápidamente por la cada vez más estrecha abertura. Ayudó a cerrar la hoja y colocó los pasadores en su sitio. El peso de la criatura golpeó violentamente contra las maderas, y los pasadores protestaron con un crujido.

Cugel se volvió para enfrentarse con los brillantes y evaluadores ojos de Derwe Coreme.

-¿Qué ocurrió? -quiso saber-. ¿Por qué no mataste al monstruo?

-Los guerreros huyeron con las antorchas -dijo Cugel-. No podía ver ni donde golpear ni donde tajar.

-Extraño -murmuró Derwe Coreme-. Parecía haber suficiente iluminación para un ejercicio tan poco importante. ¿Por qué no empleaste el poder del amuleto o arrancaste a la criatura miembro tras miembro?

-Una muerte simple y rápida no es adecuada aquí -afirmó Cugel con dignidad-. Debo meditar largamente y decidir cómo puede expiar mejor sus crímenes.

-Por supuesto -dijo Derwe Coreme-. Por supuesto. Cugel regresó al gran salón.

-¡Volvamos al banquete! ¡Que corra el vino! ¡Todo el mundo debe beber por la ascensión del nuevo Señor de Cil!

Derwe Coreme dijo con voz sedosa:

-¡Por favor, Eminente, haz alguna demostración del poder del amuleto, para gratificar nuestra curiosidad!

-¡Por supuesto! -Y Cugel tocó carbúnculo tras carbúnculo, produciendo gruñidos y lamentos de anhelos insatisfechos, con algún ocasional gemido o grito.

-¿Puedes hacer más? -preguntó Derwe Coreme, con la suave sonrisa de una niña traviesa.

-Naturalmente, si quiero. ¡Pero ya basta! ¡Bebamos todos a una!

Derwe Coreme hizo una seña al sargento de la guardia.

-Saca la espada y rebana el brazo de ese estúpido; tráeme el amuleto.

-Con placer, Gran Dama. -El sargento avanzó, con la espada desnuda.

-¡Quieto! -gritó Cugel-. ¡Un paso más, y la magia pondrá cada uno de tus huesos en ángulo recto!

El sargento miró a Derwe Coreme, que se echó a reír. -Haz lo que te dije o teme mi venganza, que ya conoces.

El sargento se estremeció y siguió avanzando. Pero entonces un sirviente de segundo orden avanzó precipitadamente hacia Cugel, y bajo su capucha Cugel vio el curtido rostro del viejo Slaye.

-Yo te salvaré. ¡Muéstrame el amuleto!

Cugel dejó que los ansiosos dedos tantearan los carbúnculos. Slave presionó uno de ellos y dijo algo con una voz tan exultante y temblorosa que las sílabas se perdieron. Hubo un gran estremecimiento, y una enorme forma negra se irguió al fondo del salón.

-¿Quién me atormenta? -gimió-. ¿Quién dará fin a mi penar?

-¡Yo! -exclamó Slaye-. ¡Avanza por el salón, mata a todos menos a mí!

-¡No! -gritó Cugel-. ¡Soy yo quien posee el amuleto! ¡Yo a quien tienes que obedecer! ¡Mata a todos menos a mí!

Derwe Coreme aferró a Cugel por el brazo, intentando ver el amuleto.

-¡No conseguirás nada a menos que lo llames por su nombre! ¡Estamos todos perdidos!

-¿Cuál es su nombre? -gimió Cugel-. ¡Aconséjame!

-¡Retroceded! -declaró Slaye-. He considerado... Cugel le lanzó un terrible golpe y lo envió despatarra

do debajo de la mesa. El demonio se estaba acercando, deteniéndose tan sólo para agarrar a los hombres de armas y lanzarlos contra las paredes. Derwe Coreme volvió a sujetar a Cugel por el brazo.

-¡Déjame ver el amuleto! ¿No sabes nada en absoluto? ¡Yo le ordenaré!

-¡Ni lo sueñes! -dijo Cugel-. ¿Acaso soy Cugel el Astuto por nada? Muéstrame que carbúnculo es, recítame el nombre.

Derwe Coreme inclinó la cabeza, leyó la runa, adelantó una mano para presionar un carbúnculo, pero Cugel apartó su brazo de un manotazo.

-¿Qué nombre es? ¡O moriremos todos!

-¡Llama a Vanille! ¡Presiona aquí, llama a Vanille! Cugel apretó el carbúnculo.

-¡Vaille! Detén la refriega.

El negro demonio no hizo el menor caso. Hubo un nuevo gran sonido, y un segundo demonio apareció. Derwe Coreme lanzó un grito de horror.

-¡No era Vanille; muéstrame otra vez el amuleto! Pero ya no había tiempo; el demonio negro estaba sobre ellos.

-¡Vanille! -aulló Cugel-. ¡Destruye a ese monstruo negro!

Vanille era bajo y robusto y de un color verde deslucido, con ojos como faros escarlata. Se lanzó contra el primer demonio, y el terrible golpe del encuentro atronó en todos los oídos, y los ojos no pudieron seguir el frenesí de la lucha. Las paredes se estremecieron cuando las dos grandes fuerzas chocaron y rebotaron. La mesa se astilló bajo los golpes de enormes pies. Derwe Coreme fue arrojada a un rincón. Cugel se arrastró tras ella, de cuatro patas, y la encontró encogida contra la pared, mirando con ojos muy fijos la escena, semiconsciente pero privada de voluntad. Cugel situó el amuleto ante sus ojos.

-¡Lee las runas! ¡Llama los nombres, los probaré todos, uno a uno! ¡Rápido, para salvar nuestras vidas! Pero Derwe Coreme se limitó a hacer un suave movimiento con

los labios. Tras ellos, el demonio negro, montado a horcajadas sobre Vanille, estaba arrancando metódicamente con sus garras puñados de su sustancia y arrojándolos a un lado, mientras Vanille aullaba y chillaba y volvía su feroz cabeza a uno y otro lado, lanzando inútiles dentelladas y golpeando con sus verdes brazos. El demonio negro hundió profundamente uno de sus brazos, agarró algún nódulo central y tiró, y Vanille se convirtió en un resplandeciente limo verde que se desmoronó en una miríada de partes, cada una de las cuales brilló y chispeó brevemente y se estremeció antes de disolverse y desaparecer sobre las piedras.

Slaye se irguió sonriente encima de Cugel. -¿Quieres conservar la vida? Pásame el amuleto y te la salvaré. ¡Duda un instante, y estarás muerto!

Cugel se sacó el amuleto de la muñeca, pero no pudo obligarse a dárselo al otro. Dijo con repentina astucia: -Puedo darle el amuleto al demonio.

Slaye lo miró con ojos llameantes.

-Y entonces todos estaremos muertos. A mí no me importa. Así que hazlo. Te desafío. Pero si quieres la vida..., el amuleto.

Cugel miró a Derwe Coreme. ¿Y ella?

-Ambos podréis marcharos de aquí. El amuleto, porque el demonio ya está encima nuestro.

El demonio negro se erguía como una mole ante ellos; Cugel tendió apresuradamente el amuleto a Slaye, que pronunció un seco grito y tocó un carbúnculo. El demonio pareció contraerse, hundirse sobre sí mismo, y desapareció.

Slaye retrocedió unos pasos, sonriendo triunfal.

-Ahora fuera los dos, tú y la chica. Mantengo mi palabra; no más. Podéis conservar vuestras miserables vidas: iros.

-¡Concédeme un deseo! -suplicó Cugel-. ¡Transpórtanos a Almery, al valle del Xzan, donde pueda librarse de ese azote llamado Firx!

-No -dijo Slaye-. Te niego el deseo de tu corazón. Marchaos inmediatamente.

Cugel alzó a Derwe Coreme en pie. Aún atontada, la muchacha contempló el destrozo del salón. Cugel se volvió a Slaye.

-La criatura aguarda en el paseo. Slaye asintió.

-Puede que así sea. Mañana tendré que encargarme de ella. Esta noche llamaré a los artesanos del submundo para que reparen el salón y restablezcan la gloria de Cil. ¡Fuera! ¿Creéis que me importa cómo os las arreglaréis con la criatura? -Su rostro enrojeció, y su mano jugueteó sobre los carbúnculos del amuleto-. ¡Fuera, inmediatamente!

Cugel tomó el brazo de Derwe Coreme y la condujo fuera del salón, hacia la gran puerta delantera. Slaye permaneció detrás con los pies separados, los hombros encorvados, la cabeza inclinada hacia delante, los ojos siguiendo cada uno de los movimientos de Cugel. Cugel soltó los pasadores, abrió la puerta y salió a la terraza.

El paseo estaba sumido en el silencio. Cugel condujo a Derwe Coreme escalinata abajo y hacia un lado, hacia las descuidadas plantas del viejo jardín. Allá hizo una pausa para escuchar. Del palacio llegaban sonidos de actividad: raspar y frotar, roncos gritos y chillidos, el destellar de multicolores luces. En el centro del paseo surgió una alta forma blanca, saltando de un pedestal a otro. Hizo una pausa para escuchar los sonidos y observar maravillada las destellantes luces. Mientras estaba así absorta Cugel condujo a Derwe Coreme alejándose de ella, protegidos por el oscuro follaje, hasta desaparecer en la noche.

Librodot

3
LAS MONTAÑAS DE MAGNATZ

Poco después del amanecer Cugel y Derwe Coreme emergieron del establo en la ladera de la colina donde habían pasado la noche. El aire era frío y el sol, una burbuja color vino tras una alta bruma, no calentaba. Cugel se palmeó los brazos y dio saltitos arriba y abajo, mientras Derwe Coreme permanecía con el rostro fruncido, apoyada blandamente contra el viejo establo.

Finalmente Cugel se sintió irritado por su actitud, que implicaba un sutil menosprecio hacia él.

-Ve a buscar un poco de leña -dijo secamente-. Encenderé un fuego; desayunaremos con un poco de comodidad.

Sin una palabra, la hasta entonces princesa de Cil fue a buscar leña. Cugel se volvió para inspeccionar el brumoso paisaje hacia el este, lanzando una automática maldición contra Iucounu el Mago Reidor, cuya malevolencia lo había traído hasta aquellos páramos septentrionales.

Derwe Coreme regresó con una brazada de ramas. Cugel asintió aprobadora mente. Por un breve período de tiempo tras su expulsión de Cil ella se había comportado con una inapropiada altanería, que Cugel había tolerado con una tranquila sonrisa para sí mismo. La primera noche había sido llena de acontecimientos v recompensadora; a partir de entonces Derwe Coreme había empezado a modificar al menos su comportamiento externo. Su rostro, delicado y de francos rasgos, había perdido un poco de su meditativa melancolía, dando paso a una nueva y observadora apreciación de la realidad.

El fuego crepitaba alegremente; desayunaron nabos y pulposas bayas negras, mientras Cugel hacía preguntas relativas a las tierras al este y al sur. Derwe Coreme solamente podía facilitar muy poca información, y nada de ella era optimista.

-Se dice que el bosque es interminable. He oído llamarlo por varios nombres: el Gran Erm, el Bosque del Este, el Lig Thig. Al sur puedes ver las montañas de Magnatz, que según todos son terribles.

-¿En qué sentido? -preguntó Cugel-. Es importante saberlo; tenemos que cruzar esas montañas en nuestro camino a Almery.

Derwe Coreme agitó la cabeza.

-Solamente he oído cosas sueltas, y no he prestado gran atención, puesto que nunca esperaba visitar esta zona.

-Ni yo -gruñó Cugel-. De no ser por Iucounu, ahora estaría muy lejos de aquí.

Una chispa de interés iluminó el rostro de la muchacha.

-¿Quién es ese Iucounu?

-Un detestable mago de Almery. Tiene una calabaza hervida por cabeza, y exhibe siempre una eterna sonrisa. Es odioso en todos sentidos, y exhibe el rencor de un eunuco escaldado.

La boca de Derwe Coreme se curvó en una pequeña y fría sonrisa.

-Y tú te enfrentaste a ese mago.

-¡Bah! No fue nada. Por una disputa trivial me lanzó al norte en una misión imposible. ¡No es por nada que me llaman Cugel el Astuto! La misión ha sido cumplida, y ahora regreso a Almery.

-¿Y cómo es Almery..., es un lugar agradable?

-Bastante agradable, comparado con esta desolación de bosques y brumas. De todos modos, hay imperfecciones. La magia lo domina todo, y la justicia no es algo invariable, como he podido comprobar muy bien.

-Háblame más de Almery. ¿Hay ciudades? ¿Hay más gente aparte bribones y magos?

Cugel frunció el ceño.

-Existen algunas ciudades, tristes sombras de una gloria desaparecida. Están Azenomei, donde el Xzan se une con el Scaum, y Kaiin en Ascolais, y otras a lo lago de la orilla opuesta del Kauchique, donde la gente es de una gran sutileza.

Derwe Coreme asintió pensativa.

-Iré a Almery. En tu compañía, de la que pronto podré recobrarme.

Cugel la miró de soslayo, pensando que no le gustaba nada el aroma de su observación, pero antes de que pudiera particularizar sobre el asunto ella preguntó:

-¿Qué tierras se extienden entre nosotros y Almery?

-Son amplias y peligrosas y están pobladas por gids, erbs y deodands, así como por leucomorfos, devoracadáveres y grues. Ignoro todo lo demás. Si sobrevivimos al viaje, será un verdadero milagro.

Derwe Coreme miró pensativamente hacia atrás, hacia Cil, luego se alzó de hombros y guardó silencio.

El frugal desayuno tocó a su fin. Cugel apoyó la espalda en la pared del establo para disfrutar del calor del fuego, pero Firx no estaba dispuesto a darle ningún respiro, y Cugel, haciendo una mueca, saltó en pie.

-Vamos; tenemos que continuar. El ansia de Iucounu no admite menos.

Descendieron la ladera de la colina, siguiendo lo que parecía ser un antiguo camino. El paisaje cambió. Los brezales dieron paso a un húmedo valle; pronto llegaron al bosque. Cugel ojeó las siniestras sombras con desconfianza.

-Tenemos que ir con cuidado y esperar no despertar nada maligno. Yo iré delante y tú detrás, para asegurarnos de que nada nos sigue para saltar sobre nuestras espaldas.

-Perderemos la orientación.

-El sol cuelga al sur: ésta será nuestra guía.

Derwe Coreme se alzó de hombros una vez más; penetraron en las sombras. Los árboles se erguían altos sobre sus cabezas, y la luz del sol, filtrada por el follaje, no hacía más que exagerar la penumbra. Llegaron a un riachuelo, y caminaron siguiendo su orilla, y finalmente entraron en un prado cruzado por un río de abundantes aguas.

En la orilla, cerca de una balsa amarrada, había sentados cuatro hombres de raídas ropas. Cugel miró críticamente a Derwe Coreme y arrancó los enjoyados botones de su ropa.

-A todas luces se trata de bandidos y no debemos alentar su codicia, aunque parecen un grupo más bien miserable.

-Mejor entonces que los eludamos -dijo Derwe Coreme-. No son mejores que animales.

Cugel dudó.

-Necesitamos su balsa y su guía, cosa que podemos ordenarles; si les suplicamos, se creerán que tienen alguna oportunidad y se volverán exigentes. -Echó a andar, y Derwe Coreme se vio obligada, a las buenas o a las malas, a seguirle.

Los cuatro hombres no mejoraron vistos más de cerca. Su pelo era largo y enmarañado, sus rostros ásperos, con ojos como escarabajos y bocas mostrando sucios dientes amarillentos. Sin embargo sus expresiones eran apacibles, y observaron acercarse a Cugel y Derwe Coreme con más cautela que beligerancia. Uno de ellos, al parecer, era una mujer, aunque esto apenas era evidente por sus ropas, rostro y modales. Cugel les dirigió un saludo de señorial condescendencia, ante el que parpadearon asombrados.

-¿Qué gente sois? -preguntó Cugel.

-Nos llaman busiacos -respondió el más viejo de los hombres-. Es a la vez nuestra raza y nuestra familia; no diferenciamos, puesto que somos poliándricos por costumbre.

-¿Vivís en el bosque, estáis familiarizados con sus caminos y senderos?

-Ésa es una buena descripción -admitió el hombre-, aunque nuestro conocimiento es local. Recordad, éste es el Gran Erm, que se extiende legua tras legua sin fin.

-No importa -dijo Cugel-. Solamente necesitamos cruzar el río, luego ser guiados hasta un camino seguro a las tierras del sur.

El hombre consultó a los demás miembros de su grupo; todos agitaron negativamente la cabeza.

-No hay tal camino; las montañas de Magnatz se yerguen en medio.

-Por supuesto -dijo Cugel.

-Si os cruzáramos al otro lado del río -prosiguió el viejo busiaco- no tardaríais en estar muertos, pues la región está infestada de erbs y grues. Tu espada sería inútil, y llevas tan sólo una magia muy débil..., lo sé porque nosotros los busiacos olemos la magia tan bien como un erb huele la carne.

-Entonces, ¿cómo podemos alcanzar nuestro destino? -preguntó Cugel.

Los busiacos demostraron muy poco interés en la pregunta. Pero el hombre cuya edad más se acercaba a la del viejo, mirando a Derwe Coreme, tuvo una repentina idea, y observó el otro lado del río, como meditando. Finalmente el esfuerzo pareció abrumarle y agitó derrotado la cabeza.

Cugel, observando atentamente, preguntó: -¿Qué te preocupa?

-Un problema no de mucha complejidad -respondió el busiaco -. Tenemos poca práctica en lóica y cualquier dificultad nos detiene. Solamente especulaba en cuál de vuestras pertenencias estaríais dispuestos a cambiar por nuestra guía a través del bosque.

Cugel se echó a reír de buena gana.

-Una buena pregunta. Pero solamente tengo lo que veis: es decir ropas, zapatos, capa y espada, todo lo cual me es necesario. De todos modos, conozco un encantamiento que puede producir uno o dos botones enjoyados. -Eso representa muy poco atractivo para nosotros. En una cripta cercana las joyas están amontonadas hasta casi la altura de mi cabeza.

Cugel se frotó reflexivamente la mandíbula.

-La generosidad de los busiacos es conocida en todas partes; quizá pudieras conducirnos hasta esa cripta.

El busiaco hizo un gesto de indiferencia.

-Si lo deseas, aunque se halla contigua a la morada ! de una gran madre gid, ahora en estro.

-Entonces iremos directamente hacia el sur -dijo Cugel-. Vamos, partiremos inmediatamente.

El busiaco siguió obstinadamente sentado.

-¿No tenéis realmente nada que ofrecer?

-Sólo mi gratitud, lo cual no es poco.

-¿Qué hay de la mujer? Está un poco flaca, pero no deja de ser atractiva. Puesto que vas a morir en las montañas de Magnatz, ¿por qué malgastar la mujer?

-Cierto. -Cugel se volvió para mirar a Derwe Coreme-. Quizá podamos llegar a un arreglo.

-¿Qué? -jadeó ella, ultrajada-. ¿Te atreves a sugerir algo así? ¡Antes me ahogaré en el río!

Cugel la llevó a un aparte.

-No me llaman Cugel el Astuto por nada -susurró en su oído-. ¡Confía en mí para engañar a esos zoquetes! Derwe Coreme le observó con desconfianza, luego se alejó, dejando que las lágrimas de amarga rabia corrieran por sus mejillas. Cugel se dirigió al busiaco.

-Tu proposición es claramente fruto de la sabiduría; así que partamos.

-La mujer puede quedarse aquí -dijo el busiaco, poniéndose en pie-. Tendremos que seguir un sendero encantado, y es necesaria una rígida disciplina.

Derwe Coreme avanzó decidida hacia el río.

-¡No! -exclamó rápidamente Cugel-. Ella es de temperamento sentimental, y quiere verme seguro en mi camino a las montañas de Magnatz, aunque eso signifique mi muerte segura.

El busiaco se alzó de hombros.

-Es lo mismo. -Los condujo a bordo de la balsa, soltó la cuerda, y empezó a manejar la pértiga para cruzar el río. El agua parecía poco profunda, la pértiga no descendía nunca mucho más de medio metro. Cugel tuvo la impresión de que vadearlo a pie hubiera sido igual de sencillo.

El busiaco, como si captara sus pensamientos, dijo: -El río hormiguea con reptiles cristalinos, y un hombre que no lo sepa, apenas empiece a vadearlo, se verá instantáneamente atacado.

-¿De veras? -dijo Cugel, mirando dubitativo el río. -De veras. Y ahora debo advertiros respecto al sendero. Hallaremos todo tipo de persuasiones, pero si apreciáis en algo vuestras vidas, no deis un paso fuera del lugar por donde yo pise.

La balsa alcanzó la orilla opuesta; el busiaco saltó a tierra y la ató a un árbol.

-Ahora venid tras de mí. -Avanzó confiadamente por entre los árboles. Derwe Coreme le siguió, y Cugel cerró la marcha. El sendero era tan poco señalado que Cugel no podía distinguirlo de la parte no hollada del bosque, pero el Busiaco no dudaba ni un segundo. El sol, colgando bajo detrás de los árboles, podía ser entrevisto solamente a ratos, y Cugel nunca estaba seguro de la dirección que seguían. Pero siguieron avanzando, cruzando la boscosa soledad dondE no se oía ni siquiera la llamada de un pájaro.

El sol, cruzando el cenit, empezó a descender, y el rastro siguió sin ser más marcado. Finalmente Cugel llamó:

-¿Estás seguro del sendero? Parece que estamos yendo a derecha e izquierda al azar.

El busiaco se detuvo para explicar:

-Nosotros los habitantes del bosque somos gente ingenua, pero poseemos esa peculiar facilidad -se palmeó significativamente la chata nariz-. Podemos oler la magia. El sendero que seguimos fue trazado en un tiempo demasiado remoto como para ser recordado, y mantiene su dirección solamente para gente como nosotros.

-Es posible -dijo Cugel, malhumorado-. Pero parece que da demasiadas vueltas, y además, ¿dónde están las terribles criaturas que mencionaste? Solamente he visto un ratón de campo, y en ninguna parte he notado el inconfundible olor del erb.

El busiaco agitó perplejo la cabeza.

-Contra su costumbre, están celebrando todos una reunión en otro lugar. Supongo que no te quejarás por ello, ¿verdad? Sigamos, antes de que vuelvan. -Y reanudó la marcha, siguiendo un sendero no más identificable que antes.

El sol se puso. El bosque se hizo un poco menos denso; los últimos rayos escarlata iluminaban oblicuamente su camino, bruñendo las retorcidas raíces, dorando las hojas caídas. El busiaco entró en un claro, donde se dio la vuelta con aire de triunfo.

-¡Hemos llegado felizmente a nuestro destino!

-¿CÓMO es eso? -preguntó Cugel-. Todavía nos hallamos en las profundidades del bosque.

El busiaco señaló hacia el otro lado del claro.

-¿Observas los cuatro senderos muy claramente enarcados?

-Parece que si -admitió a regañadientes Cugel.

-Uno de ellos conduce al lindero sur. Los otros se hunden en las profundidades del bosque, con numerosas ramificaciones en su trayecto.

Derwe Coreme miró a través de las ramas y dejó escapar una seca exclamación.

-¡Hey, a cincuenta pasos de distancia están el río y la balsa!

Cugel lanzó al busiaco una fulgurante mirada.

-¿Qué dices a eso?

El busiaco asintió solemnemente.

-Esos cincuenta pasos carecen de la protección de la magia. Hubiera traicionado mi responsabilidad si os hubiera traído hasta aquí por una ruta directa. Y ahora... -Avanzó hacia Derwe Coreme, la sujetó por el brazo, luego se volvió de nuevo a Cugel-. Ahora puedes cruzar el claro, y una vez estés al otro lado te indicaré cuál de los senderos conduce al lindero sur. -Y se apresuró a pasar una cuerda en torno a la cintura de Derwe Coreme. Ella se resistió con un fervor que solamente fue refrenado por un golpe y una maldición-. Esto es para impedir deseos repentinos de hacer una excursión hacia otro lado -le dijo el busiaco a Cugel con un guiño de complicidad-. Mis pies no son demasiado ágiles, y cuando quiero a una mujer no me gusta tener que perseguirla de un lado para otro. ¿Pero no tenías prisa? El sol se está poniendo, y con la oscuridad aparecen los leucomorfos.

-Bien, entonces, ¿cuál de los senderos conduce al lindero sur? -preguntó de un modo franco Cugel. -Cruza el claro y te informaré. Por supuesto, si desconfías de mis instrucciones, puedes elegir por ti mismo. Pero recuerda, me he agotado guiándote a cambio de una irascible, flaca y anémica mujer. Así que ahora estamos a la par.

Cugel miró dubitativo al otro lado del claro, luego a Derwe Coreme, que le contemplaba con abatido desánimo. Habló alegremente.

-Bien, parece que eso es lo mejor -dijo-. Las montañas de Magnatz son conocidas como muy peligrosas. Al menos, tú estarás segura con este tosco pillastre.

-¡No! -exclamo ella-. ¡Libérame de esta cuerda!

¡Es un engaño, te ha estado tomando el pelo! ¿Cugel el Astuto? ¡Mejor Cugel el Idiota!

-Este lenguaje es vulgar-dijo Cugel-. El busiaco y yo hicimos un trato, es decir, un acuerdo sagrado, que debe ser cumplido.

-¡Mata a este bruto! -exclamó Derwe Coreme-. ¡Emplea tu espada! ¡El lindero del bosque no puede estar muy lejos!

-Un camino incorrecto puede conducirme al corazón del Gran Erm -argumentó Cugel. Alzó un brazo en señal de despedida-. ¡Mejor tener que soportar a este hirsuto rufián que arriesgarse a morir en las montañas de Magnatz!

El busiaco sonrió satisfecho, y dio a la cuerda un tirón apropiado. Cugel se apresuró a cruzar el claro, perseguido por las imprecaciones de Derwe Coreme, que campanillearon en sus oídos hasta que fueron silenciadas por algún medio que Cugel no observó. El busiaco exclamó: -Por casualidad te estás acercando al sendero correcto. Síguelo, y al cabo de poco llegarás a un lugar habitado.

Cugel devolvió un último saludo y siguió adelante. Derwe Coreme lanzó un chillido de histérica hilaridad: -¡Y se llama Cugel el Astuto! ¡Qué broma más extravagante!

Cugel siguió rápidamente por el sendero, algo turbado. -Esa mujer es una monomaníaca -se dijo a sí mismo-. Le faltan claridad y percepción. ¿Cómo podía hacer otra cosa, para su bienestar y el mío? Soy la racionalidad personificada; ¡es impensable insistir en lo contrario!

Apenas a un centenar de pasos del claro el sendero salía del bosque. Cugel se detuvo en seco. ¿Sólo un centenar de pasos? Frunció los labios. Por alguna curiosa coincidencia, otros tres senderos abandonaban del mismo modo el bosque en las inmediaciones, todos convergiendo cerca del suyo.

-Interesante -dijo Cugel-. Es casi tentador volver junto al busiaco y pedir algún tipo de explicación... Acarició pensativamente la espada con la yema de los dedos, e incluso dio uno o dos pasos de vuelta hacia el bosque. Pero el sol estaba desapareciendo ya tras el horizonte y las sombras llenaban los huecos entre los retorcidos troncos. Mientras Cugel dudaba, Firx se agitó inquieto y clavó algunas de sus uñas y garfios en el hígado de Cugel, y Cugel abandonó el proyecto de regresar al bosque.

El sendero cruzaba una región abierta, con montañas recortadas contra el cielo meridional. Cugel echó a andar a buen paso, consciente de las profundas sombras del bosque a sus espaldas, y no completamente tranquilo consigo mismo. De tanto en tanto, asaltado por algún pensamiento particularmente inquietante, se golpeaba secamente los muslos. ¡Pero qué tontería! ¡Obviamente había manejado el asunto de la mejor manera! El busiaco era torpe y estúpido; ¿cómo podía haber soñado siquiera en engañar a Cugel? La idea misma era insostenible. En cuanto a Derwe Coreme, sin duda no tardaría en acostumbrarse a su nueva vida...

Cuando el sol acababa de ocultarse tras las montañas de Magnatz llegó a un tosco asentamiento y una taberna junto a un cruce de caminos. Era una recia estructura de piedra y madera, con ventanas redondas formadas cada una de ellas

por un centenar de pequeños ojos de buey. Cugel hizo una pausa en la puerta e hizo repaso de sus recursos, que eran más bien escasos. Entonces recordó los botones enjoyados que había tomado de Derwe Coreme, y se felicitó a sí mismo por su previsión.

Cruzó la puerta, y se encontró en una larga estancia de cuyo techo colgaban viejas lámparas de bronce. El tabernero presidía una corta barra desde donde servía grogs y ponches a los tres hombres que eran sus clientes en aquel momento. Todos se volvieron a mirar cuando Cugel entró en el salón.

El tabernero se dirigió a él con más amabilidad de la acostumbrada.

-Bienvenido, viajero; ¿qué deseas?

-Primero un vaso de vino, luego cenar y alojamiento para la noche, y finalmente toda la información que puedas proporcionarme sobre el camino al sur.

El tabernero depositó un vaso de vino sobre la barra. -La cena y el alojamiento vendrán a su debido tiempo. En cuanto al camino al sur, conduce al reino de Magnatz, lo cual ya lo dice todo.

-Entonces, ¿Magnatz es realmente una criatura a la que hay que temer?

El tabernero agitó siniestramente la cabeza.

-Los hombres que se han encaminado al sur nunca han vuelto. Que recuerde, ningún hombre ha venido camino del norte procedente de allí. Eso es todo lo que te puedo decir.

Los tres hombres que estaban bebiendo sentados a la barra asintieron su solemne corroboración. Dos de ellos eran campesinos de la región, mientras que el tercero llevaba las botas negras de un cazador profesional de brujas. El primer campesino hizo un gesto al tabernero:

-Sírvele a ese desgraciado un vaso de vino por cuenta mía.

Cugel aceptó el vaso con entremezclados sentimientos.

-Bebo a tu salud, aunque repudio específicamente el apelativo de «desgraciado», por temor a que la palabra pueda proyectarse sobre mi destino.

-Como quieras -respondió indiferente el campesino-, aunque, en estos melancólicos tiempos, ¿quién puede escapar a ella? -Y por un espacio de tiempo los campesinos se pusieron a discutir la reparación del muro de piedra que separaba sus respectivas propiedades.

-El trabajo es difícil, pero las ventajas grandes -declaró uno de ellos.

-Lo admito -afirmó el otro-, pero mi suerte es tal que apenas haya completado el trabajo el sol se volverá negro, y todo lo hecho no servirá de nada.

El primero agitó los brazos en burlón rechazo del argumento del otro.

-Éste es un riesgo que todos debemos correr. Observa: bebo vino, aunque puede que no llegue a vivir el tiempo suficiente para emborracharme. ¿Acaso eso me detiene? ¡No! Rechazo el futuro; bebo ahora, y me emborracharé si las circunstancias así lo dictan.

El tabernero se echó a reír y dio un puñetazo en la barra.

-Eres tan listo como un busiaco, los cuales he oído decir que han montado un campamento cerca. ¿Quizá el viajero se ha topado con ellos? -Y miró interrogador a Cugel, que asintió a regañadientes.

Librodot

-Encontré un grupo; más sucios que listos, en mi opinión. En cuanto a la ruta al sur de nuevo, ¿hay alguien que pueda proporcionarme algún consejo específico?

El cazador de brujas dijo hoscamente:

-Yo puedo: evítalo. Primero encontrarás deodands ávidos de tu carne. Más allá está el reino de Magnatz, ante el cual los deodands parecen ángeles de misericordia, si una décima parte de los rumores son ciertos.

-Estas noticias son más bien descorazonadoras -dijo Cugel-. ¿No hay otro camino a las rutas del sur?

-Por supuesto que lo hay -dijo el cazador de brujas-, y te lo recomiendo. Regresa al norte siguiendo el sendero del Gran Erm, y avanza hacia el este cruzando la extensión del bosque, que por allí se vuelve más denso y más temible. No hace falta que te diga que necesitarás un brazo fuerte y unos pies alados para escapar a los vampiros, grues, erbs y leucomorfos. Tras penetrar hasta lo más profundo del bosque, deberás girar al sur en dirección al valle de Dharad, donde según los rumores un ejercito de basiliscos asedia la antigua ciudad de Mar. Si consigues cruzar ese campo de batalla, encontrarás ante ti la Gran Estepa Central, donde no encontrarás ni comida ni agua y que es el terreno de caza de los pelgrane. Una vez cruzada la estepa, se diriges al oeste, y entonces tendrás que vadear una serie de ponzoñosos pantanos. Más allá encontrarás una región de la que no se sabe nada excepto que se la denomina la Tierra del Maléfico Recuerdo. Una vez hayas cruzado esa región te encontrarás en un punto al sur de las montañas de Magnatz.

Cugel meditó unos instantes.

-La ruta que acabas de trazar, aunque puede que sea más segura y menos agotadora que el camino directo al sur, parece extraordinariamente larga. Estoy dispuesto a correr el riesgo de las montañas de Magnatz.

El primer campesino lo contempló maravillado. -Supongo que debes ser un mago de renombre, cargado de conjuros.

Cugel negó sonriente con la cabeza.

-Soy Cugel el Astuto; nada más, pero tampoco nada menos. Y ahora..., ¡vino!

El tabernero trajo entonces la cena: un guiso de lentejas y cangrejos de tierra con guarnición de trepaderas y bayas silvestres.

Después de la cena los dos campesinos bebieron un último vaso de vino y se fueron, mientras Cugel, el tabernero y el cazador de brujas se quedaban sentados ante el fuego, hablando de diversos aspectos de la existencia. Finalmente el cazador de brujas se levantó para retirarse a su habitación. Antes de marcharse se acercó a Cugel y le dijo francamente:

-He observado tu capa, que es de una calidad raras veces vista en esta remota región. Puesto que ya eres hombre muerto, ¿por qué no me la cedes, a mí que tengo necesidad de ella?

Cugel rechazó tensamente la proposición, y fue a su propio cuarto.

Durante la noche, fue despertado por el sonido de un roce a los pies de su cama. Saltó en pie, y capturó a una persona de no mucha estatura. Cuando la alzó a la luz, el intruso resultó ser el mozo, aferrando aún los zapatos de Cugel, que evidentemente había tenido intención de robar.

-¿Qué significa este ultraje? -preguntó Cugel, abofeteando al muchacho-. ¡Habla! ¿Cómo te atreves a llevar a cabo un acto así?

El mozo suplicó a Cugel que no siguiera golpeándole.

-¿Qué diferencia hay? -murmuró-. ¡Un hombre condenado no necesita un calzado tan elegante!

-Yo juzgaré esto -dijo Cugel-. ¿Esperas que vaya al encentro de mi muerte en las montañas de Magnatz descalzo? ¡Lárgate inmediatamente! -Y envió al muchacho volando por el pasillo.

Por la mañana, en el desayuno, comentó el incidente con el tabernero, que no demostró excesivo interés. Cuando llegó la hora de arreglar cuentas, Cugel depositó uno de los enjoyados botones sobre la barra.

-Fija, a tu criterio, el valor de esta gema, resta. el valor de mi cuenta, y dame el cambio en monedas de oro. El tabernero examinó el adorno, frunció los labios e inclinó a un lado la cabeza.

-El total de tu cuenta asciende exactamente al valor de este adorno..., no hay ningún cambio que entregar.

-¿Qué? -rugió Cugel-. ¿Esta límpida aguamarina flanqueada por cuatro esmeraldas? ¿Por uno o dos vasos de vino, una mierda de cena y un poco de sueño alterado por el intento de robo de tu mozo? ¿Esto es una taberna o un cubil de bandidos?

El tabernero se alzó de hombros.

-Admito que la cuenta es un poco más elevada de lo habitual, pero piensa que el dinero convirtiéndose en polvo en los bolsillos de un cadáver no beneficia a nadie.

Cugel consiguió finalmente extraerle al tabernero algunas monedas de oro, junto con un trozo de pan, queso y vino. El tabernero fue a la puerta y señaló.

-Éste es el único camino que conduce al sur. Las montañas de Magnatz se alzan ante ti. Adiós.

No sin aprensión, Cugel se encaminó al sur. Durante un tiempo el sendero discurría entre los campos de los campesinos locales, luego, a medida que las colinas se alzaban a ambos lados del camino, éste se convirtió en un estrecho rastro que serpenteaba por el lecho seco de un antiguo río, entre matorrales de plantas espinosas, tártago, milenrama, alfódelos. A lo largo de la cresta de la colina, paralelos al sendero, crecían una maraña de retorcidos robles, y Cugel, pensando en aumentar sus posibilidades de pasar sin ser observado, trepó a aquella cresta y prosiguió su camino al amparo del follaje.

El aire era límpido, el cielo de un brillante azul oscuro. El sol derramaba sus rayos desde el cenit, y Cugel recordó las provisiones que llevaba en su bolsa. Se sentó, y al hacerlo captó el movimiento de una elusiva sombra saltarina. Sintió que se le helaba la sangre. Fuera quien fuese, su intención era evidentemente saltarle a la espalda.

Cugel fingió no haberse dado cuenta de nada, y la sombra avanzó de nuevo: un deodand, más alto y fornido que él, negro como la medianoche excepto sus relucientes ojos blancos, sus colmillos blancos y sus garras, llevando unas cintas de piel que sujetaban una camisa de terciopelo verde.

Cugel pensó en la mejor línea de acción. Si se enfrentaba a pecho desnudo, el deodand lo haría pedazos. Con su espada, Cugel podía pinchar y tajar y mantener a la criatura a raya hasta que su frenesí de sangre se sobrepusiera a su miedo al dolor y lo arrojara hacia delante independientemente del posible daño. Posiblemente Cugel corriera más rápido, y pudiera alejarse de la criatura si huía,

pero sólo tras una larga y agotadora persecución... La sombra se deslizó de nuevo hacia delante, apostándose tras un amontonamiento de rocas a unos veinte pasos ladera abajo de donde estaba sentado Cugel. Tan pronto como hubo desaparecido, Cugel echó a correr y saltó sobre el montón de rocas. Allá alzó una pesada piedra y, mientras el deodand se agazapaba allá abajo, la arrojó contra las espaldas de la criatura. Cayó al suelo y se agitó pateando, y Cugel saltó abajo para administrarle el golpe de gracia.

El deodand se había arrastrado al amparo de una roca, y silbó horrorizado ante la visión de la hoja desnuda de Cugel.

-Detén tu golpe -dijo-. No ganarás nada con mi muerte.

-Tan sólo la satisfacción de matar a alguien que planeaba devorarme.

-¡Un placer estéril!

-Pocos placeres son de otro tipo -dijo Cugel-. Pero mientras vives, infórmame acerca de las montañas de Magnatz.

-Son como las ves: unas altivas montañas de antigua roca negra.

-¿Y qué hay de Magnatz?

-No conozco a ninguna entidad llamada así.

-¿Qué? ¡Los hombres del norte se estremecen ante este nombre!

El deodand se irguió ligeramente.

-Es posible. He oído el nombre, y lo considero tan sólo una leyenda de los antiguos.

-¿Por qué los viajeros van al sur pero nunca al norte? -¿Para qué querría nunca nadie viajar al norte? En cuanto a esos que viajan al sur, nos han proporcionado comida a mí y a los míos. -Y el deodand siguió alzándose poco a poco. Cugel tomó una piedra grande, la alzó por encima de su cabeza y la arrojó contra la negra criatura, que cayó hacia atrás, pateando espasmódicamente. Cugel tomó otra piedra.

-¡Espera! -dijo el deodand con voz débil-. No me mates, y te ayudaré a vivir.

-¿Cómo? -preguntó Cugel.

-Quieres viajar al sur; otros como yo viven en cuevas a lo largo del camino: ¿cómo escaparás de ellos a menos que yo te guíe por senderos que ellos no frecuentan?

-¿Puedes hacerlo?

-Si te comprometes a no matarme.

-Excelente. Pero debo tomar precauciones; en tu ansia de sangre, puede que olvides nuestro acuerdo.

-Me has tullido; ¿qué otra seguridad quieres? -exclamó el deodand. De todos modos, Cugel ató los brazos de la criatura y dispuso un lazo corredizo en torno al grueso cuello negro.

Siguieron adelante de este modo, el deodand saltando y cojeando, y dirigiendo a Cugel por un camino lleno de revueltas por encima de algunas cuevas.

Las montañas se alzaban cada vez más altas; los vientos rugían con mil ecos en los cañones rocosos. Cugel siguió preguntándole al deodand respecto a Magnatz, pero solamente sacó en claro la opinión de que Magnatz era una criatura de fábula.

Finalmente llegaron a una altiplanicie arenosa muy por encima de las tierras bajas, que el deodand declaró estaba más allá de la zona frecuentada por los de su raza.

-¿Qué hay más allá? -preguntó Cugel.

-No lo sé; éste es el límite de mis correrías. Ahora suéltame y sigue tu camino, y yo regresaré con los míos. Cugel negó con la cabeza.

-La noche no está lejos. ¿Qué te impide seguirme para atacarme de nuevo? Será mejor que te mate.

El deodand rió tristemente.

-Tres de los míos nos siguen. Se han mantenido a una cierta distancia solamente porque yo les hice señas de que se mantuvieran alejados. Mátame, y nunca despertarás para ver el sol de la mañana.

-Viajaremos más trecho juntos -dijo Cugel.

-Como quieras.

Cugel siguió el camino al sur, con el deodand saltando entre las piedras, y mirando hacia atrás Cugel vio sombras negras moviéndose entre las demás sombras. El deodand le sonrió significativamente.

-Sería mejor que te detuvieras ahora; ¿para qué esperar a la noche? La muerte llega con menos horror mientras brilla la luz.

Cugel no respondió, sino que apretó aún más el paso. El sendero abandonaba el valle, trepando hacia una alta pradera donde el aire soplaba frío. Alerces, caobabs y cedros crecían a ambos lados, y un arroyo discurría por entre hierbas y matorrales. El deodand empezó a mostrarse intranquilo, tirando de la cuerda, cojeando con exagerada debilidad. Cugel no podía ver ningún motivo para toda aquella exhibición: el entorno, excepto la presencia de los deodands, parecía carente de toda amenaza. Empezó a sentirse impaciente.

-¿Por qué te demoras? Espero encontrar algún refugio en la montaña antes de la llegada de la noche. Tu retraso y tu cojera me hacen ir demasiado lento.

-Hubieras debido pensarlo antes de lisiarme con una roca -dijo el deodand-. Después de todo, no te acompaño por voluntad propia.

Cugel miró hacia atrás. Los otros tres deodands que había detectado antes escondiéndose entre las rocas les seguían ahora de una forma más abierta.

-¿No tienes control sobre los horribles apetitos de los tuyos? -preguntó Cugel.

-Ni siquiera tengo control sobre mí mismo -respondió el deodand-. Sólo el hecho de mis rotos miembros me impide saltar a tu garganta.

-¿Quieres vivir? -preguntó Cugel, apoyando significativamente una mano en la empuñadura de su espada.

-En cierta medida, aunque no de una forma tan ferviente como los auténticos hombres.

-Si valoras tu vida aunque sea un ápice, ordena a tus amigos que den media vuelta y abandonen su siniestra persecución.

-Sería inútil. Y en cualquier caso, ¿qué es la vida para ti? ¡Mira, ante tu vista se alzan las montañas de Magnatz!

-¡Ja! -murmuró Cugel-. ¿No afirmas que la reputación de esta región es puramente fabulosa?

-Excato; pero no me he extendido sobre la naturaleza de la fábula.

Mientras hablaban se produjo como un rápido suspiro en el aire; Cugel miró a su alrededor y vio que los tres deodans habían caído, atravesados por flechas. De un bosquecillo cercano surgieron cuatro hombres vestidos con marrones atuendos de caza. Eran de tez clara y saludable, pelo castaño, buena estatura, y parecían bien dispuestos.

El primero dijo en voz muy alta:

-¿Cómo es que vienes del deshabitado norte? ¿Y por qué caminas junto a esta horrible criatura de la noche? -No hay el menor misterio en ninguna de tus dos preguntas -dijo Cugel-. En primer lugar, el norte no está deshabitado; algunos centenares de hombres siguen aún con vida. En cuanto a este negro híbrido de demonio y caníbal, lo he empleado para que me conduzca con seguridad cruzando las montañas, pero me siento insatisfecho con sus servicios.

-Hice todo lo que se esperaba de mí -declaró el deodand-. Suéltame, según pactamos.

-Como quieras -dijo Cugel. Aflojó la cuerda que sujetaba la garganta de la criatura, y ésta se alejó cojeando, mirando con furia por encima del hombro. Cugel hizo una seña al líder de los cazadores; éste dijo unas palabras a sus compañeros; éstos alzaron los arcos y atravesaron al deodand con varias flechas.

Cugel contempló el caído cuerpo y asintió aprobadoramente con la cabeza.

-¿Y qué me decís de vosotros? ¿Y de Magnatz, que según se dice hace que la montaña sea insegura para los viajeros?

Los cazadores se echaron a reír.

-No es más que una leyenda. Hubo un tiempo en que existió realmente una terrible criatura llamada Magnatz, y en deferencia a la tradición nosotros los del poblado de Vull seguimos apostando a uno de los nuestros para que sirva de Vigía. Pero éste es todo el crédito que se le puede dar al relato.

-Es extraño -dijo Cugel- que la tradición haya adquirido tanta influencia.

Los cazadores se alzaron indiferentemente de hombros.

-Se acerca la oscuridad; es hora de regresar. Te invitamos a unirte a nosotros, y en Vull hay una taberna donde puedes descansar esta noche.

-Aprovecho gustoso vuestra compañía.

El grupo echó andar sendero arriba. Mientras caminaban. Cugel hizo algunas preguntas referentes al camino al sur, pero los cazadores resultaron de muy poca ayuda.

-El poblado de Vull está situado en las orillas del lago Vull, que no es navegable a causa de sus remolinos, y algunos de nosotros hemos explorado las montañas al sur. Se dice que son desérticas y que desembocan en una inhóspita región gris.

-¿Es posible que Magnatz merodee en las montañas al otro lado del lago? -inquirió con delicadeza Cugel.

-La tradición guarda silencio a este respecto -respondió el cazador.

Al cabo de una hora de camino el grupo llegó a Vull, un poblado cuya opulencia sorprendió a Cugel. Los edificios estaban sólidamente construidos con piedra y madera, las calles firmemente trazadas y bien cuidadas; había un mercado público, un granero, un almacén, varias tabernas, un cierto número de mansiones modestamente lujosas. Mientras los cazadores avanzaban por la calle principal, un hombre les llamó y les dio un aviso: -¡Noticias importantes! ¡El Vigía ha muerto!

-¿De veras? -inquirió el jefe de los cazadores con un repentino interés-. ¿Quién ocupa ahora provisionalmente el puesto?

-Lafel, el hijo del atamán.... ¿quién sino?

-Por supuesto, ¿quién sino? -observó el cazador, y el grupo siguió su camino.

-¿El puesto de Vigía es tenido entonces en gran estima? -preguntó Cugel.

El cazador se alzó de hombros.

-Puede ser descrito mejor como una sinecura ceremonial. Sin duda mañana será elegido un funcionario permanente. ¡Pero observa en la puerta del ayuntamiento! -Y señaló hacia un hombre robusto, de anchos hombros, con un atuendo marrón ribeteado en piel y un sombrero bicornio negro-. Ése es Hylam Wiskode, el atamán en persona. ¡Hey, Wiskode! ¡Hemos hallado a un viajero del norte!

Hylam Wiskode se les acercó y saludó cortésmente a Cugel.

-¡Bienvenido! Los extranjeros son una novedad: ¡Nuestra hospitalidad es tuya!

-Os lo agradezco -dijo Cugel-. No esperaba tanta afabilidad en las montañas de Magnatz, que son temidas por todo el mundo.

El atamán dejó escapar una risita.

-Las malas interpretaciones son comunes en todas partes; de hecho, puede que encuentres algunas de nuestras costumbres sorprendentes y arcaicas, como nuestra Vigilancia de Magnatz. ¡Pero ven!, aquí está nuestra mejor taberna. Una vez te hayas acomodado cenaremos juntos.

Cugel fue llevado a una confortable habitación, provisto con útiles de aseo, y una vez limpio y fresco se reunió con Hylam Wiskode en la sala principal. Le fue presentada una apetitosa cena junto con una botella grande de vino. Tras la cena el atamán condujo a Cugel a una visita a la ciudad, que gozaba de una agradable perspectiva sobre el lago.

Aquella noche parecía ser una ocasión especial: las antorchas arrojaban por todas partes plumas de llamas, mientras la gente de Vull recorría las calles, parándose a conversar en pequeños grupos. Cugel inquirió los motivos de aquella obvia perturbación.

-¿Es debido a la muerte de vuestro Vigía?

-Así es -dijo el atamán-. Somos muy celosos de nuestras tradiciones, y la selección de un nuevo Vigía es un asunto de debate público. Pero observa: éste es el almacén público, donde son recogidas todas las riquezas de la colectividad. ¿Quieres mirar dentro?

-A tu disposición -dijo Cugel-. Si deseas inspeccionar el oro comunitario, me encantará hacerlo contigo. El atamán empujó la puerta.

-¡Hay mucho más que oro aquí! En este arcón hay joyas; esa caja contiene monedas antiguas. Esas balas son de finas sedas y bordados adamasquinados; en ese lado hay frascos de especias preciosas, licores aún más preciosos y colorantes sutiles cuyo valor es incalculable. Pero no debería utilizar estas palabras contigo, un viajero y un hombre experimentado, que ha contemplado la auténtica belleza.

Cugel insistió en que las riquezas de Vull estaban muy lejos de ser poco apreciables. El atamán asintió apreciativamente, y siguieron hacia una explanada

junto al lago, convertida ahora en una gran extensión oscura débilmente iluminada por la luz de las estrellas.

El atamán señaló hacia una cúpula sostenida a ciento cincuenta metros de altura por una esbelta columna.

-¿Puedes adivinar la función de esa estructura?

-Parece ser el puesto de observación del Vigía -dijo Cugel.

-¡Correcto! Eres un hombre perspicaz. ¡Lástima que tengas tanta prisa y no puedas quedarte un tiempo en Vull!

Cugel, pensando en su bolsa vacía y en las riquezas del almacén, hizo un suave gesto.

-No me opondría a una estancia aquí pero, con toda franqueza, viajo en plena penuria, y me vería obligado a buscar alguna especie de empleo lucrativo. Me hago preguntas respeto al oficio de Vigía,'que tengo entendido es un puesto de un cierto prestigio.

-Por supuesto que lo es -dijo el atamán-. Mi propio hijo está de guardia esta noche. De todos modos, no hay ninguna razón por la que tú no puedas ser un buen candidato para el puesto. Los deberes no son en absoluto arduos; de hecho, el puesto es lo más parecido a una sinecura.

Cugel fue consciente del inquieto agitarse de Firx.

-¿Y en cuanto a los emolumentos?

-Son excelentes. El Vigía goza de un gran prestigio aquí en Vull, puesto que, en un sentido puramente formal, nos protege a todos del peligro.

-¿Que son, específicamente, cuáles?

El atamán hizo una pausa para reflexionar, luego fue enumerando los puntos con los dedos.

-Primero, se le proporciona una confortable torre de vigilancia, completa con almohadones, un dispositivo óptico mediante el cual los objetos distantes pueden ser puestos al alcance de la mano, un brasero para darle calor y un ingenioso sistema de comunicaciones. Luego, su comida y bebida son de la más alta calidad y le son proporcionadas gratuitamente, según ordene y en la cantidad que quiera. Luego, se le garantiza el título subsidiario de «Guardián del Almacén Público», y para simplificar las cosas es investido con el propio título y concedidos poderes de manejo de todas las riquezas de Vull. Cuarto, puede seleccionar' como su esposa a la doncella que le parezca más atractiva. Quinto, se le concede el título de «Barón», y debe ser saludado con profundo respeto.

-Bien, bien -dijo Cugel-. El puesto parece digno de ser tenido en cuenta. ¿Qué responsabilidades implica? -Las que señala su nombre. El Vigía debe mantener su vigilancia, porque es una de las antiguas costumbres que observamos. Sus deberes no son muy exigentes, pero no deben ser tornados a la ligera, puesto que eso significaría convertirlos en una farsa, y nosotros somos gente seria, incluso en lo que se refiere a nuestras más extrañas tradiciones.

Cugel asintió juiciosamente.

-Las condiciones son claras. El Vigía vigila; nada puede expresarse más claramente. ¿Pero quién es Magnatz, y en qué dirección debe temerse su llegada, y cómo puede ser reconocido?

-Esas cuestiones no son de gran importancia -dijo el atamán agitando una mano-, puesto que esa criatura, en teoría, no existe.

Cugel alzó la vista a la torre, luego miró al otro lado del lago, luego de nuevo al almacén público.

-Solicito el puesto, siempre y cuando todos los particulares sean tal como los has expuesto.

Firx inició instantáneamente una serie de lacerantes dolores en las entrañas de Cugel. Cugel se dobló sobre sí mismo, aferró su estómago, se enderezó, y pidiendo disculpas al perplejo atamán se apartó a un lado.

-¡Paciencia! -imploró a Firx-. ¡Moderación! ¿No tienes ningún sentido de la realidad? Mi bolsa está vacía; ¡quedan muchas leguas por recorrer! Para viajar con un mínimo grado de rapidez debo restablecer mis fuerzas y llenar mi bolsa. ¡Tengo intención de trabajar en este oficio solamente el tiempo necesario para cumplir ambos objetivos, y luego partir apresuradamente hacia Almery!

Firx redujo reluctante sus demostraciones, y Cugel regresó donde aguardaba el atamán.

-Confirmo lo dicho antes -afirmó Cugel-. Me he pedido consejo a mí mismo, y creo que puedo cumplir adecuadamente con las obligaciones del trabajo.

El atamán asintió con la cabeza.

-Me alegra oír eso. Descubrirás que mi exposición de los hechos es exacta en cada uno de sus aspectos esenciales. Yo también he estado reflexionando, y puedo decir con seguridad que ninguna otra persona del poblado aspira a tan augusto puesto, y así pues te nombro Vigía de la Ciudad. -Ceremoniosamente, el atamán tendió un collar dorado, que colocó en torno al cuello de Cugel.

Volvieron a la taberna, y mientras lo hacían los habitantes de Vull, observando el collar, se apresuraron a acercarse al atamán con ansiosas preguntas.

-Sí -fue su respuesta-. Este caballero ha demostrado su capacidad, de modo que lo he nombrado Vigía de la Ciudad.

Los habitantes de Vull se mostraron generosamente expansivos ante la noticia, y felicitaron a Cugel como si fuera un residente de toda la vida.

Todos se congregaron en la taberna; fueron sacados vino y carne adobada; aparecieron unos músicos, y hubo púdicos bailes y alegría.

Durante el transcurso de la tarde Cugel estuvo observado a una hermosa muchacha que bailaba con un joven que había formado parte del grupo de caza. Cugel llamó al atamán, dirigió su atención hacia ella.

-Oh, sí: la deliciosa Marlinka. Baila con el muchacho con quien creo que piensa casarse.

-¿Es posible que sus pensamientos puedan sufrir alguna variación? -inquirió significativamente Cugel. El atamán hizo un malicioso guiño.

-¿La encuentras atractiva?

-Por supuesto, y ya que es un prerrequisito de mi oficio, declaro en este mismo momento que esa deliciosa criatura es la elegida para mi esposa. ¡Que la ceremonia sea celebrada de inmediato!

-¿Tan rápido? -inquirió el atarnán-. Oh, bueno, la impetuosa sangre de la juventud no admite espera. -Hizo una seña a la muchacha, y ella se dirigió bailando alegremente hacia la mesa. Cugel se levantó e hizo una profunda reverencia. El atamán dijo-: Marlinka, el Vigía de la Ciudad te encuentra deseable y te quiere como su esposa.

Marlinka pareció sorprendida al principio, luego regocijada. Miro pícaramente a Cugel e hizo una profunda reverencia.

-El Vigía me hace un gran honor.

-Además -entonó el atarnán-, requiere que la ceremonia nupcial sea celebrada ahora, en este mismo instante.

Marlinka miró dubitativa a Cugel, luego por encima del hombro al joven con quien había estado bailando.

-Muy bien -dijo-. Como quieras.

Fue celebrada la ceremonia, y Cugel se halló casado con Marlinka, la cual, examinada de más cerca, comprobó que era una muchacha de deliciosa alegría, encantadores modales y exquisita apariencia. Puso un brazo en torno a su talle.

-Ven -susurró-, marchémonos de aquí y sellemos nuestro convenio nupcial.

-No tan pronto -murmuró Marlinka-. Necesito tiempo para prepararme; ¡estoy sobreexcitada! -Se soltó y se alejó bailando.

Hubo más fiesta y alegría, y con enorme descontento Cugel observó que Marlinka bailaba de nuevo con el joven al que estaba anteriormente prometida. Mientras observaba abrazó a aquel joven con grandes evidencias de ardor. Cugel avanzó hacia ellos, detuvo el baile y llevó a un lado a su recién desposada.

-Este acto no es de lo más apropiado; ¡sólo llevas casada una hora!

Marlinka, sorprendida y desconcertada, se echó a reír, luego frunció el ceño, luego se echó a reír de nuevo y prometió comportarse con mayor decoro. Cugel intentó conducirla a su habitación, pero ella volvió a declarar inmediatamente que el momento no era el adecuado. Cugel lanzó un profundo suspiro irritado, pero se consoló recordando sus otras prerrogativas: el libre acceso al almacén de los tesoros, por ejemplo. Se inclinó hacia el atamán.

-Puesto que ahora soy guardián titular de las riquezas comunales, es prudente que tome conocimiento con detalle, lo más pronto posible, del tesoro que debo custodiar. Si tienes la bondad de entregarme las llaves, haré ahora mismo un inventario rápido.

-Mejor aún -dijo el atamán-. Té acompañaré, y haré todo lo que pueda por ayudarte.

Se dirigieron al almacén. El atamán abrió la puerta y encendió la luz. Cugel entró y examinó los objetos de valor.

-Veo que todo está en orden, y quizá sea aconsejable esperar hasta que mi cabeza se haya asentado un poco antes de iniciar un inventario detallado. Pero mientras tanto... -Cugel se dirigió al cofre de las joyas, seleccionó algunas gemas y empezó a meterlas en su bolsa.

-Un momento -dijo el atamán-. No quisiera incomodarte. Dentro de poco serás equipado con ropajes de ricas telas acordes con tu rango. Las riquezas es más conveniente guardarlas aquí en el tesoro; ¿por qué molestarte con el peso, o incurrir en la posibilidad de una pérdida?

-Tienes razón en lo que dices -observó Cugel-, pero deseo ordenar la construcción de una casa dominando el lago, y necesitaré algo de valor para pagar los costes de construcción.

-A su debido tiempo, a su debido tiempo. Difícilmente podrán empezar los trabajos hasta que hayas examinado la zona y elegido el lugar más idóneo.

-Cierto -admitió Cugel-. Puedo ver que se aproximan tiempos atareados. Pero ahora... ¡volvamos a la taberna! ¡Mi esposa es demasiado tímida, pero ya no voy a aceptarle ningún otro retraso!

Pero a su regreso fue imposible encontrar a Marlinka por parte alguna.

-Indudablemente ha ido a ponerse ropas más seductoras -sugirió el atamán-. ¡Ten paciencia!

Cugel frunció los labios con desagrado, y todavía se irritó más cuando descubrió que el joven cazador también se había ido.

La fiesta prosiguió a buen ritmo, y después de muchos brindis Cugel empezó a sentirse un tanto achispado y fue llevado a su habitación.

A primera hora de la mañana el atamán llamó a la puerta, y entró tras ser invitado por Cugel a ello. -Ahora debemos visitar la torre de observación -dijo el atamán-. Mi propio hijo ha custodiado Vull esta última noche, porque nuestra tradición exige una vigilancia incesante.

Cugel se vistió de mala gana y siguió al atamán al frío aire matutino. Caminaron hasta la torre, y Cugel se sintió asombrado tanto por su altura como por la elegante simplicidad de su construcción, con sólo un esbelto eje central irguiéndose ciento cincuenta metros en el aire para sostener la cúpula.

Una escalera de cuerda era el único medio de subir. El atamán inició el ascenso y Cugel siguió detrás, con la escalera oscilando y balanceándose de tal modo que Cugel empezó a sentir vértigo.

Alcanzaron sanos y salvos la cúpula, y el cansado hijo del atamán descendió. La cúpula estaba amueblada de un modo algo menos lujoso de lo que Cugel había esperado, de hecho parecía casi austera. Señaló aquel hecho al atamán, que afirmó que la deficiencias serían rápidamente subsanadas.

-Simplemente indica lo que quieres, y será hecho.

-Muy bien: Deseo una gruesa alfombra en el suelo..., en tonos verdes y dorados sería lo más adecuado. Una cama más elegante y cómoda que ese triste camastro que veo contra la pared, y más grande también, porque supongo que Marlinka pasará también buena parte de su tiempo aquí. Una caja fuerte para joyas y otros artículos de valor aquí, un compartimiento para provisiones allí, unas estanterías para esencias en este lado. En este rincón una banqueta para enfriar los vinos.

El atamán asintió sin discusión a todo.

-Será como tú dices. Pero ahora debemos examinar tus deberes, que son tan simples que ni siquiera requieren ser enumerados: simplemente debes mantener la vigilancia sobre Magnatz.

-Eso lo tengo entendido, pero como antes, se me ocurre un corolario: a fin de trabajar con una eficiencia óptima tendría que saber qué o a quién debo vigilar. Magnatz podría pasearse impunemente por esta misma explanada de abajo si soy incapaz de reconocerle. ¿Cuál es su aspecto?

El atamán agitó la cabeza.

-No puedo decirlo; la información se pierde en las brumas del tiempo. La leyenda informa solamente de que fue engañado y alejado por un mago. -El atamán se dirigió al punto de observación-. Fíjate: aquí hay un instrumento óptico. Está basado en un ingenioso principio, y acerca y hace grandes las

escenas hacia las cuales lo diriges. De tanto en tanto puede que quieras inspeccionar los puntos de orientación de la zona. En esta dirección se halla el monte Temus; más abajo está el lago Vull, donde nadie puede navegar debido a los remolinos. En esta otra dirección está el paso de Padagar, que conduce al este, a las tierras de Merce. Si te fijas puedes distinguir el túmulo conmemorativo mandado erigir por Guzpah el Grande, cuando reunió ocho ejércitos para atacar a Magnatz. Magnatz erigió otro túmulo, ¿ves ese gran montículo al norte?, a fin de cubrir todos sus cadáveres. Y ahí está la melladura que abrió Magnatz entre las montañas para que el aire fresco circulara por el valle. Al otro lado hay algunas ruinas titánicas, donde Magnatz tenía su palacio.

Cugel inspeccionó los distintos puntos de orientación a través del aparato óptico.

-Por lo que se ve, Magnatz era una criatura de enorme poder.

-Así afirma la leyenda. Ahora, un asunto final. Si Magnatz aparece..., una probabilidad ante la que hay que echarse a reír, por supuesto..., debes tirar de esta cuerda, que hará sonar el gran gong. Nuestras leyes prohíben rigurosamente hacer sonar el gong, excepto si es avistado Magnatz. La pena por esta transgresión es tremendamente severa; de hecho, el último Vigía traicionó su alto oficio haciendo sonar el gong sin motivo. Es inútil que te diga que fue juzgado severamente y, tras ser despedazado entre cadenas que iban siendo retorcidas lentamente, sus trozos fueron arrojados a los remolinos del lago.

-¡Qué tipo más idiota! -observó Cugel-. ¿Por qué despreciar tanta riqueza, comodidad y honor por una estúpida diversión?

-Eso es lo que opinamos todos -afirmó el atamán. Cugel frunció el ceño.

-Me siento desconcertado por ese acto. ¿Era un hombre joven, para ceder tan fácilmente a un capricho tan frívolo?

-Ni siquiera esta disculpa puede argumentarse en su beneficio. Era un sabio de ochenta años, sesenta de los cuales los había pasado como Vigía de la ciudad.

-Su conducta se hace todavía más increíble -fue el pensativo comentario de Cugel.

-Todos en Vull sienten lo mismo. -El atamán se frotó vivamente las manos-. Bien, creo que ya hemos visto todo lo esencial; ahora te dejaré para que disfrutes de tus deberes.

-Un momento -dijo Cugel-. Insisto en algunos cambios y mejoras: la alfombra, las cajas, los almohadones, las estanterías, la cama.

-Por supuesto -dijo el atamán. Inclinó la cabeza sobre la barandilla, gritó instrucciones a los de abajo. No hubo una respuesta inmediata, y el atamán se exaspero-. ¡Qué fastidio! -exclamó-. Parece que voy a tener que resolverlo yo mismo. -Empezó a bajar la escalera de cuerda.

-Ten la bondad de enviar aquí arriba a mi esposa Marlinka -pidió Cugel tras él-, pues hay ciertos asuntos que quiero arreglar con ella.

-La buscaré inmediatamente -dijo el atamán por encima del hombro.

Unos minutos más tarde hubo un crujir de la gran polea; la escalera fue bajada al extremo de la cuerda que la sostenía. Mirando por encima de la barandilla, Cugel vio que los almohadones estaban a punto de ser izados. La

gruesa cuerda que sostenía la escalera se deslizó por la polea, subiendo otra cuerda más fina -apenas algo más que un cordel grueso-, a la que iban atados los almohadones. Cugel los examinó desaprobadoramente; eran viejos y polvorientos, y en absoluto de la calidad que había deseado. ¡Por supuesto, iba a insistir en un equipamiento mucho mejor que aquél! Posiblemente el atamán pretendía que aquellos suplieran la ausencia hasta que pudiera proporcionarle los auténticos de la calidad y elegancia requeridas. Cugel asintió con la cabeza; sí, aquella era obviamente la situación.

Escrutó el horizonte. Magnatz no era visible por parte alguna. Agitó los brazos una o dos veces, caminó de uno a otro lado, y fue a mirar abajo a la plaza, donde esperaba encontrar a artesanos ensamblando lo que había pedido. Pero no había tal actividad; la gente parecía dedicada a sus asuntos habituales. Cugel se alzó de hombros y fue a efectuar otra inspección del horizonte. Como antes, Magnatz era invisible.

Examinó una vez más la plaza. Frunció el ceño, achicó los ojos: ¿no era aquella su esposa Marlinka, paseando por allí abajo en compañía de un joven? Enfocó el instrumento óptico sobre la esbelta figura: era Marlinka, sin la menor duda, y el joven que la tenía sujeta del brazo con tan insolente intimidad era el cazador con el que antes había estado prometida. Cugel encajó la mandíbula, irritado. ¡Aquel comportamiento no podía proseguir! Cuando Marlinka se presentara, le hablaría seriamente del tema.

El sol llegó al cenit; la cuerda se agitó. Cugel miró por encima de la barandilla y vio que su comida estaba siéndole subida en un cesto de mimbre, y se frotó las manos con anticipación. Pero el cesto, cuando alzó la tela que lo cubría, tan sólo contenía media hogaza de pan, un trozo de carne dura y una botella pequeña de insípido vino. Cugel contempló impresionado la magra ración, y decidió descender inmediatamente para poner las cosas en claro. Carrapeó y llamó abajo para que subieran la escalera. Nadie pareció oírle. Llamó más fuerte. Una o dos personas alzaron la vista ligeramente curiosos, pero siguieron andando en dirección a sus asuntos. Cugel tiró furioso de la cuerda y la izó por medio de la polea, pero no apareció ninguna cuerda gruesa ni ninguna escalera. La cuerda fina era un bucle sin fin, capaz de sostener aproximadamente el peso de un cesto de comida.

Cugel se sentó pensativo y examinó la situación. Luego, dirigiendo el aparato óptico de nuevo hacia la plaza, buscó al atamán, el único hombre al que podía dirigirse exigiendo una satisfacción.

A última hora de la tarde Cugel estaba observando por casualidad la puerta de la taberna cuando tuvo la oportunidad de ver al atamán salir tambaleándose del local, obviamente muy cargado de vino. Cugel le llamó perentoriamente; el atamán se detuvo en seco, buscó la fuente de la voz, agitó perplejo la cabeza y siguió su camino cruzando la plaza.

El sol se acercaba al horizonte al otro lado del lago Vull; los remolinos eran espirales marrones y negras. La cena de Cugel llegó: un plato de puerros hervidos y un bolde gachas. Lo inspeccionó todo con escaso interés, luego fue al lado de la cúpula.

-¡Subid la escalera! -gritó-. ¡Llega la oscuridad! ¡En ausencia de luz, es inútil vigilar a Magnatz o a nadie!

Librodot

Como antes, sus observaciones pasaron sin ser oídas. Firx pareció darse repentinamente cuenta de la situación y clavó varias afiladas uñas en partes vitales de Cugel.

Cugel pasó una noche horrible. Cuando los últimos clientes salieron de la taberna los llamó para transmitirles sus quejas, pero hubiera podido ahorrarse el aliento.

El sol apareció por encima de las montañas. La comida de la mañana de Cugel era de calidad aceptable, pero en absoluto la estándar descrita por Hylam Wiskode, el atamán de lengua bífida de Vull. Irritado, Cugel aulló órdenes a los de abajo, pero fue ignorado. Inspiró profundamente; parecía que había sido dejado a sus propios recursos. ¿Pero y qué? ¿Acaso no era Cugel el Astuto? Estudió varios métodos de descender de la torre.

La cuerda por la cual ascendía su comida era demasiado ligera. Si la doblara y la volviera a doblar de modo que sostuviera su peso alcanzaría, como máximo, una cuarta parte de la distancia que lo separaba del suelo. Sus ropas y cueros, retorcidos y anudados entre sí, podrían proporcionarle otros seis metros, dejándole colgado en mitad del aire. El mástil de la torre no proporcionaba ningún asidero para los pies. Con herramientas apropiadas y tiempo suficiente tal vez pudiera tallar una escalera que bajara por fuera de la torre, o incluso ir picando enteramente la torre en sí, reduciéndola al final a un muñón desde el que pudiera saltar al suelo... El proyecto no era realizable. Cugel se dejó caer desesperado en los almohadones. Ahora todo estaba claro. Había sido engañado. Era un prisionero. ¿Cuánto tiempo había permanecido el anterior Vigía en su puesto? ¿Sesenta años? La perspectiva ahora no era más alentadora.

Firx, de igual opinión, clavó furiosamente sus garras y dientes, añadiendo su grano de arena a la aflicción de Cugel.

Así pasaron los días y las noches. Cugel meditó larga y sombríamente, contempló la gente de Vull cada vez con mayor revulsión. En una ocasión consideró la posibilidad de hacer sonar el gran gong, como su antecesor se había sentido impulsado finalmente a hacer..., pero recordó la pena y se contuvo.

Cugel llegó a familiarizarse con cada aspecto de la ciudad, del lago y del paisaje circundante. Por la mañana densas brumas cubrían el lago; al cabo de dos horas una brisa las alejaba. Los remolinos sorbían y gruñían, girando aquí y allá, y los pescadores de Vull se aventuraban muy pocas veces a alejarse de la orilla más allá del largo de sus botes. Cugel llegó a reconocer a todos los habitantes del poblado, y aprendió los hábitos de cada uno. Marlinka, su pérfida esposa, cruzaba a menudo la plaza, pero raramente dirigía su mirada hacia arriba. Cugel marcó bien en su memoria la casa donde vivía, y la mantuvo bajo constante vigilancia a través del dispositivo óptico. Si se divertía con el joven cazador, sin embargo, su discreción era encomiable, y las lúgubres sospechas de Cugel nunca quedaron documentadas.

La comida no mejoraba en calidad, y con no poca frecuencia era incluso olvidada. Firx se mostraba persistentemente irritable, y Cugel recorría los confines de la cúpula con pasos aún más frenéticos. Un día, poco después de la puesta del sol, tras unas particularmente agónicas advertencias de Firx, Cugel se detuvo en seco en sus paseos. ¡Descender de la torre era un asunto de la máxima simplicidad! ¿Por qué había tardado tanto en pensar en ello? ¡Y le llamaban Cugel el Astuto!

Hizo tiras de cada fragmento de tela que contenía la cúpula, y con ellas fabricó una cuerda de seis metros de largo. Ahora debía aguardar a que la ciudad quedara desierta y en silencio: una hora o dos todavía.

Firx lo asaltó una vez más, y Cugel gritó irritado:

-¡Ya basta, escorpión, esta noche escaparemos de esta torre! ¡Tus acciones son inútiles!

Firx cesó en sus demostraciones, y Cugel investigó la plaza. La noche era fría y húmeda: ideal para sus propósitos. La gente de Vull se fue temprano a la cama Cugel alzó cuidadosamente la cuerda por la que era izada su comida; la dobló, la dobló de nuevo, volvió a doblarla otra vez aún, y así produjo un cable lo suficientemente fuerte para sostenerle. Hizo un lazo en un extremo, y ató el otro fuertemente a la polea. Tras una última mirada al horizonte, pasó por encima de la barandilla, descendió hasta el extremo del cable, se metió en el lazo que había hecho y quedó sentado en él, balanceándose, a unos ciento veinte metros por encima de la plaza. Ató a un extremo de su cuerda de seis metros uno de sus zapatos para darle peso, y tras varios intentos consiguió pasarla formando un lazo alrededor de la columna central de la torre. Tiró de ambos extremos para acercarse a ella. Con infinito cuidado se soltó del bucle del cable y, utilizando el lazo en torno a la columna como freno, se deslizó lentamente hasta el suelo. Se ocultó rápidamente en las sombras y volvió a calzarse. Justo en el momento en que se ponía en pie la puerta de la taberna se abrió y salió Hylam Wiskode, completamente empapado por dentro en alcohol. Cugel sonrió siniestramente y siguió al vacilante atamán hasta una callejuela lateral.

Un simple golpe en la nuca fue suficiente; el atamán cayó en una zanja. Cugel estuvo inmediatamente sobre él, y con hábiles dedos le quitó las llaves. Se dirigió al almacén público donde estaba guardado el tesoro de la ciudad, abrió la puerta, se deslizó dentro y llenó un saco con gemas, monedas, botellas de caras esencias, reliquias y cosas así.

Regresó a la calle y arrastró el saco hasta un muelle al lado del lago, donde lo ocultó bajo una red. Luego se dirigió hacia la casa de su esposa Marlinka. Avanzando cautelosamente pegado a la pared, llegó a una ventana abierta, se deslizó dentro, y se encontró en el dormitorio de la muchacha.

Marlinka se despertó ante el contacto de sus manos contra su garganta. Cuando intentó gritar él apretó, cortándole el aliento.

-Soy yo -susurró-. ¡Cugel, tu esposo! Levántate y ven conmigo. ¡El primer sonido que hagas será el último! Presa de gran terror, la muchacha obedeció. A una orden de Cugel se echó una capa en torno a sus hombros y se puso unas sandalias en los pies.

-¿Dónde vamos? -susurró con voz trémula.

-No importa. Ven conmigo..., por la ventana. ¡No hagas el menor ruido!

De pie fuera, en la oscuridad, Marlinka lanzó una horrorizada mirada hacia al torre.

-¿Quién está de guardia? ¿Quién protege Vull contra Magnatz?

-Nadie está de guardia -dijo Cugel-. ¡La torre está vacía!

Las rodillas de la muchacha cedieron; cayó al suelo.

-¡Levántate! -exclamó Cugel-. ¡Arriba! ¡Tenemos que continuar!

-¡Pero no hay nadie de guardia! ¡Eso invalida el conjuro que el mago lanzó sobre Magnatz, que juró regresar cuando cesara la vigilancia!

Cugel alzó a la muchacha en pie.

-Esto no es asunto mío; declino la responsabilidad. ¿No buscasteis vosotros engañarme y convertirme en vuestra víctima? ¿Dónde estaban mis almohadones? ¿Dónde mis espléndidas comidas? Y mi esposa..., ¿dónde estabas tú?

La muchacha sollozó con el rostro oculto por sus manos, y Cugel la condujo al muelle. Acercó un bote de pesca, le ordenó que subiera a bordo, echó dentro su botín.

Soltó las amarras del bote, sujetó los remos y empezó a remar hacia dentro del lago. Marlinka miró alucinada. -¡Los remolinos nos hundirán! ¿Acaso has perdido la razón?

-¡En absoluto! He estudiado los remolinos con cuidado y sé exactamente dónde está cada uno.

Cugel avanzó sobre la superficie del lago, contando cada palada de sus remos y observando las estrellas. -Doscientas paladas al este..., cien paladas al norte..., doscientas paladas al este..., cincuenta paladas al sur... Así remó Cugel mientras a derecha e izquierda de ellos sonaba el sorbente ruido del agua arremolinada. Pero la bruma se había espesado y ocultaba las estrellas, y Cugel se vio obligado a echar el ancla.

-Ya es suficiente -dijo-. Ahora estamos a salvo, y todavía nos queda mucho por hacer juntos.

La muchacha se acurrucó en un extremo del bote. Cugel avanzó a popa y se unió a ella.

-¡Aquí estoy, esposa mía! ¿No te alegras de que finalmente estemos solos? Mi habitación en la posada era mucho más confortable, pero este bote será suficiente.

-No -lloriqueó ella-. ¡No me toques! La ceremonia no tenía ningún significado, fue un truco para persuadirte de que sirvieras como Vigía.

-¿Durante sesenta años quizá, hasta que hiciera sonar el gong por pura desesperación?

-¡No es culpa mía! ¡Sólo soy culpable de una broma! ¿Pero qué pasará con Vull? ¡Nadie vigila, y el conjuro se ha roto!

-¡Entonces tanto peor para los desleales ciudadanos de Vull! Han perdido su tesoro, su más hermosa doncella, y cuando despunte el día Magnatz marchará sobre ellos.

Marlinka lanzó un grito de angustia, que quedó ahogado por la bruma.

-¡Nunca pronuncies ese nombre maldito!

-¿Por qué no? ¡Lo gritaré cruzando el agua! ¡Informaré a Magnatz que el conjuro ha sido roto, que ahora ya puede venir en busca de su venganza!

-¡No, no, no lo hagas!

-Entonces compórtate conmigo como espero. Sollozando, la muchacha obedeció, y finalmente una tenue luz rojiza filtrándose a través de la bruma señaló el amanecer. Cugel se puso en pie en el bote, pero todos los puntos de referencia seguían aún ocultos.

Pasó otra hora; el sol estaba ahora a popa. La gente de Vull descubriría que su Vigía se había ido, y con él su tesoro. Cugel rió entre dientes, y ahora una ligera brisa alzó la bruma, revelando los puntos de referencia que había memorizado. Se dirigió a proa e izó el ancla, pero para irritación suya se había enganchado.

Tiró, la cuerda se tensó y cedió un poco. Cugel volvió a tirar con todas sus fuerzas. Desde abajo llegó un gran burbujeo.

-¡Un remolino! -exclamó aterrada Marlinka.

-No hay ningún remolino aquí -jadeó Cugel, y tiró una vez más. La cuerda pareció ceder, y Cugel alzó el ancla. Miró por encima de la borda, y se encontró contemplando un enorme y pálido rostro. El ancla se había enganchado en las aletas de una nariz. Mientras miraba, los ojos parpadearon y se abrieron.

Cugel soltó la cuerda, se apresuró a los remos y se alejó frenéticamente hacia la orilla sur.

Una mano tan grande como una casa se alzó del agua, aferrante. Marlinka chilló. Hubo una gran turbulencia, un prodigioso chorro de agua que arrojó el bote hacia la orilla como si fuese una astilla, y Magnatz se sentó en el centro del lago Vull.

Del poblado llegó el sonido del gong de aviso, un frenético golpear.

Magnatz se alzó de rodillas, chorreando agua y lodo por todo su enorme cuerpo. El ancla que había atravesado la aleta de su nariz seguía colgando allí, y un líquido negro y espeso brotaba de la herida. Alzó un gran brazo y dio un irritado palmetazo hacia el bote. El impacto arrojó un muro de espuma que envolvió el bote y derramó el tesoro, a Cugel y a la muchacha hacia las oscuras profundidades del lago.

Cugel se agitó y pateó y se impulsó hacia la espumeante superficie. Magnatz se había puesto en pie y estaba mirando hacia Vull.

Cugel nadó hasta la playa y se alzó tambaleante en la orilla. Marlinka debía haberse ahogado, puesto que no se la veía por parte alguna. Magnatz estaba cruzando el lago, dirigiéndose lentamente hacia el poblado.

Cugel no esperó más. Se dio la vuelta y echó a correr a toda velocidad hacia las montañas.

4
FARESM EL MAGO

Las montañas estaban detrás: los oscuros desfiladeros, los pequeños lagos, los picos de piedra llenos de ecos..., todo ello no era ahora más que una enorme masa al norte. Durante un tiempo Cugel vagó por una región de bajas y redondeadas colinas con el color y la textura de la madera vieja, con densos bosquecillos de árboles negroazulados, luego llegó a un apenas marcado sendero que lo llevó hacia el sur dando largos y sinuosos rodeos, y que finalmente desembocó en una enorme y brumosa llanura. A casi un kilómetro a la derecha se alzaba una hilera de altos riscos que atrajo instantáneamente su atención, despertando en él una punzada de *dejó vu.* Se detuvo desorientado. En algún momento, en el pasado, había conocido aquellos riscos: ¿cuándo? ¿dónde? Su memoria no le proporcionó ninguna respuesta.

Se sentó sobre una baja roca cubierta de líquenes para descansar, pero Firx estaba ahora impaciente y le infligió un estimulante zarpazo. Cugel saltó en pie, gruñó débilmente y agitó su puño hacia el sudoeste, la presumible dirección de Almery.

-¡Iucounu, Iucounu! Si puedo pagarte una décima parte de lo que me has hecho, el mundo creerá que soy excesivamente duro contigo!

Siguió andando por el sendero, bajo los riscos que lo habían afectado con aquel recuerdo profundo pero imposible. Muy abajo se extendía la llanura, cubriendo tres cuartas partes del horizonte con colores muy parecidos a los de la roca llena de líquenes donde se había sentado brevemente: negras manchas boscosas: un amontonamiento gris allá donde las ruinas llenaban todo un valle; indescriptibles estrías verdegrisáceas, amarronadogrisáceas; el destello plomizo de dos grandes ríos que desaparecían en la bruma, allá en la distancia.

El breve descanso solamente le había servido a Cugel para que sus articulaciones estuvieran más rígidas ahora; cojeaba, y la bolsa golpeaba dolorosamente su cadera. Peor era el hambre que se aferraba a su estómago. ¡Otra cosa que arreglar con Iucounu! Cierto, el Mago Reidor le había proporcionado un amuleto que convertía sustancias normalmente incomibles tales como la hierba, la madera, el cuerno, el pelo, el humus y cosas así en una pasta nutritiva. Desgraciadamente -y aquella era una medida del mordiente humor de Iucounu-, la pasta retenía el sabor de la sustancia original, y durante su paso por las montañas Cugel había encontrado poco más que llevarse a la boca que tártago, hierbapica, fermento negro, corteza y agallas de roble, y en una ocasión, cuando todo esto había fallado, algunos desechos descubiertos en la cueva de un barbado thawri. Cugel había comido tan sólo mínimamente; su larga figura delgada se había vuelto francamente flaca; sus mejillas brotaban como dos aletas; las negras cejas que en su tiempo se habían curvado gallardamente sobre sus ojos colgaban ahora planas y desanimadas. ¡Cierto, cierto, Iucounu tenía mucho de 1o que responder! Y Cugel, a medida que avanzaba, debatía consigo mismo la exacta calidad de la venganza que iba a tomar si alguna vez hallaba el camino de regreso a Almery.

El sendero descendía hacia una amplia llanura de piedra donde el viento había tallado un millar de grotescas figuras. Cugel examinó la zona y creyó percibir una cierta regularidad en la erosionadas formas, y se detuvo para frotarse pensativamente su larga mandíbula. El esquema desplegaba una extrema sutileza..., tan sutil, de hecho, que Cugel se preguntó si no habría sido proyectado por su propia mente. Se acercó, discernió más complejidades y elaboraciones sobre complejidades: curvas, espiras, volutas; discos, anillos, deformadas esferas; torsiones y flexiones; husos, corazones, pináculos lanciformes: las más elaboradas, complejas e intrincadas formas de tallar la roca concebibles no eran manifiestamente un esfuerzo al azar de los elementos. Cugel frunció el ceño, perplejo, incapaz de imaginar un motivo para tan compleja empresa.

Siguió adelante, y un momento más tarde oyó voces junto con el resonar de herramientas. Se detuvo en seco, escuchó cautelosamente, luego siguió avanzando hacia un grupo de unos cincuenta hombres cuya estatura iba de los diez centímetros hasta más de los tres metros. Cugel se acercó con paso tentativo, pero después de una primera mirada los trabajadores no le prestaron ninguna atención y siguieron cincelando, rascando, moliendo, agujereando y puliendo con dedicado celo.

Cugel observó durante algunos minutos, luego se acercó al vigilante, un hombre de un metro de altura que permanecía de pie ante un pupitre consultando los planos extendidos ante él, comparándolos con el trabajo en progreso mediante un ingenioso utensilio óptico. Parecía darse cuenta de todo al primer momento, y daba instrucciones, regañaba, hacía rectificar los errores, aconsejaba

Librodot

a los menos hábiles en el uso de sus herramientas. Para subrayar sus observaciones utilizaba un dedo índice maravillosamente extensible, que alcanzaba muy bien los nueve metros para golpear delicadamente una sección de roca, rascar un rápido diagrama, luego retraerse con la misma rapidez.

El contramaestre se apartó de su pupitre uno o dos pasos, satisfecho temporalmente con el trabajo en curso, y Cugel avanzó.

-¿Qué intrincado esfuerzo es éste, y cuál es su objeto?

-El trabajo es el que ves -respondió el contramaestre con una acompasada y penetrante voz-. De la roca natural producimos formas específicas, según las órdenes del mago Faresm... ¡Cuidado, ahí! ¡Cuidado! -El grito iba dirigido a un hombre un metro más alto que Cugel, que golpeaba la piedra con un puntiagudo cincel-. ¡Detecto exceso de confianza! -El índice partió hacia delante-. Ve con mucho cuidado en esta unión; ¿notas como la roca tiende a resquebrajarse? Da un golpe aquí de intensidad seis en vertical, utilizando una garra semicurva; en ese otro punto un golpe de intensidad cuatro en arista de encuentro; luego emplea una galga de cuatro para retirar las esquirlas.

Cuando el trabajo volvió a funcionar correctamente, se dedicó de nuevo al estudio de sus planos, agitando la cabeza con el ceño insatisfechamente fruncido.

-¡Demasiado lentos! Los operarios trabajan como si estuvieran medio drogados, o demuestran una estupidez más allá de lo esperado. Ayer mismo, Dadio Fessadil, aquel tres anas que lleva pañuelo verde de allá -señaló-, usó una barra refrigeradora de galga diecinueve para acanalar la moldura de una pequeña cuadrifolia invertida.

Cugel agitó sorprendido la cabeza, como si nunca hubiera oído un error tan craso. Preguntó:

-¿Qué es lo que impulsa esta sorprendente talla de rocas?

-No sabría decirlo -respondió el capataz-. El trabajo viene realizándose desde hace trescientos dieciocho años, pero durante todo este tiempo Faresm nunca ha aclarado sus motivos. Deben ser claros y precisos, porque realiza una inspección diaria y es rápido en indicar los errores.

-Aquí se volvió a un lado para consultar con un hombre que le llegaba a Cugel a la rodilla y que tenía dudas sobre la altura de una cierta voluta. El capataz consultó un índice, resolvió el asunto; luego se volvió de nuevo a Cugel, esta vez con un aire de franca simpatía.

-Pareces a la vez astuto y hábil.; ¿te gustaría hallar empleo? Nos faltan varios artesanos de ana intermedia, o si prefieres un trabajo más fuete podemos usarte sin problemas como aprendiz de pedrero de dieciocho anas. Tu estatura es la apropiada para cualquiera de las dos cosas, y hay las mismas posibilidades de promoción. Como puedes ver, yo soy hombre de cuatro anas. Alcancé la posición de Golpeador en un año, de Moldeador de Formas en tres, de Ayudante de Obra en diez, y llevo sirviendo como Jefe de Obra desde hace diecinueve años. Mi predecesor era un dos anas, y el Jefe de Obra anterior a él fue un diez anas. -Se puso a enumerar las ventajas del trabajo, que incluía comida, cama, narcóticos a elegir, privilegios en el ninfario, un sueldo que empezaba con diez terces diarios, y varios otros beneficios, incluidos los servicios de Faresm como adivinador y exorcisador-. Además, Faresm mantiene un conservatorio donde todos pueden enriquecer sus intelectos. Yo mismo estoy estudiando Iden-

Librodot

tificación de Insectos, Heráldica de los Reyes del Viejo Gomaz, Canto Polifónico, Catalepsia Práctica y Doctrina Ortodoxa. ¡Nunca hallarás un patrón más generoso que Faresm el Mago!

Cugel contuvo una sonrisa ante el entusiasmo del Jefe de Obra; pero su estómago gruñía de hambre y no era cuestión de rechazar de plano una oferta tan tentadora.

-Nunca antes había pensado en una carrera así -dijo-. Citas unas ventajas de las que no era consciente.

-Cierto; generalmente no son conocidas.

-No puedo decir inmediatamente ni sí ni no. Es una decisión importante que tengo la impresión que debería considerar en todos sus aspectos.

El Jefe de Obra asintió con profunda comprensión.

-Animamos la deliberación en nuestros artesanos, puesto que cada golpe que den debe conseguir el efecto deseado. Para reparar una inexactitud del tamaño de una uña hay que retirar todo el bloque, colocar un nuevo bloque en lugar del viejo, y empezarlo todo de nuevo. Hasta que el trabajo ha alcanzado su estadio anterior los privilegios del ninfario son retirados a todos. En consecuencia, no deseamos recién llegados oportunistas o impulsivos en el grupo.

Firx, con el repentino temor de que Cugel propusiera un retraso, indicó su opinión de una forma tremendamente dolorosa. Aferrándose el abdomen, Cugel se retiró a un lado y, mientras el Jefe de Obra observaba perplejo, argumentó acaloradamente con Firx.

-¿Cómo puedo seguir sin alimentos? -La respuesta de Firx fue un incisivo movimiento de sus púas-. ¡Imposible! -exclamó Cugel-. El amuleto de Iucounu basta teóricamente, pero mi estómago ya no puede soportar más tártago; recuerda, si caigo muerto por el camino, ¡nunca te reunirás con tu camarada en los tanques de Iucounu!

Firx vio la justicia del argumento y se tranquilizó, reluctante. Cugel regresó junto al pupitre, donde el Jefe de Obra había sido distraído por el descubrimiento de una gran turmalina que impedía el progreso de una espiral muy complicada. Finalmente Cugel consiguió atraer de nuevo su atención.

-Mientras sopeso la oferta de empleo y las ventajas contradictorias de la disminución y la elongación, necesitaré una cama donde poder recostarme. También desearía probar las pequeñas ventajas que has descrito, digamos por un período de un día o más.

-Tu prudencia es de admirar -declaró el Jefe de Obra-. La gente de hoy tiende a comprometerse alegremente a cosas que luego lamentarán. No era así en mi juventud, donde prevalecían la sobriedad y la discreción. Arreglaré las cosas para que seas admitido en el complejo, donde podrás verificar cada una de mis afirmaciones. Hallarás a Faresm severo pero justo, y solamente el hombre que golpea descuidadamente la roca tiene motivos de queja. ¡Pero observa! ¡Aquí está Faresm el Mago en su inspección diaria!

Subiendo por el sendero venía un hombre de imponente estatura que llevaba un voluminoso atuendo blanco. Su actitud era afable; su pelo era como vello amarillo; sus ojos estaban vueltos hacia arriba como embelesados en la contemplación de una inefable sublimidad. Llevaba los brazos relajadamente cruzados, y avanzaba sin mover las piernas. Los trabajadores, quitándose los gorros e inclinando al unísono las cabezas, cantaron un respetuoso saludo, al que contestó Faresm con una inclinación de cabeza.

Vio a Cugel, hizo una pausa, inspeccionó rápidamente el trabajo realizado hasta entonces, luego se deslizó sin prisas hacia el pupitre.

-Todo parece razonablemente exacto -le dijo al Jefe de Obra-. Creo que el pulido de la parte inferior de la epiproyección 56-16 es desigual, y detecto una pequeña

entalladura en la ranura secundaria de la espira diecinueve. Ninguna de esas dos circunstancias parecen de mucha importancia, de modo que no recomiendo acción disciplinaria alguna.

-Las deficiencias serán reparadas y los artesanos negligentes recibirán su reprimenda: ¡eso como mínimo! -exclamó el Jefe de Obra con irritada pasión-. Ahora

deseo presentarte a un posible recluta para nuestra fuerza de trabajo. Afirma no tener experiencia en el oficio, y quiere pensárselo antes de decidir unirse a nuestro grupo. Si decide hacerlo, planeo el período habitual como recogedor de cascotes antes de confiársele el afilado de herramientas y las excavaciones preliminares.

-Sí; eso está de acuerdo con nuestra práctica habitual. De todos modos... -Faresm se deslizó sin esfuerzo hacia delante, tomó la mano izquierda de Cugel y efectuó una rápida adivinación sobre las uñas de sus dedos. Su benévola actitud se hizo más sobria-. Veo contradicciones de cuatro variedades. Sin embargo, resulta claro que tus inclinaciones óptimas van en otra dirección que en el picar y modelar roca. Te aconsejo que busques otro empleo más compatible.

-¡Bien dicho! -exclamó el Jefe de Obra-. ¡Faresm el Mago demuestra su infalible altruismo! A fin de no perder más el tiempo retiro desde ahora mismo mi oferta de empleo. Puesto que ahora ya no tiene ninguna finalidad el que te reclines en una cama o pruebes las prerrogativas de las que te había hablado, no necesitas seguir perdiendo un tiempo irreemplazable.

Cugel hizo una mueca.

-Una adivinación tan casual puede demostrarse inexacta.

El Jefe de Obra extendió su dedo índice verticalmente diez metros, en un gesto de ultraje, pero Faresm asintió plácidamente.

-Esto es completamente correcto, y realizaré con gusto una adivinación más completa, aunque el proceso requerirá entre seis y ocho horas.

-¿Tanto tiempo? -preguntó Cugel, asombrado.

-Es el mínimo. Primero tienes que ser atado de la cabeza a los pies con intestinos de búhos recién muertos, luego sumergido en un baño caliente conteniendo un cierto número de sustancias orgánicas secretas. Yo, por supuesto, tengo que chamuscar el dedo meñique de tu pie izquierdo y dilatar lo suficiente tu nariz como para que pueda pasar un escarabajo explorador, que deberá estudiar los conductos que conducen a y de tu sensorio. Pero vayamos a mi adivinatorio, para que podamos empezar inmediatamente el proceso.

Cugel tironeó su barbilla, indeciso. Finalmente dijo: -Soy un hombre cauteloso, y debo meditar incluso en la conveniencia de someterme a tal adivinación; en consecuencia, requiero varios días de calma y somnolencia meditativa. Vuestro complejo y el ninfario adyacente parecen reunir las condiciones necesarias para tal estado; en consecuencia...

Faresm agitó indulgente la cabeza.

-La cautela, como cualquier otra virtud, puede ser llevada a su extremo. La adivinación tiene que realizarse inmediatamente.

Cugel intentó seguir discutiendo, pero Faresm se mostró inflexible y empezó a deslizarse sendero abajo. Cugel se retiró desconsoladamente a un lado, considerando

primero esta estratagema, luego esa otra. El sol se acercó al cenit, y los trabajadores empezaron a especular sobre la naturaleza de las viandas que iban a ser servidas en su comida del mediodía. Finalmente el Jefe de Obra dio una señal; todo el mundo dejó a un lado sus herramientas, y hubo una aglomeración en torno al carro que contenía la comida.

Cugel dijo en voz alta, medio bromeando, que podía ser convencido de compartir la comida de los otros, pero el Jefe de Obra no quiso ni oír hablar de aquello.

-Como en todas las actividades de Faresm, la exactitud es aquí también reina. Es una discrepancia impensable el que cincuenta y cuatro hombres deban consumir la comida pensada sólo para cincuenta y tres.

Cugel no pudo hallar ninguna respuesta adecuada, y se sentó en silencio mientras los picapiedras comían pastel de carne, queso y pescado salado. Todos lo ignoraron excepto uno, un hombre de un cuarto de ana cuya generosidad excedía con mucho a su estatura, y que reservó para Cugel una parte de su comida. Cugel le respondió que no tenía hambre en absoluto y, poniéndose en pie, vagabundeó por todo el proyecto, esperando descubrir algo de comida olvidada.

Fue de aquí para allá, pero los recogedores de cascotes habían retirado toda huella de sustancia extraña al esquema. Sin poder aplacar su apetito, Cugel llegó al centro de la obra, donde, extendida sobre un disco tallado, descubrió a la más peculiar de las criaturas: esencialmente un globo gelatinoso en el que parecían nadar partículas luminosas de las cuales emergían una serie de tubos o tentáculos transparentes que se hacían más delgados hasta desaparecer en la nada. Cugel se inclinó para ` examinar la criatura, que pulsaba con un lento ritmo interno. La apretó con el dedo, y pequeños destellos brillantes ondularon a partir del punto de contacto. Interesante: ¡una criatura de capacidades excepcionales!

Extrajo una aguja de entre sus ropas y pinchó un tentáculo, que emitió una irritada pulsación luminosa, mientras las doradas motas del interior de su sustancia se agitaban hacia todos lados. Más intrigado que nunca, Cugel se acercó más y se dedicó a la experimentación, sondeando aquí y allá, observando los irritados destellos y agitaciones con gran diversión.

Un nuevo pensamiento se le ocurrió a Cugel. La criatura desplegaba cualidades que recordaban a la vez a los celentéreos y a los equinodermos. ¿Una medusa terrestre? ¿Un molusco privado de su concha? Más importante aún: ¿era una criatura comestible?

Cugel extrajo su amuleto y lo aplicó al globo central y a cada uno de los tentáculos. No oyó ningún campanilleo ni zumbido: la criatura no era venenosa. Desenfundó su cuchillo e intentó cortar uno de los tentáculos, pero descubrió que la sustancia era demasiado elástica y dura para ser cortada. Cerca había un brasero, que era mantenido encendido para forjar y afilar las herramientas de los trabajadores. Alzó la criatura por dos de sus tentáculos, la llevó hasta el brasero y la puso sobre el fuego. La tostó cuidadosamente y, cuando consideró que ya estaba suficientemente cocida, se dispuso a comerla. Finalmente, tras varios esfuerzos poco dignos, consiguió tragarla en su totalidad, aunque la encontró sin ningún sabor ni valor nutritivo apreciable.

Los talladores de piedra estaban volviendo a su trabajo. Con una mirada significativa al capataz, Cugel descendió por el sendero.

Librodot

No muy lejos estaba la morada de Faresm el Mago: un edificio largo y bajo de roca fundida rematado por ocho domos de cobre, mica y brillante cristal azul de extraña forma. Faresm en persona estaba sentado ante el edificio, contemplando el valle con una serena magnanimidad que lo abarcaba todo. Alzó una mano en un tranquilo saludo.

-Te deseo agradables viajes y éxitos en todas tus empresas futuras.

-El sentimiento es aceptado en todo su valor -dijo Cugel con una cierta amargura-. De todos modos, podrías haberme hecho un servicio mucho más significativo extendiendo sobre mi persona la posibilidad de compartir vuestra comida del mediodía.

La plácida benevolencia de Faresm no se inmutó. -Esto hubiera sido un acto de erróneo altruismo. Demasiada generosidad de baja estofa corrompe al receptor y frustra sus recursos.

Cugel rió amargamente.

-Soy un hombre de férreos principios, y no me quejaré, pese a que, a falta de nada mejor, me he visto obligado a devorar un gran insecto transparente que hallé en medio de tus excavaciones de rocas.

Faresm se sobresaltó, y su expresión adoptó una intensidad desconocida hasta entonces.

-¿Un gran insecto transparente, dices?

-Insecto, epífita, molusco..., ¿quién sabe? No se parecía a ninguna criatura que hubiera visto antes, y su sabor, incluso después de haberlo asado cuidadosamente en el brasero, no tenía nada de particular.

Faresm flotó dos metros en el aire para arrojar todo el poder de su mirada sobre Cugel. Habló con voz baja y dura.

-¡Describe a esa criatura con detalle! Interrogándose acerca de la severidad de Faresm, Cugel obedeció.

-Era así y así respecto a sus dimensiones -señaló con sus manos-. En cuanto al color, era de una transparencia gelatinosa salpicada con innumerables manchas

doradas. Ésas parecían parpadear y pulsar cuando la criatura era molestada. Los tentáculos parecían hacerse más finos cada vez y finalmente desaparecían en vez de terminar. La criatura manifestó una obstinada determinación, y su ingestión resultó difícil.

Faresm se sujetó la cabeza con las manos, clavando sus dedos en el amarillo vello de su pelo. Alzó los ojos al cielo y lanzó un trágico grito.

-¡Ah! Llevo quinientos años intentando atraer a esa criatura, desesperando, dudando, meditando por las noches, pero sin abandonar nunca las esperanzas de que mis cálculos fueran exactos y mi gran talismán adecuado. ¡Y entonces, cuando finalmente aparece, tú caes sobre ella sin ninguna otra razón que saciar tu repulsiva glotonería!

Cugel, algo asustado ante la ira de Faresm, se apresuró a afirmar su ausencia de malicia. Faresm, sin embargo, no se ablandó. Señaló que Cugel había cometido abuso de confianza y, en consecuencia, no tenía derecho a apelar inocencia.

-Tu existencia misma es un agravio, al que hay que añadir el hecho de haber tenido la osadía de comunicarme el desagradable hecho. La benevolencia me impulsó a ser tolerante, lo cual ahora me doy cuenta que fue un grave error.

-En este caso -afirmó Cugel con dignidad-, me alejaré inmediatamente de tu presencia. Te deseo buena suerte en el balance del día, y ahora adiós.

Librodot

-No tan aprisa -dijo Faresm con la más fría de las voces-. La exactitud ha sido alterada; el daño que se ha cometido exige un contraacto para validar la Ley del Equilibrio. Puedo definir la gravedad de tu acto de esta manera: si te hiciera estallar en este mismo instante en las más diminutas de tus partes, la expiación no representaría más que una diezmillonésima de tu agravio. Es necesaria un castigo más severo.

Cugel se agitó presa de una gran inquietud.

-Comprendo que se ha cometido un acto lamentable, ¡pero recuerda!, mi participación en él fue básicamente casual. Afirmo categóricamente primero mi absoluta inocencia, segundo mi falta de intención criminal, y tercero mis más efusivas disculpas. Y ahora, puesto que me quedan aún muchas leguas que viajar, emprenderé...

Faresm hizo un gesto perentorio. Cugel guardó silencio. Faresm inspiró profundamente.

-No comprendes la calamidad que has arrojado sobre mí. Te lo explicaré, a fin de que no te sorprendas por los rigores que te aguardan. Como ya te he insinuado, la llegada de la criatura era la culminación de mi mayor esfuerzo. Determiné su naturaleza tras el atento examen de cuarenta y dos mil grimorios, todos ellos escritos en lenguaje críptico: una tarea que requirió cien años. Durante un segundo centenar de años desarrollé un esquema susceptible de atraparla y preparé especificaciones exactas. Luego reuní a cortadores de piedra, y durante un período de trescientos años di forma sólida a ese esquema. Puesto que lo igual atrae a lo igual, las variables e interconexiones crean una suprapululación en todas las áreas, cualidades e intervalos que se convierten en una espiral cristorroide excitando finalmente la ponenciación de una caída proubietal. Hoy se produjo la concatenación; la «criatura», como tú la llamas, pervolucionó por sí misma; y tú, en tu idiota malicia, la devoraste.

Cugel, con un asomo de altivez, señaló que la «idiota malicia» a la que el alterado mago se refería era en realidad simple hambre.

-En cualquier caso, ¿qué hay de tan extraordinario en la «criatura»? Otras igual de feas pueden hallarse cada día en la red de cualquier pescador.

Faresm se irguió en toda su altura, miró a Cugel con ojos llameantes.

-La «criatura» -dijo con voz rasposa- es TOTALIDAD. El globo central es todo el espacio, visto desde la inversa. Los tubos son vórtices a varias eras, ¡y los terribles actos que has cometido pinchando y aguijoneando, cociendo y masticando, son imposibles incluso de imaginar!

-¿Y qué hay de los efectos de la digestión? -inquirió Cugel delicadamente-. ¿Retendrán su identidad los varios componentes del espacio, el tiempo y la existencia tras pasar a todo lo largo de mi tracto digestivo?

-Bah. El concepto carece de interés. Basta decir que has causado importantes daños y creado una seria tensión en el tejido ontológico. Se te requiere inexorablemente que restablezcas el equilibrio.

Cugel alzó las manos.

-¿No es posible que se haya cometido algún error? ¿Que la «criatura» no fuera más que una pseudo-TOTALIDAD? ¿O no es concebible que la «criatura» pueda ser traída de nuevo por algún medio?

-Las dos primeras teorías son insostenibles. En cuanto a la última, debo confesar que algunas ideas frenéticas han estado formándose en mi mente. -Faresm hizo un signo, y los pies de Cugel se vieron pegados al suelo-. Debo ir a mi

Librodot

adivinatorio y estudiar el completo significado de estos inquietantes acontecimientos. Volveré a su debido tiempo.

-En cuyo momento estaré demasiado débil por el hambre -dijo estremecidamente Cugel-. De hecho, un mendrugo de pan y un mordisco de queso hubieran evitado todos los acontecimientos que ahora se me reprochan.

-¡Silencio! -tronó Faresm-. No olvides que tu castigo aún ha de ser fijado; ¡es el colmo del atrevimiento fanfarronear ante una persona que ya está haciendo esfuerzos sobrehumanos para mantener la calma!

-Permíteme que te diga esto -respondió Cugel-. Si regresas de tu adivinatorio para encontrarme muerto y desecado aquí en el sendero, habrás perdido mucho tiempo fijando un castigo.

-El restablecimiento de la vitalidad es una tarea menor -dijo Faresm-. Una variedad de muertes por procesos contrastados puede que entren en tu juicio. -Echó a andar hacia su adivinatorio, luego volvió sobre sus pasos e hizo un gesto impaciente-. Ven, es más fácil alimentarte que volver al camino.

Los pies de Cugel se vieron nuevamente libres, y siguió a Faresm, cruzando una amplia arcada, al adivinatorio. En una amplia habitación de paredes grises, iluminada por poliedros tricolores, Cugel devoró la comida que Faresm hizo aparecer. Mientras tanto, Faresm se encerró en su habitación de trabajo, donde se ocupó de sus adivinaciones. A medida que pasaba el tiempo Cugel empezó a sentirse intranquilo, y en tres ocasiones se acercó a la arcada de acceso. En cada ocasión acudió a detenerle un Presentimiento, primero en la forma de un acechante devoracadáveres, luego como un zigzagueante rayo de energía, y finalmente como una veintena de resplandecientes avispas púrpura.

Desanimado, Cugel volvió al banco y se sentó y aguardó con los codos apoyados en sus largas piernas y las manos bajo la barbilla.

Finalmente reapareció Faresm, con la ropa arrugada, el fino vello que era su pelo desordenado en una multitud de pequeños mechones. Cugel se puso lentamente en pie.

-He averiguado dónde se encuentra TOTALIDAD -dijo Faresm con voz que parecía los sones de un gran gong-. Indignada, se ha extraído de tu estómago y ha retrocedido un millón de años en el pasado.

Cugel asintió solemnemente con la cabeza. -Permíteme ofrecerte mi simpatía y mi consejo, que es: ¡no desesperes nunca! Quizá la «criatura» decida pasar de nuevo por aquí.

-¡Calla con tu cháchara! TOTALIDAD debe ser recuperada. Ven.

Cugel siguió reluctante a Faresm a una pequeña habitación de paredes de mosaico azul y con una alta cúpula de cristal azul y naranja como techo. Faresm señaló un disco negro en el centro del suelo.

-Ponte aquí.

Cugel obedeció hoscamente.

-En un cierto sentido, tengo la impresión que... -¡Silencio! -Faresm avanzó hacia él-. ¡Observa este objeto! -Mostró una esfera de marfil del tamaño de dos puños, tallada con excesivo detalle-. Aquí ves el esquema del que se deriva mi gran obra. Expresa el significado simbólico de NULIDAD a la cual debe necesariamente aferrarse TOTALIDAD, según la Segunda Ley de Afinidades Criptorroides de Kratinjae, con la que posiblemente estés familiarizado.

-No en todos sus aspectos -admitió Cugel-. ¿Pero puedo preguntarte tus intenciones?

La boca de Faresm se curvó en una fría sonrisa. -Estoy a punto de intentar uno de los más potentes conjuros jamás desarrollados: un conjuro tan reacio, duro y coactivo que Phandaal, Mago del Más Alto Rango del Gran Motholam, prohibió su uso. Si soy capaz de controlarlo, serás impulsado a un millón de años en el pasado. Allá residirás hasta que hayas cumplido tu misión, en cuyo momento podrás regresar.

Cugel salió rápidamente del disco negro.

-No soy el hombre adecuado para esta misión, sea la que sea. ¡Te aconsejo fervientemente que busques a algún otro!

Faresm ignoró aquella observación.

-La misión, por supuesto, es poner el símbolo en contacto con TOTALIDAD. -Le tendió un pequeño fajo de enmarañada tela gris-. A fin de facilitar tu búsqueda, te entrego este instrumento que relaciona todos los vocablos posibles a todo sistema de significado concebible. -Metió el fajo en la oreja de Cugel, donde se encajó por sí mismo y se conectó al nervio de expresión consonante-. Ahora -dijo Faresm- necesitas escuchar cualquier lenguaje desconocido durante tan sólo tres minutos para convertirte en un experto en su uso. Y ahora otro artículo para aumentar tus posibilidades de éxito: este anillo.

Observa la joya: en el momento en que te acerques dentro de un radio de una legua a TOTALIDAD, unas luces destellantes dentro de la gema te guiarán. ¿Está todo claro?

Cugel asintió, reluctante.

-Hay otro asunto a tener en cuenta. Supón que tus cálculos son incorrectos y que TOTALIDAD ha regresado solamente novecientos mil años en el pasado. ¿Qué entonces? ¿Debo permanecer durante toda mi vida en esa posiblemente bárbara era?

Faresm frunció el ceño con disgusto.

-Tal situación implica un error de un diez por ciento. Mi sistema de localización no admite una desviación superior a un uno por ciento.

Cugel empezó a hacer cálculos, pero Faresm señaló el disco negro.

-¡Allá! ¡Y no vuelvas a moverte de nuevo, o será peor para ti!

Con el sudor brotando de todas sus glándulas, las rodillas estremeciéndose y doblándose, Cugel regresó al lugar señalado.

Fresm se retiró al extremo más alejado de la habitación, donde se metió en una especie de serpentín de tubos dorados, que se cerraron girando en torno a su cuerpo. Tomó de encima de una mesa cuatro discos negros, con los que empezó a hacer juegos malabares con una destreza tan fantástica que los ojos de Cugel no pudieron seguirlos. Finalmente, Faresm lanzó los discos; flotaron en el aire, girando y zumbando, y derivaron gradualmente hacia Cugel.

Faresm tomó a continuación un tubo blanco, lo apretó fuertemente contra sus labios y pronunció un encantamiento. El tubo se hinchó y creció hasta formar un gran globo. Faresm retorció el extremo, cerrándolo, y, gritando un atronador conjuro, lanzó el globo contra los girantes discos, y todo estalló. Cugel se vio rodeado, alzado, arrastrado en todas direcciones hacia fuera, comprimido con igual vehemencia: el resultado de todo ello fue un empuje en una dirección contraria a todas, con un ímpetu equivalente a la marea de un millón de años. Entre deslumbradoras luces y distorsionadas visiones, Cugel fue transportado más allá de su consciencia.

Cugel despertó en medio de un resplandor de luz dorado-anaranjada, de un fulgor que jamás antes había conocido. Estaba tendido de espaldas, contemplando un cielo de cálido color azul, de tonos más ligeros y textura más suave que el cielo índigo de su tiempo.

Comprobó brazos y piernas y no halló ningún daño, se sentó y luego se puso lentamente en pie, y parpadeó ante la radiación tan poco familiar.

La topografía había cambiado sólo ligeramente. Las I montañas al norte eran más altas y de textura más escabrosa, y Cugel no pudo identificar el camino por el que había venido (o, más propiamente, el camino por el que vendría). El emplazamiento del proyecto de Faresm era ahora un bosque de árboles bajos de plumoso follaje verde claro de los que colgaban racimos de rojas bayas. El valle era como antes, aunque los ríos fluían por distintos cursos y tres grandes ciudades eran visibles a diferentes distancias. El aire que ascendía del valle tenía un extraño aroma mezclado con una antigua exhalación de moho, y Cugel tuvo la impresión de que el aire estaba poblado por una peculiar melancolía; de hecho, creyó oír música: una lenta y quejumbrosa melodía, tan triste como para hacer aflorar las lágrimas a sus ojos. Buscó la fuente de la música, pero se desvaneció y desapareció mientras la buscaba, y solamente cuando dejó de buscar volvió.

Por primera vez Cugel miró hacia los riscos que se alzaban al oeste, y entonces la sensación de *deja-vu* fue más fuerte que nunca. Cugel tiró asombrado de su barbilla. La época era un millón de años antes de aquella otra ocasión en la que había visto los riscos, y en consecuencia, por definición, tenía que ser la primera. Pero era también la segunda vez, porque recordaba muy bien su experiencia inicial de los riscos. Por otra parte, la lógica del tiempo no podía ser contrariada, y según ella esta visión precedía a la otra. Una paradoja, pensó Cugel: un rompecabezas, de hecho. ¿Qué experiencia había proporcionado el entorno a la intensa sensación de familiaridad que había sentido en ambas ocasiones?

...Cugel apartó a un lado el tema como de nula utilidad, y empezaba a volverse cuando un movimiento llamó su atención. Volvió a mirar hacia los riscos, y el aire se llenó de nuevo intensamente con la música que había oído antes, una música de angustia y exaltada desesperación. Cugel miró, maravillado. Una gran criatura alada vestida con blancas ropas voló muy arriba a lo largo de la cara del risco. Las alas eran largas, ribeteadas de quitina negra y recubiertas por una membrana gris. Cugel observó alucinado mientras descendía en picado hacia una cueva en las alturas de la cara del risco.

Sonó un gong, procedente de una dirección que Cugel no pudo determinar. Los armónicos vibraron en el aire, y cuando murieron la inaudible música se hizo casi audible. Desde muy lejos del valle llegó uno de los Seres Alados, cargado con una forma humana, cuya edad y sexo Cugel no pudo determinar. Planeó junto al risco y dejó caer su carga. Cugel creyó oír un débil grito y la música fue triste, majestuosa, sonora. El cuerpo pareció caer lentamente desde aquella gran altura y golpeó finalmente contra la base del risco. El Ser Alado, tras dejar caer el cuerpo, planeó hasta un alto reborde, donde dobló las alas y se irguió de pie como un hombre, mirando al valle.

Cugel se agazapó detrás de una roca. ¿Había sido visto? No podía estar seguro. Dejó escapar un profundo suspiro. Aquel triste y dorado mundo del

pasado no le gustaba; cuanto más pronto pudiera abandonarlo, mejor. Examinó el anillo que le había dado Faresm, pero la gema brillaba como un cristal opaco, sin ninguna de las parpadeantes chispas que señalarían la dirección de TOTALIDAD. Era como Cugel había temido. Faresm había errado en sus cálculos, y Cugel nunca podría regresar a su propio tiempo.

El sonido de un aleteo le hizo mirar hacia el cielo. Se acurrucó tanto como le permitía la protección de la roca. La melancólica música creció y suspiró de nuevo, mientras a la luz del sol poniente la alada criatura planeaba sobre el risco y dejaba caer su víctima. Luego se posó en el reborde con un gran batir de alas y entró en una cueva.

Cugel se puso en pie y corrió agachado por el sendero, bajo el ambarino atardecer.

El sendero penetraba finalmente en un bosquecillo, y allí se detuvo Cugel para recuperar el aliento, tras lo cual siguió avanzando con mayores precauciones. Cruzó una franja de terreno cultivado donde se alzaba una choza vacía. Cugel la consideró como un refugio para la noche, pero creyó ver una forma oscura espiando desde el interior y pasó de largo.

El sendero se alejaba de los riscos, cruzando onduladas colinas, y justo antes de que el anochecer diera paso a la noche Cugel llegó a un poblado erigido en las orillas de un estanque.

Cugel se acercó prudentemente, pero se sintió animado por los signos de limpieza y buena economía doméstica. En un parque al lado del estanque se alzaba un pabellón posiblemente pensado para la música, el mimo o la declamación; rodeando el parque había una serie de casitas estrechas y pequeñas con altos gabletes, cuyos bordes estaban alzados en decorativas curvas. En el lado opuesto del estanque había un edificio más grande, con una adornada fachada de madera entrelazada y placas esmaltadas rojas, azules y amarillas. Tres altos gabletes servían como techo, y el central sostenía un panel intrincadamente tallado, mientras que los dos laterales mostraban una serie de pequeñas lámparas azules esféricas. En la parte frontal había una amplia pérgola que abrigaba unos bancos, mesas y un espacio despejado, todo ello iluminado con lámparas de papel rojas y verdes. Allá descansaba la gente del poblado, inhalando incienso y bebiendo vino, mientras jóvenes y doncellas cabrioleaban al son de una excéntrica y agitada danza tocada por flautas y una concertina.

Envalentonado por la placidez de la escena, Cugel se acercó. La gente era de un tipo que nunca antes había encontrado, de no gran estatura, con cabezas general

mente anchas y largos e inquietos brazos. Su piel era de un intenso color calabaza; sus ojos y dientes eran negros; su pelo, también negro, colgaba liso a ambos lados de los rostros de los hombres y terminaba en un fleco de cuentas azules, mientras que las mujeres sujetaban su pelo con anillos blancos y pasadores, formando peinados de no poca complejidad. Lo rasgos mostraban barbillas y pómulos pronunciados; los grandes ojos, muy separados, caían de una curiosa manera en las comisuras exteriores. Las narices y las orejas eran largas y estaban bajo un considerable control muscular, proporcionando una gran viveza a los rostros. Los hombres llevaban faldellines negros de volantes, chaquetas marrones, sombreros consistentes en un ancho disco negro, un cilindro negro, otro disco más pequeño, todo ello rematado por una bola dorada. Las mujeres llevaban pantalones negros, chaquetas marrones con discos esmaltados en el ombligo, y en cada nalga una falsa cola de plumas verdes o rojas, posiblemente un indicativo de su estado marital.

Librodot

Cugel surgió a la luz de las lámparas; inmediatamente todas las conversaciones se interrumpieron. Las narices se pusieron rígidas, los ojos miraron, las orejas se fruncieron con curiosidad. Cugel sonrió a derecha e izquierda, agitó las manos en un saludo campechano que quería incluirlos a todos, y se sentó en una mesa vacía.

Hubo murmullos de sorpresa en distintas mesas, demasiado bajos para alcanzar los oídos de Cugel. Finalmente uno de los más viejos se levantó y se acercó a la mesa de Cugel. Dijo unas frases que Cugel consideró ininteligibles, porque, con una base insuficiente, el dispositivo de Faresm no había podido desentrañar aún su significado. Cugel sonrió educadamente, tendió las manos abiertas con las palmas hacia arriba en un gesto de bienintencionada impotencia. El viejo habló de nuevo, con una voz un poco más seca, y de nuevo Cugel indicó su incapacidad de entender. El viejo dio a sus orejas un seco tirón desaprobador y se dio la vuelta. Cugel hizo una seña al propietario, señaló el pan y el vino de una mesa cercana, y dio a entender su deseo de que le fuera traído lo mismo.

El propietario dijo algo que, pese a ser ininteligible, Cugel fue capaz de interpretar. Extrajo una moneda de oro y, satisfecho, el propietario se alejó.

Las conversaciones se reanudaron en varias mesas, y al cabo de poco tiempo los vocablos empezaron a tener significado para Cugel. Cuando hubo comido y bebido, se puso en pie y se dirigió hacia la mesa del viejo que primero le había hablado, donde hizo una respetuosa reverencia.

-¿Tengo tu permiso para unirme a tu mesa?

-Por supuesto, si ésta es tu inclinación. Siéntate. -El viejo señaló una silla-. Por tu comportamiento supuse que eras no sólo ciego y sordo, sino también afligido por un retraso mental. Al menos, ahora resulta claro que puedes hablar y oír.

-Y también profeso la racionalidad -dijo Cugel-. Como viajero que viene de lejos, e ignorante de vuestras costumbres, pensé que era mejor observar primero durante unos momentos, no fuera a cometer un error social. -Ingenioso pero peculiar -fue el comentario del viejo-. De todos modos, tu conducta no ofrece una contradicción explícita a la ortodoxia. ¿Puedo inquirir la urgencia que te trae a Farwan?

Cugel miró su anillo; el cristal estaba mate y muerto: TOTALIDAD se hallaba claramente en otro lugar.

-Mi país natal carece de cultura; así que viajo para ver si puedo aprender las modas y estilos de la gente más civilizada.

-¡No me digas! -El viejo meditó el asunto por unos instantes, luego asintió su aprobación-. Tus ropas y fisonomía son de un tipo que no me resulta familiar; ¿dónde se halla tu país de origen?

-¡En una región tan remota -dijo Cugel- que nunca hasta este instante tuve conocimiento de la existencia del país de Farwan!

El viejo aplanó sorprendido sus orejas.

-¿Qué? ¿El glorioso Farwan, desconocido? ¿Las grandes ciudades de Impergos, Tharuwe, Rhaverjand..., todas ellas sin haber sido nunca oídas? ¿Y qué hay de los ilustres sembers? Seguro que la fama de los sembers ha llegado hasta vosotros. Ellos expulsaron a los piratas de las estrellas; ellos trajeron el mar a la Tierra de las Plataformas; ¡el esplendor del palacio de Padara está más allá de toda descripción!

Cugel negó tristemente con la cabeza.

-Ningún rumor de esta extraordinaria magnificencia ha llegado a mis oídos.

El viejo administró a su nariz un saturnino retorcimiento. Cugel era claramente un bobalicón. Dijo secamente:

-Las cosas son como yo las he dicho.

-No lo dudo en absoluto -dijo Cugel-. De hecho, admito ignorancia. Pero cuéntame más, porque es posible que me vea obligado a permanecer largo tiempo en esta región. Por ejemplo: ¿qué hay de los Seres Alados que moran en el risco? ¿Qué clase de criaturas son?

El viejo señaló hacia el cielo.

-Si tuvieras los ojos de un titvit nocturno tal vez notaras una luna oscura que gira en torno a la Tierra, y que es invisible excepto cuando arroja su sombra encima del sol. Los Seres Alados son habitantes del mundo oscuro, y su auténtica naturaleza es desconocida. Sirven al Gran Dios Yelisea de esta manera: cuando llega el momento de la muerte para un hombre o una mujer, los Seres Alados son informados de ello por la norma de la persona moribunda. Entonces descienden sobre el infortunado y se lo llevan a sus cuevas, que en realidad constituyen la abertura mágica a la bendita tierra de Byssom.

Cugel se reclinó en su asiento, con sus negras cejas alzadas en un irónico arco.

-Por supuesto, por supuesto -dijo, con una voz que el viejo consideró insuficientemente ansiosa.

-No puede haber ninguna duda respecto a la veracidad de los hechos tal como los he expuesto. La ortodoxia deriva de este fundamento axiomático, y los dos sistemas se refuerzan mutuamente; en consecuencia, cada uno queda doblemente validado.

Cugel frunció el ceño.

-Las cosas se producen indudablemente tal como dices..., ¿pero son los Seres Alados exactos siempre en la elección de sus víctimas?

El viejo golpeteó irritadamente la mesa.

-La doctrina es irrefutable, puesto que aquellos que toman los Seres Alados jamás sobreviven, ni siquiera aquellos que parecen hallarse en el mejor estado de salud. De acuerdo que la caída contra las rocas conduce a la muerte, pero es la bondad de Yelisea la que considera adecuado garantizar una extinción rápida antes que el desarrollo de un posiblemente doloroso cáncer. El sistema es beneficioso en su conjunto. Los Seres Alados acuden en busca solamente de los moribundos, que luego son arrojados a través del risco a la bendita tierra de Byssom. Ocasionalmente algún herético argumenta de otra forma, y en ese caso... Pero estoy seguro de que tú compartes el punto de vista ortodoxo.

-De todo corazón -afirmó Cugel-. Los dogmas de vuestra creencia son exactamente demostrables. -Y dio un largo sorbo a su vino. Cuando depositaba el vaso, un murmullo de música susurró cruzando el aire: unos acordes infinitamente dulces, infinitamente melancólicos. Todos los que permanecían sentados debajo de la pérgola guardaron silencio..., aunque Cugel no estaba seguro de que hubieran oído la música.

El viejo se inclinó ligeramente hacia delante y dio un sorbo a su vaso. Solamente entonces alzó la vista.

-Los Seres Alados están pasando ahora por encima mío.

Cugel tironeó pensativamente de su barbilla.

Librodot

-¿Cómo se protege uno de los Seres Alados?

La pregunta estaba mal formulada; el viejo le miró con ojos llameantes, un acto que incluía el que sus orejas se enrollaran hacia delante.

-Si una persona va a morir, los Seres Alados aparecen. Si no, no necesita temer nada.

Cugel asintió varias veces.

-Has aclarado mi perplejidad. Mañana, puesto que tú y yo nos hallamos evidentemente rebosantes de salud, iremos a pasear un poco por las inmediaciones del risco.

-No -dijo el viejo-, y por esta razón: la atmósfera a tal elevación es insalubre; es probable que una persona inhale allí humos nocivos, que ocasionan daños importantes a la salud.

-Comprendo perfectamente -dijo Cugel-. ¿Abandonamos este deprimente tema? Por ahora estamos vivos y protegidos en cierto modo por las enredaderas que en

vuelven la pérgola. Comamos y bebamos y observemos cómo se divierten los jóvenes del poblado, que por cierto bailan con gran agilidad.

El viejo apuró su vaso y se puso en pie.

-Tú puedes hacer como quieras; para mí, ya es hora de mi Ritual de Humildad, un acto que forma parte integrante de nuestra creencia.

-Yo haré algo parecido un poco más tarde -dijo Cugel-. Te deseo que disfrutes plenamente de tu rito.

El viejo se marchó de la pérgola, y Cugel fue dejado solo. Al cabo de un rato algunos de los jóvenes, atraídos por la curiosidad, se le acercaron, y Cugel explicó de nuevo su presencia, aunque con menos énfasis sobre la bárbara tosquedad de su país nativo, porque varias muchachas se habían unido al grupo y Cugel se sentía estimulado por su exótico colorido y la vivacidad de sus actitudes. Fue servido mucho vino, y Cugel se dejó convencer de intentar los pateos, saltos y cabriolas que componían el baile local, que realizó sin excesivo descrédito.

El ejercicio lo llevó a una cercana proximidad con una muchacha especialmente seductora, que dijo llamarse Zhiaml Vraz. Al término del baile, ella rodeó con su brazo la cintura de él, lo condujo de vuelta a la mesa y se sentó sobre su regazo. Aquel acto de familiaridad no excitó ninguna desaprobación aparente entre los otros del grupo, y Cugel se sintió más envalentonado.

-Todavía no he reservado ninguna habitación para dormir; quizá debiera hacerlo antes de que se haga demasiado tarde.

La muchacha hizo una seña al posadero.

-¿Quizás has reservado alguna habitación para este extranjero de rostro tallado al cincel?

-Por supuesto; se la mostraré para que diga si le gusta.

Condujo a Cugel hasta una agradable habitación en la planta baja, amueblada con una cama, una cómoda, una alfombra y una lámpara. En una pared colgaba un tapiz tejido en púrpura y negro; en otra había una representación de un bebé particularmente feo que parecía atrapado o comprimido en un globo transparente. La habitación le encantó a Cugel; se lo hizo saber al posadero y regresó a la pérgola, donde la gente estaba empezando a dispersarse. La muchacha Zhiaml Vraz seguía allí, sin embargo, y dio la bienvenida a Cugel con una calidez que fundió los últimos vestigios de su cautela. Tras otro vaso de vino, se inclinó hacia el oído de ella.

Librodot

-Quizás esté yendo demasiado aprisa; quizá confíe demasiado en mi vanidad; quizás esté contraviniendo el decoro normal del poblado..., pero, ¿hay alguna razón por la que no vayamos los dos a mi habitación, y allí nos divirtamos un poco?

-Ninguna en absoluto -dijo la muchacha-. No estoy casada, y hasta entonces puedo hacer lo que quiera, porque ésta es nuestra costumbre.

-Excelente -dijo Cugel-. ¿Te importa pasar antes y esperar dentro de la habitación, o caminar discretamente hasta la parte de atrás?

-Iremos juntos; ¡no hay necesidad de escondernos! Fueron juntos a la habitación, y realizaron un cierto número de ejercicios eróticos, tras los cuales Cugel se hundió en el sueño del absoluto agotamiento, porque el día había sido abrumador.

Pasada la medianoche despertó para descubrir que Zhiaml Vraz se marchaba de la habitación, un hecho que en su somnolencia no le causó demasiada preocupación

ni le impidió sumirse de nuevo inmediatamente en el sueño.

El sonido de la puerta abriéndose violentamente de par en par volvió a despertarle; se sentó en la cama para descubrir que el sol aún no había salido, y que ante él tenía una delegación de ciudadanos encabezada por el viejo, que le miraba con horror y desagrado.

El viejo le apuntó con un largo tembloroso dedo. -Creí detectar opiniones heréticas; ¡ahora el hecho ha quedado demostrado! Observadle: duerme sin cubrirse la cabeza ni haberse untado el bálsamo devocional en la barbilla. ¡Y la muchacha Zhiaml Vraz ha informado que en ningún momento de sus relaciones íntimas este villano ha solicitado la aprobación de Yelisea!

-¡Una herejía, sin la menor duda! -declararon los otros miembros de la delegación.

-¿Qué otra cosa podía esperarse de un extranjero? -dijo despectivamente el viejo-. ¡Mirad! Incluso ahora se niega a hacer el signo sagrado.

-¡No sé cuál es el signo sagrado! -bufó Cugel-. ¡No conozco nada de vuestros ritos! ¡Esto no es herejía, es simple ignorancia!

-No puedo creerlo -dijo el viejo-. Esta noche pasada te tracé las líneas generales en que se fundamenta nuestra ortodoxia.

-La situación es grave -dijo otro, con una voz portentosamente melancólica-. La herejía existe solamente como resultado de la putrefacción del Lóbulo de la Rectitud.

-Es una dolencia incurable y fatal -afirmó otro, no menos preocupadamente.

-¡Cierto! ¡Oh, sí, demasiado cierto! -suspiró uno que estaba apoyado junto a la puerta-. ¡Qué hombre más desafortunado.

-¡Vamos! -dijo el viejo-. Debemos terminar inmediatamente con el asunto.

-No es necesario que os molestéis -dijo Cugel-. Permitidme que me vista, y abandonaré ahora mismo el poblado para no regresar jamás.

-¿Para difundir tu detestable doctrina por otros lugares? ¡En absoluto!

Y entonces Cugel fue agarrado y arrastrado desnudo fuera de la habitación. Fue llevado en volandas cruzando el parque, hasta el pabellón en su centro. Varios del grupo erigieron una especie de recinto formado por postes de madera sobre la plataforma del pabellón, y allí fue arrojado Cugel.

-¿Qué vais a hacer? -exclamó éste-. ¡No quiero tomar parte en vuestros ritos!

Fue ignorado, y se quedó allí, mirando entre los intersticios mientras algunos de los ciudadanos hacían ascender un gran globo de papel verde lleno con aire caliente y que llevaba tres linternas de papel debajo.

Librodot

El alba apuntó al este. Los ciudadanos, con todo arreglado a su satisfacción, se retiraron al borde del parque. Cugel intentó trepar la pared de su prisión de maderos, pero los tablones de madera eran demasiado grandes y estaban demasiado juntos como para permitirle apoyar los pies en ningún lado.

El cielo se aclaró; muy arriba ardían las linternas de papel. Cugel, encorvado y con la piel de gallina a causa del frío matutino, caminó de un lado para otro de su angosta prisión. Se detuvo en seco cuando la encerebradora música le llegó desde lejos. Aumentó de volumen, y por un momento pareció alcanzar el nivel de audibilidad. Muy arriba en el cielo apareció un Ser Alado, con sus blancas ropas ondeando detrás. Descendió, y Cugel sintió que todas sus articulaciones se aflojaban.

El Ser Alado planeó sobre el recinto donde estaba encerrado Cugel, se dejó caer, englobó a Cugel en sus blancas ropas y empezó a izarlo. Pero Cugel se había agarrado a uno de los tablones de su prisión, y el Ser Alado aleteó en vano. El tablón crujió, chirrió, crujió de nuevo. Cugel consiguió liberarse de la asfixiante tela y tiró del tablón con la fuerza de la histeria; se astilló y se partió. Cugel aferró un fragmento y lo usó a modo de espada contra el Ser Alado. La aguzada punta atravesó la blanca ropa, y el Ser Alado abofeteó a Cugel con un ala. Cugel agarró una de las nervaduras quitinosas y, con un poderoso esfuerzo, la retorció, de modo que la sustancia crujió y se partió y el ala colgó fláccida. El Ser Alado, desconcertado por lo que estaba ocurriendo, dio un gran salto que los llevó a él y a Cugel por encima del pabellón, y se alejó dando saltos por el poblado, arrastrando tras de sí su ala rota.

Cugel corrió tras él, golpeándole con una estaca que había recogido por el camino. Tuvo un atisbo de los ciudadanos contemplándole asombrados; sus bocas estaban abiertas y húmedas, y era probable que estuvieran gritando, aunque no oyó nada. El Ser Alado cojeó más aprisa, tomando el sendero ascendente hacia el risco, con Cugel a sus espaldas agitando la estaca y golpeándole con todas sus fuerzas. El dorado sol se alzó por encima de las lejanas montañas; el Ser Alado se dio de pronto la vuelta, enfrentándose a Cugel, y éste sintió la penetrante mirada de sus ojos, aunque el rostro, si existía tal, seguía oculto tras la capucha de la capa. Desconcertado y jadeante, Cugel retrocedió, y entonces se le ocurrió que mientras estaba allí casi indefenso otros podían caer sobre él desde lo alto. De modo que gritó una imprecación a la criatura y regresó hacia el poblado.

Todos habían huido. El poblado estaba desierto. Cugel se echó a reír estentóreamente. Se dirigió a la posada, se vistió con sus ropas y se colocó la espada. Salió al salón principial, miró en la caja y encontró un cierto número de monedas, que transfirió a su bolsa, junto con la representación en marfil de NULIDAD. Volvió al exterior: era mejor marcharse mientras no había nadie por allí para detenerle.

Un destello de luz atrajo su atención: el anillo en su dedo brilló con docenas de parpadeantes destellos, y todos apuntaban sendero arriba, hacia los riscos.

Cugel agitó desalentado la cabeza, luego comprobó de nuevo las señalantes luces. Dirigían sin ambigüedad posible de vuelta por el camino por donde había venido. Los cálculos de Faresm, después de todo, habían sido exactos. Sería mejor que actuara con decisión, si no quería que TOTALIDAD escapara una vez más fuera de su alcance.

Sólo se entretuvo lo suficiente para encontrar un hacha, y se apresuró sendero arriba, siguiendo los resplandecientes destellos del anillo.

No lejos de donde lo había dejado se encontró con el lisiado Ser Alado, ahora sentado en una roca al lado del camino, la capucha echada sobre su cabeza. Cugel

Librodot

tomó una roca y la lanzó con todas sus fuerzas contra la criatura, que se derrumbó convirtiéndose en un repentino polvo, dejando tan sólo un montón de ropa blanca para señalar el hecho de su existencia.

Cugel prosiguió sendero arriba, buscando todo el refugio que le fue posible, pero sin resultado. Sobre él empezaron a planear Seres Alados, trazando círculos y aleteando. Cugel hizo girar el hacha, golpeando contra las alas, y las criaturas se elevaron un poco, sin dejar de trazar círculos.

Cugel consultó el anillo y siguió sendero arriba, con los Seres Alados planeando sobre su cabeza. El anillo fulguraba con la intensidad de su mensaje: ¡allí estaba TOTALIDAD, descansando blandamente sobre una roca! Cugel contuvo el grito de triunfo que brotó de su garganta. Aferró el símbolo de marfil de NULIDAD y corrió hacia la roca, y lo aplicó al gelatinoso globo central.

Tal como Faresm había afirmado, la adherencia fue instantánea. Con el contacto Cugel pudo sentir que el conjuro que lo ataba a la antigua época se disolvía.

¡Un azotar del aire, un enorme aleteo! Cugel fue derribado al suelo. Una blanca tela lo envolvió, y con una mano sujetando NULIDAD le era imposible hacer girar su hacha. Sintió que le era arrebatada. Soltó NULIDAD, se aferró a una roca, pateó, consiguió liberarse de algún modo y saltó hacia su hacha. El Ser Alado aferró NULIDAD, a la que estaba unida TOTALIDAD, y se alzó con ellas hacia una cueva muy arriba en los riscos.

Grandes fuerzas estaban tirando de Cugel, girando en todas direcciones a la vez. Hubo un rugir en sus oídos, un parpadear de luces violetas, y Cugel cayó un millón de años hacia el futuro.

Recobró la consciencia en la habitación de baldosas azules, con el sabor de un licor aromático en los labios. Faresm, inclinado sobre él, palmeó su rostro y vertió más licor en su boca.

-¡Despierta! ¿Dónde está TOTALIDAD? ¿Cómo has regresado?

Cugel lo empujó a un lado y se sentó en el camastro.

-¡TOTALIDAD! -rugió Faresm-. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi talismán?

-Te explicaré -dijo Cugel con voz espesa-. Estaban en mi mano, y entonces me fueron arrancados por criaturas aladas a servicio del Gran Dios Yelisea.

-¡Cuéntame, cuéntame!

Cugel le contó las circunstancias que lo habían conducido primero a conseguir y luego a perder lo que Faresm deseaba. Mientras hablaba, el rostro de Faresm se crispó por el dolor y sus hombros se abatieron. Finalmente condujo a Cugel fuera, a la débil luz rojiza de última hora de la tarde. Juntos escrutaron los riscos, que ahora se alzaban desolados 'y sin vida sobre ellos.

-¿A qué cueva voló la criatura? -preguntó Faresm-. ¡Señálala, si eres capaz!

Cugel señaló.

-Esa, o así juraría. Todo era confusión, con todo aquel aletear y flotar de ropas blancas...

-Quédate aquí. -Faresm se metió en su cuarto de trabajo y regresó al cabo de poco-. Te daré una luz -y le tendió a Cugel una fría llama blanca atada a una cadena de plata-. Prepárate.

Arrojó a los pies de Cugel una redoma que estalló convirtiéndose en un torbellino, y Cugel se vio arrastrado mareantemente por el aire hasta aquel desmoronante reborde que había señalado a Faresm. Cerca había la oscura abertura de una cueva. Cugel dirigió la llama hacia dentro. Vio un polvoriento

pasadizo, de tres pasos de anchura y más alto de lo que podía alcanzar con las manos extendidas. Penetraba en el risco, girando ligeramente hacia un lado. Parecía desprovisto de toda vida.

Manteniendo la luz ante él, Cugel avanzó lentamente a lo largo del pasadizo, sintiendo que su corazón latía ante el temor de algo que no podía definir. Se detuvo en seco: ¿música? ¿El recuerdo de la música? Escuchó y no pudo oír nada; pero cuando intentó avanzar de nuevo el miedo se aferró a sus piernas. Alzó mucho la linterna y miró hacia las profundidades del polvoriento pasadizo. ¿Adónde conducía? ¿Qué había más allá? ¿Una cueva llena de polvo? ¿Demonolandia? ¿La tierra bendita de Byssom? Cugel avanzó lentamente, con todos sus sentidos alerta. Sobre una especie de repisa descubrió un consumido esferoide amarronado: el talismán que había llevado al pasado. TOTALIDAD se había desprendido hacía mucho de él y había partido.

Cugel alzó cuidadosamente el objeto, quebradizo por la edad de un millón de años, y regresó al reborde exterior. El torbellino, a una orden de Faresm, devolvió a Cugel al suelo.

Temiendo la ira de Faresm, Cugel le tendió el marchito talismán.

Faresm lo tomó y lo sostuvo entre el índice y el pulgar.

-¿Eso es todo?

-No había nada más.

Faresm dejó caer el objeto. Golpeó el suelo e instantáneamente se convirtió en polvo. Faresm miró a Cugel, inspiró profundamente, luego se volvió con un gesto de inexpresable frustración y regresó a su adivinatorio.

Cugel se dirigió agradecido sendero abajo, pasó junto a los trabajadores que permanecían aguardando órdenes, en un ansioso grupo. Miraron hoscamente a Cugel, y un dos anas le arrojó una piedra. Cugel se alzó de hombros y prosiguió hacia el sur, siguiendo el sendero. Pasó por el lugar que había ocupado el poblado, ahora una gran extensión cubierta de realeza y viejos y retorcidos árboles. El estanque había desaparecido y el suelo era duro y reseco. En el valle de abajo había ruinas, pero ninguna de ellas señalaba los lugares de las antiguas ciudades, Impergos, Tharuwe y Rhaverjand, ahora desaparecidas más allá de todo recuerdo.

Cugel caminó hacia el sur. Tras él los riscos se mezclaron con la bruma y no tardaron en desaparecer de su vista.

5
LOS PEREGRINOS

1: En la posada

Durante la mayor parte de un día Cugel había estado atravesando una lúgubre extensión donde no crecía nada excepto la hierba de la sal; luego, tan sólo unos pocos minutos antes del anochecer, llegó a la orilla de un amplio y lento río junto al que

había un camino. A setecientos cincuenta metros a su derecha se alzaba una alta estructura de madera y oscuro estuco marrón, evidentemente una posada. Aquella visión proporcionó una gran satisfacción a Cugel, porque no había comido nada en todo el día, y había pasado la noche anterior subido a un árbol. Diez minutos más tarde empujaba la pesada puerta reforzada con hierro de la posada.

Se detuvo en el vestíbulo. A ambos lados había ventanas con los cristales en forma de diamantes de color lavanda patinado por el tiempo, a través de los cuales el sol poniente arrojaba un millar de refracciones. De la sala común llegaba el alegre zumbido de voces, el resonar de loza y cristal, el olor de la antigua madera, el encerado suelo, el cuero y los humeantes calderos. Cugel entró y se encontró con una veintena de hombres reunidos en torno al fuego, bebiendo vino e intercambiando las largas charlas de los viajeros.

El posadero estaba detrás de la barra: un hombre robusto, alto casi hasta los hombros de Cugel, con una cabeza calva en forma de domo y un barba negra que colgaba treinta centímetros por debajo de su barbilla. Sus ojos eran protuberantes y de gruesos párpados; su expresión era tan plácida y tranquila como el fluir del río. Ante la petición de acomodo de Cugel se dio un fuerte tirón en la nariz.

-Ya estoy más que repleto, con tantos peregrinos por el camino de Erze Damath. Aquellos que ves en los bancos no son ni siquiera la mitad de todos los que debo alojar esta noche. Pondré un camastro en el salón, si te conformas con esto; no puedo hacer más.

Cugel suspiró insatisfecho.

-Esto no es lo que esperaba. Deseo intensamente una habitación privada con una cama de buena calidad, una ventana dominando el río, una gruesa alfombra para ahogar las canciones y gritos de esta sala.

-Me temo que te sentirás decepcionado -dijo el posadero sin emoción-. La única habitación que se acomoda a esta descripción se halla ya ocupada por ese hombre de la barba amarilla que se sienta allá: un tal Lodermulch, que también viaja a Erze Damath.

-Quizá, ante la súplica de una emergencia, puedas persuadirle de que abandone la habitación y ocupe el camastro en mi lugar -sugirió Cugel.

-Dudo que sea capaz de tanta abnegación -respondió el posadero-. ¿Pero por qué no se lo preguntas tú mismo? Yo, francamente, no deseo suscitar la cuestión.

Cugel examinó los acusados rasgos de Lodermulch, sus musculosos brazos y la en cierto modo desdeñosa actitud con que escuchaba la charla de los peregrinos, se

sintió inclinado a compartir la afirmación del posadero respecto al carácter de Lodermulch, y no hizo ningún intento tampoco por suscitar la cuestión

-Parece que voy a tener qué ocupar el camastro. Ahora, en cuanto a mi cena: me gustaría un ave, convenientemente rellena, espetada, asada y aderezada, acompañada de todos los platos complementarios que tu cocina pueda aportar.

-Mi cocina está tan abrumada como mis habitaciones, y tendrás que comer lentejas con los peregrinos -dijo el posadero-. Sólo hay un ave a mano, y también ha sido reservada a Lodermulch, para su cena.

Cugel se alzó de hombros, irritado.

-No importa. Voy a lavarme el polvo del camino de mi rostro, y luego tomaré un vaso de vino.

-En la parte de atrás hay agua corriente y un abrevadero utilizado ocasionalmente para este propósito. Puedo proporcionarte ungüentos, aceites aromáticos y ropa limpia por un suplemento.

-El agua bastará. -Cugel caminó hacia la parte de atrás de la posada, donde encontró el abrevadero. Tras lavarse miró a su alrededor, y observó a no mucha distancia un cobertizo, reciamente construido de madera. Echó a andar de vuelta a la posada, luego se detuvo y examinó otra vez el cobertizo. Cruzó la zona intermedia, abrió la puerta y miró dentro; luego, sumido en sus pensamientos, regresó a la sala principal de la posada. El posadero le sirvió un vaso de vino caliente con especias, que tomó en un banco de un rincón.

A Lodermulch le habían preguntado su opinión sobre los denominados Evangelios Funambulescos, cuyos partidarios, negándose a apoyar los pies en el suelo, iban a sus trabajos en la cuerda floja. Lodermulch, con voz seca, expuso las falacias de aquella doctrina en particular. -Hacen retroceder la edad de la Tierra a veintinueve eones, en vez de los habituales veintitrés. Estipulan que por cada ana cuadrada de suelo han muerto y han depositado su polvo dos millones y cuarto de hombres, creando así un húmedo e ubicuo mantillo sobre el cual es sacrílego caminar. El argumento posee una plausibilidad superficial, pero considerad: el polvo de un cuerpo desecado, esparcido sobre una ana cuadrada, crea una capa de siete décimas y media de milímetro de espesor. En consebusto, alto casi hasta los hombros de Cugel, con una cabeza calva en forma de domo y un barba negra que colgaba treinta centímetros por debajo de su barbilla. Sus ojos eran protuberantes y de gruesos párpados; su expresión era tan plácida y tranquila como el fluir del río. Ante la petición de acomodo de Cugel se dio un fuerte tirón en la nariz.

-Ya estoy más que repleto, con tantos peregrinos por el camino de Erze Damath. Aquellos que ves en los bancos no son ni siquiera la mitad de todos los que debo alojar esta noche. Pondré un camastro en el salón, si te conformas con esto; no puedo hacer más.

Cugel suspiró insatisfecho.

-Esto no es lo que esperaba. Deseo intensamente una habitación privada con una cama de buena calidad, una ventana dominando el río, una gruesa alfombra para ahogar las canciones y gritos de esta sala.

-Me temo que te sentirás decepcionado -dijo el posadero sin emoción-. La única habitación que se acomoda a esta descripción se halla ya ocupada por ese hombre de la barba amarilla que se sienta allá: un tal Lodermulch, que también viaja a Erze Damath.

-Quizá, ante la súplica de una emergencia, puedas persuadirle de que abandone la habitación y ocupe el camastro en mi lugar -sugirió Cugel.

-Dudo que sea capaz de tanta abnegación -respondió el posadero-. ¿Pero por qué no se lo preguntas tú mismo? Yo, francamente, no deseo suscitar la cuestión.

Cugel examinó los acusados rasgos de Lodermulch, sus musculosos brazos y la en cierto modo desdeñosa actitud con que escuchaba la charla de los peregrinos, se sintió inclinado a compartir la afirmación del posadero

respecto al carácter de Lodermulch, y no hizo ningún intento tampoco por suscitar la cuestión

-Parece que voy a tener qué ocupar el camastro. Ahora, en cuanto a mi cena: me gustaría un ave, convenientemente rellena, espetada, asada y aderezada, acompañada de todos los platos complementarios que tu cocina pueda aportar.

-Mi cocina está tan abrumada como mis habitaciones, y tendrás que comer lentejas con los peregrinos -dijo el posadero-. Sólo hay un ave a mano, y también ha sido reservada a Lodermulch, para su cena.

Cugel se alzó de hombros, irritado.

-No importa. Voy a lavarme el polvo del camino de mi rostro, y luego tomaré un vaso de vino.

-En la parte de atrás hay agua corriente y un abrevadero utilizado ocasionalmente para este propósito. Puedo proporcionarte ungüentos, aceites aromáticos y ropa limpia por un suplemento.

-El agua bastará. -Cugel caminó hacia la parte de atrás de la posada, donde encontró el abrevadero. Tras lavarse miró a su alrededor, y observó a no mucha distancia un cobertizo, reciamente construido de madera. Echó a andar de vuelta a la posada, luego se detuvo y examinó otra vez el cobertizo. Cruzó la zona intermedia, abrió la puerta y miró dentro; luego, sumido en sus pensamientos, regresó a la sala principal de la posada. El posadero le sirvió un vaso de vino caliente con especias, que tomó en un banco de un rincón.

A Lodermulch le habían preguntado su opinión sobre los denominados Evangelios Funambulescos, cuyos partidarios, negándose a apoyar los pies en el suelo, iban a sus trabajos en la cuerda floja. Lodermulch, con voz seca, expuso las falacias de aquella doctrina en particular. -Hacen retroceder la edad de la Tierra a veintinueve eones, en vez de los habituales veintitrés. Estipulan que por cada ana cuadrada de suelo han muerto y han depositado su polvo dos millones y cuarto de hombres, creando así un húmedo e ubicuo mantillo sobre el cual es sacrílego caminar. El argumento posee una plausibilidad superficial, pero considerad: el polvo de un cuerpo desecado, esparcido sobre una ana cuadrada, crea una capa de siete décimas y media de milímetro de espesor. En consecuencia, el total representa casi kilómetro y medio de polvo de cadáveres compactado extendido por toda la superficie de la Tierra, lo cual es manifiestamente falso.

Un miembro de la secta que, sin acceso a sus habituales cuerdas, caminaba en unos engorrosos zapatos ceremoniales, lanzó una excitada protesta.

-¡Hablas sin lógica ni comprensión! ¿Cómo puedes ser tan absoluto?

Lodermulch alzó sus pobladas cejas en hosco descontento.

-¿Debo realmente explicarme mejor? En la orilla de los océanos, ¿hay acaso un acantilado de kilómetro y medio de altitud señalando la demarcación entre tierra y mar? No. Por todas partes hay desigualdad. Hay promontorios que se extienden dentro del mar; a menudo hallamos playas de blanquísima arena. En ninguna parte están las enormes fortalezas de turba blancogrisácea sobre las que se apoyan las doctrinas de tu secta.

-¡Habladurías inconsecuentes! -escupió el funambulista.

-¿Qué significa esto? -preguntó Lodermulch, hinchando su enorme pecho-. ¡.No estoy acostumbrado a que se burlen de mí!

-¡No es ninguna burla, sino una dura y fría refutación de tu dogmatismo! Afirmamos que una porción de este polvo ha sido arrojado al océano, una porción flota suspendida en el aire, una porción se infiltra por los intersticios del suelo a cavernas subterráneas, y otra porción es absorbida por árboles, hierbas y algunos insectos, de tal modo que poco más de medio kilómetro de sedimento ancestral cubre el suelo que es sacrílego hollar. ¿Por qué no son visibles por todas partes los acantilados que tú mencionas? ¡Debido a la humedad exhalada y expelida por innumerables hombres en el pasado! Esto ha alzado el nivel de los océanos en un exacto equivalente, de modo que no pueden notarse acantilados ni precipicios; y ahí reside tu falacia.

-Bah -murmuró Lodermulch, dándose la vuelta-. En algún lugar de tus concepciones hay un punto débil.

-¡En absoluto! -afirmó el evangelista, con ese fervor que distinguía a los de su clase-. De todos modos, por respeto a los muertos, caminamos por los aires, en cuerdas y cornisas, y cuando debemos viajar, utilizamos un calzado especial santificado.

Durante la conversación, Cugel había salido de la sala. Ahora un adolescente de redonda cara con el atuendo de portero se acercó al grupo.

-¿Eres tú el ilustre Lodermulch? -preguntó a la persona así llamada.

Lodermulch se cuadró en su silla.

-Lo soy.

-Traigo un mensaje de alguien que te ha traído ciertas sumas de dinero. Te espera en el pequeño cobertizo que hay detrás de la posada.

Lodermulch frunció el ceño, incrédulo.

-¿Estás seguro de que esta persona indicó a Lodermulch, preboste de la comunidad de Barlig?

-Exacto, señor; el nombre fue específicamente este.

-¿Y qué hombre trajo el mensaje?

-Era un hombre alto que llevaba una voluminosa capucha, y se describió a sí mismo corno uno de tus íntimos.

-Sí, claro -rumió Lodermulch-. ¿Tyzog, quizá? O posiblemente Krednip... ¿Pero por qué no vienen directamente a mí? Sin duda existe alguna buena razón. -Se puso en pie-. Supongo que voy a tener que investigar.

Salió del salón, rodeó la posada y miró, a la desvaneciente luz, hacia el cobertizo.

-¡Hey, ahí! -llamó-. ¿Tyzog? ¿Krednip? ¡Quien seas, sal!

No hubo respuesta. Lodermulch fue a mirar al interior del cobertizo. Tan pronto como hubo cruzado la puerta, Cugel salió de la parte de atrás de la edificación, cerró la puerta de golpe y echó barra y cerrojos.

Ignorando los ahogados puñetazos contra la puerta y las furiosas llamadas, Cugel regresó a la posada. Buscó al posadero.

-Un cambio en los arreglos: Lodermulch ha sido llamado con urgencia y ha tenido que irse. No necesitará ni su habitación ni su ave asada, de modo que me ha cedido muy amablemente ambas cosas.

El posadero tiró de su barba, fue a la puerta y miró al camino, arriba y abajo. Regresó lentamente. -¡Extraordinario! Ya había pagado por la habitación y la comida, y no ha acudido a reclamar que se le devuelva nada.

-Arreglamos entre nosotros un compromiso a satisfacción mutua. Para recompensarte por el esfuerzo extra, te pagaré personalmente tres terces adicionales.

El posadero se alzó de hombros y aceptó las monedas. -Al fin y al cabo, para mí es lo mismo. Ven, te conduciré a la habitación.

Cugel inspeccionó la habitación y se sintió satisfecho. Por aquel entonces se estaba sirviendo la cena. El asado de ave estaba más allá de todo reproche, como lo estaban también los platos adicionales que Lodermulch había encargado y que el posadero había incluido con la comida. Antes de retirarse, Cugel fue a la parte de atrás de la posada y comprobó a satisfacción que la barra, los cerrojos y la puerta del cobertizo estaban en perfecto orden, y que las roncas llamadas de Lodermulch era muy improbable que atrajeran la atención. Dio unos golpes a la puerta.

-¡Tranquilo, Lodermulch! -dijo con voz severa-. ¡Soy yo, el posadero! No grites tan fuerte; molestarás el sueño de mis huéspedes.

Sin aguardar una respuesta, Cugel regresó a la sala común, donde se puso a convertir con el jefe del grupo de peregrinos. Era un tal Garstang, un hombre flaco y nervioso, de piel cerúlea, cráneo frágil, ojos como encapuchados y una meticulosa nariz tan delgada que era casi translúcida cuando se la miraba con una luz al otro lado. Dirigiéndose a él como un hombre de experiencia y erudición, Cugel le preguntó la ruta a Almery, pero Garstang tendía a creer que la región era puramente imaginaria. Cugel le afirmó lo contrario.

-Almery es una región real; te garantizo personalmente su existencia.

-Entonces tu conocimiento es más profundo que el mío -afirmó Garstang-. Este río es el Asc; la tierra de este lado es Sudun; la del otro Lelias. Al sur se extiende Erze Damath, hacia donde sería prudente viajar, puesto que desde allí podrías ir quizá hacia el oeste cruzando el Desierto de Plata y el mar Songano, donde podrías preguntar de nuevo.

-Haré como sugieres -dijo Cugel.

-Todos nosotros, devotos gilfigitas, nos dirigimos a Erze Damath y la Rito Lustral en el Obelisco Negro -dijo Garstang-. Puesto que nuestra ruta cruza grandes extensiones desérticas, vamos en grupo para defendernos de los erbs y los gids. Si deseas unirte al grupo, para compartir tanto privilegios como restricciones, eres bienvenido.

-Los privilegios son evidentes por sí mismos -dijo Cugel-. ¿Cuáles son las restricciones?

-Simplemente obedecer las órdenes del jefe, es decir, yo, y contribuir con la parte proporcional de los gastos.

-Acepto sin reservas -dijo Cugel.

-¡Excelente! Partimos mañana al amanecer. -Garstang señaló hacia otros miembros del grupo, que en total eran cincuenta y siete-. Ahí está Vitz, discursor de nuestro pequeño grupo, y el que está sentado allá es Casmyre, el teórico. El hombre con el diente de hierro es Arlo, y el del sombrero azul y la hebilla de plata es Voynod, un mago de no poca reputación. Ausentes de la

Librodot

estancia están el estimable aunque agnóstico Lodermulch y el inequívocamente devoto Subucule. Quizás estén intentando mutuamente convertir al otro a sus convicciones. Los dos que juegan a los dados son Parso y Sayanave. Allí está Hant, y allí Cray. -Garstang nombró a algunos otros, citando sus atributos. Finalmente, Cugel, alegando cansancio, se retiró a su habitación. Se relajó en la cama y se quedó inmediatamente dormido.

Ya de madrugada fue despertado bruscamente. Lodermulch, cavando el suelo del cobertizo, luego haciendo un túnel por debajo de la pared, había conseguido liberarse de su encierro, y se dirigió inmeditamente a la posada. Primero probó la puerta de la habitación de Cugel, pero éste se había cuidado muy bien de cerrarla por dentro.

-¿Quién hay ahí? -preguntó Cugel.

-¡Abre! ¡Soy yo, Lodermulch! ¡Ésta es la habitación donde se supone que debo dormir!

-Ni lo sueñes -declaró Cugel-. He pagado una suma principesca para asegurarme una buena cama, e incluso me vi obligado a esperar mientras el posadero echaba al antiguo ocupante. Ahora déjame dormir; sospecho que estás borracho; si quieres un poco más de diversión, despierta al bodeguero.

Lodermulch se marchó pisando fuerte. Cugel volvió a acomodarse en la cama.

Finalmente oyó un apagado resonar de golpes y los gritos del posadero cuando Lodermulch lo agarró de la barba. Al cabo de mucho forcejeo Lodermulch fue por fin echado de la posada, gracias a los esfuerzos conjuntos del posadero, su esposa, el portero, el chico de los recados y otros; con lo cual Cugel volvió a dormirse beatíficamente.

Antes del amanecer los peregrinos, junto con Cugel, se levantaron y tomaron su desayuno. El posadero parecía de un humor más bien mustio y mostraba arañazos y hematomas, pero no hizo ninguna pregunta a Cugel, el cual a su vez no inició ninguna conversación.

Después del desayuno los peregrinos se reunieron en el camino, donde se les unió Lodermulch, que había pasado la noche recorriendo arriba y abajo el camino.

Garstang hizo el recuento del grupo, luego dio un gran pitido con su silbato. Los peregrinos echaron a andar, cruzando el puente, y emprendieron la marcha por la orilla sur del Asc, hacia Erze Damath.

2: La balsa en el río

Durante tres días los peregrinos avanzaron siguiendo el Asc, durmiendo por la noche tras una barricada evocada por el mago Voynod utilizando un pequeño círculo de huesecillos de marfil: una precaución necesaria, porque más allá de los barrotes, apenas visibles a la luz del fuego, había criaturas ansiosas de unirse a la comitiva: deodands que suplicaban suavemente, erbs que tan pronto se acercaban a cuatro patas como a dos, sin hallarse cómodos de ninguna de las dos maneras. En una ocasión un gid intentó saltar la barricada; en otra ocasión tres hoons se unieron para lanzarse contra los

postes..., retrocediendo, lanzándose otra vez, golpeando con gruñidos de esfuerzo, mientras desde dentro los peregrinos observaban fascinados.

Cugel se acercó y tocó con la ardiente punta de un tizón una de las formas asaltantes, que lanzó un rugido de furia. Un gran brazo gris se agitó con movimientos desgarrantes a través de la abertura; Cugel saltó hacia atrás para no ser alcanzado. La barricada resistió, y finalmente las criaturas se pelearon entre ellas y se marcharon.

Por la tarde del tercer día llegaron a la confluencia del Asc con un gran y lento río que Garstang identificó como el Scamander. Cerca se alzaba un bosque de altos baldamas, pinos y robles spinth. Con la ayuda de los leñadores locales fueron derribados algunos árboles, limpiados de ramas y llevados al borde del agua, donde fue construida una balsa. Con todos los peregrinos a bordo, la balsa fue echada a la corriente, donde derivó río abajo entre la calma y el silencio.

Durante cinco días la balsa descendió por el amplio Scamander, a veces casi sin llegar a ver las orillas, a veces deslizándose al lado de las cañas que delimitaban la línea de tierra. Sin nada mejor que hacer, los peregrinos se enzarzaron en largas discusiones, y la diversidad de opiniones sobre cada tema era notable. Casi siempre las charlas abordaban los arcanos metafísicos o las sutilezas de los principios gilfigitas.

Subucule, el más devoto de los peregrinos, afirmó su credo en detalle. Esencialmente profesaba la teosofía gilfigita ortodoxa, en la cual Zo Zam, la deidad de las ocho cabezas, tras crear el cosmos, se extirpó un dedo del pie, que se convirtió luego en Gilfig, mientras que las gotas de sangre se dispersaban para formar las ocho razas de la humanidad.

Roremaund, un escéptico, atacó la doctrina:

-¿Y quién creó a este hipotético «creador» tuyo? ¿otro «creador»? Es mucho más fácil presuponer simplemente el producto final: ¡en este caso, un Sol parpadeante y una Tierra moribunda!

A lo cual Subucule citó el Texto Gilfigita en aplastante refutación.

Uno llamado Bluner propuso firmemente su propio credo. Creía que el Sol era una célula en el cuerpo de una gran deidad, que había creado el cosmos en un proceso análogo al crecimiento de un líquen sobre una roca.

Subucule consideró que la tesis era excesivamente elaborada.

-Si el Sol fuese una célula, ¿cuál sería entonces la naturaleza de la Tierra?

-Un animálculo derivado de elementos nutrientes -respondió Bluner-. Tales dependencias son conocidas en todas partes, y no necesitan despertar sorpresa.

-Entonces, ¿quién ataca al Sol? -preguntó burlonamente Vitz-. ¿Otro animálculo similar a la Tierra? Bluner inició una detallada exposición de su organogenia, pero antes de haber podido ir muy lejos fue interrumpido por Pralixus, un hombre alto y flaco con unos penetrantes ojos negros.

-Escúchame; lo sé todo; mi doctrina es la simplicidad misma. Son posibles un enorme número de condiciones, y todavía hay un número mayor de imposibilidades. Nuestro cosmos es una condición posible: existe. ¿Por qué? El tiempo es infinito, lo cual es como decir que cada condición posible está condenada a pasar. Puesto que residimos en esta posibilidad en particular y no conocemos otra, nos atribuimos la cualidad de la unicidad. En realidad, cualquier universo que sea posible existirá, más pronto o más tarde, no una sino muchas veces.

Librodot

-Yo tiendo a una doctrina similar, aunque sea un devoto gilfigita -afirmó Casmyre el teórico-. Mi filosofía presupone una sucesión de creadores, cada cual absoluto por derecho propio. Citando al erudito Pralixus, si una deidad es posible, entonces debe existir. Tan sólo las deidades imposibles no existirán nunca. Zo Zam, el de las ocho cabezas, que extirpó su Divino Dedo, es posible, y en consecuencia existe, como queda confirmado por los Textos Gilfigitas.

Subucule parpadeó, abrió la boca para hablar, luego volvió a cerrarla. Roremaund, el escéptico, se volvió para inspeccionar las aguas del Scamander.

Garstang, sentado a un lado, sonrió pensativo.

-Y tú, Cugel el Astuto, por una vez te muestras reticente. ¿Cuál es tu creencia?

-Es un tanto rudimentaria -admitió Cugel-. He asimilado una gran variedad de puntos de vista, cada cual autorizado por derecho propio: de los sacerdotes del Templo de los Teólogos; de un pájaro encantado que extraía mensajes de una caja; de un anacoreta en pleno ayuno que se bebió de golpe una botella de elixir rosa que yo le ofrecí como una broma. Los visiones resultantes fueron contradictorias pero de una gran profundidad. Mi esquema del mundo, en consecuencia, es sincrético. -Interesante -dijo Garstang-. Lodermulch, ¿y tú?

-¡Ha! -gruñó Lodermulch-. Observad este desgarrón en mis ropas; ¡soy incapaz de explicar su presencia! ¡Y aún me siento más desconcertado por la existencia del universo!

Otros hablaron. Voynod el mago definió el cosmos conocido como la sombra de una región gobernada por fantasmas, los cuales a su vez dependían para la existencia de las energías psíquicas de los hombres. El devoto Subucule denunció este esquema como contrario a los Protocolos de Gilfig.

La discusión prosiguió durante largo tiempo. Cugel y uno o dos de los otros, incluido Lodermulch, empezaron a aburrirse y montaron un juego de azar, utilizando dados y cartas y fichas. Las apuestas, originalmente nominales, empezaron a crecer. Al principio Lodermulch ganó fácilmente, luego empezó a perder sumas más y más grandes, mientras Cugel ganaba apuesta tras apuesta. De pronto Lodermulch soltó los dados y, agarrando a Cugel por el codo, lo sacudió, haciendo caer varios dados adicionales de la manga de su chaqueta.

-¡Bien! -barbotó Lodermulch-. ¿Qué tenemos aquí? Creí detectar algo raro, ¡y mis sospechas estaban justificadas! ¡Devuélveme ahora mismo mi dinero!

-¿Cómo puedes decir esto? -preguntó Cugel-. ¿Dónde has demostrado trampas? Llevo dados, sí..., ¿y qué? ¿Se me ha pedido que arroje todas mis propiedades al Scamander antes de iniciar ningún juego? ¡Estás ofendiendo mi reputación!

-Me importa un pimiento tu reputación -gruñó Lodermulch-. Simplemente quiero que me devuelvas mi dinero.

-Imposible -dijo Cugel-. Pese a todas tus alharacas, no has probado que yo haya hecho trampas.

-¿Probar? -rugió Lodermulch-. ¿Se necesitan más pruebas? Observa esos dados: todos trucados, algunos con idénticos puntos en tres lados, otros que sólo ruedan con un gran esfuerzo, tan pesados son de una de las caras.

-Sólo curiosos -explicó Cugel. Señaló a Voynod el mago, que había estado observando-. He aquí a un hombre de ojo atento y cerebro ágil; pregúntale si ha detectado alguna transacción ilícita.

-No he detectado nada -afirmó Voynod-. En mi estimación, Lodermulch ha hecho una acusación excesivamente apresurada.

Garstang se acercó y escuchó la controversia. Habló con voz a la vez juiciosa y conciliadora:

-La confianza es algo esencial en un grupo como el nuestro, camaradas y devotos gilfigitas todos. No puede haber cuestión de malicia o engaño. Seguro, Lodermulch, que has juzgado mal a nuestro amigo Cugel.

Lodermulch rió secamente.

-Si ésta es la conducta característica del devoto, ¡entonces soy afortunado de no haber caído entre gente ordinaria! -Con esta observación, se dirigió a una esquina de la balsa, donde se sentó y miró a Cugel con ojos de odio y amenaza.

Garstang agitó preocupado la cabeza.

-Me temo que Lodermulch se haya ofendido. Quizá, Cugel, en un espíritu de amistad, convendría que le devolvieras su oro...

Cugel expresó su firme negativa.

-Es un asunto de principios. Lodermulch ha atacado mi posesión más valiosa, es decir, mi honor.

-Tus palabras son comprensibles -dijo Garstang-, y reconozco que Lodermulch ha actuado sin el menor tacto. Sin embargo, en bien de la buena camaradería... ¿No? Bien, no puedo discutir este punto. En fin. Siempre pequeños problemas para inquietarnos. -Agitó la cabeza y se alejó.

Cugel reunió sus ganancias, junto con los dados que Lodermulch había desprendido de su manga.

-Un triste incidente -le dijo a Voynod-. Y un aguafiestas, ese Lodermulch. Ha ofendido a todo el mundo: todos han abandonado el juego.

-Quizá se deba a que todo el dinero se halla ya en tu posesión -sugirió Voynod.

Cugel examinó sus ganancias con aire de sorpresa. -¡Nunca sospeché que fueran tan sustanciales! ¿Tal vez querrás aceptar esta suma para ahorrarme el esfuerzo de acarrearla?

Voynod aceptó, y una parte de las ganancias cambiaron de mano.

No mucho más tarde, mientras la balsa flotaba plácidamente a lo largo del río, el sol lanzó una alarmante pulsación. Una fina capa purpúrea se formó en su superficie, como empañándola, luego se disolvió. Algunos de los peregrinos corrieron de un lado para otro, alarmados, exclamando:

-¡El sol se vuelve oscuro! ¡Preparaos para el helor! Garstang, sin embargo, alzó tranquilizadoramente las manos.

-¡Calina a todos! ¡El estremecimiento ha pasado, el sol sigue como antes!

-¡Pensad! -remachó Subucule con gran vehemencia-. ¿Permitiría Gilfig este cataclismo, mientras viajamos para adorar al Obelisco Negro?

El grupo se tranquilizó, aunque cada cual tenía su interpretación personal del suceso. Vitz, el discursor, vio una analogía con el empañamiento de la 'visión, que puede ser curado parpadeando intensamente. Voynod declaró:

-¡Si todo va bien en Erze Damath, tengo intención de dedicar los próximos cuatro años de mi vida a planear una forma de devolverle el vigor al sol!

Lodermulch se limitó a hacer una declaración ofensiva referente a que por lo que a él se refería el sol podía volverse oscuro, y que los peregrinos podían seguir a tientas su camino a los Ritos Lustrales.

Pero el sol siguió brillando como antes. La balsa siguió flotando en el gran Scamander, cuyas orillas eran ahora tan bajas y desprovistas de vegetación que parecían dos distantes líneas oscuras. Pasó el día y el sol pareció ocultarse en el mismo río, proyectando un gran resplandor amarronado que iba apegándose y oscureciéndose por momentos a medida que el sol se ocultaba tras el horizonte.

En el crepúsculo, encendieron un fuego y todos los peregrinos se reunieron en torno a él para cenar. Hubo discusiones sobre el alarmante parpadeo del sol, y muchas especulaciones a lo largo de líneas escatológicas. Subucule cargaba sobre Gilfig toda responsabilidad sobre la vida, la muerte, el futuro y el pasado. Haxt, sin embargo, declaró que se sentiría mucho más tranquilo si Gilfig hubiera demostrado un control más experto sobre los asuntos del mundo. Durante un cierto tiempo la charla se hizo intensa. Subucule acusó a Haxt de superficialidad, mientras que Haxt utilizó palabras como «credulidad» y «ciega humillación». Garstang intervino para señalar que aún no eran conocidos todos los hechos, y que los Ritos Lustrales y el Obelisco Negro podían aclarar la situación.

A la mañana siguiente fue observada una gran represa al frente: una línea de recios pilones obstruía la navegación por el río. Solamente una parte hacía posible el paso, y esa abertura estaba cerrada por una gruesa cadena de hierro. Los peregrinos dejaron que la balsa flotara acercándose a esa abertura, luego soltaron la piedra que les servía de ancla. De una choza cercana apareció un vigilante, de pelo largo y delgados miembros, vestido con ajadas ropas y agitando un palo de hierro. Saltó sobre el obstáculo para mirar amenazadoramente a los ocupantes de la balsa.

-¡Atrás, atrás! -gritó-. El paso por el río está bajo mi control; ¡no permito que nadie cruce por aquí! Garstang avanzó un paso.

-¡Suplico tu indulgencia! Somos un grupo de peregrinos que nos dirigimos a los Ritos Lustrales en Erze Damath. Si es necesario pagaremos un peaje para cruzar el obstáculo, aunque confiamos en tu generosidad para que nos dispenses de ello.

El vigilante lanzó una seca carcajada y agitó su palo de hierro.

-¡Mi peaje no puede ser eludido! Exijo la vida del más malvado de tu grupo..., ¡a menos que uno de vosotros pueda demostrar su virtud a satisfacción mía! -Y, con las piernas abiertas y sus negras ropas ondulando al viento tras él, miró la balsa con ojos llameantes.

Entre los peregrinos hubo una incómoda agitación, y todos se miraron furtivamente entre sí. Hubo un murmullo, que al cabo de poco de convirtió en una confusión de afirmaciones y acusaciones. Finalmente los estridentes tonos de Casmyre dominaron a los demás.

-¡Yo no puedo ser el más malvado! Mi vida ha sido clemente y austera, y durante el juego ignoré una innoble ventaja.

-¡Yo todavía soy más virtuoso -exclamó otro-, puesto que solamente como legumbres secas, por miedo a suprimir vidas!

Y otro:

-Mi rectitud es aún más grande, ya que subsisto solamente de las vainas desechadas de esas mismas legumbres, y de la corteza caída de los árboles, por miedo a destruir incluso la vitalidad vegetativa.

Y otro:

-Mi estómago rechaza la materia vegetal, pero me adhiero a los mismos nobles ideales, y solamente permito que la carroña pasé por mis labios.

Y otro:

-Una vez nadé en un lago de fuego para notificar a una vieja mujer que la calamidad que temía era muy improbable que ocurriera.

Cugel declaró:

-Mi vida es de una incesante humildad, y la he dedicado enteramente a la justicia y a la equidad, pese a no ser nunca recompensado por mis penalidades.

Voynod no fue menos categórico:

-Soy un mago, cierto, pero dedico mis habilidades solamente a reparar los infortunios de la gente.

Luego le llegó el turno a Garstang:

-Mi virtud es quintaesencial, y ha sido destilada de la erudición de las eras. ¿Cómo puedo ser otra cosa que virtuoso? Siento un profundo desapasionamiento hacia los motivos ordinarios que mueven a la humanidad.

Finalmente todos hubieron hablado excepto Lodermulch, que permanecía de pie a un lado, con una hosca sonrisa en su rostro. Voynod lo señaló con un dedo.

-¡Habla, Lodermulch! ¡Prueba tu virtud, o si no acepta ser juzgado como el más malvado cíe todos nosotros, con las consecuencias correspondientes sobre tu vida!

Lodermulch se echó a reír. Se volvió y dio un gran salto que lo llevó a uno de los últimos pilones de la represa. De allí trepó al parapeto, extrajo su espada y amenazó con ella al vigilante.

-Todos somos malvados, tú tanto como nosotros, por forzar esta absurda condición. Suelta la cadena, o prepárate a enfrentarte con mi espada.

El vigilante agitó los brazos.

-Mi condición ha sido cumplida; tú, Lodermulch, has demostrado tu virtud. La balsa puede seguir adelante. Además, puesto que empleas tu espada en defensa del honor, te obsequio con este ungüento que, aplicado sobre su hoja, le permitirá cortar el acero o la roca con tanta facilidad como si fuese mantequilla. Adelante pues, ¡y que todos podáis sacar provecho de vuestras devociones lustrales!

Lodermulch aceptó el ungüento y regresó a la balsa. La cadena fue soltada, y la balsa se deslizó sin problemas más allá de la represa.

Garstang se acercó a Lodermulch para expresarle su comedida aprobación por su acto. Añadió una advertencia:

-En este caso un acto impulsivo, de hecho casi insubordinado, ha redundado en beneficio general. Si en el futuro se presentan circunstancias similares, sería juicioso recabar antes el consejo de otros de demostrada sagacidad: yo mismo, Casmyre, Voynod o Subucule. Lodermulch gruñó indiferente.

-Como quieras, siempre que el retraso no me cause perjuicios a mí. -Y Garstang tuvo que contentarse con aquello.

Los demás peregrinos miraron a Lodermulch con insatisfacción y se mantuvieron apartados, de modo que Lodermulch se sentó solo en la parte delantera de la balsa.

Llegó el atardecer, el ocaso y la noche; cuando despuntó la mañana siguiente se vio que Lodermulch había desaparecido.

Hubo un desconcierto general, Garstand hizo algunas preguntas, pero nadie supo arrojar ninguna luz sobre el misterio, y no hubo acuerdo general respecto a lo que de hecho había ocasionado la desaparición.

Sorprendentemente, sin embargo, la marcha del impopular Lodermulch no consiguió restaurar la alegría y la camaradería originales del grupo. A partir de entonces cada uno de los peregrinos permaneció hoscamente sentado en silencio, mirando a derecha e izquierda; no hubo más juego, ni discusiones filosóficas, y el anuncio de Garstang de que Erze Damath estaba solamente a un día de viaje no despertó gran entusiasmo.

3: Erze Damath

La última noche a bordo de la balsa vio la vuelta de algo parecido a la antigua camaradería. Vitz el discursor realizó un acto de ejercicios vocales y Cugel hizo una exhibición de una danza típica de los pescadores de langostas de Kauchique, donde había pasado su juventud, y que requería alzar mucho las rodillas y dar grandes saltos y cabriolas. Voynod realizó a su vez algunas metamorfosis sencillas, y luego mostró un pequeño anillo de plata. Señaló a Haxt.

-Tócalo con la lengua, apriétalo contra tu frente, luego mira a través suyo.

-¡Veo una procesión! -exclamó Haxt-. Hombres y mujeres a centenares, y a miles, avanzando ante mí. Mi madre y mi padre caminan en cabeza, luego mis abuelos..., ¿pero quiénes son los otros?

-Tus antepasados -declaró Voynod-, cada cual con su traje característico, hasta el homúnculo primordial del cual derivamos todos nosotros. -Recuperó el anillo y, rebuscando en su bolsillo, sacó una gema de brillo mate, azul y verde-. ¡Ahora observad, mientras arrojo esta joya al Scamander! -Y tiro la joya por la borda. Trazó un arco en el aire y cayó al agua con un chapoteo-. ¡Ahora, tiendo simplemente la palma de mi mano, y la gema regresa! -Y efectivamente, mientras el grupo miraba, hubo un húmedo destello y allí estaba de nuevo la gema, descansando en la palma de la mano de Voynod-. Con esta gema un hombre no necesita temer nunca a la penuria. Cierto, no es de gran valor, pero puede ser vendida repetidas veces...

»¿Qué otra cosa puedo mostraros? Este pequeño amuleto quizá. Francamente, es de naturaleza erótica, y despierta una intensa emoción en la persona hacia la que se dirige su potencia. Hay que ser cautelosos con su uso; y, por supuesto, aquí tengo un indispensable auxiliar: un talismán con la forma de una cabeza de carnero, elaborado por orden del emperador Dalmasmius el Tierno, para no herir la

sensibilidad de ninguna de sus diez mil concubinas... ¿Y qué otra cosa hay? Oh, aquí: mi varilla, que une instantáneamente cualquier objeto a cualquier otro. La mantengo firmemente metida en su funda para evitar que suelde inadvertidamente mis nalgas a los pantalones o mi bolsa a la punta de mis dedos. El objeto posee muchas utilidades. ¿Qué más? Dejadme ver... ¡Ah, sí! Un cuerno con una singular cualidad. Cuando es puesto en la boca de un cadáver, estimula la emisión de sus veinte últimas palabras. Insertado en el oído del cadáver, permite la transmisión de información al cerebro sin vida... ¿Y qué sale por aquí? Oh, sí, por supuesto: ¡un pequeño dispositivo que ha proporcionado mucho placer! - Y Voynod mostró una muñeca que realizó una declamación épica, cantó una canción más bien libertina e intercambió algunas palabras con Cugel, que permanecía acuclillado en primera fila, observándolo todo con gran atención.

Finalmente Voynod se cansó de aquella exhibición, y los peregrinos se fueron uno tras otro a dormir.

Cugel permaneció despierto, con las manos tras la cabeza, mirando a las estrellas y pensando en la inesperadamente amplia colección de instrumentos y dispositivos taumatúrgicos de Voynod:

Cuando estuvo seguro de que ya todos dormían, se puso en pie e inspeccionó la durmiente forma de Voynod. La bolsa estaba bien cerrada y sujeta bajo el brazo de Voynod, como Cugel había esperado. Cugel se dirigió hacia la pequeña despensa, donde eran guardadas las provisiones, y tomó una cierta cantidad de manteca, que mezcló con harina para producir una pasta de color blanco. Dobló un trozo de papel grueso, formando una cajita pequeña, y la llenó con la pasta. Luego regresó a su sitio y se durmió.

A la mañana siguiente arregló las cosas para que Voynod, como por accidente, le viera untando la hoja de su espada con la pasta.

Voynod se mostró instantáneamente horrorizado.

-¡No puede ser! ¡Estoy asombrado! ¡Oh, pobre Lodermulch!

Cugel le hizo señas de que guardara silencio.

-¿Qué estás diciendo? -murmuró-. Simplemente estoy protegiendo mi espada contra la oxidación. Voynod agitó la cabeza con inexorable determinación.

-¡Todo está claro! ¡Mataste a Lodermulch para conseguir esto! ¡No tengo otra alternativa que comunicar el hecho a los atrapaladrones de Erze Damath!

Cugel hizo un gesto implorante.

-¡No te precipites! ¡Te has equivocado por completo; soy inocente!

Voynod, un hombre alto y taciturno con ojeras púrpura bajo los ojos, una larga mandíbula y una frente alta y picuda, alzó una mano.

-Nunca he tolerado el homicidio. El principio de equivalencia debe ser aplicado en este caso, y es necesario un castigo riguroso. ¡Como mínimo, el malhechor no debe aprovecharse de su acto!

-¿Te refieres a esta pasta? -inquirió delicadamente Cugel.

-Exactamente -dijo Voynod-. La justicia no exige menos.

-Eres un hombre severo -exclamó angustiado Cugel-. Admito que no tengo más elección que someterme a tu juicio.

Voynod extendió su mano.

-El ungüento, entonces, y puesto que obviamente te hallas abrumado por los remordimientos, no diré nada más sobre el asunto.

Librodot

Cugel frunció pensativamente los labios.

-Que así sea. De todos modos, ya he untado mi espada. En consecuencia, sacrificaré el resto del ungüento a cambio de tu dispositivo erótico y su complemento, junto con algunos otros talismanes menores.

-¿He oído correctamente? -bramó Voynod-. ¡Tu arrogancia trasciende todo! ¡Esos artículos son de un valor incalculable!

Cugel se alzó de hombros.

-Este ungüento también es de un inestimable valor comercial.

Tras una larga discusión, Cugel entregó la pasta a cambio de un tubo que proyectaba un concentrado azul a una distancia de cincuenta pasos, junto con un pergamino de listaba dieciocho fases del Ciclo Laganético; y con esos artículos tuvo que contentarse.

No mucho más tarde las dispersas ruinas de Erze Damath aparecieron en la orilla occidental: antiguas villas ahora derruidas y abandonadas en medio de jardines invadidos por la maleza.

Los peregrinos tomaron pértigas para impulsar la balsa hacia la orilla. En la distancia apareció la punta del Obelisco Negro, ante la que todos lanzaron gritos de alegría. La balsa avanzó de través por el Scamander y finalmente fue amarrada a uno de los semiderruidos muelles. Los peregrinos saltaron a la orilla para reunirse en torno a Garstang, que se dirigió al grupo:

-Con enorme satisfacción os digo que me siento descargado de mi responsabilidad. ¡La ciudad santa donde Gilfig pronunció el Dogma Gneústico! ¡Donde fustigó a Kazue y denunció a Enxis el Mago! ¡No es imposible que los sagrados pies hayan pisado este mismo polvo que pisamos ahora nosotros! -Garstang hizo un gesto dramático hacia el suelo, y los peregrinos, mirando hacia abajo, agitaron inquietos los pies-. Sea como sea, aquí estamos, y cada uno de nosotros tiene que sentirse aliviado. El camino fue tedioso y no desprovisto de peligro. Cincuenta y nueve emprendimos la marcha desde el valle de Pholgus. Bamish y Randol fueron atrapados por grues en el campo de Sagma; en el puente que cruza el Asc se nos unió Cugel; en el Scamander perdimos a Lodermulch. Ahora quedamos cincuenta y siete, camaradas todos, probados y fieles, ¡y es triste disolver nuestra asociación, que todos recordaremos mientras vivamos!

»Dentro de dos días empiezan los Ritos Lustrales. Hemos llegado a tiempo. Aquellos que no han gastado todos sus fondos en el juego -aquí Garstand lanzó una severa mirada hacia Cugel- pueden buscar alojamientos confortables. Los que se han arruinado tendrán que arreglárselas como mejor puedan. Ahora nuestro viaje ha terminado; a partir de aquí cada cual seguirá su camino, aunque volveremos a encontrarnos necesariamente todos dentro de dos días en el Obelisco Negro. ¡Adiós hasta entonces!

Los peregrinos se dispersaron, algunos caminando a lo largo de la orilla del Scamander hacia una cercana posada, otros girando hacia un lado y dirigiéndose a la ciudad propiamente dicha.

Cugel se acercó a Voynod.

-Desconozco esta región, como bien sabes; quizá puedas recomendarme una posada confortable y no demasiado cara.

-Por supuesto -dijo Voynod-. Yo me dirijo precisamente a una de ellas: la Hostería del Viejo Imperio Dástrico, que ocupa el edificio de un antiguo

palacio. A menos que las condiciones hayan cambiado, se ofrece un lujo suntuoso y exquisitas viandas a un precio no excesivo.

La perspectiva mereció la aprobación de Cugel; ambos hombres cruzaron las amplias avenidas del viejo Erze Damath, pasaron junto a hacinamientos de chozas de estuco, luego atravesaron una zona donde no había edificios de ninguna clase y las avenidas creaban como un vacío tablero de ajedrez, y finalmente entraron en un distrito de grandes mansiones habitadas en medio de intrincados jardines. La gente de Erze Damath era agraciada, aunque un poco más morena que la de Almery. Los hombres iban vestidos exclusivamente de negro: pantalones ajustados y chaquetas con borlas también negras; las mujeres lucían espléndidas túnicas amarillas, rojas, naranjas y magentas, y sus zapatillas resplandecían con lentejuelas naranjas y negras. Los azules y los verdes eran raros, ya que eran considerados colores de desgracia, y el púrpura significaba muerte.

Las mujeres llevaban altas plumas en el pelo, mientras que los hombres exhibían pretenciosos discos negros por cuyo orificio emergían sus cabelleras. Un bálsamo resinoso parecía estar muy de moda, y todos aquellos con los que tropezó Cugel exhalaban vaharadas de áloes o mirra o carcinto. En conjunto, la gente de Erze Damath no parecía menos cultivada que la de Kauchique, y mucho más vital que los apagados ciudadanos de Azenomei.

Ante ellos apareció la Hostería del Viejo Imperio Dástrico, no lejos del propio Obelisco Negro. Con gran insatisfacción de Cugel y Voynod, el lugar estaba completamente ocupado, y el encargado se negó a admitirles.

-Los Ritos Lustrales han atraído a todo tipo de devotos -explicó-. Seréis afortunados si encontráis alojamiento en algún lado.

Sus palabras demostraron ser certeras: Cugel y Voynod fueron de posada en posada, sin encontrar nada en ninguna de ellas. Finalmente, en las afueras occidentales de la ciudad, en el borde mismo del Desierto de Plata, fueron admitidos en una enorme taberna de apariencia más bien dudosa: la Posada de la Lámpara Verde.

-Hace diez minutos no os hubiera admitido -dijo el posadero-, pero los atrapaladrones detuvieron a dos personas que se alojaban aquí, acusándoles de salteadores de caminos y malhechores empedernidos.

-Espero que ésta no sea la tendencia general de tu clientela -dijo Voynod.

-¿Y quién puede decirlo? -respondió el posadero-. Mi negocio es proporcionar comida 'y bebida y alojamiento, nada más. Los rufianes y los facinerosos también tienen que comer, beber y dormir, tanto como los sabios y los policías. Todos ellos han pasado en una u otra ocasión por mis puertas, y, después de todo, ¿qué sé yo de vosotros?

Estaba oscureciendo, y sin más historias Cugel y Voynod se alojaron en la Posada de la Lámpara Verde. Tras lavarse y refrescarse, bajaron a la sala común para cenar. Era una estancia considerablemente grade, con vigas ennegrecidas por el tiempo, un suelo de baldosas marrón oscuro y varios postes y columnas de arañada madera, cada uno de ellos con una lámpara. La clientela era heterogénea, como el posadero había apuntado, mostrando docenas de trajes y complexiones. Hombres del desierto descarnados corno serpientes, vestidos con pantalones de cuero, se sentaban a un lado; al otro

había cuatro con rostros blancos, con turbantes de seda roja, que no pronunciaban una palabra. Junto a la barra del fondo se sentaba un grupo de espadachines con pantalones marrones, capas negras y sombreros de cuero, todos con una joya esférica colgando de una cadena de oro en su oreja.

Cugel y Voynod tornaron una cena de apreciable calidad, aunque algo toscamente servida, luego se quedaron sentados allí bebiendo vino y considerando cómo pasar la velada. Voynod decidió ensayar los gritos de pasión y los frenesíes devotos que serian exhibidos en los ritos lustrales. En consecuencia, Cugel le pidió que le prestara su talismán de estimulación erótica.

-Las mujeres de Erze Damath se muestran prometedoras y, con ayuda del talismán, podría ampliar mi conocimiento de sus capacidades.

-Ni lo sueñes -dijo Voynod, apretando fuertemente su bolsa contra su costado-. Y mis razones no necesitan ser ampliadas.

Cugel frunció hoscamente el ceño. Voynod era un hombre cuyos grandiosos conceptos personales parecían particularmente retorcidos y desagradables, en razón de su enfermiza, delgada y melancólica apariencia.

Voynod apuró su jarra, con una meticulosa frugalidad que Cugel encontró adicionalmente irritante, y se puso en pie.

-Me retiro a mi habitación.

Mientras se daba la vuelta, uno de los espadachines, que cruzaba tambaleante la estancia, tropezó con él. Voynod restalló una ácida observación, que el otro decidió no ignorar.

-¿Cómo te atreves a usar estas palabras conmigo? ¡Desenvaina y defiéndete, o te rebanaré la nariz del rostro! -y el hombre tiró de su espada.

-Como quieras -dijo Voynod-. Un momento a que prepare mi espada. -Con un guiño a Cugel, untó su espada con la pasta, luego se volvió hacia su oponente-. ¡Prepárate a morir, mi buen amigo! -Y saltó grandilocuentemente hacia delante. El otro, que había observado los preparativos de Voynod, comprendió que se enfrentaba a magia y permaneció inmovilizado por el terror. Voynod hizo un floreo y atravesó a su oponente, tras lo cual limpió la hoja de su espada con el sombrero del caído.

Los compañeros del muerto que estaban junto al mostrador empezaron a ponerse en pie, pero se detuvieron cuando Voynod se volvió para enfrentárseles con gran aplomo.

-¡Id con cuidado, gallitos de corral! ¡Observad el destino de vuestro compañero! ¡Murió por el poder de mi hoja mágica, que es de un metal inexorable y corta la roca y el acerco como si fuesen mantequilla! ¡Vedlo! -Y Voynod golpeó fuertemente contra uno de los pilares de madera. La hoja fue a chocar contra una abrazadera metálica y se partió en una docena de trozos. Voynod se inmovilizó desconcertado, pero los compañeros del muerto se lanzaron contra él.

-¿Qué decías de tu hoja mágica? ¡Nuestras hojas son de acero ordinario, pero muerden profundo! -Y en un momento Voynod quedó hecho pedazos.

Los espadachines se volvieron entonces hacia Cugel.

-¿Y tú que dices? ¿Quieres compartir la suerte de tu camarada?

-¡En absoluto! -afirmó Cugel-. Este hombre solamente era mi sirviente, que me llevaba la bolsa. Soy un mago; ¡observad este tubo! ¡Proyectaré concentrado azul contra el primer hombre que me amenace!

Los espadachines se alzaron de hombros y se dieron la vuelta. Cugel tomó la bolsa de Voynod, luego hizo un gesto al posadero.

-Ten la amabilidad de retirar esos cadáveres; luego tráeme otra jarra de vino con especias.

-¿Qué hay de la cuenta de tu camarada? -preguntó el posadero, frunciendo el ceño.

-No temas, yo me hago cargo de ella.

Los cadáveres fueron llevados a la parte de atrás de la posada. Cugel apuró una última jarra de vino, luego se retiró a su habitación, donde esparció las propiedades de Voynod sobre la mesa. El dinero fue a su bolsa; los talismanes, amuletos e instrumentos fueron transferidos a otra bolsa conveniente; la pasta fue arrojada a un lado. Contento con el trabajo del día, Cugel se echó en la cama y pronto estaba dormido.

A la mañana siguiente Cugel vagabundeó por la ciudad, subiendo a la más alta de las ocho colinas. La vista que se abrió ante él era la vez melancólica y magnífica. A derecha e izquierda fluía el gran Scamander. Las avenidas de la ciudad marcaban bloques cuadrados de ruinas, terrenos vacíos, las chozas de estuco de los pobres y los palacios de los ricos. Erze Damath era la ciudad más grande que Cugel hubiera visto nunca, mucho más grande que cualquiera de Almery o Ascolais, aunque ahora la mayor parte de ella yaciera en mohosas ruinas.

Cugel regresó a la sección central y buscó el tenderete de un geógrafo profesional, y tras pagar la tasa correspondiente preguntó por el camino más seguro y rápido a Almery.

El sabio no se apresuró a contestar, sino que fue en busca de varios mapas y almanaques. Tras profunda deliberación, se volvió a Cugel.

-Éste es mi consejo. Sigue el Scamander hacia el norte hasta el Asc, sigue el curso del Asc hasta que encuentres un puente de seis pilares. Allí vuelve tu rostro hacia el norte, atraviesa las montañas de Magnatz, tras lo cual te hallarás frente al bosque conocido como el Gran Erm. Dirígete entonces hacia el oeste cruzando este bosque y alcanza la orilla del Mar Septentrional. Allí deberás construir un pequeño bote de cuero y confiarte a la fuerza del viento y de las corrientes. Si por suerte alcanzas la región del Muro Desmoronante, a partir de ahí el viaje hacia el sur, hasta Almery, es comparativamente fácil.

Cugel hizo un gesto de impaciencia.

-En esencia, éste es el camino por donde he venido. ¿No hay otra ruta?

-Por supuesto que la hay. Un hombre temerario puede elegir el Desierto de Plata, tras el cual llegará al mar Songano, a cuyo otro lado se extienden las incruzables extensiones de una región contigua a Almery oriental.

-Bien, esto parece realizable. ¿Cómo debo cruzar el Desierto de Plata? ¿Hay caravanas?

-¿Con qué finalidad? No hay nadie al otro lado para comprar las mercancías así transportadas..., tan sólo bandidos que prefieren apoderarse de

ellas. Es necesaria una fuerza mínima de cuarenta hombres para intimidar a los bandidos.

Cugel se alejó del tenderete. En una taberna cercana bebió una botella de vino y estudió la mejor forma de organizar una fuerza de cuarenta hombres. Los peregrinos, por supuesto, eran cincuenta y seis..., no, cincuenta y cinco, contando la muerte de Voynod. En consecuencia, aquel grupo le serviría...

Cugel bebió más vino y estudió más a fondo la situación.

Finalmente pagó su cuenta y dirigió sus pasos al Obelisco Negro. «Obelisco» quizá fuera un calificativo engañoso, puesto que en realidad el objeto era un gran colmillo de sólida piedra negra que se alzaba hasta unos treinta metros por encima de la ciudad. En su base habían sido talladas cinco estatuas, cada una de ellas mirando en una dirección distinta, cada una el Primer Adepto de algún credo en particular. Gilfig miraba al sur, con sus cuatro manos presentando símbolos, con sus pies descansando sobre los cuellos de extáticos suplicantes, con los dedos de sus pies alargados y curvados hacia arriba, para indicar elegancia y delicadeza.

Cugel recabó información de un asistente próximo a él.

-¿Quién es, con relación al Obelisco Negro, el Jefe Jerárquico, y dónde puede ser hallado?

-El Precursor Hulm es el individuo al que buscas -dijo el asistente, y señaló hacia una espléndida estructura cercana-. Puedes encontrar su retiro dentro de esta estructura incrustada con gemas.

Cugel se dirigió al edificio indicado y, tras varias vehementes declaraciones, fue llevado a presencia del Precursor Hulm: un hombre de mediana edad, algo rechoncho y de cara redonda. Cugel hizo un gesto al subhierofante que tan reluctantemente lo había traído hasta allí. -Vete; mi mensaje es sólo para el Precursor.

El Precursor hizo una seña; el hierofante se retiró. Cugel se inclinó hacia delante.

-¿Puedo hablar sin miedo a ser escuchado por alguien más que por ti?

-Puedes.

-Entonces, en primer lugar, quiero que sepas que soy un poderoso mago -dijo Cugel-. Observa: ¡un tubo que proyecta concentrado azul! ¡Y aquí, un pergamino que lista dieciocho fases del Ciclo Laganético! Y este instrumento: ¡un cuerno que permite a los muertos hablar y, usado de otra forma, permite transmitir información al cerebro muerto! ¡Y poseo otras muchas maravillas!

-Realmente interesante -murmuró el Precursor. -Mi segunda revelación es ésta: durante un tiempo serví como preparador de inciensos en el Templo de los Teólogos de una lejana región, donde aprendí que cada una de las sagradas imágenes estaba construida de tal forma que los sacerdotes, en caso de urgencia, podían realizar actos que podían atribuirse a la propia divinidad. -¿Por qué no debería ser así? -inquirió benignamente el Precursor-. La divinidad, puesto que controla todos los aspectos de la existencia, persuade a los sacerdotes para que realicen por ella tales actos.

Cugel asintió con la cabeza.

-En consecuencia, supongo que las imágenes talladas en el Obelisco Negro son de este tipo.

El Precursor sonrió.

-¿A cuál de las cinco te refieres específicamente? -Específicamente a la representación de Gilfig.

Los ojos del Precursor se volvieron vagos; pareció reflexionar.

Cugel señaló los distintos talismanes e instrumentos.

-A cambio de un servicio donaré algunos de estos artículos a quien lo realice.

-¿Cuál es el servicio?

Cugel se explicó con detalle, y el Precursor asintió pensativamente.

-¿Te importaría mostrar una vez más tus artículos mágicos?

Cugel lo hizo.

-¿Esos son todos tus instrumentos?

Reluctante, Cugel mostró el estimulador erótico y explicó la función del talismán complementario. El Precursor asintió con la cabeza, vivamente esta vez.

-Creo que podemos llegar a un acuerdo; todo es como desea el omnipotente Gilfig.

-¿Estamos de acuerdo, entonces?

-Estamos de acuerdo.

A la mañana siguiente, el grupo de cincuenta y cinco peregrinos se reunió ante el Obelisco Negro. Se postraron ante la imagen de Gilfig, y se prepararon para realizar sus devociones. De pronto, los ojos de la imagen llamearon fuego y su boca se abrió.

-¡Peregrinos! -llegó una resonante voz-. ¡Id a cumplir mi deseo! A través del Desierto de Plata viajaréis, hasta la orilla del mar Songano. Allí hallaréis un templo, ante el cual deberéis rendir humildad. ¡Id! ¡A través del Desierto de Plata, con toda diligencia!

La voz calló. Garstang dijo con voz temblorosa: -Hemos oído, oh Gilfig. ¡Obedecemos!

En aquel momento Cugel dio un paso adelante. -¡Yo también he oído esta maravilla! ¡Yo también realizaré el viaje! ¡Vamos, preparémonos!

-No tan aprisa -dijo Garstang-. No podemos echar a correr saltando y girando como derviches. Se necesitarán provisiones, así como animales de carga. Para ello se necesitan fondos. ¿Quién participa?

-¡Yo ofrezco doscientos terces!

-Yo, que perdí noventa terces jugando con Cugel, dispongo solamente de cuarenta terces, pero contribuyo con ellos.

Así siguieron todos, e incluso Cugel aportó sesenta y cinco terces al fondo común.

-Bien -dijo Garstang-. Entonces mañana haré todos los arreglos, y al día siguiente, si todo va bien, ¡partiremos de Erze Damath por la Vieja Puerta del Oeste!

4: El Desierto de Plata y el mar Songano

Por la mañana, Garstang, con la ayuda de Cugel y Casmyre, fue a procurar el equipo necesario. Fueron encaminados a un lugar donde encontrarían los animales de carga necesarios, situado en una de las ahora desiertas zonas limitadas por los bulevares de la vieja ciudad. Una pared de ladrillos de barro mezclados con

fragmentos de piedra tallada delimitaba un recinto del que brotaba una cacofonía de sonidos: gritos, llamadas, profundos alaridos, roncos mugidos, ladridos, chillidos y rugidos, y un intenso y múltiple olor, un combinado de amoníaco, forraje, una docena de tipos de estiércol, un asomo de carne medio descompuesta, una fetidez generalizada.

Los viajeros cruzaron un portal y entraron en una oficina que dominaba el patio central, donde corrales, jaulas y empalizadas contenían animales de una variedad tan grande que Cugel se sintió asombrado.

El encargado se les acercó: un hombre alto de piel amarilla al que le faltaban la nariz y una oreja. Llevaba una bata de piel gris atada a la cintura y un alto sombrero negro, cónico, con aleteantes orejeras.

Garstang le indicó el propósito de su visita. -Somos peregrinos que debemos cruzar el Desierto de Plata, y deseamos alquilar animales de carga. Somos cincuenta o más, y anticipamos un viaje de veinte días en cada dirección, con quizá cinco días dedicados a nuestras devociones; espero que esta información te guíe sobre lo que necesitamos. Naturalmente, esperamos que pongas a nuestra disposición los animales más seguros, industriosos y dóciles que tengas.

-Todo esto está muy bien -afirmó el encargado-, pero mis precios de alquiler son idénticos a mis precios de venta, así que será mejor que saquéis todo el provecho a vuestro dinero en forma de título de propiedad de los animales implicados en la transacción.

-¿Y el precio? -inquirió Casmyre.

-Esto depende de vuestra elección; cada animal tiene un valor distinto.

Garstang, que había estado observando el recinto, agitó dubitativo la cabeza.

-Confieso mi desconcierto. Cada animal es de un tipo distinto, y ninguno parece encajar en una categoría bien definida.

El encargado admitió que así era.

-Si no os importa escuchar, puedo explicarlo todo. La historia es fascinante, y además os ayudará en el manejo de los animales.

-Entonces el oírte nos supondrá un doble provecho -dijo Garstang amablemente, mientras Cugel hacía gestos de impaciencia.

El encargado se dirigió a un estante y tomó un libro tamaño folio encuadernado en cuero.

-En eones pasados, el Rey Kutt el Loco ordenó un parque zoológico como no había habido ninguno antes, para su diversión privada y estupefacción del mundo. Su mago, Follinense, produjo en consecuencia un grupo de animales y teratoides único, combinando las más alocadas variedades de plasmas; el resultado podéis verlo aquí.

-¿El parque ha persistido tanto tiempo? -preguntó maravillado Garstang.

-Por supuesto que no. Nada del Rey Kutt el Loco sobrevive excepto la leyenda, y un libro del mago Follinense -palmeó el libro encuadernado en cuero-, que describe su extraña sistematología. Por ejemplo -abrió el libro al azar-. Bien..., hum. Aquí hay una explicación, menos explícita que otras, en la cual analiza a los semihombres; poco más que un breve conjunto de notas:

Gid: híbrido de hombre, gárgola, caracol, insecto saltador.
Deodand: glotón, basilisco, hombre.
Erb: oso, hombre, lagarto flaco, demonio.
Grue: hombre, murciélago con vista, el raro hoon.
Leucomorfo: desconocido.
Basil: felinodoro, hombre, (¿avispa?).

Clasmyre dio una sorprendida palmada. -Entonces, ¿Follinense creó esas criaturas, con la subsiguiente desventaja para la humanidad? -Seguramente no -dijo Garstang-. Más bien parece un ejercicio de meditación ociosa. En dos ocasiones reconoce sus dudas.

-Ésa es también mi opinión, en este caso -afirmó el encargado-, aunque en otros lugares se muestra menos inseguro.

-¿Cómo se hallan relacionados entonces los animales que tenemos delante con el parque zoológico? -preguntó Casmyre.

El encargado se alzó de hombros.

-Otra de las extravagancias del Rey Loco. Dejó a todos sus animales libres por el campo, ante la preocupación general. Los animales, dotados de una ecléctica fecundidad, se convirtieron cada vez en más extraños, y ahora merodean por la llanura de Oparona y el bosque de Blanvalt en gran número.

-Bien, ¿y qué pasa con nosotros? -preguntó Cugel-. Queremos animales de carga, dóciles y de hábitos frugales, no fenómenos y curiosidades, no importa lo edificantes que sean.

-Algunos de los miembros de mi amplio stock son capaces de esta función -dijo el encargado con dignidad-. Ésos son los que tienen los precios más altos. Por otra parte, por un solo terce puedes ser propietario de un animal de largo cuello y gran barriga de sorprendente voracidad.

-El precio es atractivo -dijo Garstang con pesar-. Desgraciadamente, necesitamos animales que transporten comida y agua cruzando el Desierto de Plata, no que se la coman y beban.

-En este caso debemos ser más selectivos. -El encargado se puso a estudiar con ojo crítico sus animales-. Ese alto con dos patas es quizá menos feroz de lo que parece...

Finalmente se hizo una selección de quince animales, y se convino un precio. El encargado los trajo a la puerta; Garstang, Cugel y Casmyre tomaron posesión de ellos y condujeron a las quince desparejas criaturas, a un paso descansado, por las calles de Erze Damath, hasta la Puerta Oeste. Allí Cugel fue dejado a cargo de ellas, mientras Garstang y Casmyre iban a comprar víveres y otros artículos necesarios.

A la caída de la noche se habían hecho todos los preparativos, y a la mañana siguiente, cuando el primer rayo amarronado de luz solar incidió en el Obelisco Negro, los peregrinos partieron. Los animales cargaban con cestas de comida y pellejos de agua; todos los peregrinos llevaban zapatos nuevos y sombreros de ala ancha. Garstang no había conseguido contratar un guía, pero se había agenciado un mapa del geógrafo, pese a que no indicaba más que un pequeño círculo etiquetado «Erze Damath» y una zona más grande señalada «Mar Songano». Cugel fue encargado de conducir uno de los animales, una

criatura de doce patas de seis metros de largo, con una pequeña cabecita incongruentemente infantil que no dejaba de hacer muecas estúpidas y un pelaje tostado cubriendo todo su cuerpo. Cugel encontró la tarea irritante, ya que el animal no dejaba de echarle al cuello un aliento que apestaba y en varias ocasiones se acercaba tanto a él que le pisó materialmente los talones.

De los cincuenta y siete peregrinos que habían desembarcado de la balsa, cuarenta y nueve partieron hacia el templo en la orilla del mar Songano, y el número se vio reducido casi inmediatamente a cuarenta y ocho. Un tal Tokharin, al salirse del camino para satisfacer una imperiosa necesidad de la naturaleza, fue picado por un monstruoso escorpión y echó a correr hacia el norte dando grandes saltos, gritando roncamente, hasta que al final desapareció de la vista.

El día transcurrió sin ningún otro incidente. El paisaje era una gran extensión seca y gris, salpicada de pedernal y sin otra vegetación más que hierba de hierro. Al sur había una hilera de bajas colinas, y Cugel creyó percibir una o dos sombras de pie inmóviles en la cresta. Al anochecer la caravana se detuvo; y Cugel, recordando a los bandidos que se decía que habitaban la zona, persuadió a Garstang que apostara dos centinelas: Lippelt y MirchMasen.

Por la mañana habían desaparecido sin dejar ninguna huella, y los peregrinos se mostraron alarmados y sometidos a una fuerte opresión. Se reunieron en un grupo nervioso, mirando en todas direcciones. El desierto se extendía llano e impreciso a la oscura y baja luz del amanecer. Al sur había unas cuantas colinas, con sólo sus erosionadas cimas iluminadas; en todas las demás direcciones el terreno se extendía llano hasta el horizonte. Finalmente la caravana reanudó su camino, y ahora sólo eran cuarenta y seis. Cugel, como antes, fue puesto a cargo del largo animal de muchas patas, que ahora se dedicó a golpearle con su sonriente rostro los omoplatos.

El día transcurrió sin ningún incidente; los kilómetros ante ellos se transformaron en kilómetros detrás. Primero caminaba Garstang, con un bastón, luego Vitz y Casmyre, seguidos por varios otros. Después venían los animales de carga, cada uno con su silueta particular: uno bajo y sinuoso, otro alto y bifurcado, casi de conformación humana excepto por su cabeza, que era pequeña y cuadrada como la concha de un cangrejo. Otro, de lomo convexo, parecía saltar sobre sus seis rígidas patas; otro era como un caballo emplumado con plumas blancas. Tras los animales de carga avanzaban los restantes peregrinos, con Bluner caminando de forma característica en la retaguardia, de acuerdo con la exagerada humildad a la que tan propenso era. En el campamento, aquel anochecer, Cugel instaló la cerca expansible, en su tiempo propiedad de Voynod, y rodeó el grupo con una resistente empalizada.

Al día siguiente los peregrinos cruzaron una hilera de bajas montañas, y allá sufrieron un ataque de los bandidos, pero no parecía más que una incursión exploradora, y el único herido fue Haxt, que sufrió una herida en el talón. Pero un asunto más serio tuvo lugar dos horas más tarde. Mientras pasaban por la parte baja de una ladera se desprendió un peñasco y rodó por en medio de la caravana, matando a un animal de carga junto con Andle el Evangelista Funambulesco y Roremaund el Escéptico. Durante la noche también murió Haxt, evidentemente envenenado por el arma que le había herido.

Con rostros graves, los peregrinos se encaminaron al norte, y casi inmediatamente fueron atacados en una emboscada por los bandidos. Afortunadamente los peregrinos estaban alerta, y los bandidos fueron rechazados con una docena de muertos, mientras que los peregrinos perdieron solamente a Cray y Magasthen.

Ahora todo eran gruñidos, y largas miradas se volvieron hacia el este, hacia Erze Damath. Garstang animó los desfallecientes espíritus:

-¡Somos gilfigitas; Gilfig ha hablado! ¡En las orillas del mar Songano encontraremos el templo sagrado! ¡Gilfig es infinitamente sabio y misericordioso; aquellos que caen sirviéndole son transportados instantáneamente al paradisíaco Gamamere! ¡Peregrinos! ¡Hacia el oeste! Recuperando los ánimos, la caravana se puso de nuevo en movimiento, y el día transcurrió sin más incidentes. Durante la noche, sin embargo, tres de los animales de carga se soltaron de sus ataduras y escaparon, y Garstang se vio obligado a anunciar una reducción de las raciones para todos.

Durante el séptimo día de marcha, Thilfox comió un puñado de bayas venenosas y murió en medio de espasmos, a causa de lo cual su hermano Vitz, el discursor, se volvió loco furioso y corrió siguiendo la hilera de animales de carga, blasfemando contra Gilfig y golpeando con su cuchillo los pellejos de agua, hasta que Cugel pudo finalmente matarlo.

Dos días más tarde el desmoralizado grupo llegó a un manantial. Pese a las advertencias de Garstang, Sayanave y Arlo se echaron sobre él y bebieron a grandes sorbos. Casi inmediatamente se aferraron el vientre, jadearon y se atragantaron, con los labios color arena, y murieron en pocos minutos.

Una semana más tarde quince hombres y cuatro animales llegaron a una elevación desde la cual pudieron contemplar las plácidas aguas del mar Songano. Cugel había sobrevivido, así como Casmyre y Subucule. Ante ellos se abría una marisma, alimentada por un pequeño riachuelo. Cugel probó el agua con el amuleto que le había dado Iucounu, y afirmó que era potable. Todos bebieron hasta saciarse, comieron cañas convertidas en nutritivas por el mismo amuleto pese a que su sustancia seguía siendo insípida, luego durmieron.

Cugel, despertado por una sensación de peligro, saltó en pie, para observar una siniestra agitación entre las cañas. Despertó a sus compañeros, y todos prepararon sus armas; pero fuera lo que fuese lo que había causado el movimiento, se alarmó y se retiró. Era media tarde; los peregrinos caminaron hacia la melancólica orilla para trabar conocimiento con la situación. Miraron al norte y al sur, pero no hallaron rastro del templo. Los temperamentos llamearon; hubo una pelea, que Garstang consiguió aplacar solamente a fuerza de mucha persuasión.

Entonces Balch, que había estado yendo de un lado para otro por la playa, volvió enormemente excitado: -¡Un poblado!

Todos echaron a correr en ansiosa esperanza, pero el poblado, cuando los peregrinos se acercaron, resultó ser muy poca cosa, un puñado de chozas de cañas habitadas por hombres lagarto que les mostraron los dientes y agitaron amenazadores sus poderosas colas azules. Los peregrinos se alejaron hacia la playa y se sentaron en las dunas, contemplando la plácida resaca del mar Songano.

Garstang, débil y encorvado por las privaciones que había sufrido, fue el primero en hablar. Intentó infundir alegría a su voz.

-¡Hemos llegado, hemos triunfado sobre el terrible Desierto de Plata! Ahora solamente necesitamos localizar el templo y realizar nuestras devociones; ¡luego podremos regresar a Erze Damath y a un futuro de seguras bendiciones!

-Todo esto está muy bien -gruñó Balch-, ¿pero dónde podemos encontrar el templo? ¡A derecha e izquierda no hay más que la misma playa lúgubre!

-¡Debemos depositar nuestra fe en la guía de Gilfig! -declaró Subucule. Rascó la forma de una flecha en un trozo de madera, y la tocó con su cinta sagrada-. ¡Gilfig, oh Gilfig! ¡Guíanos al templo! ¡Para lo cual lanzo muy alto esta varilla señalizadora! -Y arrojó el trozo de madera al aire, muy arriba. Cuando cayó, la flecha apuntó al sur.

-¡Al sur debemos ir! -exclamó Garstand-. ¡Al sur, hacia el templo!

Pero Balch y algunos otros se negaron a moverse. -¿No veis que estamos mortalmente agotados? ¡En mi opinión Gilfig hubiera debido guiar nuestros pasos al templo, en vez de abandonarnos a la inseguridad! -¡Gilfig nos ha guiado! -respondió Subucule-. ¿No observas la dirección de la flecha?

Balch lanzó un ladrido de sardónica risa. -Cualquier palo arrojado a lo alto vuelve a caer, y apuntará al sur con tanta facilidad como al norte. Subucule retrocedió unos pasos, horrorizado. -¡Estás blasfemando contra Gilfig!

-En absoluto; no estoy seguro de que Gilfig haya oído tus súplicas, o quizá le diste poco tiempo para reaccionar. Arroja el palo un centenar de veces; si señala al sur en todas las ocasiones, yo seré el primero en apresurarme hacia allá.

-Muy bien -dijo Subucule. Apeló una vez más a Gilfig y lanzó el palo hacia arriba, pero cuando golpeó el suelo la flecha señalaba al norte.

Balch no dijo nada. Subucule parpadeó, luego enrojeció.

-Gilfig no tiene tiempo para juegos. Nos dirigió una vez, y considera que eso es suficiente.

-No estoy convencido -dijo Balch.

-Ni yo.

-Ni yo.

Garstang alzó los brazos en actitud implorante. -Hemos venido hasta aquí desde muy lejos; hemos penado juntos, nos hemos regocijado juntos, hemos luchado y sufrido juntos..., ¡no permitamos ahora caer en la disidencia!

Balch y los otros se limitaron a alzarse de hombros. -No vamos a ir ciegamente al sur.

-¿Qué vais a hacer, entonces? ¿Ir al norte? ¿O volver a Erze Damath?

-¿Erze Damath? ¿Sin comida y con sólo cuatro animales de carga? ¡Bah!

-Entonces marchemos todos al sur en busca del templo.

Balch se alzó de nuevo tercamente de hombros, ante lo cual Subucule se puso furioso.

-¡Bien, que así sea! ¡Los que quieran ir al sur a este lado, los que estén del lado de Balch a este otro! Garstang, Cugel y Casmyre se unieron a Subucule; los otros se quedaron con Balch, un grupo de once, que empezaron a susurrar entre sí, mientras los cuatro peregrinos fieles los observaban con aprensión.

Los once se pusieron en pie.

-Adiós.

-¿Adónde vais a ir? -preguntó Garstang.

-No importa. Buscad vuestro templo si lo consideráis necesario; nosotros nos ocuparemos de nuestros propios asuntos. -Con la más breve de las

despedidas, se encaminaron al poblado de los lagartos, donde mataron a los machos, limaron los dientes de las hembras, se vistieron con trajes de caña y se instalaron como señores del poblado.

Garstang, Subucule, Casmyre y Cugel, mientras tanto, emprendieron el camino al sur a lo largo de la orilla. A la caída de la noche acamparon y cenaron moluscos y cangrejos. Por la mañana descubrieron que los cuatro animales de carga que quedaban se habían ido, y que ahora estaban solos.

-Ésta es la voluntad de Gilfig -dijo Subucule-. ¡Solamente necesitamos encontrar el templo y morir!

-¡Valor! -murmuró Garstang-. ¡No dejemos entrar a la desesperación!

-¿Qué otra cosa nos queda? ¿Veremos de nuevo alguna vez el valle de Pholgus?

-¿Quién sabe? Primero realicemos nuestras devociones en el templo.

Con lo que siguieron andando, y anduvieron durante todo el resto del día. A la caída de la noche estaban demasiado cansados como para hacer algo más que dejarse caer sobre la arena de la playa.

El mar se extendía ante ellos, llano como el sobre de una mesa, tan tranquilo que el sol poniente arrojaba antes su imagen exacta que un rastro de luz. Moluscos y cangrejos proporcionaron una vez más una magra cena, tras la cual se dispusieron a dormir en la playa.

A primeras horas de la madrugada Cugel fue despertado por el sonido de una música. Se puso en pie sobresaltado y miró hacia el agua, para descubrir que una ciudad fantasmal había brotado a la existencia. Esbeltas torres se alzaban hacia el cielo, iluminadas por resplandecientes motas de luz blanca que derivaban lentamente arriba y abajo, adelante y atrás. Por los paseos se movía la más alegre de las multitudes, llevando atuendos pálidamente luminosos y tocando cuernos de delicado sonido. Una barcaza donde se apilaban sedosos almohadones, movida por una enorme vela de seda color aciano, pasó flotando por su lado. Las lámparas a proa y popa iluminaban una cubierta atestada de gente alegre: algunos cantaban y tocaban laúdes, otros bebían en delicados vasos.

Cugel ansió compartir aquella alegría. Se puso trabajosamente de rodillas y llamó. Los juerguistas dejaron sus instrumentos y le miraron, pero por entonces la barcaza ya había pasado, arrastrado por la gran vela azul. Finalmente la ciudad parpadeó y se desvaneció, dejando solamente en su lugar el negro cielo nocturno.

Cugel se quedó mirando a la noche, sintiendo que la garganta le dolía con un pesar que nunca antes había conocido. Ante su sorpresa, se descubrió de pie al borde del agua. A su lado estaban Subucule, Garstang y Casmyre. Todos se miraban entre sí en la oscuridad, pero no intercambiaron ninguna palabra. Todos regresaron a la playa, donde finalmente volvieron a dormirse en la arena. Durante todo el siguiente día hubo muy poca conversación, e incluso se evitaron entre sí, como si cada uno de los cuatro deseara estar a solas con sus pensamientos. De tanto en tanto uno u otro miraba medio reluctante hacia el sur, pero nadie parecía dispuesto a plantear el asunto, y ninguno habló de partir.

El día transcurrió mientras los peregrinos permanecían sumidos en un semitorpor. Llegó el atardecer, luego la noche; pero ninguno de los componentes del grupo pensó en dormir.

De madrugada la ciudad fantasma reapareció, y esta noche se estaba celebrando una fiesta. Fuegos artificiales de una maravillosa complejidad florecieron en el aire: encajes, filigranas, estallido de estrellas, rojo y verde y azul y plata. A lo largo de uno de los paseos llegó un desfile, con doncellas fantasma vestidas con ropas iridiscentes, músicos fantasma con voluminosos atuendos rojos y naranja, cabrioleantes arlequines. Durante horas el sonido de la fiesta derivó sobre el agua, y Cugel avanzó hasta hundirse en el agua hasta las rodillas, y allí observó hasta que la fiesta se calmó y la ciudad empezó a desvanecerse. Cuando se volvió, los otros le siguieron a la orilla.

Al día siguiente todos estaban débiles por el hambre y la sed. Con voz ronca, Cugel murmuró que tenían que continuar. Garstang asintió y dijo hoscamente:

-¡Al templo, al templo de Gilfig!

Subucule asintió. Las mejillas de su en tiempos rojizo rostro colgaban blandamente; sus ojos estaban como empañados.

-Sí -zumbó-. Ya hemos descansado; tenemos que continuar.

Casmyre asintió sin el menor entusiasmo. -¡Al templo!

Pero ninguno emprendió la marcha hacia el sur. Cugel fue de un lado para otro durante un tiempo y finalmente se sentó para esperar la noche. Miró a su derecha y vio un esqueleto humano descansando en una postura no muy distinta a la suya. Se estremeció, se volvió hacia la izquierda, y allí había un segundo esqueleto, éste roto por el tiempo y las estaciones, y más allá otro, éste un simple montón de huesos.

Cugel se puso en pie y corrió tamabaleante hacia los otros.

-¡Rápido! -exclamó-. ¡Mientras las fuerzas aún nos sostienen! ¡Al sur! ¡Vamos, antes de que muramos como esos otros cuyos huesos están ahí, un poco más arriba!

-Sí, sí -murmuró Garstang-. Al templo. -Y se puso trabajosamente en pie-. ¡Vamos! -llamó a los demás-. ¡Hacia el sur!

Subucule consiguió ponerse en pie, pero Casmyre, tras un desanimado intento, se dejó caer de espaldas. -Yo me quedo aquí -dijo-. Cuando lleguéis al templo, interceded por mí ante Gilfig; explicadle que el trance abrumó las fuerzas de mi cuerpo.

Garstand quiso quedarse y suplicar, pero Cugel señaló hacia el sol poniente.

-¡Si aguardamos a la oscuridad, estamos perdidos! ¡Mañana nuestras fuerzas habrán desaparecido! Subucule aferró a Garstang del brazo.

-Tenemos que iros antes de la caída de la noche. Garstang hizo una última súplica a Casmyre.

-Amigo y compañero mío, reúne tus fuerzas. Juntos vinimos del lejano valle de Pholgus, descendimos en balsa el Scamander y cruzados ese terrible desierto. ¿Tenemos que separarnos ahora, antes de alcanzar el templo?

-¡Ven al templo con nosotros! -dijo roncamente Cugel.

Pero Casmyre volvió la cabeza hacia otro lado. Cugel y Subucule tiraron de Garstang, alejándolo, mientras las lágrimas resbalaban por sus curtidas mejillas; y echaron

a andar vacilantes hacia el sur a lo largo de la playa, manteniendo los ojos apartados de la clara y lisa superficie del mar.

El viejo sol se posó y arrojó todo un abanico de color.

Unas nubes altas como flecos de algodón resplandecieron con un suave color amarillo en un extraño cielo broncíneo. La ciudad apareció entonces, y nunca había parecido tan magnífica, con espiras que atrapaban toda la luz del ocaso. A lo largo del paseo caminaban jóvenes y doncellas con flores en el pelo, y a veces se detenían para mirar a los tres hombres que caminaban siguiendo la playa. El crepúsculo se hizo noche; blancas luces brotaron de la ciudad, y la música flotó sobre el agua. Durante largo tiempo siguió a los peregrinos, hasta desvanecerse finalmente en la distancia y morir. El mar quedó vacío al oeste, reflejando unos pocos resplandores murientes, ámbar y naranja.

Entonces los peregrinos encontraron un riachuelo de frescas aguas, con bayas y ciruelas silvestres en los alrededores, y pasaron allí la noche. Por la mañana Cugel atrapó un pez y cogió cangrejos en la playa. Reanimados, los tres prosiguieron al sur, buscando siempre el templo ante ellos, e incluso Cugel había empezado casi a esperar su aparición de un momento a otro, tan intensa era la seguridad de Garstang y Subucule. De hecho, a medida que pasaban los días, fue el devoto Subucule quien empezó a desesperar, a cuestionarse la sinceridad de la orden de Gilfig, a dudar de la virtud esencial del dios.

-¿Qué ganamos con este agónico peregrinaje? ¿Acaso Gilfig duda de nuestra devoción? Creo que la hemos demostrado suficientemente con nuestra asistencia a los Ritos Lustrales; ¿por qué nos ha enviado tan lejos?

-Los caminos de Gilfig son inescrutables -dijo Garstang-. Hemos llegado hasta aquí; ¡tenemos que seguir buscando sin descanso!

Subucule se detuvo en seco para mirar hacia atrás, hacia el lugar de donde habían venido.

-Ésta es mi propuesta. Erijamos en este punto un altar de piedras que se convierta en nuestro templo; realicemos los ritos. Satisfechos así los deseos de Gilfig, podremos volver nuestros rostros hacia el norte, al poblado donde residen nuestros compañeros. Allí, con suerte, podremos recapturar nuestros animales de carga, proveernos de vituallas y partir cruzando el desierto, quizá para llegar de vuelta a Erze Damath.

Garstang dudó.

-Hay mucho que apoya tu proposición. Sin embargo...

-¡Un bote! -exclamó Cugel. Señaló hacia el mar, donde a casi un kilómetro mar adentro flotaba un bote de pesca impulsado por una vela cuadrada suspendida de un largo y flexible palo. Pasó por detrás de un promontorio que se alzaba a kilómetro y medio al sur de donde estaban los peregrinos, y entonces Cugel señaló un poblado que se alzaba más allá, en la orilla.

-¡Excelente! -declaró Garstang-. ¡Ésos tienen que ser compañeros gilfigitas, y este poblado el lugar de emplazamiento del templo! ¡Sigamos!

Subucule seguía mostrándose reluctante.

-¿Es posible que el conocimiento de los textos sagrados haya penetrado hasta tan lejos?

-Precaución es la palabra -dijo Cugel-. Debemos efectuar un reconocimiento muy cauteloso. -Y abrió camino cruzando un bosquecillo de tamariscos y alerces, desde donde podrían observar el poblado. Las chozas eran de construcción tosca, de piedra negra, y albergaban a una gente de aspecto feroz. Un pelo negro e hirsuto rodeaba los redondos rostros color arcilla; recias cerdas negras crecían de los anchos hombros como charreteras. Los colmillos sobresalían de las bocas de hombres y

mujeres, y todos hablaban con secos y gruñentes gritos. Cugel, Garstang y Subucule retrocedieron con el máximo cuidado y, ocultos entre los árboles, conferenciaron en voz baja.

Garstang se sintió finalmente desanimado y no halló ningún otro motivo de esperanza.

-Estoy agotado, tanto espiritual como físicamente; quizá aquí es donde tenga que morir.

Subucule miró hacia el norte.

-Yo regresaré a probar mi suerte en el Desierto de Plata. Si todo va bien, volveré a Erze Damath, o quizá incluso al valle de Pholgus.

Garstang se volvió hacia Cugel.

-¿Y tú, puesto que el templo de Gilfig no puede hallarse por ninguna parte?

Cugel señaló hacia un embarcadero donde había amarrados un cierto número de botes.

-Mi destino es Almery, al otro lado del mar Songano. Tengo intención de tomar un bote y navegar hacia el oeste.

-Entonces te digo adiós -murmuró Subucule-. ¿Vienes conmigo, Garstang?

Garstang agitó la cabeza.

-Está demasiado lejos. Seguramente moriría en el desierto. Cruzaré el mar con Cugel y llevaré la Palabra de Gilfig a la gente de Almery.

-Entonces adiós a ti también -dijo Subucule. Se volvió rápidamente, para ocultar la emoción que se reflejaba en su rostro, y partió hacia el norte.

Cugel y Garstang observaron su recia silueta empequeñecerse en la distancia y desaparecer. Luego se volvieron para estudiar el embarcadero. Garstang dudaba.

-Los botes parecen bastante fuertes, pero «tornar» significa «robar»; una acción específicamente condenada por Gilfig.

-No existe ninguna dificultad -dijo Cugel-. Depositaré las correspondientes monedas de oro en el embarcadero, según el valor estimado del bote que tomemos.

Garstang asintió, aunque sin haber eliminado todas sus dudas.

-¿Y en cuanto a la comida y el agua?

-Tras haber tomado el bote, seguiremos la costa hasta que podamos procurarnos provisiones, tras lo cual partiremos hacia el oeste.

Garstang asintió a aquello, y los dos hombres se dedicaron a examinar los botes, comparándolos entre sí. La elección final fue una embarcación de aspecto sólido, de unos diez a doce pasos de largo, de manga ancha y con una pequeña cabina.

Con el crepúsculo descendieron furtivamente al embarcadero. Todo estaba tranquilo; los pescadores habían vuelto al poblado. Garstang abordó la embarcación e informó de que todo estaba en orden. Cugel estaba empezando ya a soltar amarras cuando del extremo del embarcadero brotó un salvaje grito, y una docena de los fornidos habitantes del poblado avanzaron hacia ellos a toda velocidad.

-¡Estamos perdidos! -exclamó Cugel-. ¡Corre para salvar tu vida, o mejor aún, nada!

-Imposible -declaró Garstang-. ¡Si esto significa la muerte, la afrontaré con toda la dignidad de que sea capaz! -Y trepó al embarcadero.

Al cabo de poco tiempo estaban rodeados por gente de todas las edades, atraída por la conmoción. Uno de ellos, a todas luces uno de los viejos del poblado, inquirió con voz severa:

-¿Qué hacéis aquí, merodeando en nuestro embarcadero y disponiéndoos a robar uno de nuestros botes?

-Nuestros motivos son la simplicidad misma -dijo Cugel-. Deseamos cruzar el mar.

-¿Qué? -rugió el viejo-. ¿Cómo es eso posible? El bote no lleva ni comida ni agua, y está pobremente equipado. ¿Por qué no habéis contactado con nosotros y nos habéis hecho saber vuestras necesidades?

Cugel parpadeó e intercambió una mirada con Garstang. Se alzó de hombros.

-Seré sincero. Vuestra apariencia nos causó tanta alarma que no nos atrevimos.

La observación suscitó una mezcla de regocijo y sorpresa entre los reunidos. El portavoz dijo:

-Todos nos sentimos desconcertados; explícate, por favor.

-Muy bien -dijo Cugel-. ¿Puedo ser absolutamente franco?

-¡Te lo exigimos!

-Algunos aspectos de vuestra apariencia nos impresionaron como feroces y bárbaros; vuestros sobresalientes colmillos, la negra melena que rodea vuestros rostros, la cacofonía de vuestra habla..., por citar solamente algunos aspectos.

Los habitantes del poblado se echaron a reír, incrédulos.

-¡Qué tontería! -exclamaron-. Nuestros dientes son largos para que podamos desgarrar los duros y fibrosos pescados de los que nos alimentamos. Llevamos así el pelo para repeler algunos insectos dañinos, y puesto que todos somos más bien sordos, es posible que tendamos a gritar. Esencialmente, somos gente amable y dada a la colaboración.

-Exactamente -dijo el viejo-. Y para demostrároslo, mañana aprovisionaremos nuestro mejor bote y os enviaremos en él con nuestras bendiciones y nuestros mejores deseos. ¡Y esta noche vamos a celebrar una fiesta en vuestro honor!

-Éste es un poblado de auténtica santidad -declaró Garstang-. ¿Por casualidad sois devotos de Gilfig?

-No; nos postramos ante el dios-pez Yob, que parece tan eficaz como cualquier otro. Pero venid, subamos al poblado. Tenemos que hacer los preparativos para la fiesta.

Subieron una serie de peldaños tallados en la roca, que los condujeron a una zona iluminada por una docena de llameantes antorchas. El viejo indicó una choza más amplia que las demás:

-Aquí es donde podéis pasar la noche; yo dormiré en cualquier otra.

Garstang se sintió obligado a mencionar de nuevo la bondad de los pescadores, a lo que el viejo inclinó la cabeza.

-Intentamos conseguir la unidad espiritual. De hecho, simbolizamos este ideal en el plato principal de nuestros festines ceremoniales. -Se volvió y dio una palmada-. ¡Preparémonos!

Fue traído un gran caldero y colocado sobre un trípode; a su lado se dispusieron un gran taco de madera y un hacha, y entonces cada uno de los habitantes del poblado pasó por delante del bloque, se cortó un dedo y lo arrojó al caldero.

El viejo explicó:

-Con este simple rito, al que naturalmente esperamos que os unáis vosotros, demostramos nuestra herencia común y nuestra dependencia mutua. Venid, pongámonos en la cola. -Y Cugel y Garstang no tuvieron más remedio que rebanarse un dedo y arrojarlo en el caldero con los otros.

La fiesta prosiguió a lo largo de toda la noche. Por la mañana los del poblado cumplieron su palabra. Un bote de aspecto particularmente marinero fue aprovisionado con todo tipo de artículos, incluida comida que quedó de la fiesta de la noche anterior.

Los habitantes del poblado se reunieron en el embarcadero. Cugel y Garstang expresaron su gratitud, luego Cugel izó la vela y Garstang soltó las amarras. El viento llenó la vela, y el bote fue empujado hacia el mar Songano. Gradualmente la orilla se fue fundiendo con la distancia, y los dos hombres estuvieron solos, con sólo el negro resplandor metálico del agua por todas partes.

Llegó el mediodía, y el bote avanzó por un vacío elemental: el agua debajo, el cielo encima; silencio en todas direcciones. La tarde fue larga y pesada, irreal como un sueño; y la melancólica grandeza del ocaso fue seguida por una oscuridad del color del vino aguado.

El viento pareció refrescar, y durante toda la noche mantuvieron rumbo oeste. Al amanecer el viento se calmó, y con las velas colgando fláccidas Cugel y Garstang durmieron.

Ocho veces se repitió el ciclo. Por la mañana del noveno día una baja línea costera se dibujó al frente. A media tarde la proa de su bote surcó una suave resaca y embarrancó en una amplia playa blanca.

-¿Esto es Almery? -preguntó Garstang.

-Eso creo -dijo Cugel-, pero no sé exactamente qué parte. Azenomei puede estar al norte, al oeste o al sur. Si el bosque que hay allá es el que rodea Almery oriental, entonces tendremos que rodearlo, pues tiene muy mala reputación.

Garstang señaló hacia la misma orilla, un poco más abajo.

-Mira: otro poblado. Si la gente de aquí es como la del otro lado del mar, nos ayudarán a proseguir nuestro camino. Ven, vayamos a hacerles saber nuestros deseos. Cugel le retuvo.

-Quizá fuera mejor hacer primero un reconocimiento, como antes.

-¿Con qué fin? -preguntó Garstang-. En aquella ocasión lo único que conseguimos fue engañarnos y confundirnos. -Abrió camino por la playa, en dirección al poblado. A medida que se acercaban pudieron ver gente moviéndose de un lado para otro en la plaza central: individuos de aspecto agradable y pelo rubio, que hablaban entre sí con voz parecida a música.

Garstang avanzó alegremente, esperando una bienvenida aún más expansiva que la que habían recibido en la otra orilla; pero los habitantes del poblado corrieron rápidamente hacia ellos y los atraparon con redes.

-¿Por qué hacéis esto? -exclamó Garstang-. ¡Somos extranjeros y no pretendemos haceros ningún daño!

-Sois extranjeros; precisamente por esto -dijo el más alto de los individuos de pelo rubio-. Adoramos a ese dios inexorable conocido como Dangott. Los extranjeros son automáticamente herejes, de modo que los damos como alimento a los monos sagrados. -Y diciendo esto empezaron a arrastrar a Cugel y Garstang sobre las afiladas piedras más allá de la orilla, mientras los hermosos niños del poblado danzaban alegremente a ambos lados.

Cugel consiguió extraer el tubo que había tomado a Voynod y expelió concentrado azul contra los del poblado. Asombrados, se dejaron caer de bruces al suelo, y Cugel consiguió liberarse de la red. Extrajo su espada y avanzó para cortar la red de Garstang, pero entonces los del poblado se recobraron. Cugel empleó nuevamente el tubo, y sus oponentes huyeron presas de abrumado terror.

-Vete, Cugel -dijo Garstang-. Soy un hombre viejo, de escasa vitalidad. Echa a correr; busca la seguridad, con todas mis bendiciones.

-Éste hubiera sido normalmente mi impulso -admitió Cugel-. Pero esa gente ha estimulado mi locura quijotesca; así que sal de la red; nos marcharemos juntos. -Una vez más arrojó proyección azul, mientras Garstang se liberaba, y los dos huyeron a lo largo de la playa. Los del poblado les persiguieron con arpones. El primero que arrojaron atravesó la espalda de Garstang. Cayó sin un sonido. Cugel dio media vuelta y apuntó con el tubo, pero el conjuro se había agotado y solamente apareció una desvaída exudación. Los del poblado prepararon sus armas para lanzar una segunda andanada; Cugel gritó una maldición, se agachó y echó a correr en zigzag, y los arpones pasaron por encima de él y fueron a clavarse en la arena de la playa.

Cugel agitó su puño una última vez, luego huyó a toda velocidad hacia el bosque.

6
LA CUEVA EN EL BOSQUE

Cugel avanzó furtivamente por el viejo bosque, paso a paso, deteniéndose a menudo para escuchar el quebrarse de una rama o una suave pisada o incluso la exhalación de un aliento. Sus precauciones, aunque frenaban su marcha, no era ni teóricas ni poco prácticas; otros seres merodeaban el bosque con ansiedades y anhelos contrapuestos a los suyos. Durante todo un terrible crepúsculo había estado huyendo y distanciando finalmente a un par de deodands; en otra ocasión se detuvo en seco en el borde mismo de un claro donde vagabundeaba un leucomorfo: por todo ello Cugel se había vuelto más desconfiado y furtivo que nunca, deslizádose de árbol en árbol, atisbando y escuchando, corriendo a toda velocidad por los lugares despejados con un extravagante paso ligero, como si el contacto con el suelo hiciese que le dolieran los pies.

Un atardecer llegó a un pequeño y húmedo claro rodeado por manduares negros, altos e imponentes como encapuchados monjes. Unos escasos rayos rojizos

penetraban sesgados en el claro, iluminando un único y retorcido membrillo, del que colgaba un trozo de pergamino. Oculto en las sombras, Cugel estudió largamente el claro, luego avanzó unos pasos y tomó el pergamino. En caracteres apresuradamente garabateados había un mensaje:

¡Zaraides el Sabio hace una generosa oferta! Aquel que encuentre este mensaje puede solicitar y obtener una hora de juiciosos consejos sin ningún gasto por su parte. En un montículo cercano se abre una cueva; el Sabio será hallado dentro.

Cugel estudió con asombro el pergamino. Una enorme pregunta se dibujó en el aire: ¿por qué Zaraides ofrecería sus consejos con un desprendimiento tan casual? La gratuidad tan alegremente anunciada era algo rarísimo en el mundo: de una forma u otra, la Ley de la Equivalencia prevalecía siempre. Si Zaraides ofrecía consejo -dejando a un lado la premisa del absoluto altruísmo-, esperaría algo a cambio: un mínimo de infatuación del amor propio, o el conocimiento de acontecimientos lejanos, o una educada atención ante el recitado de sus odas, o algún servicio similar. Y Cugel volvió a leer el mensaje, con su escepticismo aumentado si cabe. Hubiera echado el pergamino a un lado si no sintiera una auténtica y urgente necesidad de información: saber el camino más seguro hacia la casa del Iucounu, junto con un método para inutilizar los poderes del Mago Reidor.

Cugel miró a su alrededor, buscando el montículo al que Zaraides se refería. Al otro lado del claro el terreno parecía elevarse, y alzando los ojos Cugel observó allá arriba un conjunto de troncos retorcidos y denso follaje, como si un cierto número de daobados crecieran sobre un terreno elevado.

Cugel avanzó por el bosque con el máximo de vigilancia, y finalmente se vio detenido por una repentina prominencia rocosa de color gris coronada de árboles y enredaderas: indudablemente el promontorio en custión.

Cugel se inmovilizó, tironeando de su barbilla, exhibiendo los dientes en una sonrisa de duda. Escuchó: la tranquilidad y el silencio eran absolutos. Manteniéndose en las sombras, prosiguió, dando la vuelta al promontorio, y finalmente llegó ante la cueva: una abertura en arco abierta en la roca, de la altura de un hombre, tan ancha como sus brazos tendidos. Encima colgaba un cartel impreso en caracteres desigules:

ENTRAD: ¡SOIS BIENVENIDOS!

Cugel miró a uno y otro lado. No se veía ni oía nada en el bosque. Avanzó unos cautelosos pasos, atisbó dentro de la cueva, sólo vio oscuridad.

Librodot

Cugel retrocedió. Pese a los ánimos dados por el cartel, no se sentía inclinado a seguir avanzando. Acuclillándose, examinó con intensidad la cueva.

Pasaron quince minutos. Cugel cambió de postura; y ahora, a la derecha, observó a un hombre que se acercaba, con unas precauciones apenas un poco menos elaboradas que las suyas. El recién llegado era de mediana estatura y llevaba las toscas ropas de un campesino: pantalones grises, una blusa color orín, un sombrero marrón inclinado sobre la frente. Tenía un rostro redondo y de rasgos vulgares, con una nariz respingona, ojos muy pequeños y separados y una recia mandíbula poblada por una especie de pelusa negruzca. Aferraba en su mano un pergamino similar al que había encontrado Cugel.

Cugel se puso en pie. El recién llegado se detuvo, luego siguió avanzando.

-¿Eres tú Zaraides? Si es así, me llamo Fabeln, el herborista; estoy buscando un buen lugar donde crezcan los puerros silvestres. Además, mi hija siempre está como distraída y languidece por momentos, y ya no quiere llevar mis cestas; por eso...

Cugel alzó una mano.

-Te equivocas; Zaraides sigue en su cueva. Fabeln entrecerró, desconfiado, los ojos. -Entonces, ¿quién eres tú?

-Soy Cugel; como tú, busco iluminación. Fabeln asintió aprobadoramente.

-¿Has consultado ya a Zaraides? ¿Es certero, puede confiarse en él? ¿Realmente no pide ningún pago por sus prospectivas?

-Correcto en todos sus detalles -dijo Cugel-. Zaraides, que al parecer es omnisciente, habla por la simple alegría de transmitir información. Mis perplejidades han sido resueltas.

Fabeln lo inspeccionó de soslayo.

-¿Por qué entonces aguardas a un lado de la cueva? -También soy herborista, y estoy preparando nuevas preguntas, específicamente con relación a un claro cercano lleno de puerros silvestres.

-¿De veras? -exclamó Fabeln, haciendo chasquear agitadamente los dedos-. Entonces prepáralas con cuidado, y mientras las piensas yo entraré y preguntaré por la laxitud de mi hija.

-Como quieras -dijo Cugel-. De todos modos, si no te importa esperar un poco, apenas necesito tiempo para preparar mis preguntas.

Fabeln hizo un gesto jovial.

-En ese corto período de tiempo puedo entrar y volver a salir de la cueva, pues soy un hombre tan rápido que a veces incluso parezco brusco.

Cugel inclinó la cabeza. -En este caso, adelante.

-Seré breve. -Y Fabeln entró en la cueva-. ¿Zaraides? -llamó-. ¿Eres Zaraides el Sabio? Soy Fabeln, y quiero hacerte algunas preguntas. ¿Zaraides? Ten la bondad de salir un poco. -Su voz se hizo algo más apagada. Cugel escuchó atentamente, oyó el abrir y cerrar de una puerta, luego silencio. Pensativo, se dispuso a esperar.

Pasaron los minutos..., luego una hora. El sol rojo descendió por el camino celeste de la tarde y se ocultó tras el túmulo. Cugel empezó a impacientarse.

¿Dónde estaba Fabeln? Inclinó la cabeza hacia un lado: ¿De nuevo el abrir y cerrar de una puerta? Sí, y allí estaba de vuelta Fabeln: ¡todo iba bien, entonces!

Fabeln miró al exterior desde la cueva.

-¿Dónde está Cugel el herborista? -Su voz era seca y dura-. Zaraides no se sentará a la mesa del banquete ni discutirá sobre puerros, excepto de la forma más general, hasta que tú te presentes.

-¿Un banquete? -preguntó Cugel con interés-. Entonces, ¿la bondad de Zaraides se extiende hasta tan lejos? Por supuesto: ¿no has observado el salón lleno de tapices, los vasos de cristal tallado, la sopera de plata? -Fabeln hablaba con un cierto énfasis taciturno que desconcertó a Cugel-. Pero ven; tengo prisa, y no quiero esperar. Si ya has cenado, informaré a Zaraides.

-En absoluto -dijo Cugel con dignidad-. Enrojecería de humillación si afrentara así a Zaraides. Adelante; te sigo.

-Entonces ven. -Fabeln se dio la vuelta; Cugel le siguió al interior de la cueva, donde su olfato se vio asaltado por un olor nauseabundo. Se detuvo-. Creo notar un hedor... que me afecta desagradablemente.

-Yo noté lo mismo -dijo Fabeln-. Pero una vez cruzada la puerta, el olor desaparece.

-Eso confío -dijo Cugel, irritado-. Echaría abajo mi apetito. Así pues...

Mientras hablaba se vio invadido por una serie de pequeños y rápidos seres, de piel fría y húmeda y empapados del olor que encontraba tan detestable. Hubo un clamor de voces agudas; su espada y su bolsa le fueron arrebatadas; una puerta se abrió; Cugel fue empujado al interior de una conejera de bajo techo. A la luz de una oscilante llama amarilla vio a sus captores: criaturas de la mitad de su altura, de piel pálida, rostro puntiagudo, con las orejas en la parte superior de sus cabezas. Caminaban ligeramente encorvadas, y sus rodillas parecían articuladas en dirección contraria a las de los hombres, y sus pies, enfundados en sandalias, parecían muy suaves y flexibles.

Cugel miró a su alrededor, maravillado. Cerca de él estaba agachado Fabeln, mirándole con un odio mezclado con maliciosa satisfacción. Cugel vio entonces que el cuello de Fabeln estaba rodeado por una banda de metal, a la que estaba unida una larga cadena también metálica. Al fondo de la conejera había acurrucado un hombre de largo pelo blanco, también con un collar y una cadena. Mientras Cugel lo observaba, los seres-rata colocaron un collar en su cuello.

-¡Atrás! -exclamó Cugel, consternado-. ¿Qué significa esto? ¡Protesto contra ese tratamiento!

Los seres-rata le dieron un empujón y se alejaron corriendo. Cugel vio que de sus traseros botaban largas colas escamosas, que asomaban de una forma curiosa de las negras blusas que llevaban.

La puerta se cerró; los tres hombres quedaron solos. Cugel se volvió furioso a Fabeln.

-¡Me engañaste; dejaste que me capturasen! ¡Ésta es una ofensa grave!

Fabeln rió amargamente.

-¡No menos grave que la forma en que tú me engañaste a mí! Fui atrapado por culpa de tu artero truco; así que me aseguré de que tú no escaparas tampoco.

-¡Esto es una malicia inhumana! -rugió Cugel-. ¡Me encargaré de que recibas lo que te mereces!

-Bah -dijo Fabeln-. No me aburras con tus quejas. En cualquier caso, no te atraje a la cueva sólo por malicia.

-¿No? ¿Tienes algún otro motivo aún más perverso? -Y muy simple: los seres-rata son listos. Aquél que atraiga a otros dos a la cueva gana su libertad. Tú ya eres uno en mi cuenta; necesito sólo encontrar a un segundo, y seré libre. ¿No es así, Zaraides?

-Sólo en sentido general -respondió el viejo-. Puede que no puedas anotarte a este hombre en tu cuenta; si la justicia fuera absoluta, tú y él seríais mis dos puntos; ¿acaso no fue mi pergamino el que os atrajo a la cueva?

-¡Pero no dentro! -declaró Fabeln-. ¡Aquí está la sutil distinción que hay que tener en cuenta! Los seres rata están de acuerdo conmigo, y por eso no has sido liberado.

-En este caso -dijo Cugel-, te proclamo a ti como uno de mis puntos, puesto que fui yo quien te envió dentro de la cueva para ver lo que hallabas dentro.

Fabeln se alzó de hombros.

-Éste es un asunto que vas a tener que discutir con los seres-rata. -Frunció el ceño y parpadeó con sus pequeños ojillos-. ¿Y por qué no puedo proclamarme yo mismo en mi propia cuenta? Es un punto que vale la pena tener en cuenta.

-En absoluto, en absoluto -les llegó una voz aguda desde detrás de una rejilla-. Solamente tomamos en cuenta a aquellos que nos son proporcionados tras el encarcelamiento. Fabeln no es anotado en la cuenta de nadie. En cambio, a él se le ha anotado un punto, es decir, la persona de Cugel. Zaraides sigue con una puntuación de cero. Cugel probó el collar que sujetaba su cuello.

-¿Qué ocurrirá si no consigo proporcionados a otros dos?

-Tienes un mes de tiempo; no más. Si fracasas en este mes, eres devorado.

Fabeln, con una voz sobria y calculadora, dijo:

-Creo que puedo considerarme libre. A no mucha distancia aguarda mi hija. De repente se ha encaprichado con los puerros silvestres y en consecuencia ya no me es útil ni para mi casa ni para mi negocio. A través de ella puedo verme fácilmente libre. -Y Fabeln asintió con categórica satisfacción.

-Será interesante observar tus métodos -observó Cugel-. ¿Dónde se la puede hallar exactamente, y cómo piensas traerla hasta aquí?

La expresión de Fabeln se volvió artera y rencorosa.

-¡No pienso decirte nada! ¡Si quieres atraer puntos, busca tus propios métodos!

Zaraides hizo un gesto hacia un pupitre donde había hojas de pergamino.

-Yo ato mensajes persuasivos a semillas aéreas, que luego son soltados en el bosque. El método es de una utilidad cuestionable, puesto que atrae a los que pasan hasta la boca de la cueva, pero no los anima a seguir más allá. Me temo que solamente me queden cinco días de vida. Si tan sólo tuviera mis libros, mis grimorios, mis volúmenes de trabajo. ¡Cuántos conjuros, cuántos conjuros! Acabaría con esta madriguera; convertiría a cada uno de esos hombres roedores en un estallido de fuego verde. Castigaría a Fabeln por engañarme... Hummm. ¿El Giratorio? ¿El Deprimente Prurito de Lugwiler?

-El Conjuro del Enquistamiento Remoto tiene sus partidarios -sugirió Cugel.

Zaraides asintió.

-La idea es recomendable... Pero se trata de un sueño inútil: mis conjuros me fueron arrebatados y llevados a algún lugar secreto.

Fabeln bufó y se volvió hacia un lado. De detrás de la puerta les llegó una chillona advertencia:

-Los lamentos y las excusas son pobres sustitutos a los puntos. ¡Emulad a Fabeln! ¡Alardea ya de un punto, y planea un segundo para mañana! ¡Esto sí es un buen prisionero!

-¡Yo lo capturé! -afirmó Cugel-. ¿Acaso no tenéis honestidad? Yo lo envié a la cueva; ¡debería ser anotado a mi cuenta!

Zaraides lanzó una vehemente protesta.

-¡En absoluto! ¡Cugel distorsiona el asunto! ¡Si hay que hacer justicia, tanto Cugel como Fabeln deben ser anotados a mi cuenta!

-¡Todo sigue como antes! -dijo la chillona voz. Zaraides agitó las manos y se puso a escribir pergaminos con un furioso celo. Fabeln se dirigió a una banqueta y se sentó en plácida reflexión. Cugel, arrastrándose junto a él, dio una patada a una de las patas de la banqueta y envió a Fabeln al suelo. Éste se levantó y se lanzó contra Cugel, que le arrojó la banqueta.

-¡Orden! -exclamó la voz chillona-. ¡Orden, o habrá penalizaciones!

-Cugel hizo caer la banqueta para tirarme al suelo -se lamentó Fabeln-. ¿Por qué esto no es castigado?

-Fue una casualidad -dijo Cugel-. En mi opinión, el irascible Fabeln tendría que ser incomunicado durante al menos dos, o mejor tres semanas.

Fabeln se puso a espumear, pero la chillona voz detrás de la puerta intimó a un silencio imparcial para todos.

Les fue traída la comida, una groseras gachas de un olor ofensivo. Tras la comida los tres fueron obligados a arrastrarse a una madriguera más estrecha todavía, en un nivel algo inferior, donde fueron encadenados a la pared. Cugel se sumió en un intranquilo sueño, para ser despertado por una llamada a Fabeln a través de la puerta:

-El mensaje ha sido entregado..., y leído con gran atención.

-¡Buenas noticias! -llegó la voz de Fabeln-. ¡Mañana caminaré por el bosque como un hombre libre!

-Silencio -croó Zaraides desde la oscuridad-. ¿Debo escribir diariamente pergaminos en beneficio de todo el mundo excepto yo mismo, sólo para se despertado por la noche por tus obscenas alegrías?

-¡Ja, ja! -cloqueó Fabeln-. ¡Oíd la voz del mago inútil!

-¡Ay de mis libros perdidos! -gimió Zaraides-. ¡Si los tuviera aquí, cantarías con un tono muy diferente!

-¿Por qué parte pueden estar ocultos? -inquirió Cugel cautelosamente.

-Eso deberías preguntárselo a esos asquerosos múridos; me pillaron por sorpresa.

Fabeln alzó quejoso la cabeza.

-¿Pensáis intercambiar reminiscencias durante todo el resto de la noche? Quiero dormir.

Zaraides, enfurecido, empezó a insultar a Fabeln con tanta violencia que los seres-rata se apresuraron a entrar en la madriguera y se lo llevaron a rastras, dejando a Cugel y Fabeln solos.

Por la mañana, Fabeln comió sus gachas con gran rapidez.

-Ahora -llamó ante la rejilla-, soltadme este collar para que pueda salir a recibir a mi segundo punto, puesto que Cugel fue el primero.

-Bah -murmuró Cugel- Desgraciado.

Los seres-rata, sin prestar atención a las protestas de Fabeln, apretaron el collar aún más ajustadamente en torno a su cuello, soltaron la cadena y se lo llevaron a gatas, y Cugel quedó solo.

Intentó sentarse erguido, pero el húmedo dogal presionaba contra su cuello, y se dejó caer hacia atrás, apoyado en los codos.

-¡Malditas criaturas-rata! ¡Tengo que eludirlas de alguna manera! Al contrario que Fabeln, no tengo ninguna casa de donde traer sustitutos a mi persona, y la eficacia de los pergaminos de-Zaraides es discutible... De todos modos, es concebible que otros pasen por los alrededores, como Fabeln y yo mismo. -Se volvió hacia la puerta, tras la cual se sentaba el atento vigilante-. A fin de reclutar los dos puntos que necesito, exijo permanecer fuera de la cueva.

-Esto está permitido -anunció el vigilante-. La supervisión, sin embargo, será rígida.

-La supervisión es comprensible -admitió Cugel-. Requiero sin embargo que la cadena y el collar sean retirados de mi cuello. Con una constricción tan evidente, incluso la persona más crédula se alejará.

-Hay una cierta razón en lo que dices -admitió el vigilante-. ¿Pero qué quedará entonces para impedirte que escapes?

Cugel se echó a reír de una forma un tanto elaborada. -¿Tengo el aspecto de alguien que traiciona una confianza? Además, ¿por qué debería hacerlo, si puedo anotar punto tras punto en mi cuenta?

-Deberemos tomar algunas precauciones.

-Un momento más tarde, un cierto número de seres-rata entraron en la madriguera. El collar fue retirado del cuello de Cugel, su pierna derecha fue inmovilizada y atravesaron su tobillo con una aguja de plata, a la cual, entre gritos de dolor, fue asegurada una cadena.

-Ahora la cadena no es visible -afirmó uno de sus captores-. Puedes permanecer de pie delante de la cueva y atraer a los que pasen de la mejor manera que puedas.

Aún gruñendo de dolor, Cugel se arrastró fuera de la madriguera y a la boca de la cueva, donde estaba sentado Fabeln, con su cadena en torno al cuello, aguardando la llegada de su hija.

-¿Adónde vas? -preguntó suspicazmente.

-Voy a pasear fuera de la cueva, para atraer a los que pasen y hacerlos entrar en ella.

Fabern lanzó un sordo gruñido y miró entre los árboles.

Cugel se situó de pie delante de la boca de la caverna. Miró en todas direcciones, luego lanzó una melodiosa llamada:

-¿Hay alguien por aquí cerca?

No recibió respuesta, y empezó a caminar nerviosamente de un lado para otro, con la cadena resonando contra el suelo tras él.

Hubo un movimiento entre los árboles: el aleteo de unas ropas amarillas y verdes, y allí estaba la hija de Fabeln, llevando un cesto y un hacha. Se detuvo al ver a Cugel, luego se acercó, vacilante.

-Busco a Fabeln, que me ha pedido algunas cosas.

-Yo las tomaré -dijo Cugel, tendiendo la mano hacia el hacha, pero los seres-rata estaban atentos y tiraron rápidamente de él hacia la cueva.

-Debe dejar el hacha en aquella roca de ahí lejos -le susurraron al oído de Cugel-. Ve e infórmala.

Cugel cojeó hacia delante una vez más. La muchacha le miraba desconcertada.

-¿Por qué has cojeado hacia atrás de esa forma? '° -quiso saber.

-Te lo diré -murmuró Cugel-, y es algo curioso de saber, pero primero tienes que colocar tu cesto y tu hacha en aquella roca de allá, donde el verdadero Fabeln lo recogerá dentro de un momento.

Desde el interior de la cueva llegó un murmullo de furiosa protesta, rápidamente ahogado.

-¿Qué fue ese sonido? -inquirió la muchacha. -Deja el hacha donde te digo, y te lo contaré todo. La muchacha, desconcertada, llevó hacha y cesto al lugar señalado, luego regresó.

-Ahora, ¿dónde está Fabeln?

-Fabeln está muerto -dijo Cugel-. Su cuerpo se halla ahora poseído por un espíritu maligno; así que no le hagas ningún caso bajo ningún concepto; ésta es mi advertencia.

Ante aquello Fabeln lanzó un terrible gruñido y gritó desde la cueva:

-¡Miente, miente! ¡Ven aquí, dentro de la cueva! Cugel adelantó una mano, reteniéndola.

-No lo hagas. ¡Ve con cuidado!

La muchacha miró sorprendida y temerosa hacia la cueva, por donde apareció Fabeln, haciendo los gestos más perentorios. La muchacha retrocedió.

-¡Ven, ven! -exclamó Fabeln-. ¡Entra en la cueva! La muchacha negó con la cabeza, y Fabeln, poseído por la furia, intentó arrancar la cadena que lo sujetaba. Los seres-rata tiraron rápidamente de él hacia las sombras, donde Fabeln luchó tan vigorosamente que los seres-rata se vieron obligados a matarlo y a arrastrar su cuerpo de vuelta a la madriguera.

Cugel escuchó atentamente, luego se volvió hacia la muchacha y asintió con la cabeza.

-Ahora ya todo está bien. Fabeln dejó algunas cosas de valor a mi cargo; si entras en la cueva, te las entregaré. La muchacha agitó la cabeza, desconcertada.

-¡Fabeln no poseía nada de valor!

-Pero vale la pena pese a todo inspeccionar los objetos. -Cugel hizo cortésmente una seña hacia la cueva. Ella avanzó, miró dentro, e instantáneamente los seres rata la atraparon y la arrastraron al interior de la madriguera.

-Éste es el punto uno en mi cuenta -dijo Cugel-. ¡No olvidéis registrarlo!

-El punto ha sido debidamente anotado -llegó una voz desde dentro-. Uno más, y serás libre.

El resto del día Cugel caminó arriba y abajo delante de la cueva, mirando a todos lados por entre los árboles, pero sin ver a nadie. A la caída de la noche fue arrastrado de nuevo dentro de la cueva y bajado a la madriguera del nivel inferior donde había pasado la otra noche. Ahora estaba ocupada por la hija de Fabeln. Desnuda, llena de arañazos, con ojos vacíos, le miró fijamente. Cugel intentó iniciar una conversación, pero ella parecía incapaz de hablar.

Fueron servidas las gachas de la noche. Mientras comía, Cugel observó subrepticiamente a la muchacha. No dejaba de ser hermosa, incluso sucia y

arañada. Cugel se arrastró cerca de ella, pero el olor de los seres-rata era tan fuerte que sintió que su deseo desaparecía y volvió a su sitio.

Durante la noche se escuchó un furtivo ruido en la madriguera: un sonido raspante, como de algo arañando contra algo. Cugel, parpadeando soñoliento, se apoyó sobre un codo, para ver una sección del suelo alzarse subrepticiamente, dejando escapar un hilo de humosa luz amarilla que fue a incidir sobre la muchacha. Cugel lanzó un grito; un número de seres-rata llevando tridentes entraron en la madriguera; pero era demasiado tarde: la muchacha había sido arrebatada.

Los seres-rata se mostraron intensamente furiosos. Alzaron la piedra, gritaron maldiciones e invectivas hacia el hueco. Otros dejaron caer desperdicios en el agujero, junto con vituperios. Uno de ellos explicó agraviado la situación a Cugel.

-Hay otros que viven debajo; siempre que pueden nos engañan. Algún día nos vengaremos de ellos; ¡nuestra paciencia no es inagotable! Esta noche dormirás en otro lado, para evitar que hayan otra incursión. -Soltó la cadena de Cugel, pero en aquel momento fue llamado por aquellos que estaban cementando el agujero en el suelo.

Cugel se dirigió rápidamente a la entrada y, cuando la atención de todos estaba distraída, se deslizó fuera al pasadizo. Sujetando la cadena con una mano, se arrastró

en dirección a donde suponía se hallaba la superficie, pero al encontrar un cruce de pasadizos se sintió desorientado. El túnel se inclinaba hacia abajo y, haciéndose más angosto, empezó a constreñir sus hombros; luego su altura disminuyó, apretando contra él desde arriba, de modo que se vio obligado a seguir arrastrándose, empujando con los codos.

Su ausencia fue descubierta: de atrás llegaron chillidos de rabia, mientras los seres-rata echaban a correr en todas direcciones.

El pasadizo daba un brusco giro, en un ángulo que Cugel encontró imposible doblar su cuerpo. Retorciéndose y tirando, consiguió adoptar una nueva postura, y entonces se encontró con que no podía moverse. Inspiró profundamente y, tirando hacia adelante y hacia arriba, consiguió pasar a un pasadizo más amplio. En un nicho encontró una bola de fuego, y se la llevó con él.

Los seres-rata se estaban acercando, chillando maldiciones. Cugel se metió en un pasadizo lateral que se abría a una especie de almacén. Los primeros objetos que encontraron sus ojos fueron su espada y su bolsa.

Los seres-rata se precipitaron en la estancia con tridentes. Cugel golpeó y pinchó y tajó y los envió chillando de vuelta al corredor. Allá se agruparon, yendo de un lado para otro, lanzando chillantes amenazas a Cugel. Ocasionalmente alguno se lanzaba hacia delante mostrando los dientes y esgrimiendo su tridente, pero cuando Cugel mató a dos de ellos retrocedieron para conferenciar en tonos bajos.

Cugel aprovechó la ocasión para apilar algunas pesadas cajas contra la entrada, concediéndose así un momento de respiro.

Los seres-rata se lanzaron de nuevo hacia delante, pateando y empujando con los hombros. Cugel metió su hoja por una abertura entre las cajas, oyendo con satisfacción un grito de intenso dolor.

Alguien dijo:

-¡Cugel, sal de ahí! Somos gente comprensiva y no maliciosa. Tienes un punto en su cuenta, y sin duda dentro de poco conseguirás otro y así quedarás libre. ¿Por qué causas todos estos problemas? No hay ninguna razón por la cual, en una relación esencialmente molesta, no debamos adoptar una actitud de camaradería. Sal, pues, y te proporcionaremos carne para tus gachas de esta noche.

-En estos momentos estoy demasiado alterado para pensar claramente -dijo con educación Cugel-. ¿He oído decir que estabais dispuestos a dejarme libre sin más condiciones ni problemas?

Hubo una conversación susurrada en el corredor, luego llegó la respuesta:

-En efecto, hubo una afirmación al respecto. En consecuencia quedas declarado libre para ir y venir por donde quieras. ¡Despeja la entrada, arroja la espada y sal!

-¿Qué garantías podéis ofrecerme? -preguntó Cugel, escuchando atentamente el bloqueado acceso.

Hubo una serie de charloteantes suspiros, luego la respuesta:

-No es necesario ninguna garantía. Nos retiramos. Sal, y sigue el corredor hasta tu libertad.

Cugel no respondió. Sujetando ante él la bola de fuego, se volvió para inspeccionar el almacén, que contenía una gran variedad de artículos y ropas, armas y herramientas. En uno de los arcones que había empujado contra la entrada observó un grupo de libros encuadernados en cuero. En la cubierta del primero estaba impreso:

ZARAIDES EL MAGO
Su libro de trabajo: ¡Cuidado!

Los seres-rata llamaron una vez más, ahora con voz suave:

-Cugel, querido Cugel, ¿por qué no sales?

-Me quedo unos momentos; quiero recuperar mis fuerzas -dijo Cugel. Tomó el volumen, giró las páginas, encontró el índice.

-¡Sal, Cugel! -llegó una orden, algo más perentoria-. ¡Tenemos aquí un caldero de vapores nocivos que estados dispuestos a descargar dentro de la estancia donde te has encerrado obstinadamente! ¡Sal, o será peor para ti!

-Paciencia -dijo Cugel-. ¡Dejadme recuperar el aliento!

-¡Mientras recuperas el aliento, nosotros preparamos el caldero de ácido en el que planeamos meter tu cabeza!

-Está bien, está bien -dijo ausente Cugel, enfrascado en el libro de trabajo. Hubo un sonido raspante, y fue introducido un tubo en la estancia. Cugel tomó el tubo, tiró de él y lo retorció de modo que volviera a apuntar hacia el corredor.

-¡Habla, Cugel! -llegó la perentoria orden-. ¿Vas a salir, o debemos enviar una gran bocanada de horrible gas a la estancia?

-No sois capaces de hacerlo -dijo Cugel-. Me niego a salir.

-¡Ahora verás! ¡Soltad el gas!

El tubo pulsó y silbó; del corredor llegaron gritos de gran desánimo. El silbido cesó.

Cugel, sin encontrar lo que buscaba en el libro de trabajo, tomó otro tomo. Llevaba el título:

ZARAIDES EL MAGO

Su compendio de conjuros: ¡Cuidado!

Cugel lo abrió y leyó; encontró un conjuro adecuado. Acercó la bola de fuego todo lo posible para mejor deletrear las sílabas activadoras. Eran cuatro líneas de palabras, treinta y una sílabas en total. Cugel las grabó en su cerebro, donde quedaron depositadas como piedras. ¿Un sonido a sus espaldas? Desde otra puerta, los seres-rata entraron en la estancia. Agazapados, con sus blancos rostros crispados, las orejas pegadas a la cabeza, avanzaban arrastrándose, los tridentes a punto.

Cugel los amenazó con su espada, luego cantó aquel conjuro conocido como el Dentro Fuera y Al Revés, mientras los seres-rata lo contemplaban asombrados. Se produjo un gran sonido desgarrante: un retorcimiento y una convulsiva elevación cuando los pasadizos se invirtieron, arrojando todo lo que contenían al bosque. Los seres-rata corrieron chillando de un lado para otro, y también había otras cosas blancas cuya naturaleza Cugel no pudo distinguir a la luz de las estrellas. Los seres-rata y las criaturas blancas se enzarzaron en una lucha feroz, desgarrándose mutuamente, y el bosque se llenó de gruñidos y crujidos y chillidos y vocecillas gritando desesperadas.

Cugel se alejó suavemente, y aguardó tras unos arándanos a que transcurriera el resto de la noche.

Cuando llegó el amanecer regresó cautelosamente al túmulo, esperando poder apoderarse del compendio y el libro de trabajo de Zaraides. Había un gran revoltijo de cosas y muchos pequeños cadáveres, pero los artículos que buscaba no estaban allí. Lamentándolo, Cugel se alejó de nuevo y tropezó casi con la hija de Fabeln, sentada entre los helechos. Cuando se acercó, ella le chilló. Cugel frunció los labios y agitó desaprobadoramente la cabeza. La condujo a un arroyo cercano e intentó lavarla, pero a la primera oportunidad ella se desprendió y corrió a ocultarse bajo una roca.

7
LA MANSION DE IUCOUNU

El conjuro del Dentro Fuera y Al Revés era de un origen tan remoto que había sido olvidado. Un mago desconocido del vigesimoprimer eón había construido una versión arcaica; el semilegendario Basil Blackweb había pulido sus contornos, un proceso continuado por Veronifer el Blando, que había añadido una resonancia de refuerzo. Archemand de Glaere había anotado catorce de sus pervulsiones: Phandaal lo había listado en la «A», o categoría «Perfeccionados», de su monumental catálogo. De esta forma había alcanzado los libros de Zaraides el Sabio, donde Cugel, emparedado dentro de un túmulo, lo había hallado y lo había pronunciado.

Ahora, buscando una vez más entre los diseminados restos provocados por el conjuro, Cugel encontró artículos de la más variada descripción: ropas nuevas y viejas; chaquetas, camisas y capas; antiguos tabardos; pantalones a la nueva moda de Kauchique, o con dobladillo, o adornados con borlas al estilo de la antigua Romarth, o abigarrados y multicolores a la extravagante moda de Andromach. Había botas y sandalias y sombreros de todos tipos; plumas, panaches, emblemas y crestas; viejas herramientas y armas rotas; brazaletes y bisutería; mohosas filigranas, encostrados camafeos; piedras preciosas que Cugel no pudo resistir la tentación de recoger y que quizá le retrasaron de hallar lo que buscaba: los libros de Zaraides, que habían sido esparcidos con todo lo demás.

Cugel buscó durante largo rato. Encontró cuencos de plata, cucharas de marfil, jarras de porcelana, huesos roídos y brillantes dientes de muchos tipos, esos últimos brillando como perlas entre las hojas..., pero por ninguna parte los volúmenes que podían haberle ayudado a vencer a Iucounu el Mago Reidor. Incluso ahora, la coercedora criatura de Iucounu, Firx, se aferraba con todos sus miembros al hígado de Cugel. Finalmente, Cugel dijo en voz alta:

-¡Simplemente estoy buscando la ruta más directa a Azenomei; pronto podrás reunirte con tu camarada en el tanque de Iucounu! Mientras tanto, tómatelo con calma; ¿realmente estás tan impaciente? -Ante eso, Firx aflojó de mala gana su presión.

Cugel caminó desconsoladamente de un lado para otro, buscando entre las ramas y debajo de las raíces, mirando por todos los rincones, pateando entre los helechos y las placas de musgo. De pronto, al pie de un tocón, vio lo que buscaba: un cierto número de volúmenes, cuidadosamente apilados. En el tocón estaba sentado Zaraides.

Cugel avanzó hacia él, la boca decepcionadamente fruncida. Zaraides lo observó con una actitud serena.

-Pareces buscar algo que no encuentras. Espero que la pérdida no sea muy seria.

Cugel agitó secamente la cabeza.

-Algunas tonterías que se han perdido. Dejemos que se cubran de moho entre las hojas.

-¡En absoluto! -declaró Zaraides-. Descríbeme lo que has perdido; enviaré una oscilación de búsqueda. ¡Tendrás tus propiedades en un momento!

Cugel se lo pensó.

-No querría imponerte algo tan trivial como esto. Ocupémonos de otros asuntos. -Señaló la pila de libros, sobre la que ahora Zaraides había puesto un pie-. Afortunadamente, veo que has asegurado tu propiedad.

Zaraides asintió con plácida satisfacción.

-Todo está bien ahora; solamente estoy preocupado por ese desequilibrio que distorsiona nuestra relación. -Alzó una mano cuando vio que Cugel retrocedía unos pasos-. No hay motivo de alarma; de hecho, al contrario. Tus acciones evitaron mi muerte; la Ley de la Equivalencia se ha visto alterada, y debo buscar una reciprocidad. -Se peinó la barba con los dedos-. Desgraciadamente, el pago tiene que ser principalmente simbólico. Podría muy bien cumplir con la totalidad de tus deseos y no alcanzar la escala contra el peso del servicio que has realizado para mí, aunque fuera inconscientemente.

Cugel se sintió algo más alegre, pero entonces Firx, de nuevo impaciente, hizo otra demostración. Cugel se aferró el estómago y gritó:

-Antes que nada, me harías un inmenso servicio extrayendo la criatura que lacera mis entrañas, un tal Firx. Zaraides enarcó las cejas.

-¿Qué clase de criatura es?

-Un objeto detestable procedente de una lejana estrella. Se parece a un arbusto espinoso, una maraña de púas, garfios y garras blancos.

-No es un asunto difícil -dijo Zaraides-. Esas criaturas son susceptibles a métodos más bien primitivos de extirpación. Ven; mi morada no está muy lejos.

Zaraides se levantó del tocón, reunió sus libros y los lanzó al aire; flotaron muy altos por encima de la copa de los árboles y se perdieron de vista. Cugel los observó tristemente.

-¿Te maravillas? -inquirió Zaraides-. No es nada: el más sencillo de los procedimientos y una forma de frustrar el celo de ladrones y salteadores. Vamos; debemos extirpar a esta criatura que te causa tantas molestias.

Abrió camino por entre los árboles. Cugel le siguió, pero ahora Firx, dándose cuenta demasiado tarde de que las cosas no estaban yendo bien para él, hizo una furiosa protesta. Cugel, doblándose dolorosamente, caminando de lado, se esforzó por seguir el paso de Zaraides, que avanzaba sin ni siquiera echar una mirada hacia atrás. Zaraides tenía su morada en las ramas de un enorme daobado. Unas escaleras ascendían hasta una gran rama colgante que conducía hasta un rústico porche. Cugel se arrastró casi por la escalera, a lo largo de la rama, y entró en una gran habitación cuadrada. Los muebles eran a la vez sencillos y lujosos. Las ventanas miraban en todas direcciones del bosque; una gruesa alfombra a cuadros negros, marrones y amarillos cubría el suelo.

Zaraides condujo a Cugel hasta su sala de trabajo. -Nos encargaremos inmediatamente de esta molestia.

Cugel entró tambaleándose tras él y, a un gesto suyo, se subió a un pedestal de vidrio.

Zaraides trajo una pantalla compuesta por tiras de zinc y la colocó a espaldas de Cugel.

-Esto es para informar a Firx que hay un mago competente a mano: las criaturas de su tipo son altamente reacias al zinc. Ahora prepararemos una poción simple: azufre, acuastel, tintura de zyche; algunas hierbas: burnada, hilp, cassás, aunque esta última quizá no sea esencial. Bebe, por favor... ¡Firx, sal fuera! ¡Aquí, plaga extraterrestre! ¡Fuera! ¡O espolvorearé todo el interior de Cugel con azufre y lo atravesaré con varillas de zinc! ¡Sal de su cuerpo! ¿Qué? ¿Debo ahogarte con acuastel? ¡Sal, regresa a Achernar de la mejor manera que puedas!

Ante aquello Firx soltó irritadamente su presa y brotó por el pecho de Cugel: un amasijo de nervios y zarcillos blancos, cada uno con su garra o púa o garfio. Zaraides capturó a la criatura en una vasija de zinc y la cubrió con una tela también de zinc.

Cugel, que había perdido el conocimiento, despertó para encontrar a Zaraides serenamente afable, aguardando a que se recuperara.

-Eres un hombre afortunado -dijo Zaraides-. El tratamiento fue justo a tiempo. Una de las tendencias de esos maléficos íncubos es extender sus tentáculos por todas partes a través del cuerpo, hasta que sus uñas alcanzan el cerebro; entonces tú y Firx os convertiríais en una sola cosa. Dime, ¿cómo te infectaste con la criatura? Cugel hizo una pequeña mueca de desagrado.

-Fue a manos de Iucounu el Mago Reidor. ¿Le conoces? -Porque Zaraides había dejado que sus cejas se alzaran considerablemente.

-Sobre todo por su reputación para el humor y lo grotesco -respondió el sabio.

-¡No es ni más ni menos que un bufón! -exclamó Cugel-. Por un pretendido desliz por mi parte me envió al norte del mundo, donde el sol rueda bajo y no arroja más calor que una lámpara. Iucounu se ha divertido, ¡pero ahora yo voy a divertirme también! Me has anunciado tu efusiva gratitud, de modo que, antes de plantear el cuerpo principal de mis deseos, nos vengaremos adecuadamente de Iucounu.

Zaraides asintió, pensativo, e hizo correr los dedos por su barba.

-Permíteme que te aconseje. Iucounu es un hombre vano y sensible. Su punto más vulnerable es su autoestima. ¡Vuélvele la espalda, instálate en otro sitio! Este acto de orgulloso desdén le golpeará más dolorosamente que cualquier otra cosa que idees contra él.

Cugel frunció el ceño.

-La venganza parece excesivamente abstracta. Si eres lo suficientemente bueno como para llamar a un demonio, le daré instrucciones referentes a Iucounu. Así el

j asunto quedará terminado, y podremos pasar a hablar de otras cosas.

Zaraides agitó la cabeza.

-No es todo tan simple. Iucounu, tortuoso como es, no se dejará tomar desprevenido. Al momento sabrá quién ha instigado el ataque, y las relaciones de distante cordialidad que hemos mantenido terminarán.

-¡Bah! -se burló Cugel-. ¿Acaso Zaraides el Sabio teme identificarse con la causa de la justicia? ¿Acaso se asusta y se echa un lado ante alguien tan tímido y vacilante como Iucounu?

-En una palabra... sí -dijo Zaraides-. En cualquier instante el sol puede volverse oscuro; no quiero pasar esas últimas horas intercambiando ataques con Iucounu, cuyo humor es mucho más elaborado que el mío. Así que ahora escucha. Dentro de un minuto debo ocuparme de algunos deberes importantes. Como señal final de gratitud te transferiré a cualquier lugar que elijas. ¿Cuál es ese lugar?

-¡Si esto es lo mejor que puedes hacer por mí, trasládame a Azenomei, a la unión del Xzan y el Scaum! -Como desees. Ten la bondad de subir sobre este estrado. Extiende las manos así... Inspira profundamente, y durante el trayecto no inhales ni exhales... ¿Estás preparado?

Cugel asintió. Zaraides retrocedió y apeló a un conjuro. Cugel fue lanzado hacia arriba y lejos. Un instante más tarde el suelo entraba en contacto con sus pies, y se hallaba caminando en pleno centro de Azenomei.

Inspiró profundamente.

-¡Tras todas las pruebas, todas las vicisitudes, estoy de nuevo en Azenomei! -Y, agitando maravillado la cabeza, miró a su alrededor. Las antiguas estructuras, las terrazas dominando el río, el mercado; todo era como antes. No muy lejos estaba el puesto de Fianosther. Se volvió de espaldas para no ser reconocido y se alejó rápidamente.

-¿Y ahora qué? -rumió-. Primero nuevas ropas, luego la comodidad de una posada donde pueda sopesar todos los aspectos de mi actual condición.

Cuando uno desea reírse con Iucounu, debe embarcarse en el proyecto con todas las precauciones.

Dos horas más tarde, bañado, con el pelo cortado, fresco y llevando nuevas ropas negras, azules y rojas, Cugel estaba sentado en la sala común de la Posada del Río con una bandeja de salchichas picantes y una botella de vino verde.

-Este asunto de arreglar cuentas plantea problemas de extrema delicadeza -murmuró-. ¡Debo actuar con cuidado!

Se sirvió vino de la botella y comió varias de las salchichas. Luego abrió su bolsa y extrajo un pequeño objeto envuelto cuidadosamente en suaves telas: la lentilla violeta que Iucounu deseaba para que formara pareja con la que ya poseía. Alzó la lentilla a su ojo, pero se detuvo en seco; le mostraría los alrededores en una ilusión tan favorable que quizá nunca más quisiera quitársela. Y entonces, mientras contemplaba su suave superficie, penetró en su mente un plan tan ingenioso, tan teóricamente efectivo y con tan pocos riesgos, que instantáneamente abandonó la búsqueda de uno mejor.

En esencia, el esquema era simple. Se presentaría a Iucounu y le tendería la lentilla, o por decirlo mejor, una lentilla de apariencia similar. Iucounu la compararía con la que ya poseía, a fin de comprobar la eficacia de la pareja, e inevitablemente miraría a través de las dos. La discordancia entre lo real y lo falso sería como un mazazo en su cerebro y lo dejaría indefenso, en cuyo momento Cugel podría tomar las medidas que le parecieran provechosas.

¿Dónde estaba el fallo en el plan? Cugel no podía ver ninguno. Si Iucounu descubría la sustitución, Cugel tenía simplemente que murmurar una disculpa y sacar la lentilla auténtica, disipando así todas las sospechas de Iucounu. En conjunto, las posibilidades de éxito parecían excelentes.

Cugel terminó tranquilamente sus salchichas, ordenó una segunda botella de vino, y observó placenteramente la vista al otro lado del Xzan. No necesitaba apresurarse;

de hecho, tratando con Iucounu, la impulsividad era un serio error, como ya había aprendido muy bien.

Al día siguiente, todavía sin hallar ningún fallo en su plan, visitó a un soplador de vidrio cuyo taller estaba situado a orillas del Scaum, a un kilómetro al este de Azenomei, junto a un pequeño bosquecillo de agitantes bilibobs amarillos.

El soplador de vidrio examinó la lentilla.

-¿Un duplicado exacto, de la misma forma y color? No es tarea fácil, con un violeta tan puro e intenso. Este color es el más difícil de trabajar en cristal; no hay tinte específico; tiene que hacerse a base de tanteo y suerte. De todos modos..., prepararé una fusión. Veremos, veremos. Tras varios intentos produjo un cristal del color requerido, con el cual modeló una lentilla superficialmente indistinguible de la lentilla mágica.

-¡Excelente! -declaró Cugel-. Y ahora, ¿cuál es tu precio?

-Calculo que una lentilla de cristal violeta vale cien terces -respondió el soplador de vidrio con aire casual.

-¿Qué? -exclamó Cugel, ultrajado-. ¿Parezco tan inocente? El precio es excesivo.

El soplador de vidrio volvió a colocar en su sitio herramientas, tubos de soplar y crisoles, sin mostrar ninguna preocupación ante la indignación de Cugel.

-El universo no evidencia ningún signo de estabilidad. Todo fluctúa, sube, baja, en ciclos; todo está impregnado de mutabilidad. Mis precios, que siguen los ritmos del cosmos, obedecen a las mismas leyes, y varían de acuerdo con la ansiedad del cliente.

Cugel retrocedió, disgustado, y el soplador de vidrio aprovechó la circunstancia para apoderarse de las dos lentillas.

-¿Qué pretendes? -exclamó Cugel.

-Devolver el cristal al crisol; ¿qué otra cosa?

-¿Y qué hay de la lentilla que me pertenece?

-La retengo como recuerdo de nuestra conversación.

-¡Espera! -Cugel inspiró profundamente-. Estaría dispuesto a pagar tu exorbitante precio si la nueva lentilla fuera tan clara y perfecta como la vieja.

El soplador de vidrio inspeccionó primero una, luego la otra.

-A mis ojos las dos son idénticas.

-¿Qué hay del foco? -desafió Cugel-. ¡Mira a través de las dos, luego da tu opinión!

El soplador de vidrio alzó ambas lentillas a sus ojos. Una le ofreció una visión del sobremundo, la otra le transmitió una visión de la realidad. Golpeado por la discordancia, el soplador de vidrio se tambaleó, y hubiera caído si Cugel, en un esfuerzo por proteger las lentillas, no lo hubiera sostenido y guiado hasta un banco.

Cugel tomó las lentillas y arrojó tres terces al soplador de vidrio.

-Todo es mutabilidad, y así tus cien terces han fluctuado a tres.

El soplador de vidrio, demasiado absorto para replicar nada, murmuró algo y luchó por tender una mano, pero Cugel salió de su taller y se alejó.

Regresó a la posada. Allá se vistió con sus antiguas ropas, manchadas y desgarradas por el duro trato, y echó a andar a lo lago de la orilla del Xzan.

Mientras caminaba imaginó la inminente confrontación, intentando anticipar cualquier posible contingencia. Allá delante, la luz del sol destelló a través de las espirales de cristal verde de las torres: ¡la morada de Iucounu!

Cugel se detuvo para observar la excéntrica estructura. ¡Cuántas veces durante su viaje se había imaginado de pie allí, con Iucounu el Mago Reidor al alcance de su mano!

Subió el serpenteante sendero de losas marrón oscuro, y cada paso incrementó la tensión de sus nervios. Se acercó a la puerta delantera, y vio en el pesado panel un objeto que antes no había observado: un rostro tallado en la antigua madera, un rostro flaco de mejillas y mandíbula contraídas, ojos muy abiertos, labios crispados, la boca abierta en un grito de desesperación o quizá de desafío.

Con la mano alzada para llamar a la puerta, Cugel sintió que un estremecimiento se apoderaba de su alma. Retrocedió del contorsionado rostro de madera, se volvió para seguir la mirada de los ciegos ojos..., cruzando el Xzan y más allá por encima de las imprecisas y desnudas colinas, tendiéndose hacia tan lejos como la vista podía alcanzar. Revisó sus planes. ¿Había algún fallo? ¿Algún peligro

para él? Ninguno era evidente. Si Iucounu descubría la sustitución, Cugel siempre podía alegar error y sacar la lentilla genuina. ¡Había tanto que ganar con tan poco riesgo! Se volvió de nuevo y llamó al pesado panel.

Pasó un minuto. Lentamente, la puerta se abrió. Una corriente de aire frío lo abofeteó, arrastrando consigo un olor amargo que Cugel no pudo identificar. La luz del sol, sesgada por encima de su hombro, cruzó la puerta y se derramó sobre el suelo de piedra. Cugel contempló inseguro el vestíbulo, reluctante de entrar sin una invitación expresa.

-¡Iucounu! -llamó-. ¡Sal, para que pueda entrar en tu casa! ¡No quiero más acusaciones injustas!

Dentro hubo como una agitación, un lento resonar de pies. Iucounu salió de una habitación lateral, y Cugel creyó detectar un cambio en su fisonomía. La gran cabeza blanda y amarilla parecía más suelta que antes: las mandíbulas pendían fláccidas, la nariz colgaba como una estalactita, la mandíbula era poco más que un botón bajo la gran boca retorciente.

Iucounu llevaba un sombrero cuadrado marrón con cada una de las cuatro esquinas alzadas, una blusa marrón adamascada en negro, pantalones sueltos de gruesa tela marrón oscuro con bordados también negros..., unas ropas elegantes que Iucounu llevaba sin gracia, como si le fueran ajenas y se sintiera incómodo en ellas; dirigió a Cugel un saludo que éste encontró extraño:

-Bien, colega, ¿a qué vienes? Nunca aprenderás a caminar por los techos con las manos. -E Iucounu se cubrió la boca con las manos para ocultar una risita.

Cugel alzó las cejas, entre la sorpresa y la duda.

-No es éste mi propósito. He venido con un encargo de gran importancia: a saber, que la misión que emprendí en beneficio tuyo ha sido terminada satisfactoriamente.

-¡Excelente! -exclamó Iucounu-. Ahora ya puedes darme las llaves de la caja del pan.

-¿La caja del pan? -Cugel le miró sorprendido. ¿Se había vuelto loco Iucounu?-. Soy Cugel, a quien enviaste al norte en una misión. ¡He vuelto con la lentilla mágica que permite ver el sobremundo!

-¡Por supuesto, por supuesto! -exclamó Iucounu-. Brzm-szzst. Me temo hallarme un poco extraviado entre tantas situaciones contrastadas; nada es como antes. ¡Pero te doy la bienvenida, Cugel, por supuesto! Todo está claro. ¡Te fuiste, has vuelto! ¿Cómo está el amigo Firx? Bien, espero. He añorado su compañía. ¡Un excelente compañero, Firx!

Cugel asintió con la cabeza, sin demasiado fervor.

-Sí, Firx ha sido realmente un amigo, una infatigable fuente de ánimos.

-¡Excelente! ¡Pero entra! Iré a buscar un refresco. ¿Qué prefieres: sz-mzsm o szk-zsm?

Cugel miró de reojo a Iucounu. Su comportamiento era más que peculiar.

-No conozco ninguno de los dos, así que prescindo de ambos, con la correspondiente gratitud, por supuesto. ¡Pero observa! ¡La lentilla mágica violeta! -y Cugel mostró la copia de cristal que había conseguido hacía tan sólo unas pocas horas.

-¡Excelente! -declaró Iucounu-. Lo has hecho muy bien, y tus transgresiones..., ahora lo recuerdo todo, tras buscar entre las múltiples circunstancias..., quedan en consecuencia declaradas nulas. ¡Pero dame la lentilla! ¡Debo ponerla a prueba!

-Por supuesto -dijo Cugel-. Te sugiero respetuosamente que, a fin de captar todo él esplendor del sobremundo, traigas tu propia lentilla y mires simultáneamente a través de las dos. Éste es el único método apropiado.

-¡Cierto, completamente cierto! Mi lentilla; ¿dónde la escondería ese testarudo truhán?

-¿«Testarudo truhán»? -inquirió Cugel-. ¿Ha estado alguien trasteando con tus tesoros?

-Sí, es una forma de decirlo. -Iucounu lanzó una risita salvaje, luego pateó con ambos pies hacia un lado y cayó pesadamente al suelo, desde donde se dirigió al desconcertado Cugel-. Todo es uno, y ya nada tiene importancia, puesto que todo tiene que transpirar ahora en el esquema mnz. Sí. Tengo que consultar con Firx.

-En una ocasión anterior -dijo Cugel pacientemente-, sacaste tu lentilla de un armarito en aquella habitación que hay allá.

-¡Silencio! -ordenó Iucounu con repentina irritación. Se izó trabajosamente en pie-. ¡Szsz! Sé muy bien dónde está guardada la lentilla. ¡Todo está coordinado! Sígueme. ¡Descubriremos inmediatamente la esencia del sobremundo! -Emitió un ladrido de extemporánea risa, y Cugel lo miró de nuevo, más sorprendido que nunca.

Iucounu se deslizó en la estancia adyacente y regresó con la caja que contenía la lentilla mágica. Hizo un gesto imperioso a Cugel.

-Quédate exactamente donde estás. ¡No te muevas, recuerda a Firx!

Cugel asintió obediente con la cabeza. Iucounu tomó su lentilla.

-Ahora... ¡el nuevo objeto!

Cugel le tendió la lentilla de cristal.

-¡Ponlas en tus ojos, las dos juntas, para que puedas gozar de toda la gloria del sobremundo!

-¡Sí! ¡Así es como debe ser! -Iucounu alzó las dos lentillas y las aplicó a sus ojos. Cugel, esperando verlo caer paralizado por la discordancia, agarró la cuerda que había traído consigo para atar al insensible sabio; pero Iucounu no mostró signos de impotencia. Miró a uno y otro lado, cloqueando de una manera particular.

-¡Espléndido! ¡Soberbio! ¡Una visión depuro placer! -Se quitó las lentillas y las depositó con cuidado en el estuche. Cugel le miró hoscamente.

-Me siento muy complacido -dijo Iucounu, haciendo un sinuoso gesto con manos y brazos que desconcertó aún más a Cugel-. Sí -prosiguió Iucounu-, lo has hecho bien, y la insensata ofensa a mi persona queda olvidada. Ahora todo lo que falta es la devolución de mi indispensable Firx, y para ello debo colocarte en un tanque. Serás sumergido en un líquido apropiado durante aproximadamente veintiséis horas, que seguramente serán suficientes para hacer salir a Firx.

Cugel hizo una mueca. ¿Cómo podía uno razonar con un mago no sólo bufonesco e irascible, sino también loco? -Una inmersión así podría muy bien afectarme adversamente -señaló con cautela-. Sería mucho mejor concederle a Firx un período de adaptación.

Iucounu pareció favorablemente impresionado por la sugerencia, y expresó su satisfacción por medio de una extremadamente intrincada danza, que realizó con una agilidad notable para un hombre de sus cortas piernas y

corpulento cuerpo. Terminó la demostración con un gran salto en el aire, aterrizando sobre su cuello y hombros, con los brazos y piernas agitándose como los de un escarabajo vuelto boca arriba. Cugel lo contempló fascinado, preguntándose si estaba vivo o muerto.

Pero Iucounu, parpadeando ligeramente, recuperó su postura erguida.

-Debo perfeccionar las presiones y empujes exactos -rumió-. De otro modo hay violación. La eluctancia aquí es de un orden distinto que en el ssz-pntz. -Emitió otra gran risotada, echando hacia atrás la cabeza, y mirando al interior de la abierta boca Cugel vio, más que una lengua, una garra blanca. Instantáneamente comprendió la razón del extraño comportamiento de Iucounu. De alguna forma, la criatura como Firx se había metido en el cuerpo de Iucounu y había tomado posesión de su cerebro. Cugel se frotó la mandíbula, interesado. ¡Una sorprendente situación! Pensó profundamente. Lo esencial ahora era saber si la criatura retenía la maestría de Iucounu de la magia. Cugel dijo:

-¡Tu sabiduría me asombra! ¡Estoy lleno de admiración! ¿Has añadido algo a tu colección de curiosidades taumatológicas?

-No; ya hay bastante con lo que tengo -declaró la criatura a través de la boca de Iucounu-. Pero ahora siento la necesidad de relajarme. La evolución que he realizado hace un momento me pide un poco de tranquilidad. -Nada más sencillo -dijo Cugel-. La forma más efectiva para ello es apretar con intensidad el Lóbulo de la Volición Directiva.

-¿De veras? -inquirió la criatura-. Lo intentaré; déjame ver: éste es el Lóbulo de la Antítesis, y aquí está la Circunvolución de la Configuración Subliminal... *SZZM.* Hay muchas cosas aquí que me desconciertan; nada era así en Achernar. -La criatura lanzó a Cugel una aguda mirada para ver si el desliz había sido captado. Pero Cugel adoptó una actitud de completo aburrimiento; y la criatura prosiguió tanteando entre los distintos elementos del cerebro de Iucounu-. Ah, sí, aquí: el Lóbulo de la Volición Directiva. Ahora, una fuerte y brusca presión.

El rostro de Iucounu se crispó, los músculos se relajaron, y el corpulento cuerpo se derrumbó al suelo. Cugel saltó por encima y en un abrir y cerrar de ojos ató brazos y piernas de Iucounu y colocó una cinta adhesiva sobre su enorme boca.

Entonces Cugel bailó unos pasos propios. ¡Todo había ido perfectamente! Iucounu, su casa y su enorme colección de utensilios mágicos estaban a su disposición. Cugel miró el impotente bulto caído en el suelo y lo arrastró al exterior, donde podría cercenar convenientemente aquella enorme cabezota amarilla, pero el recuerdo de las numerosas indignidades, molestias y humillaciones que había sufrido en manos de Iucounu le hicieron detenerse. ¿Debía hallar Iucounu tan rápidamente el olvido, sin llegar a saber lo que le esperaba y sin remordimientos? ¡En absoluto!

Cugel devolvió el fláccido cuerpo al interior, y se sentó en un banco cercano para meditar.

Al cabo de unos momentos el cuerpo se agitó, abrió los ojos, hizo un esfuerzo por levantarse y, hallándolo imposible, se volvió para examinar a Cugel primero con sorpresa, luego con indignación. De su boca escaparon sonidos perentorios, que Cugel recibió con un gesto indiferente.

Finalmente se puso en pie, examinó las ligaduras y la cinta de la boca, las aseguró doblemente, luego se dedicó a efectuar una cuidadosa inspección de la casa, en busca de trampas, engaños o cazabobos que el retorcido Iucounu hubiera podido instalar para los intrusos. Fue extremadamente cauteloso durante su inspección de la sala de trabajo de Iucounu, sondeándolo todo con un largo bastón, pero si Iucounu había preparado algo no era evidente.

Cugel miró en las estanterías de Iucounu y encontró azulfre, acuastel, tintura de zyche y hierbas, con todo lo cual preparó un viscoso elixir amarillento. Arrastró el fláccido cuerpo a la sala de trabajo, le administró la poción, lanzó órdenes y persuasiones y finalmente, con Iucounu aún más intensamente amarillo por el azufre ingerido, con el acuastel humeando en sus oídos, con Cugel jadeando y sudando por el esfuerzo, la criatura de Achernar se extirpó a golpe de garras del estremecido cuerpo. Cugel la atrapó en un gran mortero de piedra, la redujo a pasta con una mano de almirez de hierro, la disolvió con espíritu de vitriolo, añadió desinfectante aromático y echó el limo resultante por un desagüe.

Iucounu volvió a la consciencia y miró a Cugel con unos ojos inquietantemente intensos. Cugel le administró una exhalación de raptogen y el Mago Reidor, poniendo los ojos en blanco, volvió al estado de apatía.

Cugel se sentó para descansar un poco. Existía un problema: cómo mantener mejor inmovilizado a Iucounu mientras pasaban cuentas. Finalmente, tras buscar en uno o dos manuales, cerró la boca de Iucounu con un compuesto sellante, sujetó su vitalidad con un conjuro no demasiado complicado, luego lo metió en un alto tubo de cristal, que suspendió de una cadena en el vestíbulo.

Una vez hecho esto, y con Iucounu de nuevo consciente, Cugel retrocedió con una sonrisa afable en sus labios. -Por fin, Iucounu, las cosas empiezan a ponerse como deberían. ¿Recuerdas las indignidades' con que me abrumaste? ¡Qué groseras fueron! Juré que lo pagarías. Y ahora voy a cumplir el juramento. ¿Me explico lo bastante? La expresión del distorsionado rostro de Iucounu fue una adecuada respuesta.

Cugel se sentó con un vaso del mejor vino amarillo de Iucounu en la mano.

-Pienso resolver el asunto de esta manera: Calcularé la suma de todas las penalidades que he sufrido, incluidas cualidades tan inconmensurables como resfriados, corrientes de aire, insultos, punzadas de aprensión, inseguridades, desesperaciones, horrores y disgustos y otras miserias indescriptibles, muchas de las cuales fueron administradas por el innombrable Firx. De este total restaré mi indiscreción original, y posiblemente una o dos mejoras posteriores, dejando un imponente balance a mi favor. Afortunadamente, eres Iucounu el Mago Reidor: seguro que sabrás extraerle una diversión muy impersonal a la situación. -Cugel dirigió una mirada interrogativa a Iucounu, pero la que recibió de vuelta lo fue todo menos divertida.

-Una cuestión final -dijo Cugel-. ¿Has dispuesto alguna trampa o engaño por la cual yo pueda resultar destruido o inmovilizado? Un parpadeo significará «no»; dos, «sí».

Iucounu se limitó a mirarle despectivamente desde el tubo.

Cugel suspiró.

-Veo que voy a tener que actuar con cuidado. Llevándose el vino al gran salón, empezó a familiarizarse con la colección de instrumentos mágicos, artefactos, talismanes y curiosidades: ahora, a todos los efectos, propiedad suya. La mirada de Iucounu lo siguió por todas partes, con una ansiosa esperanza que no era en absoluto tranquilizadora.

Los días transcurrieron y la trampa de Iucounu, si existía, siguió sin revelarse, y Cugel llegó a creer finalmente que no existía ninguna. Durante todo este tiempo se dedicó a los libros y grimorios de Iucounu, pero con resultados decepcionantes. Algunos de los libros estaban escritos en lenguas arcaicas, caligrafía indescifrable o terminología arcana; otros describían fenómenos más allá de su comprensión; otros exudaban un aroma de peligro tan intenso que Cugel cerró instantáneamente sus tapas.

Halló uno o dos de los libros de trabajo susceptibles de ser comprendidos por él. Los estudió con gran diligencia, grabando sílaba tras sílaba en su mente, y notando como se agitaban de un lado para otro y presionaban y distendían sus sienes. Finalmente fue capaz de abarcar unos pocos de los conjuros más simples y primitivos, algunos de los cuales probó sobre Iucounu: notablemente el del Deprimente Prurito de Lugwiler. Pero en general Cugel se sintió decepcionado por lo que parecía una falta innata de competencia. Los magos más hábiles podían abarcar tres o incluso cuatro de los conjuros más potentes; para Cugel, conseguir incluso un conjuro sencillo era una tarea de extraordinaria dificultad. Un día, mientras aplicaba una transposición espacial a un almohadón de satén, invirtió algunas de las pervulsiones y fue él mismo quien se vio lanzado de espaldas de un lado a otro del vestíbulo. Irritado por la sonrisa burlona de Iucounu, Cugel llevó el tubo a la parte delantera de la casa y le coloco un par de abrazaderas de las que colgó lámparas, que a partir de entonces iluminaron la zona delantera del edificio durante las horas nocturnas.

Pasó un mes, y Cugel empezó a sentirse algo más confiado acerca de su ocupación de la casa. Los campesinos de un pobldo vecino le traían provisiones, y a cambio Cugel realizaba para ellos los pequeños servicios de que era capaz. En una ocasión el padre de Jince, la doncella que venía a limpiarle el dormitorio, perdió un valioso brazalete en una profunda cisterna, e imploró a Cugel que se lo devolviera. Cugel aceptó de buen grado, y bajó el tubo que contenía a Iucounu a la cisterna. Iucounu indicó finalmente la localización del brazalete, que fue entonces recuperado con un garfio.

El episodio hizo que Cugel imaginara otros usos para Iucounu. En la feria de Azenomei se había preparado un «Concurso de fenómenos». Cugel inscribió a Iucounu, y aunque no llegó a ganar el primer premio, sus muecas fueron inolvidables y atrajeron muchos comentarios. En la feria Cugel encontró a Fianosther, el vendedor de talismanes y utensilios mágicos que había sido el causante original de que Cugel acudiera a la mansión de Iucounu. Fianosther miró con divertida sorpresa de Cugel al tubo que contenía a Iucounu, que Cugel llevaba de vuelta a casa en una carreta.

-¡Cugel! ¡Cugel el Astuto! -exclamó Fianosther-. ¡Entonces, los rumores son ciertos! ¡Eres ahora el señor de la mansión de Iucounu y de su gran colección de instrumentos y curiosidades!

Al primer momento Cugel fingió no reconocer a Fíanosther, luego habló con la más fría de las voces. -Completamente cierto -dijo-. Iucounu ha decidido participar menos activamente en los asuntos del mundo, como puedes ver. De todos modos, la casa es una madriguera de trampas mortales; algunas bestias hambrientas rondan el lugar por la noche, y he establecido un conjuro de intensa violencia para guardar cada una de las entradas.

Fianosther pareció no observar los distantes modales de Cugel. Frotándose las gordezuelas manos, inquirió: -Puesto que ahora controlas una enorme colección de curiosidades, ¿no venderías algunos de los artículos menos escogidos?

-Nunca he tenido necesidad ni deseo de hacerlo -dijo Cugel-. Los cofres de Iucounu contienen oro suficiente como para que dure hasta que el sol se vuelva oscuro. -Y ambos hombres, según la costumbre de los tiempos, alzaron la vista para calibrar el color de la moribunda estrella.

Fianosther hizo un gesto despreocupado.

-En este caso, te deseo un buen día, y a ti también. -Lo último iba dirigido a Iucounu, que se limitó a devolverle una hosca mirada.

Cugel regresó a la casa y devolvió a Iucounu al vestíbulo; luego subió al tejado y se reclinó en el parapeto y contempló la extensión de colinas que se prolongaban ondulando hasta el horizonte como las olas de un mar. Por centésima vez se interrogó sobre la peculiar falta de previsión de Iucounu; un error en el que él, Cugel, no debía caer de ninguna de las maneras. Y miró a su alrededor con un ojo puesto en la defensa.

Encima suyo se alzaban las torres de espiralado cristal verde; debajo se inclinaban los pronunciados aleros y gabletes que Iucounu había considerado estéticamente correctos. Solamente la fachada de la antigua fortaleza ofrecía un método fácil de acceso a la casa. Cugel dispuso a lo largo de los inclinados remates exteriores hojas de esteatita, de tal modo que cualquiera que trepara los parapetos debería pisarlas y resbalar hasta su fatal destino. Si Iucounu hubiera tomado similares precauciones -reflexionó Cugel- en vez de disponer aquel supersutil laberinto de cristal, ahora no estaría contemplándole desde el alto tubo de cristal.

Había que perfeccionar también otras defensas: para ellas podían utilizarse los recursos derivados de las propias estanterías de Iucounu.

Regresó al gran salón y comió lo que le habían preparado Jince y Skivvee, sus dos criadas para todo, y luego se dedicó inmediatamente a sus estudios. Aquella noche estaban relacionados con el Conjuro del Enquistamiento Remoto, un medio de represalia quizá más favorecido en eones pasados que en el presente, y en la Transferencia a Larga Distancia, mediante la cual Iucounu lo había transportado a los páramos del norte. Ambos conjuros eran muy poderosos; ambos requerían un control osado y absolutamente preciso, que al principio Cugel temió no ser capaz de proporcionar nunca. Sin embargo insistió, y finalmente se creyó capaz de aplicar o el uno o el otro, según sus necesidades.

Dos días más tarde ocurrió lo que Cugel había esperado: una llamada a la puerta delantera, que, cuando Cugel abrió la hoja, reveló la no grata presencia de Fianosther.

-Buenos días -dijo Cugel hoscamente-. Estoy indispuesto, y debo pedirte que te marches inmediatamente. Fianosther hizo un blando gesto.

-Me llegaron noticias de tu inoportuna enfermedad, y tal fue mi preocupación que me apresuré a venir a verte con un opiato. Permíteme que pase -y diciendo esto empujó con su corpulenta figura y se abrió camino-, y decantaré la dosis exacta.

-Sufro una dolencia espiritual -dijo significativamente Cugel- que se manifiesta con estallidos de furiosa ira. Te suplico que te marches, para evitar que, en un incontrolable acceso, pueda hacerte pedazos con mi espada o, peor aún, invocar la magia.

Fianosther se detuvo inseguro, pero tras un momento prosiguió con una voz firmemente optimista:

-Creo que también traigo una poción contra esos desórdenes. -Extrajo un frasco negro-. Toma un simple sorbo, y tus ansiedades habrán desaparecido.

Cugel sujetó el pomo de su espada.

-Me parece que voy a tener que hablar sin ambigüedades. Te ordeno: ¡márchate, y no vuelvas nunca! Sé tus propósitos y te advierto que hallarás en mí a un enemigo menos indulgente de lo que era Iucounu. ¡Así que ahora lárgate! O infligiré sobre tu persona el Conjuro del Dedo del Pie Macroide, por el cual el dedo designado crece hasta adquirir las proporciones de una casa.

-Que así sea, pues -exclamó furioso Fianosther-. ¡Echemos a un lado las máscaras! Cugel el Astuto se ha revelado como un ingrato. Pregúntate a ti mismo: ¿quién te animó al pillaje de la casa de Iucounu? ¡Fui yo, y según todos los estándares de honesta conducta debería merecer una parte de las riquezas de Iucounu!

Cugel extrajo su espada.

-Ya he oído suficiente: ahora actuaré.

-¡Espera! -Y Fianosther alzó por encima de su cabeza el negro frasco-. Necesito tan sólo arrojar al suelo esta botella para liberar una terrible purulencia, a la que yo soy inmune. ¡Retrocede!

Pero Cugel, enfurecido, saltó hacia delante, atravesando con su espada el alzado brazo. Fianosther lanzó un grito de miedo y dolor y lanzó la negra botella al aire. Cugel saltó para atraparla con gran destreza; pero mientras tanto Fianosther saltó también y le golpeó, y Cugel trastabilló hacia atrás y colisionó con el tubo de cristal que contenía a Iucounu. Cayó al suelo y se hizo añicos; Iucounu reptó penosamente, alejándose de los fragmentos.

-¡Ja, ja! -rió Fianosther-. ¡Ahora las cosas se mueven en otra dirección!

-¡En absoluto! -exclamó Cugel, extrayendo un tubo de concentrado azul que había encontrado entre los instrumentos de Iucounu.

Iucounu forcejeaba con uno de los trozos de cristal para cortar la sustancia que sellaba sus labios. Cugel proyectó una vaharada de concentrado azul, e Iucounu lanzó un gemido de rabia entre semisellados labios.

-¡Deja caer el cristal! -ordenó Cugel-. Vuélvete de cara a la pared. -Amenazó a Fianosther-. ¡Tú también! Ató con gran cuidado los brazos de sus enemigos, luego se dirigió hacia el gran salón y tomó el libro de trabajo que había estado estudiando.

-Y hora... ¡los dos fuera! -ordenó-. ¡Rápido! ¡Las cosas van a dirigirse ahora a su definitiva conclusión! Obligó a los dos a caminar hasta una zona plana detrás de la casa, y los hizo detenerse algo apartados el uno del otro.

-Fianosther, tienes bien merecido tu destino. ¡Por tus engaños, avaricia y odiosas acciones, lanzo sobre ti el Conjuro del Enquistamiento Remoto!

Fianosther gimió lastimosamente y se dejó caer de rodillas. Cugel no le prestó atención. Consultó el libro y pronunció el conjuro; luego, señalando y nombrando a Fianosther, pronunció las temibles sílabas.

Pero Fianosther, en vez de hundirse en el suelo, permaneció de rodillas como antes. Cugel consultó apresuradamente el libro y vio qué por error había invertido un par de pervulsiones, invirtiendo así la cualidad del conjuro. De hecho, mientras se daba cuenta del error, por todos lados se producían pequeños sonidos, y víctimas anteriores a lo largo de los eones estaban brotando ahora de una profundidad de setenta kilómetros. Allí quedaban, tendidas en la superficie, parpadeando con velados ojos de sorpresa; unos pocos estaban rígidos, demasiado alucinados para reaccionar. Sus ropas se habían convertido en polvo, aunque los enquistados más recientes se cubrían todavía con algunos harapos. A los pocos momentos todos menos los más rígidos o desconcertados iniciaban tentativos movimientos, aspirando con ansia el aire, intentando aferrar el cielo, maravillándose ante el sol. Cugel lanzó una seca risa.

-Parece que lo he pronunciado incorrectamente. Pero no importa. No será así la segunda vez. Iucounu, tu pena debe ser equivalente a tu ofensa: ¡ni más, ni menos!

Me enviaste lo quisiera o no a los páramos del norte, a una tierra donde el sol permanece siempre muy decantado hacia el sur. Haré lo mismo contigo. Me infligiste con Firx; yo te infligiré con Fianosther. Juntos podréis recorrer las tundras, penetrar en el Gran Erm, cruzar las montañas de Magnatz. No supliquéis; no pongáis excusas: en este caso soy inflexible. ¡No os mováis a menos que querrais que os inflija adicionalmente una nueva descarga de concentrado azul!

Cugel se aplicó entonces a la Transferencia a Larga Distancia, y estableció cuidadosamente los sonidos activadores dentro de su mente.

-¡Preparaos -exclamó-, y adiós!

Pronunció con voz potente el conjuro, dudando solamente ante una pervulsión, que se trabó por unos momentos en su lengua. Pero todo fue bien. Desde lo alto llegó un golpe y un grito gutural, y un maldiciente demonio se detuvo en mitad de su vuelo.

-¡Aparece, aparece! -gritó Cugel-, ¡El destino es el mismo de antes: las orillas del mar septentrional, donde la carga debe ser depositada viva y sana! ¡Aparece! ¡Toma a las personas designadas y transpórtalas de acuerdo con lo ordenado!

Un gran aleteo azotó el aire; una negra sombra con un horrible rostro miró hacia abajo. Bajó una garra; Cugel fue alzado y transportado al norte, traicionado una segunda vez por una pervulsión invertida.

Durante todo un día y una noche voló el demonio, gruñendo y gimiendo, con Cugel suspendido de sus garras. En algún momento después

del amanecer Cugel fue arrojado sobre una playa, y el demonio se alejó a toda velocidad por el cielo.

Hubo silencio. A derecha e izquierda se extendía la playa gris. Detrás se alzaba el terreno continental, con unos pocos matorrales de hierba de la sal y arbustos espinosos. A unos pocos metros playa arriba estaba todavía la caja en la que, en una ocasión anterior, Cugel había sido depositado en aquel mismo lugar. Con la cabeza baja y los brazos aferrando sus rodillas, Cugel permaneció sentado, contemplando la infinitud del océano.

FIN